Cruz Sánchez de Lara

EN LA CORTE DE LA ZARINA

ESPASA

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Cita

En el mes de agosto de 1824…

Mapa

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

Epílogo

Nota de la autora

Agradecimientos

Créditos

Visita Planetadelibros.com y descubre una
nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Sinopsis

José de Ribas demostró siendo muy niño que había heredado de su padre, el capitán y noble catalán Miguel de Ribas y Boyons, el don innato para el urbanismo y la ingeniería, además de ciertas dotes para la seducción y la diplomacia. Ya convertido José en mayor del ejército napolitano, se embarcó en un viaje que lo llevaría por las cortes europeas y del que no regresaría, pues el destino le tenía reservados grandes logros en la flamante corte de Catalina II de Rusia, la Grande.

Militar, ingeniero, estratega, amante de la emperatriz, fiel consejero y visionario sin par, José de Ribas Boyons y Plunkett, conocido como Osip Mijáilovich en la fastuosa corte petersburguesa, el primer español en hacer carrera en el Imperio ruso de la emperatriz de emperatrices, cumplió con creces y aumentó el legado de su padre, pues fundó para los rusos, sobre esa pequeña aldea a la que consideró su lugar en el mundo, su puerto soñado similar al de Nápoles: Odesa.

Novela histórica documentada con rigor y escrita con el entusiasmo de las grandes gestas, *En la corte de la zarina* alumbra la figura de este español tan extraordinario como olvidado por la historia.

En la corte de la zarina

Cruz Sánchez de Lara

A todas y cada una de las personas que han sufrido la guerra en Ucrania; en especial, a todos los odesitas. Odesa fue la creación y el sueño del español José de Ribas. Él habría dado su vida defendiéndola, como tantos otros. Esta dedicatoria es un recordatorio: España tiene una parte de su alma en Ucrania, también durante esta maldita invasión.

Como siempre, a mis padres y a mi hijo Álvaro.

Como todo, a Pedro J.

While things were in abeyance, Ribas sent
a courier to the prince, and he succeeded
in ordering matters after his own bent;
I cannot tell the way in which he pleaded,
but shortly he had cause to be content.
in the meantime, the batteries proceeded,
and fourscore cannon on the Danube's border
were briskly fired and answer'd in due order.

LORD BYRON, *Don Juan*, Canto 7

[Con todo en suspenso, Ribas envió
un mensajero al príncipe, y consiguió
que todo fuera según su criterio.
No sé cómo suplicó,
pero pronto resultó complacido.
Mientras tanto, la artillería continuó
y ochenta cañones en la línea del
Danubio dispararon con brío en
respuesta].

En el mes de agosto de 1824, la calle Gymnasium de Odesa cambió su nombre por el del fundador de la ciudad y aún lo conserva: Deribasovskaya, la calle de Ribas.

ЕКАТЕРИНА АЛЕКСЕЕВНА
San Petersburgo
Moscú
Río Dniéster
Río Prut
Río Bug
Río Dniéper
Kremenchuk
Isablegrado
IMPERIO RUSO
EL IMPERIO RUSO
LOS TERRITORIOS DEL MAR NEGRO
Durante el período de Catalina II de Rusia
Territorios conquistados 1774 - 1791
Jassy
IMPERIO OTOMANO
Ochákov
Nikolaev
Odesa
Jersón
KANATO DE CRIMEA
Limán
Río Don
Río Volga
Izmaíl
Kilia
Kinburn
MAR DE AZOV
KANATO DE CRIMEA
IMPERIO RUSO
Bucarest
Río Danubio
Karasubazaar
Yenikale
Simferópol
Bajchisarái
Kerch
Río Kuban
Stávropol
Anapa
Sebastópol
MAR NEGRO
IMPERIO OTOMANO
Vladikavkaz
CORDILLERA DEL CÁUCASO
Constantinopla
IMPERIO OTOMANO
Tiflis
РОССИИСКАЯ ИМПЕРИЯ

1

Palacio de Invierno,
San Petersburgo, diciembre de 1772

—Majestad, nunca llegó tan lejos un español desde la conquista de las Américas. Y de eso hace ya casi tres siglos.

—¡No me hagáis reír! No se ponen picas en Rusia. No creáis que no he leído lo de Flandes. Querido amante elegido, solo habéis prestado un servicio más a vuestra soberana. Seguid así y todos vuestros méritos serán recompensados.

Las carcajadas de Catalina la Grande divertían a José de Ribas, que notaba sobre su piel desnuda el escalofrío de lo inesperado, de lo que debió de ser un golpe seco del destino. Hablaban en alemán, y esto a la zarina le había hecho remontarse a su juventud. José también olfateó la nostalgia de la infancia pero, a la vez, todo le sonaba reciente. De repente, así, sin más, como en un suspiro, había pasado de ser un niño inquieto a ser un extranjero en la cama de la zarina, el primer español. Había llegado al lugar donde se juntaban las llamas del infierno y las nubes, a un lugar exótico a orillas del Báltico.

—Me resulta increíble estar tumbado desnudo en esta cama del Palacio de Invierno, precisamente en esta, majestad.

José había visto muchos dibujos de la construcción que se había convertido en leyenda. Se decía que, cuando parecía que la residencia imperial estaba terminada, comenzaban una nueva ampliación. Todo era poco para la ambición de Catalina. Lo había querido levantar cerca de donde estaba el originario Palacio de Invierno de Pedro el Grande, en un lugar privilegiado de la capital petersburguesa, en la avenida Dvortsóvaya Náberezhnaya, a orillas del río Neva, en un lateral de una gran plaza.

Los aposentos imperiales estaban iluminados por la luz de las velas, que brillaban agrupadas en manojos de una docena en suntuosos candelabros. También había algún pábilo que titilaba

aislado junto a un espejo. A la zarina le complacía verse embellecida en un reflejo cálido y sutil. Tenía un alto concepto de sí misma, pero no era boba. Le gustaban los hombres jóvenes y era consciente de la erótica del poder, del deseo que provocaba la corona en la mente de los súbditos, del espejismo arribista que producía en cualquier militar arrancarle un orgasmo a la emperatriz de todas las Rusias.

Catalina no era una belleza en estado puro, pero sí era imponente, excepcionalmente imponente. Tenía un punto en sus clavículas que rozaba la perfección, un pequeño espacio localizado justo donde comienza la hendidura de la piel, un toque regio que daba fuerza a su privilegiado cerebro para aguantar los ataques, y a su cabeza para llevar la corona. Se trataba apenas de unas aristas invisibles y casi escalonadas que definían su carisma.

La zarina era así, un todo: el cuerpo y el rostro del poder y de la autoridad. Ante esa visión, la tersura de la piel, la carnosidad de los labios o el tamaño de los ojos pasaban a un segundo plano. Su aura desdibujaba los rasgos y la luz amortiguaba los más de veinte años de diferencia entre Catalina y José.

Ella se apartó del cuerpo de aquel hombre de rasgos latinos. Lo hizo con sensuales espasmos de divinidad. Era razonablemente atractivo, pero sin más.

—Por esta cama han pasado hombres fornidos y bellos. Tuve un favorito al que toda la corte llamaba «Adonis». Los del norte son más perfectos como especímenes, pero vos sois brillante, rápido, interesante y... español —musitó Catalina recreándose en su ironía, y se quedó en silencio mientras acariciaba feliz el torso de su nuevo divertimento.

—¿Os atraen los españoles, majestad?

—Sois el primero. Ese es vuestro principal atractivo. Un español que quiere triunfar en Rusia. Tenéis agallas y sois altanero. Os gustan diferentes comidas que a nosotros, vivís de forma distinta y, sin embargo, el afán de triunfar os hace renunciar al sol de vuestra tierra. He visto egos muy grandes, pero nunca en un cuerpo tan pequeño.

—Me gusta vuestra tiranía en la cama, majestad. ¿Por qué tendríais vos que pensar que vuestras palabras pudieran ofenderme si sois la zarina? —respondió José sintiendo el placer que le daba el descaro de aquella poderosa mujer.

Eso representaban los hombres para ella: súbditos, estrategas,

militares, piezas fundamentales para hacer crecer y avanzar a Rusia. Y luego, además, encontraba en ellos el placer de la lisonja y del desenfreno. Lo hacía dentro del único cuadrilátero en el que se permitía perder el control, esos escasos metros cuadrados que convertían el tálamo imperial en el escenario líquido de la lujuria.

José de Ribas reposaba bajo el dosel entre oscuros cortinajes de seda adamascada, con la única claridad del reflejo de la luz de las velas en el marrón y el dorado de las maderas nobles. Todo era amplio y estaba recargado: las alfombras, los cuadros, las porcelanas, también ricas en color oro, ese tono que tanto matiza la penumbra.

Catalina era una emperatriz cultivada, segura, una mujer dotada para la política y extremadamente ambiciosa que sabía construir los decorados perfectos para que cualquier pequeño capítulo de su vida —ya fuera un versículo— pareciera revestido de la más señorial majestuosidad.

El español la miraba de soslayo fingiendo una devoción excelsa por su cuerpo mientras seguía acariciándose seductoramente el pecho a la par que lo hacía la zarina, consiguiendo esquivar sus dedos y manteniendo un juego de dibujos sensuales que acrecentaban la tensión.

José le agarró el índice para contemplar la belleza del anillo de oro, plata y brillantes que llevaba. En realidad, se trataba de un reloj con la numeración en dos círculos concéntricos; los más grandes y cercanos al centro eran romanos y los más lejanos y pequeños estaban grabados sobre la esfera de esmalte blanco con numeración arábiga. Mientras lo observaba, el extranjero pensaba en silencio cuánto callaba aquella mujer que llegó desde Alemania a los quince años sin hablar ruso, aprendió el idioma y todo lo concerniente al imperio, se convirtió del luteranismo al cristianismo ortodoxo, soportó los desdenes de su marido y lo derrocó. Aquella mujer ardiente acababa de hacer lo mismo con los hermanos Orlov, que la habían entronizado.

En las cortes europeas se decía que pocas veces en la historia del mundo, la familia de un favorito había aportado más de lo que había recibido de un soberano. Alejo Orlov, el hermano más inteligente, era un gran estadista y la zarina supo sacarle partido. Ella tenía la astucia de un general y las habilidades de una cortesana al mismo tiempo. A José le impresionaba aquella brillantez, su refinamiento y su

inteligencia, que salían por cada poro de su piel formando el halo indescriptible de las personas tocadas por la mano de Dios.

—Señora, siempre estaré a sus pies. Soy leal, discreto, pensador, filósofo, constructor, marinero, soldado, bufón... Y el voluntario permanente para volver a comer el delicado manjar imperial que hoy he degustado por primera vez.

José se estaba vendiendo como mercancía. Quería repetir y el ansia lo hacía parecer demasiado evidente. Volvió a ponerse en pie con la amenaza de asaltarla de nuevo sin piedad. Ella corrió juguetona para divertirse. Le gustaba sentirse la dueña y señora de la escena.

Los años de desplantes y humillaciones de su marido, el zar Pedro II, le habían hecho mella. Necesitó desde muy pronto encontrar la aceptación en el deseo de mil amantes y el cariño de un favorito. Desde que se llamaba Sofía antes de pasar a ser Catalina, ya soñaba con que la amaran y, a la vez, con que la quisieran.

Hay personas que necesitan que las amen con pasión y otras que las quieran con lealtad y cariño. La zarina lo quería todo en una sola relación. Cuando le faltaba algún ingrediente, sentía la gelidez del vacío y necesitaba cambiar de compañero de juego. Para que ella pudiera querer y amar, ambas cosas tenían que darse en la misma partida.

La soberana era un animal de la política y esa noche había pasado por su cama el lince español de la estrategia. Él era capaz de dibujar el éxito y hacer un plano para llegar a la meta.

—Osip Mijáilovich..., recoja sus ropas y márchese. Ha sido fantástico disfrutar de su compañía, pero me da miedo acostumbrarme..., y cuando algo me gusta, me vuelvo testaruda. No nos interesa. Y yo soy tan adictiva como tal vez pudiera llegar a serlo usted.

—Tiene razón. Podría enamorarme o Su Alteza podría llegar a amarme.

La besó en los labios, con un mordisco lujurioso final, y se marchó con la certeza de que la inteligencia siempre está de parte de quien se hace desear. La zarina había disfrutado más de lo habitual. Le apetecía que el extranjero se quedara a dormir con ella, pero había olido el riesgo de la comunión de las pieles y le dejó abandonar la estancia, mientras susurraba un insulto con música de piropo.

—Engreído... Ya lo dicen los franceses cuando escriben sobre

España...

José cerró la puerta y pensó en su padre. El catalán Miguel de Ribas y Boyons, mariscal del Reino de Nápoles, que supo desde que era pequeño que aquel hijo era la esperanza de la familia y siempre soñó con sus triunfos. Fue quien le aconsejó que aprovechara la oportunidad de unirse al ejército ruso sirviendo a España, que debía ser su única patria. Para su familia, Nápoles siempre seguiría siendo español dictara lo que dictara la política. Aun así, él estaba seguro de que su padre jamás habría podido imaginar que uno de los lugares donde recalaría su nave sería el dormitorio imperial en San Petersburgo.

El español cerró la puerta tras de sí y se detuvo. Sintió por un segundo que la broma de la zarina sobre la pica en Flandes tenía sentido. Era el primer español que había llegado a la cama de Catalina la Grande. Su fama de «conocer» a todos los oficiales apuestos del ejército y a los nobles más mujeriegos y más atractivos dejaba abierta la incógnita del futuro. No podía saber si volverían a tener un encuentro así, pero sí sabía que, si volvía a ser elegido, disfrutaría tanto como lo había hecho en aquella cita. Mientras, se llevaba en la piel el delicioso y dulce aroma del perfume de una reina.

La emperatriz necesitaba mucho amor, mucha pasión, mucha carne. El favorito nunca era un obstáculo para conocer a nuevos y fogosos amantes, siempre más jóvenes que ella.

José de Ribas caminó por los pasillos del Palacio de Invierno en la creencia de que aquello era una conquista española, como su padre le había enseñado: «José, eres un Ribas, formas parte de la nobleza catalana y todo lo que hagas, lo harás para tu única patria, que siempre será España».

2

Septiembre de 1772

Aquel otoño era el más amarillo de todos los que había conocido José de Ribas y el más frío. Marrón, amarillo, ocre. El traqueteo de un carruaje sobre la tierra húmeda coloreaba aún más el paisaje. Marrón, amarillo y más ocre. Eso era todo. Para soñar los verdes mediterráneos había que cerrar los ojos.

Cuando uno comienza una nueva etapa de la vida, siempre recuerda la infancia, la patria, el regazo de la madre y el calor. Pero Rusia era fría ya en otoño y miles de kilómetros lo separaban de su familia. José recordaba escenas y pasajes de sus primeros años con sus hermanos Manuel, Andrés y Félix. Quizás el marrón, el amarillo y el ocre alimentaran respectivamente la nostalgia por lo entrañable, lo profundo y lo verdadero.

Parecía que los Ribas se mudaban de casa y hasta de tierra según los espasmos de la historia europea. Apenas cuarenta años antes, al término de 1733, treinta mil soldados españoles desembarcaron en el puerto de Livorno bajo el mando del marqués de Montemar. Tuvieron una clara victoria sobre los austriacos y consiguieron que resonara en todos los rincones del mundo conocido. El Reino de Nápoles volvió a ser español y el infante don Carlos, hijo mayor de Felipe V, ocupó su trono. Centenares de españoles fueron trasladándose a la que, sin duda, era una provincia más del Imperio español. Entre todos ellos, había llegado el joven capitán catalán Miguel de Ribas y Boyons. José había escuchado muchas veces a su madre, Margarita Plunkett, contar la historia de la familia.

—Hijos míos, sed buenos y soñad con fuerzas. Vuestro padre llegó aquí siendo un joven capitán y supo demostrar a todos que, además de su vocación militar, tenía un don innato y una sólida preparación para las construcciones civiles. ¿Quién podría haberle dicho cuando zarpó de Barcelona que se casaría con una irlandesa en

Nápoles, que tendría cuatro hijos y que llegaría a convertirse en cónsul de España en el Reino de Nápoles-Dos Sicilias, y en ministro de las Fuerzas Navales y Armadas napolitanas?

Recordaba que su madre se detenía siempre en esa pregunta en su relato y para recuperar la atención de los niños y hacerles reír, utilizaba un tono solemne mezclado con muecas y mirada pícara.

—¿Quién podría haberle hecho soñar a vuestro padre, cuando miraba el Mediterráneo desde la península Ibérica, que cruzaría el mar para casarse con la más bella dama llegada de tierras atlánticas, frías y húmedas?

José fue el primer hijo y el más avispado. Le sucedían, por este orden, sus hermanos Manuel, Andrés y Félix, con el que sentía una unión intelectual y vital más profunda. A sus ojos, el benjamín era el más valioso de los tres. Cuando se quedaba a solas con su madre, ella le decía que debía guardar el secreto: solamente él había heredado el talento de su padre.

Como su padre explicaba una y otra vez, al hacer el servicio militar en la Península, Miguel de Ribas no se habría atrevido a soñar con ser el delegado de la monarquía borbónica en un destino tan codiciado. No se trataba solo de él. Nadie lo habría hecho siendo solamente un joven avezado de Barcelona; nadie en esa situación, osaría soñar con ser mariscal de guerra. Sin embargo, José estaba convencido de que su padre habría fantaseado con un futuro distinto al de la mayoría. A él le sucedía algo parecido. Desde niño siempre se había sentido especial, como sentía que lo era aquella fría mañana de otoño en que completaba su viaje de Leipzig a San Petersburgo recordando sus correrías infantiles.

Desde muy pronto, desde sus primeros años, tuvo pensamientos obsesivos con el mar y acompañaba a su padre a visitar las reformas del puerto napolitano siempre que podía. Le apasionaban la geometría, las matemáticas y todo lo que tuviera que ver con la construcción. Destacó en el colegio y pronto en la academia militar. Tuvo lo mejor de cada mundo. Desarrollaba su parte más canalla cuando se unía a los grupos de chicos del puerto para jugar. Participaba en las escaramuzas y era un pequeño bribonzuelo más, capaz de protagonizar las más insospechadas gamberradas como cualquiera.

La única diferencia entre él y el resto de los muchachos era que

nunca aparcaba sus responsabilidades, y la ambición le hacía crecer como él quería: bebiéndose la vida y apostando a doble o nada en cualquier oportunidad que se le brindaba.

Su madre le decía con frecuencia que tenía la estrella del triunfo dibujada en la frente. El mariscal solo se lo dijo una vez. Siempre recordaría aquel día.

Cuando el pequeño José tenía apenas nueve años, su padre se levantó en mitad de la noche porque se había desvelado, y vio una luz desde su ventana que salía de la caseta donde se guardaban los aparejos, en la parte trasera del jardín. Pensó que se trataba de ladrones o tal vez de algún mendigo que aprovechaba la oscuridad y el abrigo de la noche para guarecerse allí. Asustado, Miguel de Ribas cogió un arma, la cargó y se encaminó sigiloso a la cabaña de madera. Prefirió mirar a través del cristal y tras las rejas, contempló el espectáculo más peregrino que había visto en su vida: el pequeño José le había robado sus mapas de la reconstrucción de la zona portuaria de Nápoles y estaba allí, dibujando sobre un tablero en el suelo. Cartabones, escuadras, reglas y plumas. Apenas una vela. Su hijo había reproducido su plano y lo estaba completando a su criterio.

Miguel de Ribas abrió la puerta tan sorprendido que no podía mostrar enfado. José mojó su ropa interior de la impresión. Se temió lo peor. Su padre no soportaría que hubiera tocado sus documentos. Las primeras sílabas que intentó pronunciar se quedaron en el camino. Le temblaba la voz y hasta el aliento. Era la propia imagen de la ternura. El pequeño estaba descalzo, con los pies polvorientos y el camisón blanco inmaculado.

—Lo siento, padre, lo siento mucho. Disculpadme, sé que no debería...

El padre no miraba a su hijo. Únicamente tenía ojos para el plano en el que estaba trabajando el pequeño.

—Hijo, ¿se puede saber qué es esto?

—Padre, disculpadme. —El pequeño suplicaba atemorizado—. Nunca debí cogerlos. Lo siento. De verdad, disculpadme. Tanto os escuché hablar sobre vuestro sueño para el puerto todas las tardes que pensé que podría dibujarlo. Os admiro tanto, padre, que estaba ilusionado por diseñar lo que pasaba por vuestro pensamiento.

El hombre no levantaba la cabeza del papel.

—Esto es simplemente... ¿Cómo has podido?

El niño juntó las manos implorando perdón, con la voz en un hilo que apenas salía de su boca. Intentaba evitar la furia, el enfado de su padre y las consecuencias que pudiera tener para él. El militar catalán creía en la educación con disciplina. Sus hijos conocían la severidad y la firmeza de los castigos cuando no actuaban con rectitud.

El hombre soltó los planos con cuidado y sujetó la cara de su hijo entre las manos, con el gesto serio, muy serio, sin dejar lugar a una mueca.

—Hijo mío, no escondas nunca tus dones. No te avergüences de tu inteligencia. Es el trabajo de un genio. No tapes tus talentos, presume de ellos. Termina lo que has empezado y lo llevaré para que lo completen los ingenieros y los arquitectos, pero tienes razón, hijo mío, nadie habría dibujado mis sueños para el puerto como tú.

—Entonces, padre, ¿no vais a castigarme?

—¿Castigarte por ser un genio? No, hijo, no. Estoy orgulloso de ti. Trabajaremos juntos para que tu talento te haga feliz y no tengas que esconderte, mucho menos robándole horas a tu debido descanso. La noche se ha hecho para dormir. Trasnochar es de truhanes y maleantes.

Miguel abrazó a su hijo durante segundos que a los dos les parecieron eternos. Sabían que ese instante quedaría impreso en sus memorias para siempre: aquel gesto tenía un significado profundo para ambos. Sabían que nunca volvería a repetirle esas palabras. Los caballeros valientes españoles sabían que no podían perder el tiempo en veleidades más propias de mujeres. Ellos eran hombres fuertes.

Sin más recordatorios de aquel mensaje indeleble. Así pasaron los años padre e hijo. Juntos, formando al pequeño genio con el orgullo de tener un Ribas de la nueva generación que daría mucho que hablar cuando alcanzara la madurez. Jamás volvió a elogiarlo en demasía —el mariscal siempre pensó que el halago lo debilitaría—. Eso sí, lo trató con el respeto de saber que tenía una inteligencia y una voluntad que honrarían a España.

Cuando José cumplió los dieciséis, el entonces rey, Fernando IV, premiando sus méritos y también agradeciendo los servicios de su padre, lo nombró subteniente. En esa estrategia del doble o nada en la que se había criado, cuando llegó a los dieciocho, ya había alcanzado el grado de mayor. Siempre estudiando, siempre dibujando, haciendo planos, mapas, siempre desarrollando tácticas.

Sin miedos, sin pudor, sin complejos y con muchas ganas de comerse el mundo. Cualquier reto se le quedaba corto enseguida. Así fue el pequeño José y así era el joven José en aquel periplo, ya camino de la empresa más compleja de todos los años de su vida: Rusia.

No dejó de pensar en su padre durante ese viaje que, sin lugar a dudas, cambiaría su futuro. El día que cumplió la mayoría de edad le había pedido que lo acompañara a dar un paseo por el puerto de Nápoles. Aquellas calles con sus callejuelas y callejones, todo el barrio y sus aledaños marcaban el terreno de silencios compartidos y confidencias entre los dos. Desde el episodio en la caseta de las herramientas, nunca habían vuelto a hablar del destino. Solo conversaban sobre realidades y el sentido del deber, hasta que Miguel de Ribas, en aquel cumpleaños tan señalado, le confió su nueva misión ante aquellos edificios que, en parte, había esbozado José a los nueve años.

Con la madurez como parte de su equipaje, mientras atravesaba el golfo de Finlandia para llegar a la capital rusa, recordaba ese cielo de su hogar más azul de lo que lo había visto nunca, más cálido y más alegre. «Será la nostalgia», pensó mientras evocaba las palabras de su padre.

—Hijo, he soñado con este día tantas y tantas veces... Ya somos dos, ya estamos los dos. Llevo mucho tiempo esperándoos en la soledad del hombre de la casa. Ahora que ya sois mayor del ejército y que habéis cumplido los dieciocho, me gustaría que viajarais a Irlanda a encargaros de algunos temas familiares. Aunque somos españoles, la nobleza de vuestra sangre se alimenta de los clanes irlandeses de los que procedéis. Pertenecer a dos clanes como los Duncan y los Finngald es algo que debéis llevar muy a gala, y me gustaría que fuerais allí a resolver parte de nuestros asuntos financieros. Igual que conservamos los terrenos de los Ribas en España, preservaremos allá los de los Plunkett. Vuestra madre heredó propiedades que hay que custodiar para que pasen a vuestras manos igual que un día pasaron a las nuestras. Tierras más verdes, clima más duro y pieles más claras: así es Irlanda.

—¿De verdad, padre? ¿Podré hacer el viaje solo? —José estaba emocionado porque su futuro se le antojaba una aventura.

—Hijo, sois mayor del ejército. Podéis y debéis hacer la guerra si toca. Por supuesto, vuestra madre y yo nos encargaremos de que

tengáis todo tipo de comodidades para vuestra estancia, y de que podáis conocer al paso las cortes de Francia e Inglaterra. Vuestra educación se verá completada durante estos meses. También entenderéis una de las principales cuestiones que distinguen a una familia noble del resto.

—Lleváis años explicándome mi responsabilidad sobre la nobleza de nuestra estirpe.

—Cada generación será juzgada por el uso que hizo de su título para contribuir a prestigiarlo. Además, se valora el crecimiento del patrimonio. En eso nos distinguimos los de nobleza antigua de quienes hacen sus fortunas solo con suerte y trabajo. No necesitamos hacer ostentación para que los demás reconozcan nuestro linaje porque la historia familiar nos avala. Por eso, hijo, a los nobles se nos reconoce en nuestra austeridad.

El español seguía su viaje mientras iba y venía de sus recuerdos a la realidad. Nunca Rusia había estado en sus planes, ni siquiera en sus sueños. Pero el carácter de un individuo es el arquitecto de su destino. Él lo tenía claro. Su vocación y sus conocimientos de ingeniería le habían hecho dibujar mapas y esquemas de cada circunstancia de su vida. Su cerebro se había convertido en el mecánico de su futuro. Y ese era su destino: abrir rutas inexploradas. La primera ruta, la que lo llevó a Irlanda, le descubrió que tenía un don natural que le permitiría hacer lo que quisiera en la vida.

Los padres de José habían procurado a sus hijos una formación muy cosmopolita, con perfecta dicción y gramática en varios idiomas. Él era un camaleón en cualquier ambiente de cualquier lugar del mundo. Disfrutaba de los bailes de sociedad, de las reuniones de caballeros y agasajaba a las damas, pero también se divertía en las tabernas y los lupanares, los más arrabaleros, aquellos que definían los bajos fondos de las ciudades con olor a alcohol, sudor y sexo.

Fuera donde fuera, el español se convertía en uno más, y no en uno cualquiera, sino en el ingenioso, divertido, culto y exótico hombre del que todos querían estar cerca. Su talento estaba imantado para lo bueno y para lo menos bueno también. Tenía la cualidad de encontrar la parte más cómica de cualquier detalle, con un humor que llegaba a las mentes más vulgares y a las más ilustradas.

La última parada de José en su regreso de Irlanda a Nápoles fue Livorno. Su padre lo había calculado todo con cierto aire ceremonial para que tuviera que tratar con las personas más importantes e interesantes del lugar. Esbozó una sonrisa cuando vio de lejos la ciudad a la que había llegado Miguel de Ribas desde Barcelona y donde comenzó todo. «Padre y sus mensajes encriptados en símbolos», susurró para sí.

Esa última estación había sido concebida como una especie de ritual en el que su hijo recogería el testigo familiar para continuar con los méritos de una saga que tenía impresa en su estirpe la nobleza española.

Miguel de Ribas lo había enviado con varias cartas que había de entregar a algunos dignatarios en Livorno. Esa era la urbe que en la mente de todos los españoles llegados a Nápoles tenía implícito el aroma de la recuperación de esos territorios que nunca deberían haber dejado de pertenecer a España. Su patria era su mensaje más potente. Esa bandera estaba cosida al corazón de aquel hombre que siempre defendía que Nápoles no era otra cosa que una demarcación más del imperio.

Una de esas misivas estaba dirigida al cónsul británico Juan Dick. Cuando José fue a entregársela, se encontró con un hombre gentil, afable y muy interesado en conocer cómo había sido su paso por Londres, qué noticias y rumores que pudieran ponerlo en alerta se escuchaban por los pasillos, y qué maldades mascullaban los nobles y el ejército.

—Nunca, querido José, encontraréis tanta información en un salón como en un pasillo. Haced caso de este consejo y buscad los corrillos para saber lo que los cobardes y mediocres comentan en privado, y las verdades y mentiras que los valientes no se atreverán a pronunciar en público.

—Cónsul, sabio consejo. Tomaré nota y le citaré cada vez que se lo regale a otra persona.

—Agradecido, mayor —replicó Dick.

Ambos conectaron por la complicidad del humor inteligente y socarrón que hace brillar la sonrisa sobre la carcajada, ese humor de altos despachos que siempre se distinguió por el tono y el volumen de las bromas obscenas de taberna. Dick percibió la osadía, la formación y la mente ágil y despierta del español, pero además olisqueó su

ambición. Le pidió que acudiera a una recepción en su residencia, en la que el invitado de honor era su huésped, el conde ruso Orlov.

El anfitrión se sorprendió como se sorprende cualquiera que da por hecho que lo cercano para uno debe ser conocido por todos los demás. Sin ninguna mala intención, pero con toda la perplejidad, dio una palmada a su invitado conduciéndolo hacia el centro del salón.

—¿Cómo? No puedo creer que un hombre de mundo como vos no sepáis quién es Alejo Orlov. Si conocéis los pasillos de las principales cortes de Europa, tenéis que poner vuestra mirada en Rusia. Catalina la Grande es la mujer más deseada del continente, ya se fantasea con ella como se ha hecho con todas las grandes leyendas.

—Cónsul, me disculpo por la ignorancia, pero mi padre me enseñó a hacerlo así, con toda la franqueza. No soy un hombre de apariencias. Si sé, hablo. Si no sé, callo o pregunto. La fanfarronada me parece de necios.

—Vuestro padre siempre ha sido un sabio, mayor. Me place informaros de que el conde es una de las personas más importantes de Rusia. La zarina le ha encargado la misión de la Armada rusa de la que todo el mundo habla y con la que Inglaterra está perfectamente alineada.

—Escuché en Londres que una flota había salido de la base rusa de Krondstadt con el fin de hacerse con los territorios otomanos del mar Negro. Aunque, francamente —se excusó José—, lo explicaban con sorna. Todos los que estaban presentes en la conversación se reían diciendo que no lograrían pasar de Gibraltar con esa ridiculez de Armada.

—No hagáis caso a quienes no participan en los asuntos de Estado. O más bien, haced vuestro mi consejo de hace unos minutos: «los asuntos se encuentran en los pasillos, los argumentos y las razones no». Sacad vuestras propias conclusiones, aunque creedme si os digo que es una buena oportunidad. Confiad en mi intuición y aprovechad la ocasión para conocerlo.

José de Ribas atendió a sus recomendaciones y regresó esa misma tarde a la residencia para la celebración. Desde que era un niño, tenía como lema no perder ninguna oportunidad que se le presentara, y el cónsul le había sugerido que debía conocer a tan importante personaje.

Se había acicalado como correspondía. Iba perfumado y llevaba

su uniforme blanco de gala, con una casaca ceñida que dejaba en evidencia su complexión fina y su estatura media. Una banda roja le cruzaba el pecho sobre la blusa y la corbata de encaje estaba prendida por una esmeralda. Margarita, su madre, siempre procuraba que sus hijos llevaran algo verde para celebrar sus raíces irlandesas. Ella se resignaba a pequeños detalles así, porque su marido había insuflado en ellos un patriotismo español del que todos hacían gala, en ocasiones con una exageración que rozaba el ridículo.

La casa le pareció más majestuosa de noche. El acceso estaba flanqueado por hachones y lacayos enfilados que recibían a los invitados. Dick, el cónsul, se alegró de verlo y entendió que estaba allí movido por las palabras de su último encuentro sobre el conde Orlov. El mármol blanco todo lo presidía y solo se rompía con los azules y los verdes de las tapicerías y, especialmente, con las oscuras escenas de las pinturas de batallas inglesas sobre la pared. Todo lo demás era oro. El color dorado ribeteaba y jalonaba lo irisado del mármol y los tonos variados de las telas y los lienzos.

—Me complace mucho vuestra presencia. Lo prometido es deuda, mayor. Os presentaré al conde.

En la sala no debía haber más de veinte personas. Había muchos más miembros del servicio y músicos que invitados en la casa aquella noche. Ribas percibió el honor que suponía estar allí por lo selectiva que era la convocatoria para honrar a un huésped tan principal.

Dick avanzó con premura hacia Orlov, y cuando presentó a aquellos dos hombres, notó la química que se produce al comienzo de algo importante. Alejo Orlov ya había oído algunos comentarios sobre un joven oficial del ejército napolitano, hijo de un alto cargo del Ministerio de la Guerra. No esperaba a alguien tan joven ni tan pequeño. Si la estatura recortada del español ya era reseñable para sus paisanos, para un ruso se volvía cuando menos llamativa.

A Ribas le sorprendió enseguida la prestancia de aquel hombre que debía de estar holgadamente en la treintena. Piel curtida y dura, los poros abiertos y ese rubor exagerado que delata la parranda y el desenfreno habitual. Todos lo conocían como «Caracortada» por la cicatriz de un sablazo que cruzaba su mejilla. Paladeaba el sabroso vino italiano, entendiendo la fabulosa calidad del tinto que le habían ofrecido. Hacía esos característicos gestos con la boca que demuestran que se sabe disfrutar de un caldo desde la nariz hasta las papilas

gustativas. El conde Orlov disfrazaba su delirio por la bebida y por las mujeres con ropajes lujosos y cuidados, propios de la corte petersburguesa, así como con una conversación culta y con un conocimiento de la política abrumador.

Orlov y Ribas parecían abducidos el uno por el otro. El conde había tenido pocas ocasiones de conversación fluida porque la mayoría de los invitados no hablaba alemán y él no era capaz de manejarse más allá de la cortesía en francés o inglés. Con su tosco alemán, menos pulido que el del español, entraron en una espiral de atracción en la que los dos sintieron que podrían hacer algo juntos. A veces, la dinámica del enamoramiento funciona para las empresas y para la ambición, disparando todos los resortes del cerebro y la intuición, uniendo a dos personas sin más razón que lo que se percibe.

Aquella noche, en casa del cónsul de Inglaterra, un ruso y un español adquirieron un compromiso insólito e improvisado: el conde ofreció al mayor que se enrolara en la Armada imperial rusa. Ribas, escéptico, preguntó en calidad de qué, y Orlov le ofreció lo único que tenía como opción.

—Mayor, ahora solamente podríais sumaros como mi ayudante. No hay cargo militar para ofreceros. Siempre puedo usar el pretexto de que seáis mi intérprete, por mi desconocimiento de la mayoría de los idiomas europeos. Ya veis que solo el alemán me sirve para comunicarme, y no es frecuente que las personas que me interesan para mis asuntos lo utilicen con desenvoltura.

—Conde, perdonadme si os parezco pretencioso: no es esa mi aspiración en la vida.

—Miradme a los ojos. Os necesito. Y esto será un comienzo. Si vos resultáis ser tan valiente y atrevido como parecéis, os estoy ofreciendo la oportunidad de vuestra vida.

—Muy agradecido a vuestra excelencia, pero tendré que pensarlo. Creo que un sí o un no inmediato sería un craso error por mi parte.

El mayor José de Ribas volvía de sus recuerdos al presente. Continuaba su viaje hacia San Petersburgo absorto en la intensidad de aquel encuentro con Orlov que había desencadenado todo lo demás. Los tiempos estaban siendo más agitados de lo que su padre le

pronosticara. El hijo que partió de Nápoles para agrandar su conocimiento del mundo jamás regresó a casa y empezó el rumbo a su nueva vida desde Livorno.

Desde allí hizo todas las gestiones y pasó el tiempo hasta que Orlov iniciara su expedición. Su intuición le dictaba que, si bien era cierto que se incorporaría como civil, sin más encargo que el de auxiliar a aquel completo desconocido para que pudiera comunicarse, pronto el conde no tomaría una sola decisión sin consultarle. Ribas se tenía por un tipo listo, hábil, intrépido, rápido, diplomático y polifacético. Ningún estratega, ni siquiera Orlov, renunciaría al servicio de un hombre que reuniera todas esas características.

Antes de enrolarse, lo hizo todo como le habían enseñado: con respeto y cabeza. Sopesó una y mil veces las circunstancias del entorno y de la política. Siguió todos los pasos que creía debía dar: las cartas a su padre pidiendo consejo y autorización, las conversaciones con el cónsul británico, que lo animaba hablándole del apoyo de Inglaterra a Rusia, y, por supuesto, el estudio de toda la información a la que lograba acceder. Como siempre en su vida, pasó días y noches leyendo sobre el asunto y dibujando esquemas. Procuraba traducir pensamientos, proyectos e ideas a un plano sintético y claro. «Tengo argumentos a favor y en contra, pero si no voy, pasaré toda la vida pensando en cómo me habría ido si hubiera aprovechado la oportunidad —se decía a sí mismo— He leído demasiadas teorías de los clásicos sobre la frustración y no quiero que ese sea mi sino».

Cuando Orlov le hizo la propuesta, también generó en el español muchas preocupaciones. No dejaba de pensar en las alianzas borbónicas de España y Francia y en la trascendencia de estas en el futuro del imperio y, por ende, de Nápoles. El objetivo de Rusia eran los turcos, y estos habían sido tradicionalmente aliados de los franceses. Desconocía hasta qué punto podría ser inteligente entrar en ese juego. Él se sentía ante todo español y napolitano. Miguel de Ribas le había enseñado el sentimiento de patria como una religión y le preocupaba traspasar cualquier límite y equivocarse.

Finalmente, y tras valorar y hacer listas con los pros y los contras, dio un paso al frente. Decidió sumarse a Orlov y, como un regalo del destino, lo acompañó en la batalla de Chesme. Era difícil no sentirse tocado por la mano de Dios cuando en la primera expedición se vive un éxito de los más gloriosos de todos los tiempos para los rusos, una

victoria de esas en las que los vencedores todo lo perciben como un talismán, porque en principio parecía imposible derrotar al enemigo.

Ese día era el 25 de junio de 1770. Veintiséis barcos rusos derrotaron a sesenta y tres naves turcas encerrándolas en la bahía de Chesmenskaya. «La flota enemiga fue atacada, rota, quemada, puesta en el cielo, convertida en cenizas», explicaba el informe de Alejo Orlov del día siguiente. Y José recordaba aún la conversación que había mantenido después con él.

—Ribas: ya os siento como uno más de los míos. Hay personas que no generan lugar a dudas y vos sois transparente como un ruso después de una botella de vodka. —Orlov se había dado cuenta de que era un hombre leal a la primera de cambio—. Esta batalla supone un hito para nosotros y tendréis grandes encargos próximamente.

—Gracias, conde. He recibido una lección inolvidable de estrategia militar en mi primera contienda naval. El combate inicial en mar abierto ha durado apenas hora y media, aunque se me haya antojado una eternidad. Nunca pensé que pudiera ser tan breve.

—Ya habéis visto que estábamos en inferioridad de condiciones —le explicó Orlov como quien dicta magistralmente—. Nuestros oficiales se habían reunido con la conciencia de que podrían estar asistiendo a su muerte diferida. Sabían que estaban entregados a los dictados del destino y tan solo el valiente capitán Spiridov conservaba el optimismo en buena forma. Los demás oficiales al frente de los navíos estaban más desanimados, pero la maniobra de los otomanos dejaba evidencias de que no querían combatir en el mar, sino cerca de la costa para guarecerse o reforzar las tropas si necesitaban más efectivos o si se producían más bajas de las esperadas.

—Eso me pareció soberbio —prosiguió Ribas—. Nuestra armada vio la dificultad y se mascaba la confianza de los turcos en sus cañones. Creían que iban a destrozarnos en mil pedazos. Solamente teníamos una baza de superioridad en la valentía de nuestros hombres y un único movimiento posible para triunfar.

—Así fue —remató el conde—. Las naves otomanas habían situado la proa hacia la salida del estrecho, al noroeste. Teníamos que lograr colocarnos en paralelo para tener el viento a favor y, con esa ventaja, disparar primero a las naves grandes y después a las más pequeñas. La victoria llegó con la maniobra más arriesgada. Quien no arriesga, no gana.

—Ya, pero ha sido sobrecogedor estar junto a vos a bordo del Tres Jerarcas. En ese estruendo, creo que mi juventud se esfumó —dijo el español hablando con gravedad—. El ruido atronador y la sensación de estar en el mismo centro del infierno me ha hecho sentir que he nacido para la guerra. Ni siquiera pensé en mi madre, como se hace al borde de la muerte. Me concentré en derrotar a los infieles y miré los estandartes de San Juan de Jerusalén que lucían los mástiles.

—Sois divertido, José. Habéis sentido la necesitad de formar parte de un episodio que dejará huella en la historia.

—Sí, conde. Sobre todo cuando el estruendo terminó y nos dimos cuenta de que ese avance no era una batalla ganada. Todavía faltaba la mitad del combate. Teníamos a la flota turca rodeada y aparentemente inmovilizada, pero no podíamos entrar a tomar los territorios y continuar con el ataque. Solo cabía una opción: acabar con los barcos con brulotes incendiarios. La única probabilidad era enviar a cuatro voluntarios con botes con explosivos para volar las naves turcas, y que intentaran salvar sus vidas en un escape heroico.

Orlov y Ribas rieron al recordar su conversación en aquel instante mítico de la batalla.

—Mal rayo me parta...

—¿Qué murmuráis en español? No creo que sea momento para jugar a las adivinanzas.

—Conde Orlov, maldigo mis escasos conocimientos sobre navegación. Querría ser voluntario y hacerlo yo.

—No digáis sandeces. Vuestra vida tiene más sentido en Rusia que la de otros. Vos sois mi talismán y el primer español junto a los rusos en un triunfo así si se da la victoria. Tendréis misiones más importantes.

Ribas aprendió que la estrategia todo lo puede. El éxito en esa batalla, que todos entendían como una de las más importantes en las que participaron, fue fruto directo de la inteligencia, del arrojo y de saber buscar una válvula de escape a una situación que aparentemente no tenía salida. Orlov y los suyos ganaron lo perdido y los otomanos perdieron lo que habían dado por ganado.

«No se puede infravalorar al rival» fue una de las máximas de José a partir de ese día. Hay lapsus pequeños de tiempo que encierran más enseñanzas que años completos.

No obstante, y pese a esa victoria, no eran los mejores tiempos

para el conde. Empezaba a vivirse en San Petersburgo una situación de riesgo para el poder de los Orlov. La crisis sentimental entre la zarina y su favorito, el príncipe Gregorio Orlov, hermano del conde, era cada vez más un secreto a voces. Todos sabían que el día que esa relación concluyese, la emperatriz les buscaría un buen retiro y les dejaría con las arcas llenas, pero daría paso al siguiente favorito. Catalina estaba cada día más harta de Gregorio.

Era una historia tan vieja como la de la propia humanidad. Cuando alguien demora la ejecución de una decisión ya tomada, el corazón, la maldita pereza y ese punto y seguido que debió ser final acrecientan el peligro de la rudeza y la brusquedad en el fatídico instante que se presenta sin avisar. Lo que en principio debería ser generoso, medido y civilizado, se vuelve hosco en un arrebato inevitable, el típico «hasta aquí hemos llegado». Expresiones como esta, desde siempre, en diferentes formas y en cualquier idioma, han supuesto el comienzo de muchos enfrentamientos y hasta de algunas guerras.

3

Poco más de dos años después de la gran victoria en Chesme, soplaban vientos de cambio aquel otoño en la corte. Los vientos son meras metáforas, porque en esa corte cualquier nimiedad, por pequeña que fuera, pasaba por la cabeza de la zarina. Y en el reducido espacio triangulado entre la nuca, la coronilla y la punta de la nariz de aquella mujer, surgían explosiones. En unos casos eran geniales; en otros, perversas, pero siempre estallaban pequeñas revoluciones, mínimas, que iban conformando una época, la época de Catalina II de Rusia, la Grande.

Los Orlov estaban entre las personas que mejor la conocían. No solo la habían colocado en el trono, sino que la habían acompañado mañana y también noche en cada una de sus maquinaciones, en cada uno de sus proyectos y en cada una de sus estrategias.

—Gregorio, ahora que vuestros días como favorito llegan a su fin, tenemos que jugar esta baza —le espetó Alejo a su hermano—. Sea cual sea el desenlace, siempre nos quedará un vínculo indisoluble con Catalina.

—Imagino, Alejo, que os referís al conde Bóbrinski. Sí, parece que a la zarina le falla la memoria y ha olvidado cómo llegó al trono.

—Exactamente, Gregorio. Ya os he dicho que el español es el hombre perfecto para que se encargue de su educación. Ambos tenemos escasa confianza en que el zarévich llegue a ser zar. Y de igual manera que entronizamos a Catalina mediante un golpe, vuestro hijo podría mantenernos en el poder. Todo, a pesar de que su segundo puesto en el orden de sucesión sea más una fantasía que a la zarina le gusta alimentar. Y Rusia no quiere bastardos en el trono.

—Tenéis razón —replicó el favorito—. Cualquier alternativa a Pablo, con lo que lo detesta, le resultaría atractiva por platónica que fuera. Ya conocéis sus pensamientos siempre alerta y su necesidad de tener una puerta de salida alternativa en todas las habitaciones.

—Es tan controladora y previsora que siempre procura tener una

bala en la recámara, además de un estilete disimulado en su *châtelaine* —musitó Alejo.

Ese era un detalle que solo conocían las personas más cercanas. La zarina siempre pedía que, entre esas joyas que se colgaban de la cintura, hubiera medio escondido, además de los colgantes para las llaves y demás objetos de uso práctico, un objeto punzante que necesitaba tener a mano. En la *châtelaine* más elegante que tenía, una de oro y zafiros, encargó que le colocaran un punzón perfecto para matar, siempre que se clavara con tino en la yugular. Se lo taparon con una funda preciosa de marfil con zafiros que no dejaba adivinar la crueldad de su intención. Había sido entrenada para repeler un ataque y acabar con su contrincante.

Le pesara a quien le pesara, el pequeño Bóbrinski, de nombre también Alejo, era un Orlov. Y Pablo era tan oscuro, siniestro y grotesco, tan retorcido que no contaba con más favores que los de quienes podían ganar con su ascenso al trono. El heredero no tenía apenas amigos, pero sí un perverso tutor, Nicolás Panin, a quien el poder le excitaba de tal forma que hacía que sus principios se tambalearan con el mero silbido de la avaricia. Tras un breve silencio, Alejo Orlov continuó hablando.

—Ribas tiene muchos puntos a su favor para ser el hombre clave en la formación de vuestro hijo como heredero al trono. Puede convertirlo perfectamente en la alternativa a Pablo: el español no conoce a nadie en Rusia, sabe idiomas, es culto y tiene visión y olfato para la estrategia. Tan solo debemos convencer a Iván Betskói, que es la voz que escucha la emperatriz en materia de educación.

—Betskói no será problema, creedme —aseguró Gregorio—. Por lo que decís de ese extranjero, le gustará su abigarrada forma de ser ilustrado. Por eso, le encomendaré que hospede al español y que le dé las pautas necesarias para convertirse en uno más de la corte. Le diré que vos mismo habéis propuesto su nombre como el mejor anfitrión posible. El viejo y arrogante sabio es amigo de Rousseau, y ya sabéis cómo es con los del sur de Europa: caerá rendido ante el joven.

Estas anécdotas, casualidades e intrigas llevaron a Ribas a Leipzig para recoger a su nuevo pupilo. Juntos emprenderían rumbo hacia su común destino en el Cuerpo de Cadetes de San Petersburgo. De vuelta

de sus pensamientos a la realidad de aquel viaje, las hojas de los abedules proporcionaban a la memoria del viajero del sur el color que teñiría eternamente sus recuerdos de la llegada a la capital.

Todo seguía siendo amarillo, marrón y ocre. José de Ribas viajaba vestido con su uniforme blanco, el de mayor del ejército de Nápoles, el mismo impoluto con el que había asistido a aquella fiesta en la residencia del cónsul británico en Livorno donde había conocido al conde Orlov. No tenía el menor sentido, pero nada de lo que estaba sucediendo lo tenía. Y para las ocasiones inexplicables y excepcionales, no existe protocolo. El protocolo está en la osadía, en la intuición y, cómo no, en las buenas maneras.

El camino desde Leipzig a San Petersburgo era largo, pero respondía a la primera misión que le había encargado Orlov. El conde Bóbrinski, con apenas diez años, viajaba junto a José, sentado frente a él. Los acompañaban dos criados.

—Señor, tengo una pregunta. ¿Por qué habéis venido vos y no otro a recogerme? —inquirió Bóbrinski.

—Por encargo del conde Orlov, como ya os he dicho varias veces —replicó el español—. Me pidió que os trajera de regreso con la familia Shkurin. Quería que tuviéramos la oportunidad de conocernos en un ambiente distinto al del Cuerpo de Cadetes. Parece que no os convence mi respuesta.

—Lo cierto es que no lo entiendo.

Bóbrinski agachó la cabeza y volvió pensativo a su silencio. Desde su nacimiento, había sido criado como uno más de la familia, junto a los hijos de Basilio Shkurin, el ayudante de cámara de la zarina. A pesar de eso, llevaba ya cuatro años formándose en una institución en Leipzig, sin excesivo resultado para el joven. Daba muestras de ser un niño mimado y malcriado, con más briznas de avaricia en su carácter que de ambición. Catalina asumía todos los costes de la educación de su hijo y de su vida en general. A su vez, procuraba a la familia la riqueza suficiente para una vida desahogada.

La berlina llevaba ya varias jornadas de camino. El joven conde Alejo estaba deseando llegar. Aunque el carruaje fuera cómodo, el trayecto era demasiado largo. Los caballos tiraban de aquella taza gigante, adornada en exceso con dorados y molduras y escenas de la corte pintadas por un artista en el exterior. Realmente era arte en movimiento, se trataba de un cuadro palaciego transportado sobre

ruedas.

Desde la ventanilla, José veía con dificultad el pescante, en el que el cochero iba ataviado con una casaca con ricos bordados. La imagen de aquel siervo engalanado debía acompañar la pompa de la berlina, aunque resultara ilógico llevar a un cochero vestido mejor que muchos aristócratas europeos.

—Señor, tengo una pregunta. —El joven conde volvía a la carga, con esa suerte de muletilla con la que empezaba sus conversaciones.

Ribas sonrió al pequeño, que se dirigía a él en alemán, dándole paso con un gesto para que continuara.

—¿Vos no habláis ruso?

—No, pero hablo español, francés, italiano, alemán, inglés y latín. Y estoy aprendiendo ruso.

José de Ribas miraba fijamente a aquel niño. Parecía un príncipe, tal vez porque lo era sin saberlo. Peluca blanca, levita verde agua con seda adamascada, pasamanería y alamares en color ocre. Corbata de fino encaje blanco, típica, con tres volantes planchados respetando la simetría y con el apresto adecuado. Era un caballero en miniatura. No le faltaba el más mínimo detalle. Al fin y al cabo, se estaba criando en la casa del ayudante de cámara de una emperatriz. Ni siquiera se privaba del alfiler del cuello, que ponía el último detalle con una amatista discreta. Era tan guapo como su tío Alejo Orlov le había contado.

El viejo Orlov había confiado al nuevo tutor del muchacho uno de los secretos mejor guardados de la corte de Catalina la Grande cuando le encargó la educación del pequeño conde y de los infantes Shkurin.

Bóbrinski no se quedó contento con la respuesta.

—¿El señor Betskói sabe que vos seréis mi tutor?

—Imagino que se lo habrán anticipado, porque me hospedaré en su casa hasta que preparen mis aposentos en la academia de cadetes.

—¿Lo va a alojar en su casa? Me parece increíble. No lo entiendo. Él es la persona a la que la emperatriz confía la educación y la cultura de Rusia. No lo comprendo.

—¿Qué es lo que no entendéis, joven conde?

José sonreía. Al mirarlo, le parecía ver a un hombre encerrado en el cuerpo de un niño. Razonaba de forma madura, aunque soberbia. Podía percibirse, sin hacer un gran esfuerzo, que los cuatro años de

formación en Leipzig le habían arrebatado cualquier atisbo de inocencia.

—El señor Betskói no confía en los extranjeros para educar a los nobles rusos. Lo repite sin parar. Y si vos fuerais francés o alemán, sería más lógico. Pero no hay españoles en Rusia. No comprendo qué hacéis vos aquí. Los sureños sois diferentes. Nacisteis en el Mediterráneo. Tenéis más que ver con los turcos que con nosotros.

A medida que avanzaba la conversación, Ribas era menos paciente con la insolencia de aquel repelente interlocutor. Se disfrazó con una sonrisa e intentó no enzarzarse y ponerse a la altura del provocador. Le parecía mentira que le estuviese echando un pulso así para intentar quitarse de encima a su nuevo tutor antes de llegar a su destino.

—Ya lo entenderéis, conde. Y seremos buenos amigos. Barcelona y Nápoles son las ciudades de mi familia. Esas aguas son cálidas y honorables. No pretendáis hacer un insulto del nombre del mar que baña mi tierra. Tenéis mucho que aprender de este español al que os complace despreciar, que, por cierto, forma parte de la nobleza, si la aclaración os deja más tranquilo.

El carruaje estaba tapizado de seda, cuero y terciopelo en los colores del hielo cuando se vuelve gris. La talla en la madera dorada recordaba a José la solemnidad de la capital más joven de Europa, la grandeza de la corte de Catalina. Todo lujo era poco en San Petersburgo. Pero hasta los más pomposos carruajes pueden sacar de quicio con el movimiento de péndulo de la ostentación. A veces, el exceso toma forma de borlones en las esquinas de la tapicería, esos objetos colgantes que tintinean cuando las ruedas de madera atraviesan los caminos empedrados de Rusia.

El silencio se hizo en aquel pequeño espacio. José percibía la arrogancia en aquel niño que no sabía quién era su madre y que, indudablemente, tenía los genes de la emperatriz. El español intentó recordar todos los detalles del nacimiento de Bóbrinski. Sabía que cuando se instalara en la capital del imperio, tendría que tomar nota de toda la información para tenerla a mano y poder adaptarse al lugar, a la vida y a las costumbres.

Tenía que repetirse a sí mismo que al joven no le habían contado que era hijo bastardo de la zarina y que, por lo tanto, era un posible sucesor al trono, para no responderle como se merecía. Maldijo para

sus adentros las veces que había protestado por las insolencias de sus hermanos pequeños; al lado de ese diablo en miniatura, todos los Ribas merecían el ascenso a los altares.

El español conocía las circunstancias de su cuna como secreto de Estado por la única razón de que tenía que asumir su formación, sabiendo que podría llegar a convertirse en zar de todas las Rusias. Era una posibilidad remota, pero era la única de los Orlov para garantizarse la continuidad en el poder de por vida. Más allá de las controversias que suponían sus orígenes ilegítimos, no cabía duda de que la historia más reciente de aquella tierra se había escrito saltándose lo establecido con el derrocamiento del emperador y el ascenso al trono de su esposa, no como regente, sino como soberana impuesta por los autores del golpe.

Ribas volvió a su memoria para repasar todos los datos, y recordó perfectamente una conversación con el conde Alejo Orlov en la que le trasladó muchos detalles mientras estaban en la cubierta del barco.

José miraba por la ventana los árboles a su paso, en esa mezcla parduzca y amarillenta con silbidos de viento. Estaba recordando a Orlov como si estuvieran allí, con el fondo del sonido del mar y la brisa en la cara.

—Bóbrinski nació sin que el zar Pedro III llegara a enterarse nunca. Catalina y él estaban casados y ella le ocultó el embarazo. Mi hermano Gregorio ya era entonces su favorito. Ella, con toda su dignidad y su altivez, ocultó sus vómitos, sus mareos, su malestar... Apretó su corsé cada vez con más fuerza, bailó, hizo todas las reverencias y cumplió con las obligaciones sociales.

—Es excitante todo lo que contáis de la zarina —musitó José, ávido de información.

—Pedro III, el marido de Catalina, se había convertido en emperador nada más comenzar 1762, cuando murió su tía, la zarina Isabel I. En aquellos tiempos, su matrimonio ya era un desastre. Lo fue desde la misma noche de bodas. Cuando el zar se instaló en los aposentos imperiales del Palacio de Invierno, una vez muerta su predecesora, lo hizo acompañado ya por Isabel Vorontsova, su favorita, una adolescente que se jactaba de su vulgaridad y que tenía la cara picada por la viruela.

—Es increíble la naturaleza humana. ¿Por qué cambiaremos siempre lo más interesante por lo más cómodo? —se preguntó el

español.

—No os equivoquéis, mayor. La presencia de aquella joven y la usurpación de su lugar como esposa supusieron una bendición para la emperatriz en esos meses. Bajo aquellas circunstancias, pudo ocultar el embarazo hasta su término. El emperador solo veía a su esposa vestida, en las ocasiones que se presentaban como estrictamente necesarias y, además, no la miraba directamente en señal de desdén. Catalina aprendió a dar la espalda a sus continuos desprecios e hizo de la necesidad virtud, aunque las heridas de las humillaciones y las continuas vejaciones seguirían abiertas de por vida.

—Pobre mujer, por muy fuerte que sea uno, eso te acompaña siempre.

—Tenéis razón, Ribas: esas heridas nunca se cerraron del todo, aunque ella logró que no hubiera otras nuevas. No podía evitar que él quisiera destrozarla. Aprendió que la única forma de afrontarlo con el menor daño era trabajarse a sí misma para que le afectara lo menos posible en su fuero interno. Catalina llegó al final de los nueve meses de su embarazo sin que el estúpido de su marido albergara la más mínima sospecha. —Orlov explicaba con sorna que la impudicia del zar lo liberaba de disimulos o sutilezas—. Sin reparos, cuando fue coronado, mandó ubicar a Catalina en el lado opuesto del palacio. Lo que no se podía imaginar el emperador es que su esposa estaba en avanzado estado de gestación. Mi hermano Gregorio era, y sigue siendo, uno de los hombres más apuestos de toda Rusia. Su atractivo y su belleza eran un comentario habitual entre las damas de palacio, que envidiaban a la emperatriz. Si yo me pareciera a él, mi historial de conquistas sería inabarcable.

—Por lo que me habéis contado, esa belleza de vuestro hermano debió de suponer una cruel revancha hacia su marido Pedro. Tengo entendido que el zar era la persona más desprovista de encanto del imperio. He oído que era cruel por definición, tosco y maniaco al tiempo y más que desagradable a la vista —respondió jocoso el español.

—Así es, pero dejadme que os cuente la historia: es escalofriante. El día del nacimiento de Bóbrinski se produjo un incendio. Catalina lo tenía perfectamente calculado. Pedro III disfrutaba con todas las excentricidades y perversiones impropias de un hombre en su sano juicio. Una de ellas, de las más conocidas, era su fanática pasión por el

fuego. En cuanto tenía la primera noticia de un incendio en San Petersburgo, se acercaba al lugar con sus cortesanos, para disfrutar viendo cómo el edificio o el paraje era devorado por las llamas.

—El zar era un dechado de virtudes, por lo que veo.

—Por eso no llegó a cumplir un año en el trono. —Orlov empezaba a inquietarse con las interrupciones de Ribas y prosiguió—. La lealtad de Shkurin, el incondicional ayudante de cámara de Catalina, superó todas las pruebas aquella noche. Al aviso de los primeros síntomas del parto, Basilio prendió fuego a su propia casa. Previamente, había retirado todos sus enseres personales y algunos de las obras de arte y muebles que quería conservar. Su nueva vivienda era un regalo de la zarina en gratitud por estar dispuesto a todo en aquella delicada situación. Además, lo había compensado con algo que solo da a los hombres que, de uno u otro modo, han sabido instalarse en su corazón: había encargado un retrato pequeño de Basilio para un camafeo que rodearía con brillantes de gran calidad y un precio altísimo. «Para el agradecimiento, no hay precio caro», solía repetir la zarina.

—Tiene que ser duro prender fuego a vuestra propia casa.

—Debe de serlo. Shkurin cerró los ojos antes de quemar las cortinas y lanzar sobre el alcohol con el que había mojado el suelo varios candiles que, al caer sobre el piso, lo hicieron arder. Las pocas ocasiones en que hemos hablado de esto, Basilio me ha dicho que ese «momento azul» lo guarda en lo más profundo de su corazón. Por eso sé que cerró los ojos, porque lo cuenta con detalle. El emperador, ajeno a la situación, no perdió tiempo en subir a su carruaje e ir a disfrutar de la impía voracidad de las llamas. Mientras él miraba entusiasmado la aparatosa desaparición del edificio, presa de las llamas naranjas y azules, nació Alejo en la clandestinidad, sin que se enteraran el zar ni el zarévich. Catalina sacó su personalidad germánica para dedicar el menor tiempo posible al alumbramiento, y tiró de su voluntad de hierro para disimular cualquier posible síntoma o indicio de su convalecencia.

En situaciones tan complicadas, la soberana disfrutaba demostrándose a sí misma su superioridad respecto a su esposo. Sus malos modos y sus improperios constantes hacían de él un sujeto indeseable. La zarina sabía que entre sus corazones había una diferencia clara: ella era generosa. También tenía otra certeza sobre

sus cerebros: ella era inteligente.

—¡Qué historia tan sobrecogedora! —comentó el español—. Es una lástima tener que mantenerla en secreto, porque elevaría a Catalina a la categoría de leyenda para la posteridad.

—No le hará falta eso —replicó Orlov—. Será una leyenda de una forma u otra. Dejadme que termine. Desde que nació Alejo, ella lo adoró. Despertó el instinto maternal en Catalina. Lo extrañaba a diario. Tanto deseaba estar junto a él que hasta se ponía en riesgo dejándose ver cuando iba a visitarlo. Lo quiere más que a Pablo, del que apenas vivió su infancia, porque le fue arrebatado de los brazos al nacer por la entonces emperatriz Isabel, la tía de Pedro III. Pablo supone demasiado para la historia de Rusia desde el mismo día de su nacimiento. Podría ser cierto que no fuera hijo del zar, como se dice en los mentideros. La misma Catalina me ha insinuado que fue engendrado con su favorito Sergio Saltykov.

Orlov siguió contándole detalles aquella tarde. Aunque ya era otoño, el primogénito de la zarina nació en el Palacio de Verano, en aquella belleza arquitectónica celeste, blanca y dorada de Tsárskoye Seló, en el lugar paradisiaco donde las nubes tocaban la tierra tan cerca y tan lejos de San Petersburgo. Fue la primera paradoja de su vida. El zarévich estuvo siempre cerca y lejos desde que vino al mundo. Estaba en posición de ser protagonista y siempre resultó un extraño.

—Nacer allí fue casi un presagio —murmuró el conde Orlov—. El paraje donde está construido Tsárskoye Seló se encuentra solamente a veinticuatro kilómetros de la ciudad. A pesar de eso, hasta la época de su abuelo, que lo incorporó al imperio, era territorio sueco y tenía nombre finés. La historia se seguía escribiendo con renglones torcidos en aquel punto concreto del planeta, en el que tantas batallas se librarían: batallas por los territorios, batallas por los herederos... Aquella batalla de mujeres por un recién nacido fue más bien un asalto a mano armada, un claro ejercicio de lucha por el poder. Catalina aún flotaba entre los líquidos del parto cuando vio abandonar sus aposentos a Isabel I con su hijo en brazos. La parturienta había sufrido demasiado a sus veinticinco años por la crueldad de su marido y la de su familia política, pero se resistía a resignarse y ser sumisa.

—Por lo que contáis, conde, la zarina Isabel fue despiadada con Catalina —replicó el español—. No le importó en absoluto su

sufrimiento como madre. Parecía tener claro que la educación del heredero le correspondía a ella y que sus padres solamente podrían enturbiar la dinastía.

—Eso es, José. Isabel se jactaba, a menudo y con tiranía en su tono despectivo, de que quien ocupaba el trono era ella. Había nacido con una estrella en la frente. Todo le venía dado, hasta el hecho de que Pedro no fuera su hijo, sino su sobrino. Así podía conservar la objetividad para llamar a la crueldad y la necedad del zarévich por sus nombres. Y, sobre todo, podía ejercer la humillación despiadada contra Catalina, tachándola de provinciana y de falta de elegancia. La despreciaba. Conocía sus cualidades y las envidiaba. Ese era el motivo real por el que se mofaba de ella y por el que disfrutó arrancándole de los brazos a su hijo.

—No sé si empiezo a asustarme con historias tan crueles, conde. Pensaba que los españoles éramos más pasionales.

—Tenéis que conocer los secretos de la corte. Contados en una sola conversación pueden impresionaros, pero luego se diluyen en la vida cotidiana. —Orlov quería tranquilizarlo—. Cuando veáis a Pablo, no podréis creer que fue un niño bellísimo. Las tornas cambiaron y las secuelas de un ataque de tifus a los dieciséis años lo convirtieron en un ser poco agraciado para el resto de su vida. Aquel joven creció a la par que los rumores sobre él. No solamente aquellos que cuestionan su paternidad, sino también los que aseguran que su madre nunca lo ha querido. Ha llegado a comentarse que Catalina odia a Pablo y que, en más de una ocasión, ha planeado envenenarlo. La corte disfruta con las habladurías como si de un espectáculo se tratara. Al pueblo le divierte esa relación de rivalidad y desconfianza maternofilial que ninguno de los dos ha tratado nunca de disimular.

José de Ribas recordaba lo larga que fue aquella conversación. Todavía le quedaba por saber que el ministro Panin siempre se había encargado de todo lo que concernía al heredero, bajo la estricta supervisión de la zarina y siguiendo sus instrucciones. Orlov también le habló de las manías de Catalina: para sentirse segura, necesitaba conocer cada detalle, por nimio que pareciera; en qué se invertía cada rublo y hasta qué libros se leían en la ciudad. También necesitaba lealtad. Le contó, además, que Nicolás Panin consiguió rodearse de discretos tutores que hacían lo que podían con un niño que alimentaba los celos de su madre, que se regodeó en ellos y en la mitificación de

un padre que tenía poco que ensalzar, pero que era su único referente masculino.

Le explicó también que, cuando nació su hermano Alejo, Pablo ya tenía ocho años, y en los mentideros se murmuraba cómo podía un niño tan pequeño tener tales gestos odiosos de rivalidad y desprecio hacia su madre. Insistió en que eran dos desconocidos que afilaban sus espadas para prevenirse la una contra el otro. Desconfiaban mutuamente, no se querían, no se aguantaban...

La soberana reservaba el contacto físico, sus frotamientos, para sus amantes más asiduos e incluso para los ocasionales. Le importaba poco si eran extraños al restregar su piel contra la suya: solamente los consideraba un desahogo para su cuerpo y una reafirmación de su autoestima, la prueba de que podía hacer todo lo que le viniera en gana. Solía decir con tono jocoso que los soldados la aliviaban de su humor y de sus humores, jugando con las palabras para referirse a su alma y a la parte líquida de su libido.

—No perdáis jamás de vista, Ribas, que el pequeño Bóbrinski no debe saber que puede ser zar de todas las Rusias. Y usted debe tenerlo muy presente —le recordó el conde Orlov.

—Así lo haré, señor.

—Es sangre de mi sangre, pero, sobre todo, es el hijo de Catalina. Tened claro que el gran duque Pablo no tiene la grandeza de un emperador. Ni siquiera goza de las cualidades de un estadista mediocre. Es pusilánime, acomplejado y odia a su madre. En el fondo, y aunque se lo neguemos todos, está convencido de que la muerte de su padre no fue fortuita.

—¿Y lo fue, conde Orlov? —El español preguntó con mirada pícara.

A Alejo cada vez le gustaban más sus conversaciones con aquel hombre y presentía que serían las primeras de muchas. Poco a poco, adquirían mayor calado y complicidad. Por esa sencilla razón, no quería manchar su incipiente relación con una mentira y optó por no responder a la pregunta y cambiar de tercio.

—Respecto al difunto emperador, que ya os digo yo que no tenía capacidad para procrear por aquella época, recordad siempre que no llegó a estar en el trono ni siquiera siete meses. El gran duque sigue viviendo en palacio desde la muerte de Pedro III, pero no coincide con la zarina más que en lo estrictamente necesario.

—A quienes contamos con la fortuna de tener una relación familiar buena, nos cuesta un gran esfuerzo entender cómo no resuelven esa situación tan desagradable —musitó José.

—No os equivoquéis —aclaró Alejo Orlov—. No creáis que las familias reales son como las nuestras. Nacen ya con otro marchamo y son educadas con otros valores y otras expectativas. Eso en todos los casos. En este en particular, cuente con que el heredero es un necio. Por eso, extremamos el cuidado para designar el personal a su servicio. Lo pusimos a cargo de un hombre de nuestra confianza, Nicolás Ivánovich Panin, y de algunos tutores competentes. Entre ellos está Poroshin que, en confidencia, nos cuenta que el chico es poco espabilado y que habla sin pensar. Dice que está resentido y que no es digno hijo de su madre. Le quedaría grande la corona. Debemos estar preparados. Vos debéis hacer un buen trabajo con el conde Bóbrinski, que ya presenta los primeros síntomas de los caprichos fruto de la abundancia con que la emperatriz pretende compensar su ausencia. Y tiene que estar prevenido contra Panin.

—Demasiadas prevenciones para no haber llegado aún a Rusia, conde. Me estáis asustando —inquirió el joven.

—No seáis dramático, mayor. Una corte es un nido de víboras. La nuestra, la suya y todas las demás. Permitidme que os ponga en situación. No juguéis la baza de ser pacato conmigo. Cuando nombramos a Panin, era de los nuestros. Ahora ya no: sus ansias de poder son incontrolables y su lealtad tiene un precio barato. Haría cualquier cosa con tal de ascender. Tememos que urda un plan para quedarse al timón de Rusia, colocando al inútil de su pupilo en el trono y moviendo él todos los hilos. Sería su sueño convertido en realidad.

En su primer viaje hasta las orillas del Báltico, en la cabeza de José de Ribas no solamente estaban estas advertencias. También las que le prevenían sobre el encanto de la zarina. Orlov estaba convencido de que el español caería rendido a sus pies, por ese halo atrayente perfumado por la leyenda de su vicio por el sexo y su fama de «devorar» carne humana en el más lascivo posible de todos los sentidos.

—Os enamoraréis de Catalina, mayor, no lo pongáis en duda.

Toda Rusia lo está de alguna manera. Los rusos lo sienten de esa manera que oscila entre el amor, el odio, la repulsa y el deseo. Uno no puede dejar de enamorarse de una mujer que derroca a su marido cuando solamente lleva ciento ochenta y seis días al frente de un imperio. Más aún, de una mujer que, cuando su marido es asesinado, vive Dios de aquella manera, permite que en el certificado oficial de defunción conste como causa del fallecimiento una infección por hemorroides.

El español no pudo evitar sonreír al recordar aquellas carcajadas de Caracortada, que, según contaban, tenía la mejilla marcada por el sablazo que recibió mientras asesinaban a Pedro III. ¡Cómo se desternillaron durante minutos mientras José trataba de asimilar que aquella mujer, con rango de leyenda, vengó las humillaciones de su marido más allá de la muerte, inventando que la causa habían sido unas hemorroides! Al español aún le hacía gracia la anécdota. No era más que una cuestión de posaderas reales.

La memoria de Ribas saltaba desde las almorranas de un tirano a la cara cortada del primer ruso que había confiado en él. Aquella cicatriz le impediría olvidar el magnicidio en el que los Orlov estamparon su rúbrica con sangre, disfrazándolo de una muerte que se ridiculizó hasta por la causa que contarían los libros de historia.

Mientras el español permanecía en silencio frente al joven conde, en sus pensamientos asomaba la cicatriz de Orlov y sonrió de manera inconsciente.

—¿Sabéis, señor? —le espetó el niño—. Probablemente en el lugar de donde venís, las personas sonrían sin que los demás sepan el motivo. Eso en Rusia es zafio. No hay nada en este carruaje que tenga gracia.

—Joven conde, tendremos que ir puliendo esa actitud impertinente. Un hombre ingenioso lleva el motivo para la sonrisa en su cerebro. E insisto, en el lugar de donde vengo, los consejos no solicitados son los que se convierten en algo atrozmente vulgar. No os hacen ningún favor, joven conde, porque os hacen parecer necio. Los consejos presumen de sabios y solo definen la frustración y la falta de respeto cuando son dichos en ese tono insolente. Recordadlo hasta el final de vuestros días.

José de Ribas se abstrajo de aquella conversación pueril y provocadora. Al atravesar los puentes sobre los ríos Moika y Fontanka, en los que el amarillo, el ocre y el marrón se fundían con el gris marengo de las aguas, el viajero necesitaba toda su concentración para deleitarse con la llegada a la más esplendorosa construcción que había visto. Todo era nuevo, como caído del cielo. Eso decía la leyenda, que hablaba de una ciudad que parecía haber sido construida en el aire y aposentada sobre ciénagas pantanosas. Se trataba de un espectáculo indescriptible.

El viajero escuchó un par de veces el soniquete impertinente de las palabras del infante, pero no podía dedicarle ni un segundo de atención. Un Ribas en San Petersburgo, formando parte de la corte rusa... Un terreno ignoto para devanar sus sesos de arquitecto e ingeniero y soñar con un futuro grandioso. Un lugar para dar rienda suelta a las ambiciones de un porvenir mejor, de una sociedad mejor, de una vida mejor.

Al entrar por el bulevar de la Guardia Montada hacia el Almirantazgo, que había sido el primer edificio construido por Pedro el Grande en la orilla izquierda del río Neva, el español vio a lo lejos las velas de los barcos en el centro de la ciudad. El malecón del palacio, los astilleros..., pero, sobre todo, la grandiosidad y la planificación urbanística en un lugar inhóspito en el que medio siglo atrás todo aquello habría parecido un delirio. Las cúpulas de las iglesias ortodoxas tan redondas, tan distintas cromáticamente de las de su patria, tan verdes y tan doradas. Y ese río Neva, plagado de islas hasta su desembocadura en el golfo de Finlandia, ese hilo conductor de pequeños terrenos con grandes relatos.

—Ah, muchacho, esto es más de lo que imaginaba. No es la Venecia del Norte, no, es algo muy diferente.

—Vos deberíais contener vuestros comentarios sobre la ciudad. Son los de un visitante, no los de un lugareño.

—Jovenzuelo, no vais a fastidiarme la visión urbanística más fascinante que he disfrutado... Prefiero hacerlo en silencio.

El pequeño impertinente hizo una mueca de desaprobación y el español siguió deleitándose pensando en las leyendas que ya circulaban sobre la ciudad. Fantaseaba sobre cimientos alimentados por los cadáveres de quienes la construyeron y no pudieron sobrevivir a las inclemencias del duro clima.

San Petersburgo, ciudad solemne, de sonidos dorados y perfiles de dinteles, de música metálica y liras de arquitectura clásica, construida por siervos. Sueños de futuro, con la rémora de la esclavitud tan instaurada en la sociedad rusa. Catalina la Grande, la ilustrada, la leída, casi se deja el trono en su alegato por la abolición. Temperaturas extremas, hambre entre los siervos, muertes para el boato. Contradicciones como las de todas las sociedades, aunque aquella las superaba, lastrada con la pesada gravedad del comercio humano, de la libertad con precio o con desprecio por ella.

El conde Orlov le había contado a José, con una devoción profunda, cómo Pedro I consiguió trasladar la corte desde Moscú a San Petersburgo entre 1712 y 1714. Como los nobles no eran partidarios del traslado de la capital de Rusia a esa ciudad nueva, sin historia, que pretendía fundar el zar, Pedro el Grande prohibió la construcción de grandes edificios y palacios en Moscú, y la incentivó en la nueva capital que él había diseñado con vocación de convertirla en una de las ciudades más importantes del mundo.

El visitante estaba deslumbrado. Todo se veía suntuoso, con grandes espacios libres entre las fastuosas mansiones y esa luz fría, gélida ya en otoño, que resultaba tan diferente de la de su tierra mediterránea, en la que los rosas y los naranjas salpicaban los amaneceres con la calidez congénita del sur de Europa.

En esa nueva tierra para él, el gris se peleaba con el azul. Hasta el color de la grava y el de la arena de las trincheras que separaban las construcciones del puerto, tenían un tono distinto al marrón de las tierras napolitanas. Su sangre catalana bullía a borbotones por comerse el mundo, aunque la escasa porción que se podía ver desde la ventana del carruaje le producía un vértigo agridulce, ese que solo provocan la ignorancia y la incertidumbre.

El español olfateaba con la vana pretensión de adivinar el futuro. Sabía que se trataba de un futuro inimaginable en ese preciso instante, pero lleno de posibilidades ya abiertas. Lo que tiene la juventud es que el futuro se le antoja inagotable. Es parte de la vanidad de los primeros años de la vida, en los que se suele sentir la inmortalidad como un don personal, como una prerrogativa incancelable.

A José le embriagaba la fetidez de las cloacas recién construidas. Hasta eso podía filtrarlo a través de la emoción. Mientras, se sentía deslumbrado por las cúpulas y los palacios, por el lujo, por lo exótico,

por lo diferente, por poder estar donde la vida no había hecho planes para uno. Muchas sensaciones desbordaban a aquel español, al hijo de Miguel de Ribas que, cuando salió de Cataluña, se juró a sí mismo que su linaje llevaría el nombre de España allá donde fuera y mantuvo su promesa, más como una obsesión que como un mantra, sin poder imaginar que los suyos llegarían al Báltico.

El conde Bóbrinski se apeó en el palacio de los Shkurin. Estaba ofuscado porque no había conseguido derrocar a su tutor en aquel trayecto. Había intentado por todos los medios sacarlo de sus casillas para poder tener argumentos ante su padre y ante Betskói, y borrar al extranjero de su vista. Y había testigos. No habían estado solos ni un instante. La despedida entre ellos fue fría. El chico estaba frustrado y José seducido por la visión de la ciudad y por la nueva aventura que se abría para él.

Ribas siguió su ruta. Atónito por el caos del tráfico, la desorganización de la circulación y la inmensidad de la creación de Pedro el Grande, disfrutó del espectáculo de los sonidos de la gente, las voces de los transeúntes y el sentir de su nueva ciudad. Ordenó al cochero con porte de duque dirigirse a casa de Iván Ivanovich Betskói. Y antes de que se diera cuenta, José se bajaba con baúles frente al palacio rodeado de jardines colgantes.

Sintió que llegaba a una tierra difícil, pero a la vez, que llegaba a su nueva casa, como quien hace una mudanza y sabe que el lugar al que llega tendrá peso en su biografía. Respiró aliviado al sentirse liberado del conde y del resto de la comitiva. El viaje le había demostrado su escaso nivel de tolerancia con la insolencia. Cómo agradecía aquel hombre la soledad tras el implacable ruido. Sus pasiones eran el ejército, la política, la estrategia y la ingeniería. No tenía vocación de enseñar historia, sino de formar parte de ella.

4

José de Ribas necesitó varios minutos antes de entrar. No estaba nervioso. Conservaba toda la calma, aunque las emociones se agolpaban en aquel instante decisivo para él. La sensación de aplomo con la que llegaba a su nueva ciudad le mostraba que esta sería su morada durante un tiempo largo. Disimulaba su admiración y sentía que aquel palacio, construido en un vasto terreno con jardines y una mezcla exquisita entre el clásico y la variedad de estilos de la época, era la expresión del refinamiento de su anfitrión.

La vivienda estaba ubicada exactamente en el centro de aquel terreno. A su alrededor había pequeñas casitas diferentes. La más cercana al palacio, y que podía verse con claridad sin moverse, era como un pequeño palacio de cristal lleno de plantas. Una suerte de capricho de invernadero. José sonrió pensando en lo delicado de aquella frágil estructura y en las inclemencias del tiempo. Recordó en aquel preciso instante una conversación con Orlov.

—Querido Ribas, hasta que aprendáis ruso, hablad francés en la casa de Betskói.

—Creo que voy a tardar menos en hablar el idioma que en memorizar en qué lengua tengo que dirigirme a cada uno —bromeó Ribas.

—No subestiméis la dificultad de nuestro modo de hablar y sobre todo de escribir. La grafía os costará. Pero con el alemán o el francés, podréis comunicaros con todos los cortesanos y con los oficiales del ejército. Será más complicado con los siervos y la gente del pueblo. Por ellos tendréis que apresuraros más.

El español continuaba mirando a su alrededor. Había una gran fuente frente a la casa y era grandiosa, llena de esculturas clásicas que hablaban con elocuencia sobre la riqueza de sus moradores.

Aquel paradisiaco hogar se había construido a orillas del Neva, aunque no en el centro de la ciudad, sino en un lugar en el que se garantizaban a partes iguales la llegada a pie a cualquier punto y la

privacidad de la que tanto disfrutaba el influyente asesor Betskói.

Era un hombre elitista hasta para eso. Su casa debía tener la distinción de las residencias imperiales. No le importaba lo que costara llegar allí a los demás. Al propietario de una residencia así solamente le preocupaba él y su familia. Esas eran las creencias de la verdadera élite y no las de los arribistas. Alejo Orlov había puesto a su enviado en antecedentes.

—Amigo Ribas: Iván Ivánovich Betskói es uno de los consejeros de mayor influencia sobre Catalina. Debe de rondar los setenta años y lleva ocho al frente de la Academia Imperial de las Artes. Esa es su carta de presentación, pero no cabría en un pliego la redacción de sus cargos, de sus condecoraciones y de sus riquezas conseguidas como premios por sus servicios a Rusia. Además, es el protagonista de una biografía de esas que toda la corte conoce, pero de la que nadie habla en público.

—¿Queréis decir, conde, una de esas sobre las que se chismorrea en los mentideros y se crea una leyenda urbana? —preguntó curioso el español.

—Eso es. Pero escuchad esto, amigo Ribas. Una de las formas de inscribir a los hijos ilegítimos en Rusia es acortar el apellido paterno. Vuestro anfitrión era hijo ilegítimo del príncipe Iván Trubetskói, famoso mariscal de campo. Nació de su relación con la baronesa de Wrede, su amante sueca. La baronesa alumbró a Betskói en Estocolmo, ciudad en la que Trubetskói estuvo prisionero durante la gran guerra del Norte.

—Todo se me antoja enrevesado, conde.

—Callad, joven y escuchadme. Cuando Betskói volvió a Rusia ya hace cuatro décadas, tras una larga estancia en Francia en la que intimó con los enciclopedistas, se instaló en la capital y sirvió como ayuda de campo de su padre en el ejército ruso. Después, formó parte de misiones diplomáticas y, ya integrado en la corte, ayudó a Isabel I en el golpe de Estado que la llevó al trono.

—Creedme, Orlov, tendré que estudiar mis notas antes de llegar a la capital.

—No seáis necio y dejadme hablar. Aquel apoyo a la zarina cambió la vida de vuestro anfitrión. La nueva emperatriz le pidió que se pusiera al servicio de la duquesa alemana Juana Isabel de Holstein-Gottorp. Catalina, hija de la duquesa, había sido escogida como futura

esposa del gran duque Pedro, heredero y sobrino de la emperatriz.

—Cáspita. Parece un drama shakesperiano. ¿Y Catalina sabía que Betskói y la duquesa Juana Isabel habían sido amantes hacía años?

—No solo lo sabía, sino que estaba al tanto de los detalles. Ella misma me ha confesado que estaba convencida de que Betskói había sido el gran amor de su madre en distintos momentos de su vida. De hecho, la zarina no ha mencionado nunca que Iván sea su padre, pero sí me ha contado que su madre tenía una relación fría y distante con su marido, Cristián Augusto de Anhalt-Zerbst, quien consta a todos los efectos como padre de Catalina. Demasiados cabos sueltos para que la historia no sea cierta.

El español refrescaba la memoria con aquellas pequeñas historias, mientras se deleitaba mirando la belleza del paraje, contemplando la casa en la que se hospedaría. Un secretario de Betskói, perfectamente vestido con levita dorada y aspecto principesco, se dirigió a él.

—Bienvenido, señor. Su excelencia os espera en la biblioteca.

José había aprendido algo de su nueva tierra. Alguien muy bien vestido podría ser igualmente siervo o señor. Con su primera lección en mente, se aseguró de que los criados estaban llevando su equipaje al interior y entró en el palacio con una sonrisa. Para su sorpresa, el encanto de la construcción se perdía por completo en el interior. Lo grandioso de la fachada se desvanecía con un ambiente cargante y perturbador. Todo parecía estar dispuesto como si del almacén de un museo se tratara.

Recorría las estancias siguiendo a aquel lacayo, sintiéndose incómodo por lo recargado de la decoración. Muebles de distintas procedencias y estilos se disputaban el espacio generando una cierta sensación de caos. Para el español, que todo lo dibujaba con su alma arquitecta e ingeniera, aquel exceso atentaba contra el buen gusto, e incluso contra la paz interior.

El placer que le daban el arte y los objetos bonitos a Betskói se había convertido en un vicio. Todo vicio es descontrol. Y así, acumulaba cosas bellas, hacinadas, como si no pudiera decantarse por unas u otras. Era casi una perversión, con las obras de arte esperando encontrar un lugar y ocupando solamente un espacio. El arte perdía su belleza en aquellas paredes atestadas de cuadros y espejos. Ninguno podía brillar con luz propia sin que el más cercano entre todos los objetos le restara protagonismo. José aún no sabía que ese era el estilo

petersburgués. Los nobles moradores de la ciudad habían cambiado su residencia a la ciudad por el decreto de Pedro I, y allí, lujo y abundancia se consideraban sinónimos.

La armonía requiere de elecciones y renuncias y Betskói no quería descartar nada bello. Ya no le importaba el exceso. Lo prefería a perder la posibilidad de almacenar belleza.

La mente cartesiana de Ribas imploraba orden, simetría y el espacio necesario para que el ojo humano pudiera facilitar el encuadre de cada obra. Caos y exceso, exceso y caos. No se le antojaba la casa de un esteta a quien se le había otorgado la última decisión en los asuntos ornamentales, decorativos y artísticos de la capital. Tal vez porque el español tenía mente de ingeniero, práctica y amante de los espacios amplios.

Su percepción cambió radicalmente al llegar a la estancia consagrada a los libros. En ese lugar parecía sonar de fondo un canto a la sabiduría, al equilibrio y a la sobriedad. Qué placer producía entrar en aquella sala. Era como abrir las puertas del cielo tras haber pasado por el purgatorio.

Betskói, con la piel rosada marcada por los surcos de la ancianidad y una cuidada peluca blanca, recibió con el tono más cortés y sincero a José de Ribas. El recién llegado había cambiado su gesto de desaprobación por uno de admiración sincera ante aquella acumulación de conocimiento en tomos perfectamente encuadernados.

La colección de libros era deslumbrante, pero el foco se centraba inmediatamente sobre el carisma de su dueño. Era un hombre alto, con buen porte y tenía esa aura indescriptible que envuelve a los sabios. El español estaba acostumbrado a ser de los de menor talla en todas las reuniones, y esto se agudizaba con la altura de los rusos. Allí, la escasa estatura de José se volvía más evidente. Era consciente de que, igual que lo percibía él, lo percibían los grandes hombres del norte.

—Bienvenido a mi humilde morada. He de reconocer que estoy excitado por ser la primera vez que se hospeda aquí alguien de España. Vuestros compatriotas no son muy proclives a visitarnos. Y menos un español del ejército napolitano. No debe de haber muchos de su condición.

—Su excelencia, estoy muy agradecido por su recibimiento y muy

impresionado por su biblioteca.

—Cuando os hayáis instalado, os enseñaré algunos ejemplares. Traje una gran colección de mi época en París. Ya sabéis que allí viven una etapa emocionante intelectualmente.

—Hace un tiempo que no voy, pero París siempre supone dar un salto en la percepción propia del mundo, señor. Imagino cómo debe de ser la experiencia de vivir allí.

—Me une a Rousseau una gran amistad, aunque he de deciros que es de esas cosas que no se predican en la corte. La zarina tiene prohibidos sus libros y, pese a que comulga con muchos de sus criterios, que ya aplicamos en Rusia, es un tabú del que no se habla. Imagino que ya habréis oído algo sobre su carácter.

José entendió que aquella confidencia era una forma de romper el hielo. Betskói extendió su mano en un gesto de invitación para que tomara asiento. Antes de sentarse en una silla de estilo marcadamente francés, tapizada en el rojo oscuro del cuero con el que estaban encuadernados muchos de los libros, entregó a su anfitrión un papel enrollado y atado con una cinta y le dijo que Orlov quería que lo leyera.

Iván Betskói lo tomó, deshizo la lazada, lo abrió y se detuvo a examinarlo.

—Permitidme que me dedique unos segundos a la lectura para conocer los méritos que os adornan, caballero. Un ruego tan encarecido del conde Orlov para que os hospede y no discuta vuestro nombramiento como tutor del conde Bóbrinski tiene que deberse a l cúmulo de cualidades que os adornan.

José escudriñaba con la mirada al hombre que tenía que conceder su visto bueno a la propuesta de Orlov. Se preguntaba en silencio si las aristas de su personalidad, reflejada en un semblante serio, realmente eran tantas como las que se le habían anunciado. Caracortada le había advertido de que se trataba de un trámite complejo porque era muy estricto con el nombramiento de los tutores de los nobles y que, tal y como le había dicho el joven conde Bóbrinski, no le gustaba que se eligiera a extranjeros para ese cometido.

Tuvo que contener la sonrisa porque la corte rusa era más impredecible de lo que parecía. Las intrigas palaciegas habían hecho necesario un árbol genealógico que pudiera ordenar en su cabeza

recién llegada al país los posibles parentescos. Había tenido que dibujarlo con varios borrones hasta que logró entenderlo. Orlov se lo había explicado claramente. Su anfitrión, Iván Betskói, había conocido a la duquesa Juana Isabel de Holstein-Gottorp, la madre de la emperatriz, dos décadas antes de que le colocaran a su servicio; es decir, antes de que naciera Catalina.

Rumor número 1: la zarina era hija de Betskói. Conclusión: de ser cierto, Betskói sería el abuelo del conde Bóbrinski, que era hijo bastardo de Catalina. Parecía un trabalenguas, o más bien un jeroglífico, pero cabía la posibilidad de que Betskói fuera el padre biológico de la emperatriz.

Aunque eso no fuera cierto, lo que sí le había aclarado Orlov es que con él vivía una dama a la que presentaba como su protegida, Anastasia Iványovna Sokolova, que había nacido en 1741 y que realmente era su hija. Pero Orlov iba más allá en la explicación.

Rumor número 2: Anastasia Iványovna era hija de Betskói y también de la duquesa Juana, la madre de Catalina.

«De ser ciertos los rumores número 1 y número 2, la mujer que vive en esta casa y la emperatriz son hermanas y este hombre el padre de ambas», pensaba José sin quitarle ojo a aquel individuo que leía la misiva de Orlov con tanto interés. «Demasiado complejo para el primer día», dictaminó José, y esperó el veredicto del anciano. En cierto modo, era preso de un vértigo irrefrenable. Nada más llegar a la ciudad, cenaría con la «protegida» de Betskói, que sería posiblemente hermanastra de la zarina, con una probabilidad no demasiado remota de que fueran hermanas. Aquel hombre que leía frente a él movía los hilos de una parte del mundo.

Ribas sintió un escalofrío al pensar en cómo Betskói, ese hijo bastardo del príncipe Trubetskói, podía tener a sus dos hijas bastardas capitaneando un imperio y él, silencioso, continuar orientando a quien manejaba el timón y construyendo la majestuosa capital a su antojo.

El anciano levantó la vista de la carta y clavó sus ojos en el recién llegado.

—Si todo lo que dice Orlov de vos es cierto, o al menos una parte, contad con mi apoyo y mi protección. Rusia no es tierra fácil para extranjeros, os lo garantizo.

—Intentaré estar a la altura y ganarme su aprecio, igual que creo que ha sucedido con el del conde.

—De lo último no cabe duda. Ahora bien, quiero que tenga claro que el poder de quien le recomienda es enorme. Nadie cuestiona la valentía de Alejo Orlov. También es innegable que Catalina la Grande accedió al trono, en gran medida, por su intervención. Imagino que, igual que yo le estoy dando esta información pretendidamente velada, él le habrá hablado sobre lo que se dice de mí. Que si soy el secretario personal de la zarina, que si soy un pilar del Imperio ruso, un ministro de la educación no oficial... No hagáis caso de las habladurías de la corte y consideradme vuestro nuevo amigo.

—Me siento muy halagado, excelencia.

—No tan rápido, soldado. Cualquier amago de pereza, torpeza o deslealtad os despojará de la posibilidad que os ofrezco.

—Eso no sucederá. Mi sangre noble española os lo garantiza.

El ruso hizo una mueca entre la sorna y el desprecio.

—En París conocí a otros con esa credencial y no me resulta suficiente. Disculpad la precisión, pero me ofrece muchas más garantías la carta de Alejo Orlov. Al fin y al cabo, es el hermano del favorito de la emperatriz, además de contar con toda una trayectoria plagada de gallardía, éxitos y reconocimientos.

—Tendré que pediros ayuda con los entresijos de la corte. Creo que todo es muy diferente. Vengo de una tierra en la que la infidelidad se venga con sangre y aquí debéis tener otro concepto de la honra.

—Amigo noble español, ¿entendéis de dónde proceden mis reservas para confiaros la educación de los jóvenes de la élite rusa? Tendremos que empezar por lo básico. Vamos a que os instaléis en vuestros aposentos y luego cenaremos con mi protegida. Aunque es dama de compañía de la emperatriz, pasará unos días con nosotros mientras la zarina se encuentra fuera de la ciudad.

José de Ribas seguía a aquel hombre gentil y sencillo. Si no hubiera estado al corriente de sus logros en materia de educación, no habría pensado que se trataba de un intelectual de tanta envergadura, sino más bien de un noble adinerado que se deleitaba en su riqueza. Betskói dejó que su huésped se alojara en su pomposo apartamento atestado de muebles exóticos y se retiró en silencio. Avanzaba con la seguridad que exhiben los de su condición de que no podría haber ofrecido mejor recibimiento a aquel osado español que, ajeno a la complejidad petersburguesa, ya se sentía en su casa.

Les esperaba una mesa larga impecablemente vestida. Los manteles eran de brocado y los cubiertos de plata. Los pesados y lujosos candelabros presentaban la comida como un reflejo de su luz. Todo estaba preparado como si veintidós comensales fueran a sentarse a la mesa, aunque solo estaban montados tres servicios.

El anfitrión había reservado la cabecera al español y él se sentaría a su derecha frente a Anastasia. Lucía vistosa la cristalería de colores que, en la casa, se encargaba en la región de Bohemia. Azul, verde, todo con ribetes dorados, y los platos de Sèvres resplandecían como joyas sobre el mantel, con el turquesa más especial al mezclarse con los filos de oro y las estampaciones de grecas coloridas con camafeos negros.

El español era descarado y tenía una simpatía desbordante. Retaba a los modales acariciando la vanidad. Entendía más de ego que de protocolo ruso y daba por sentado que las mujeres rusas serían como las de cualquier otro lugar.

En aquel momento, sin ser anunciada, irrumpió Anastasia. Empujó bruscamente la puerta de la biblioteca para hacer una entrada triunfal. Sería la primera vez que iba a ver a un español y no sabía a lo que tendría que enfrentarse. Quiso abrir ella, no que le abrieran los siervos. Siempre había pensado que un hombre quedaba más impresionado por una mujer a la que conoce al galope que por la mejor vestida en el más lujoso de los carruajes.

Ella era valiente, le gustaba mostrar su bravura, era consciente de que el carácter se fortalece con los años y la belleza se ablanda, se acolcha, se vuelve esponjosa y menos firme. También era bella, con esa belleza germánica, probablemente heredada de su madre y mejorada por la genética eslava de Betskói. Alta y espigada, lozana y de porte retador, tenía unos ojos almendrados que hablaban solamente con pestañear.

Allí estaban su padre y el español, sentados a la mesa. Se levantaron para recibirla y Betskói se encargó de las presentaciones. Con la misma solemnidad con la que ella se revestía de descaro, el anfitrión alardeaba de conocimiento, de sobriedad, de elegancia. Con media vida a las espaldas al lado de la joven, cuidándola y queriéndola, el gran Iván Betskói la conocía mejor que nadie, y temía

su carácter impertinente tanto como para interrumpir su saludo y así evitar una situación incómoda.

—Mayor De Ribas, os presento a Anastasia Ivánovna Sokolova. Es mi protegida, y desde que la pobre quedara huérfana en su más tierna infancia, he estado a cargo de su educación y es para mí como una hija.

La mujer extendió su mano para que el español la besara y le aclaró que podía llamarla Nastia.

—*Mademoiselle* —susurró Ribas, besando su mano de modo elegante.

—*Monsieur* —replicó ella.

Lo miró pausada y curiosa, como quien mira a lo exótico con un juego de seducción de los que invitan a la intimidad. Él se quedó desconcertado.

Desde el primer encuentro frente a frente, a ella le encantaron sus ojos. Ribas tenía la mirada limpia y sonriente, buscona y ávida de no se sabía qué. Tenía buen porte y la delgadez propia de quien busca beberse la vida y no parar ni cinco minutos para descansar. Ella se sintió intimidada. Si su mente pretendía pararse en algún defecto de su aspecto, él hizo que su atención se concentrara en su manejo de seis idiomas, sus aventuras por toda Europa y su humor inteligente. De todo ello alardeó ya en las primeras frases.

José seguía escudriñando el cuerpo de Anastasia bajo el caftán ruso celeste, uno de esos que la zarina adoraba y que encargaba también para todas sus damas. José miraba la tersura de la piel de sus senos ignorando el juego adamascado de la seda, las mangas francesas con encajes en el volante que ponía fin al tejido.

Ya había recalado con cierta lujuria en la curva que el corsé marcaba desde la sisa hasta la cintura, perdiéndose en la amplitud del miriñaque. Coquetos encajes servían de balcón a ese escote en el que por segundos quedó perdido el joven. Las pasamanerías y las ricas joyas, cuajadas de zafiros, no lograron llamar su atención. Solo podía centrarse en la exquisitez de la buscada perfección.

Él se sentía seguro porque sus ropas no tenían nada que envidiar a las regias y remilgadas de Betskói. Los catalanes siempre tuvieron el don de la elegancia: su casaca azul, su corbata de encaje francés y los bordados y alamares eran los propios de una corte europea. El verde del anfitrión podría resultar más ruso, aunque no más elegante. Sus

pelucas estaban perfectamente peinadas, como si allí nadie acabara de llegar de un largo viaje. Uno de los aspectos positivos de cuando uno cambia de círculo social es que hasta los más viejos atuendos podrían pasar por recién estrenados. Y en este caso, la confección y los tejidos italianos impresionarían a sus nuevos vecinos, ya que en la capital eran más dados a las sedas francesas.

El español se hacía el distraído y jugaba con disimulo. Tardó poco en repetirle a ella lo mismo que le había contado a Betskói. El conde Orlov le había prevenido de que, a diferencia de lo que sucedía en el Mediterráneo, en Rusia el sentimiento de posesión de los hombres sobre la honra de las damas de su familia no se defendía con la vida. Ella creyó entender el motivo por el que se escondía de su anfitrión para bucear en su terso escote y contestar a su pícara mirada.

—Y dígame, mayor. ¿Qué os trae por San Petersburgo?

—La responsabilidad y el compromiso, señora. La confianza del conde Orlov, con quien he tenido el privilegio de servir en la batalla de Chesme.

—Nastia, querida, el almirante Orlov le ha propuesto como instructor del conde Alejo Grigorievich Bóbrinski. Es su candidato para el Cuerpo de Cadetes —apuntó Betskói—. Viene de dejar al joven en casa de los Shkurin.

—Vaya, vaya —musitó divertida Anastasia—, así que tenemos en casa a un apuesto joven español que apenas tendrá veinte años y...

—Veinticuatro, disculpad.

—Perdonad el mal cálculo... Quería decir que en vuestro primer día en San Petersburgo ya conocéis al conde Bóbrinski, a Shkurin, a uno de los Orlov (al más listo, por cierto) y a los Betskói... No es mala entrada para una sociedad como esta.

Iván Ivánovich había puesto sobre aviso a Nastia para que se comportara como una dama con su invitado. Dijo lo de «los Betskói» porque era un secreto a voces en la corte. Había varias leyendas sobre sus orígenes. Pero el Ivánovna de su nombre ya esclarecía su evidente paternidad.

El mayor había sido puesto en antecedentes y los miraba alternativamente a la cara buscando parecidos entre ellos. En su rueda de reconocimiento incluía cada detalle de Nastia: sus ojos, sus labios y su talle. Ella se tomó las miradas como una suerte de flirteo, porque bajo aquel vestido celeste no había un atisbo de parecido con Betskói.

La primera cena del español en San Petersburgo había sido preparada con cuidado. Era un menú tan típico que incluía los platos que podían degustarse en las casas con un poder adquisitivo aceptable. Era la quintaesencia de la tradición: sopa de col y el plato imperial por excelencia, la ternera que tanto le gustaba a Catalina la Grande, acompañada por su receta favorita: patatas zarinas, que era como ya las conocía en toda la ciudad por ser las predilectas de la soberana.

Aquel comedor le daba la bienvenida. Las paredes blancas y doradas estaban cubiertas de obras de arte colocadas para aprovechar cada hueco, y la madera oscura de bargueños, aparadores y sillas le daba un toque rancio a la decoración. Las alfombras cubrían el frío suelo de mármol y la gran chimenea caldeaba el ambiente. El calor que no llegaba del fuego se lograba con vino, vodka y otros licores que afinaban la conversación, relajaban el ambiente y sonrojaban las mejillas.

5

Pasaron los días y, a su regreso a palacio, Nastia contó a la soberana todo lo sucedido. Catalina tenía predilección por ella. Era para casi todo su dama de compañía favorita, la que le hacía reír, la que decía claramente y sin filtros lo que pensaba, la que la quería y la cuidaba sin ser sumisa o zalamera. Ambas tenían la sospecha de ser hermanas, aunque Betskói siempre lo había negado categóricamente.

La zarina enseñaba a Nastia a no desear sedas francesas o italianas como las que vestía Isabel I.

—Debemos conservar la autoridad desde el amor por lo nuestro, por lo que nos permite vivir en palacios y que se arrodillen a nuestro paso.

—Majestad, os pasáis el día dándome instrucciones, haciéndome leer libros para que os haga la crítica y otras veces los que ya habéis leído para tener con quien comentarlos —se quejaba Nastia.

En el Palacio de Invierno, se encontraban en una sala sin más compañía, y Catalina la interrogaba con curiosidad sobre el recién llegado Ribas. Las paredes de la habitación eran doradas, aunque en otoño todo se denomine «ocre» y los ribetes y cordones de los cortinajes se vistieran de ese tono cerúleo al que no se sabe si llamar azul o gris. La tapicería insistente en el tono dorado se confundía, con poca fortuna para la vista, con el pan de oro de los muebles. Todo excesivo: tejidos en paredes, ventanas, alfombras y madera que no hacían concesión al blanco en el suelo ni en las paredes ni en el mobiliario y la decoración. El blanco quedaba relegado al techo, solo adornado con una moldura, y la lámpara de cristales bávaros que reinaba colgante.

A Nastia solamente Catalina la llamaba Bibí.

—Bibí, tenéis que controlar algunas de vuestras impertinencias. En público, lo nuestro, lo de Rusia es lo mejor. A ningún gobernante le quiere un pueblo si lo humilla constantemente eligiendo lo que hacen otros sobre lo propio. La seda rusa es la mejor, la comida rusa, la más

sabrosa, y los hombres rusos, los más fornidos y los mejores amantes.

—Entonces debo entender que los extranjeros que han subido a vuestro dormitorio son simples muestras para activar el método de comparación.

—Bibí, sois lista, pero deslenguada. No seáis así. Contadme más cosas.

Estaban sentadas en los sillones franceses de ébano tapizados con seda verde. Las alfombras servían como mullidos cojines para sus pies. Cuando se quedaban las dos solas, se descalzaban buscando la comodidad, y Bibí acariciaba y masajeaba los pies de la zarina mientras hablaban.

Parecía un placer del que ya habían disfrutado muchas generaciones. Las confidencias de mujeres descalzas que se acariciaban y se cuidaban no eran nada novedoso. La costumbre de apretar con los dedos pulgares el puente del pie y colocar los metatarsos preparándolos para las largas caminatas por los durísimos e incómodos suelos de pasillos y jardines es uno de esos grandes placeres que se convierten en parte de la amistad. La sencillez de lo básico frente a la pompa del boato. Algo sin más, así, armónico con el lujo en las paredes, la decoración infinita, el oro y las piedras, la malaquita y el jade.

Todo brillaba hasta que ellas se quitaron los zapatos para intentar ser un poco más humanas. Desde ese momento solo existían ellas. Una zarina vestida del azul de un pavo real, con su escote cuajado de esmeraldas y unos pendientes de esos que vuelven imposible no fijarse en lo bello. A su lado, una dama descarada vestida de color marfil para destacar la palidez de su piel y la ausencia de pecas, manchas o lunares. Nastia presumía de su palidez, tan noble como su estirpe oculta.

Tenían su pequeña copa de vodka que, cada cierto tiempo, rellenaban los siervos que entraban única y exclusivamente para comprobar que no les faltara licor. Ellas no callaban. Los instintos salvajes de la emperatriz estaban más que asumidos: formaban parte de su ejercicio autoritario del poder sobre cualquiera en el que pusiera los ojos. La soberana era percibida como irresistible e insaciable, y quería mantener viva esa imagen. Se divertía con su conducta transgresora respaldada por su autoridad.

—Majestad, el español es muy listo, como a vos os gustan los

hombres. Creo que podría hacer un plano de cualquier edificio o artefacto. Cuando tenía solo dieciséis años, el rey Fernando, en atención a lo rápido que aprendía y a sus méritos, le nombró subteniente en el regimiento de infantería Samnio y, dos años después, mayor.

—Y con una carrera así por delante, ¿cómo ha llegado a San Petersburgo?

—A los dieciocho, su padre lo envió a Irlanda con el pretexto de solucionar algunos asuntos referentes a las propiedades de su familia materna, pero también con el firme propósito de que viera mundo y, a su regreso, le hizo parar en Livorno.

—Bibí, abreviad, querida, y responded a mi pregunta.

—Majestad, no os impacientéis... Parece que el morbo se asoma a vuestra mirada indiferente. El español llegó a Livorno para visitar a Juan Dick, el cónsul británico, con el fin de limar asperezas con la diplomacia inglesa. José dice que su padre utilizó una excusa, la de que las relaciones de Nápoles e Inglaterra no pasaban por un buen entendimiento, pero que lo que realmente quería es que él tuviera la oportunidad de que viviera cosas diferentes.

—¿Y? ¿Podríais ir directa al grano?

—Allí conoció a Caracortada. A Orlov le encantó que supiera alemán, porque él no domina el francés y el inglés para relacionarse en Europa.

—Tendríamos que haberlos pulido más. Estos Orlov son más de intrigas y campo de batalla que de salas palaciegas. Por cierto, vamos a la sala del Brillante. Quiero mostraros el diamante Orlov.

Nastia se puso en pie en menos de un segundo y aplaudió como una niña pequeña ilusionada. Catalina era una caprichosa en lo que a joyas se refería. En la corte se alimentaba la leyenda de que sus alhajas llevaban siempre varias capas de piedras preciosas como símbolo de su poder.

Como no tenía forma de almacenar sus tesoros, había encargado años atrás habilitar un gran salón en el palacio que sirviera únicamente como joyero, y lo había llamado la sala del Brillante. En un último alarde para reconquistarla, Gregorio Orlov le había regalado un gran diamante hallado en la región india de Golconda en el siglo XVII, y que superaba la friolera de los ciento ochenta quilates. Catalina lo aceptó sin reparos, aunque ya no había marcha atrás y ella se había

decidido por un militar, por el príncipe Gregorio Potemkin, el más relevante entre sus generales victoriosos, como su nuevo favorito, pero no podía resistirse ante una piedra de esa envergadura. Tenía pensado incorporarla al cetro imperial y quería que Nastia la viera. Se encaminaron hacia allí por las galerías mientras las cabezas de quienes se encontraban a su paso se inclinaban y las rodillas se flexionaban en ensayadas reverencias.

—Ya sabéis, majestad, cómo es Caracortada. El mayor me contó que se interesó por todo, hasta por las recientes excavaciones de Pompeya. Ya conocéis cómo es: de Pompeya a la situación de la flota de Nápoles, su interés por acercarse al rey, todo entre risotadas y ambiente de fiesta.

—No le critiquéis. Si el español está aquí es que consiguió su propósito.

—En eso tenéis razón. Enseguida le propuso que se sumara a su flota. Ribas le recordó que era oficial del ejército napolitano, tratándole siempre con el respeto y la distancia debida. El mayor me ha contado que se dirigía a él como «vuestra excelencia».

—Claro, Orlov veía su vanidad satisfecha... Con lo soberbio que es...

—Señora, el español dice que pronto nació la complicidad entre ambos, con cierta reticencia por su parte. Y creo que con razón. Orlov no tenía nada que perder y, sin embargo, el extranjero, todo.

—Desde luego, solo tendría que haberlo lanzado por la borda.

—No me refiero a un asesinato, majestad. Esa mente vuestra es calenturienta. Lo que pretendía deciros es que este hombre cuenta que los extranjeros se mofaban de nosotros y de nuestras pretensiones de vencer a los otomanos en el Mediterráneo. Parece que toda Europa se burlaba de nuestra flota. Eso era antes de Chesme, pese al apoyo inglés con sus barcos.

—La soberbia de los europeos no tiene fin. Os lo digo yo, que conservo la mía alemana, Bibí. Así les sucede luego... Nunca debieron subestimarnos.

—Pero entended, majestad, que el joven estuviera contrariado. Es ocho años menor que yo. Orlov le ofreció un puesto de intérprete y le dijo que sería una oportunidad para empezar a escalar a su lado, que sus conocimientos, su actitud despierta, sus idiomas y sus referencias hacían de él un candidato ideal para seguir asumiendo funciones. A

Ribas le surgieron muchas dudas, porque es ante todo español, y con las buenas relaciones borbónicas y los pactos de familia entre España y Francia, sabía que Francia y Turquía habían sido eternos aliados.

—Bibí, querida... Intuyo en vos por primera vez ternura al hablar de un hombre. No lo despreciáis, que ya es un gran paso, y habláis demasiado... Ese extranjero debe de ser un embaucador.

—Por eso quiero que lo conozcáis. No por embaucador, disculpad, sino por diferente. Será de vuestro agrado, majestad. Es tan adorable que pidió consejo y permiso a su padre por carta..., y tuvo muy en cuenta la opinión de Juan Dick, el cónsul británico, que lo animó mucho, con el argumento de que los planes y todas las estrategias habían sido aprobados por vos y creados por Orlov, a quien tiene en alta estima. Pero lo de que se comporte así, como un hijo respetuoso, es tan adorable...

—Qué detalle... Es dulce...

—No lo subestiméis. Es inteligente. El mayor conoce bien la historia de los Romanov y está fascinado por las hazañas de Pedro el Grande, pero sobre todo por las vuestras, majestad. Le deslumbran vuestra fama de culta, vuestras energías y vuestra tenacidad. Habla con una mezcla de curiosidad y fascinación de la posición tan firme y autoritaria de una mujer.

—Interesante...

—Pues eso, señora. Ribas dice que hay muchos rumores sobre vos, que en Europa os habéis convertido en una leyenda. También dice que existen muchas habladurías sobre vuestra defensa del trono polaco para Estanislao Poniatowski..., y que los ilustrados tienen asumido que a Rusia le ha costado mucho dinero que el antiguo amante de la zarina sea el actual rey de Polonia. Habla mucho. También explica con mucha gracia cómo cuentan que un miembro del séquito del antiguo embajador polaco puede llegar a rey con brillantez, astucia y un buen... «cetro» para daros.

Ambas soltaron una carcajada y acompañaron sus risas con pequeños espasmos, con los que pretendían fingir una impostada vulgaridad que no conseguían.

Llegaron a la sala de las joyas y los vigilantes del tesoro les abrieron la puerta. Entraron en la habitación de altos techos, cortinas azules y vitrinas expositoras de coronas, aderezos y las joyas más ricas que nadie pueda soñar. Nastia las miraba con pasión y la zarina con el

desdén propio de quien todo lo considera poco porque ambiciona mucho más.

—Ya, querida, pero eso sabemos que es porque soy una mujer y él fue mi favorito. En Europa no se perdona que una mujer disfrute tanto de retozar en la cama como un hombre. Me dan pena las mujeres de allí. Lo que tendrán que sufrir para alcanzar el éxtasis... Imaginaos que yo, después del zar, no hubiera vuelto a conocer un varón... Mi vida no habría tenido sentido.

—Es difícil imaginar algo así.

—Sobre todo con lo fríos y largos que son aquí los inviernos...

—Una zarina siempre necesita fuego. —Nastia sonrió.

Ambas volvieron a las risotadas, sabiendo que pocas cosas hacían más feliz a la emperatriz que revolcarse con un fornido soldado y disfrutar de noches sin fin. Nastia se detuvo ante un gran reloj de malaquita y oro con incrustaciones de marfil y continuó hasta la corona imperial.

Catalina la había encargado en 1762 para su coronación y solicitó a los joyeros de la corte, Ekhard y Pauzié, que diseñaran una nueva. Nastia enmudecía cada vez que podía admirar los destellos de esos cinco mil diamantes flanqueados por setenta y cuatro perlas repartidas en dos hilos, con una base de otros diecinueve diamantes mucho mayores, de más de cinco quilates cada uno. La corona tenía en su cúspide una cruz, símbolo del poder divino de la soberana. Entre el brillo blanco de todas esas piedras lucía altanera una espinela roja enorme, que rondaba los cuatrocientos quilates. El rojo de aquella piedra le parecía a la dama de la zarina casi erótico, similar a una lengua que demanda sin piedad saliva y sexo. Pareció entonces que la emperatriz le leyera el pensamiento.

—Y decidme, querida Bibí, ¿creéis que debo mandar a la condesa Bruce, únicamente en su condición de «catadora real», a conocer a ese español que se aloja en vuestra casa? Al fin y al cabo le vamos a confiar la educación de los principales jóvenes de la corte.

Nastia soltó una carcajada. Descarada y traviesa, mantuvo el silencio, pero se acercó cautelosa a contemplar el diamante que la soberana tenía en la mano. El diamante de Orlov era el más grande que había visto en su vida. No respondió a la pregunta porque sabía que solo había una cosa que excitara más a Catalina que el poder y las joyas: la caza y conquista de un nuevo amante. Ahora era Nastia la

que miraba la piedra preciosa fingiendo desdén.

—No seáis malvada. ¿Eso es un sí? —insistió Catalina.

Más carcajadas. La corte rusa sonaba a diversión o no sonaba. Los contubernios eran silenciosos y las notas secretas se escribían ya con tinta invisible. Pero las risas y el alcohol calmaban el frío y acallaban las traiciones. Los nervios alimentaban el espíritu depredador y caníbal de la emperatriz: sucumbía ante la lírica de la seducción y la pasión de la carne. Le gustaban los hombres, especialmente los militares.

—Bibí, dejad de reír como una loca. ¿Eso qué significa?

Las casualidades no existen, o tal vez sí. Al mismo tiempo que Nastia y Catalina visitaban la sala de las joyas y hablaban sobre el español, Betskói y José de Ribas paseaban frente al Palacio de Invierno. En los pocos días que llevaba en San Petersburgo, el recién llegado acostumbraba a acompañar a su anfitrión en su inspección de las calles para ir comprobando los avances en todas las construcciones.

Así veía el contraste entre la ciudad cosmopolita, que se levantaba, y la corte, que ya estaba aposentada: por ejemplo, a las mujeres nobles cuajadas de diamantes, ropajes lujosos y con gusto por los encurtidos italianos y las peras de Francia que llegaban sin cesar al puerto. El alcohol ruso se mezclaba con los mejores licores de las principales cortes de Europa, y las ostras y las viandas más exquisitas hacían que los comercios fueran lugares prósperos, y que ser jefe de aduana, pese a su salario básico, fuera una de las profesiones más rentables de la zona.

Aunque llevaba pocos días en la ciudad, José ya había encontrado algunos establecimientos en los que comprar buena cerveza. Quería sabores que lo mantuvieran unido a su tierra natal, y sin los que creía que no podría sobrevivir.

Ribas palpaba ese lujo cortesano oculto bajo los abrigos en la calle y que, cuando se superaban a la baja ciertas temperaturas o arreciaba un temporal, se transportaba en coche. Contrastaba con la pobreza hostil, con el sonido de los martillos de los siervos y los sabañones de las manos ajadas y sucias, de esas palmas en las que las líneas y las grietas de la piel parecían surcos negros en los que se leía su inexistente condición social.

Herramientas, sacos pesados que caían al transportarse, los gritos de los cocheros a los caballos y las órdenes de los capataces. Todo eso, con el sonido del viento, de la lluvia, la nieve o la tormenta, era la música de fondo de una ciudad que aprovechaba hasta el último rayo de sol.

—Este palacio es impresionante, Betskói. No tiene nada que envidiar a las residencias de las demás cortes reales europeas. Deben de ser casi doscientos metros de fachada y treinta de altura... Este color verde es tan increíble como diferente.

—Pensad que somos el país de la malaquita, José. Ese color es tan nuestro que nadie podría robárnoslo.

No apartaban la vista de los ostentosos trabajos en estuco que cubrían los frontones de ventanas y puertas con distintas formas. Ni tampoco de las abundantes estatuas que adornaban la fachada del palacio. Verde malaquita rebajado, oro y blanco. Oro y blanco, pero sobre todo ese verde chillón inolvidable que evocaba más a los pasteles de María Antonieta en sus fiestas de Versalles que el sueño de Pedro el Grande.

—Son ciento cincuenta metros, pero en la altura no os ha fallado el cálculo —prosiguió Betskói—. La zarina es ambiciosa. Nos ha encargado a los más cercanos que San Petersburgo llegue a ser la capital más deslumbrante y mejor construida de todo el mundo. Y no creáis que no lo supervisa todo. Que no os engañen nunca Orlov o cualquiera de los suyos. Ella controla hasta el último detalle de lo que sucede en Rusia. Eso os ayudará a entender bien la corte. Controla hasta los gastos menores del palacio. Ese cerebro está hecho de un material que no corresponde a este mundo, creedme.

José miraba el edificio como llevaba haciéndolo cada día en su visita diaria. Era noviembre y la temperatura flirteaba con los cero grados siempre por debajo y de manera aspiracional. Los cero grados representaban ese límite que en la ciudad parecía mucho más duro por la humedad del clima a orillas del Báltico. Ya comprendía por qué su construcción había costado la vida a miles de obreros.

Pedro el Grande tuvo que usar sus prerrogativas para establecer una cuota mínima de cuarenta mil obreros al mes y poder construir su sueño, un sueño que se levantaba sobre la certeza de que la mitad de los siervos que llegaban a San Petersburgo con sus herramientas y su comida no resistirían el maldito clima a la intemperie, la falta de

higiene o las enfermedades. Su muerte era el precio inexorable de la gloria duradera.

Llegar a esa ciudad con la estrella del español era distinto al hostil modo en el que lo hacían los siervos, sabiendo que los capataces los azotarían para evitar las deserciones, y que solo tenían el cincuenta por ciento de posibilidades de supervivencia.

—Es impresionante. Me gustaría mucho que mi padre pudiera viajar algún día desde Nápoles para conocer la capital. Aprendí de él todo lo que sé de construcción.

—A la emperatriz no le apasiona el palacio. Le gusta mucho más todo lo que evoca la arquitectura de la antigua Grecia. Esto le parece algo artificioso. Aunque ella sea la primera en habitarlo, se terminó al año de morir la zarina Isabel.

—Eso tiene cierta lógica. También a los de estirpe real les gusta elegir la casa en la que viven.

—Es cierto, José, pero imaginad si tuviéramos que levantar uno de estos mastodontes en cada reinado. Este comenzó a construirse por órdenes de Pedro I, que cuando fundó la urbe en 1703, concibió siempre un lugar moderno que huyera de la tradición bizantina. Para nosotros ese es el estilo de la inercia, el que siempre ha inspirado nuestros edificios. Quería algo de tendencia europea, moderno en aquella fecha. Imaginad cuando hubiera que dar placer al zarévich si llega al trono. Imaginad sus complejos traducidos en caprichos arquitectónicos.

—No quiero pensarlo. Los monarcas menos inteligentes de cualquier dinastía son los que cometen las mayores aberraciones. Desde luego, Pedro I acertó porque este estilo era la última tendencia hace setenta años. Pero llama la atención porque todos los demás han intentado copiar Versalles.

—Deberíais profundizar en el estudio de Pedro I. No tiene nada que ver con lo que representó luego su nieto. El marido de la emperatriz era un tipo zafio, pero su abuelo era brillante. Nunca pretendió competir con los demás. Él rivalizaba consigo mismo imaginando lo mejor con una visión de estratega. Catalina parece más de su familia de lo que nunca lo pareció su marido. Es lista, terca, culta, no tiene límites...

—Habláis con el orgullo de un padre, Iván.

José torció la boca, consciente de que había pronunciado una

provocación pérfida. Betskói entendió que el español ya conocía los rumores sobre sus relaciones con la madre de la emperatriz. Ambos prefirieron callar y contemplar el palacio sabiendo que se estaba forjando una amistad tan sólida como las columnas de la fachada. El viejo decidió no contestar y seguir hablando de arquitectura.

—Fijaos bien: ¿para qué querría competir con Versalles pudiendo construir mil quinientas habitaciones en sesenta mil metros cuadrados? Yo he estado al mando de la finalización del interior. La zarina, cuando su esposo falleció, despidió al arquitecto al frente de la obra, un italiano llamado Rastrelli. Yo continué con un grupo de tres: Rinaldi, Felten y Vallin-Delamotte, a quienes os presentaré gustoso. Con obras así, uno no se puede rendir a un solo ego y a los delirios de grandeza de un único hombre.

—Entiendo...

Ambos reiniciaron la marcha y dejaron atrás la plaza del Palacio, sumidos en una animada conversación, mientras sorteaban a los obreros, las montañas de materiales y a transeúntes y militares.

La ciudad bullía en todo su esplendor. Era rica y cosmopolita, y esto se apreciaba en la mezcolanza de personas. Pisaban el mismo suelo los escarpines de seda de colores y el basto calzado de los siervos, los esclavos que hacían que la ciudad siguiera creciendo. El español lo miró dejando al descubierto en su rostro la desaprobación que sentía por la esclavitud. Su acompañante se dio cuenta enseguida:

—Ese dardo lo sigue teniendo la zarina en su corazón. En Rusia no interesa la libertad de las personas que cargan con el trabajo más pesado.

Caminaron hasta el lugar donde les esperaba el cochero. Se detuvieron para que Betskói le explicara cómo se cimentaban y preparaban los terrenos pantanosos para construir sobre ellos. El viejo estaba sorprendentemente ágil y era tremendamente vital. El joven lo admiraba por esa energía impropia de su edad. José recordó en ese instante la misma leyenda que se le había venido a la cabeza al entrar en la ciudad: «San Petersburgo se construyó en el cielo para luego aposentarla sobre la tierra por lo frágil de aquella zona...». Pero todo esto quedaba reducido a la literatura popular. Los cenagales y las zonas pantanosas parecían ya el lugar idóneo para construir la urbe más perfecta.

—Es la mejor fórmula que encontramos. El arquitecto Rinaldi es

partidario de estos entramados de madera de abeto. Ahora voy a llevaros al Palacio de Mármol, para que veáis en lo que ha quedado la Casa de la Gratitud.

—Explicaos, por favor... Recordad que quien os escucha es un recién llegado. Y que soy español; Rinaldi es italiano, pero lleva aquí más de veinte años. Creedme, no conocéis a los italianos: si sus obras están en Rusia, por muchos palacios espectaculares que Rinaldi haya construido, su nombre no se escribirá con letras de oro en la historia de Roma. Solo les importa lo que está allí.

Iván Betskói torció el gesto ante la inevitable soberbia mediterránea, mientras atendía a los saludos de todos los cortesanos con los que se cruzaban por la calle. Pasó su mano sobre los hombros de José y continuó hablándole mientras lo llevaba abrazado. Con ese simple gesto, ambos supieron que algo importante estaba sucediendo.

—Catalina es muy generosa. Le regaló el Palacio de Mármol a Gregorio Orlov por su contribución para que ella llegara al trono, pero él se instaló en el Palacio de Invierno ya como favorito. No llegó a habitarlo... Los Orlov son grandes estrategas que no pierden oportunidades. Y ser el consorte oficioso de este imperio es la mayor de las grandes oportunidades.

6

San Petersburgo,
a 24 de octubre de 1772

Mi querido hermano Félix:

Pienso a diario en ti. No eches raíces en Nápoles porque creo que el futuro de nuestra familia está en este país. El clima es el mayor inconveniente. Ya se esperan las primeras nevadas del otoño y hace mucho frío. La humedad del Báltico cala más los huesos que la de nuestro Mediterráneo.

Mira nuestro mar y préstame tus ojos para que pueda verlo yo. La nostalgia de ese azul, la voz de padre y el olor de los guisos irlandeses de madre me hacen sentir frágil en ocasiones, pero pronto se me pasa. Esta es una tierra abierta al porvenir, querido hermano.

San Petersburgo es como una fortaleza. Tiene una muralla que acordona la ciudad y que está recién construida. Hace un par de años, una epidemia de peste arrasó parte de la población de las grandes ciudades y, en nada de tiempo, construyeron esta especie de barrera sanitaria.

Los soldados controlan el acceso a la ciudad de cualquier persona a través de ocho puertas perfectamente vigiladas, y se lo prohíben a cualquiera que no interese. Es la capital de un imperio y se percibe desde el mismo instante en se traspasan esas puertas. Los zares se están empeñando en construir una urbe para la riqueza y la ostentación, un lujo que exhibir al mundo.

Pero todo es tan reciente que impacta ver las grandes mansiones, las casas palaciegas y, entre ellas, espacios descuidados, con hierbajos y vegetación salvaje. Hay por aquí un arquitecto italiano apellidado Rinaldi que tiene que estar amasando una gran fortuna. Es impresionante la prosperidad que

ofrecen estas tierras, tan solo con el exotismo que supone venir de Estados con cortes antiguas y un poco de ilustración.

Ahora la ciudad retumba con los gritos de los capataces y tiene el olor del sudor seco bajo las prendas de abrigo. Solamente los ricos creen que en invierno no se suda bajo la ropa. Solamente los nobles están convencidos de que el frío y la transpiración son incompatibles. Tienen la suerte de pensar así quienes no sudan por su trabajo y quienes no tiemblan en la gelidez del invierno.

De lo único que se enteran las clases más altas de la ciudad es de que las construcciones no avanzan en invierno y eso les parece un contratiempo. Pronto tendrán que paralizar las obras hasta la primavera por el frío.

Dicen que todo se vuelve hielo y, por eso, aprovechan ahora cada minuto para pavimentar las calles y revestir de piedra el malecón. El barro, la lluvia, los carruajes... Por cierto, la circulación es un peligro. Los coches de caballos no llevan campanillas ni hacen ningún ruido para avisar de su presencia. Ese es uno de los riesgos que vive tu hermano a diario. A veces temo ser atropellado. Sobre todo, querido Félix, en los momentos en que el vodka me acompaña.

Hermano, los rusos son unos vividores que dejan a la altura de la suela del zapato a los españoles y a los italianos. No vas a creerlo, pero una vez que entras de la forma adecuada en la sociedad, tienes las puertas de todas las casas nobles abiertas. Algunas preparan festines diarios de más de treinta comensales sin saber quién va a acudir. Los grupos de jóvenes burgueses se reúnen para comer fuera de casa y deciden sobre la marcha dónde almorzar y beber ese día.

Parece que una de las aspiraciones de las familias de la corte es estar entre las más deseadas socialmente, y asisto con más frecuencia de la que debería a banquetes que comienzan con vodka y continúan con vino, para volver a los licores en la sobremesa. Muchas veces se extienden las celebraciones hasta altas horas de la madrugada. Ten en cuenta que aquí los días son más cortos. Música, baile, ópera, teatro. Las fiestas son un auténtico desenfreno. Al día siguiente desayunan sopa de col: es su pócima secreta para combatir la resaca. No tienen fin. Sopa de col y vuelven a la carga. Otro día salvaje y sin límite.

Esa es la parte elegante de la corte: los bailes, las reuniones sociales, los negocios y los tratos de favor. Nastia, la hija de Betskói, me está llevando a todos los eventos y lugares que me interesan. Es bella, ocho años mayor que yo y somos un buen tándem.

Ya te conté en otra carta anterior que estoy convencido de que tanto la zarina como ella son hijas de Betskói y de la princesa Holstein-Gottorp. Nastia se comporta con este servidor como un amigo y confidente y no coquetea. Es poco zalamera, compartimos muchos días y me está enseñando a moverme como pez en el agua.

Mi carácter gusta aquí y les caigo en gracia. Son brutos y algo toscos. Pasan de abrazarte y bailar juntos borrachos, a enfrentarse por nimiedades. Se baten en duelo por menos de nada. Yo ya me he zafado en varias ocasiones usando la ignorancia del idioma y de las costumbres como pretexto para camuflar mis ofensas. No estoy teniendo problemas para comunicarme, y es que debemos estar eternamente agradecidos por la educación que nos han dado nuestros padres. Esto es un puerto de mar y los nobles son cultos. El que no habla francés o alemán, habla inglés. En el puerto también tengo ocasión de hablar italiano y, raras veces, encuentro a alguien que habla español. Ya voy aprendiendo algo de ruso. Sabes que lo intento desde que tomé la decisión de venirme, pero con los libros voy mucho más lento. El alfabeto cirílico me lo complica todo. Sin embargo, en la calle y con el servicio empiezo a manejarme. No es lo mismo aprender una séptima lengua que una segunda.

Lo que más te va a sorprender es el concepto del placer. Son lujuriosos y permisivos. Todos eligen a sus favoritas en los lupanares, y las más bellas y desenvueltas tienen un cliente, o algunos en exclusiva, que paga por poder disponer de su compañía cuando quiera. A demanda, hermano, a demanda.

Las hembras son descocadas, locas, divertidas y, ay, Félix, tan bonitas que no soy capaz de describirlas. Voluptuosas, desinhibidas, con piernas largas y finas, pero fuertes. No esconden sus senos y son tan generosos los escotes de las damas como los de las meretrices. Incluso sus comportamientos se parecen. La única diferencia entre unas y otras a la hora de

beneficiárselas es la tela que cubre su cuerpo. La seda distingue a las damas de la corte de las habituales de los lupanares, no así su actitud. Disfrutan con el sexo como hombres, sin esperar más correspondencia que el placer y el juego de la seducción. Y lo hacen todas con las mismas ansias. Independientemente de la clase a la que pertenezcan.

Dicen que la primera devorando hombres es la emperatriz. Te va a parecer una locura, pero nada me gustaría más que caer en sus fauces. El otro día la vi por primera vez en el desfile real hacia la catedral de Nuestra Señora de Kazán, en los fastos de las nupcias de su hijo Pablo, y caí rendido a sus pies. Gregorio y Alejo Orlov encabezaban a caballo la Guardia Imperial de la comitiva.

Qué majestuosidad, qué porte, qué sensualidad tiene la soberana. Llevaba una capa roja de las que hacen suspirar a madre. Realmente, la emperatriz es de belleza distraída, pero de atractivo irresistible. Hermano mío, es como aquella lozana Isabella que se me coló en el cerebro y no cesé en la conquista hasta que me harté de su cuerpo. Creo que lo que más me excita de la emperatriz es su poder y lo que todos cuentan de ella. Se ha ganado el respeto de sus súbditos siendo manipuladora y controladora. Una bestia de la política. Ya me avisó Betskói de su encanto irresistible. Y eso que todavía no la he olido, hermano. Estoy convencido de que huele a fuego.

Sin embargo, su hijo, el gran duque Pablo, es feo y medio lerdo. A veces la sucesión en las monarquías es cruel con los pueblos. No sé cómo ese hombre con cara de bobalicón y pretensiones de cabeza hueca podría suceder a una mujer como su madre. Dicen que el conde Bóbrinski tampoco apunta maneras y que la ruptura de sus padres es un hándicap en el ascenso hacia el trono que le augura su tío Alejo. En fin, todo es muy complicado aquí, pero a la vez es divertido.

En la comida se nota tremendamente la diferencia de clases. El pueblo come pan de centeno, gachas, carne y, con un poco de suerte, sopa de col. Y bebe mucho alcohol, pero del más barato. Lo que beben se llama kvas y es un licor de hierbas fermentadas que está buenísimo. Tiene mucho alcohol, tanto que podría resucitar a los muertos.

Mientras, Catalina ha instaurado la alta cocina para sus banquetes. Antes importaba vajillas francesas siempre y, últimamente, lo británico está de moda y compra por decenas las inglesas. La caza está presente en todas sus comidas. Le fascina incluir en sus menús pato, faisán, alce y liebre, además de otros más sofisticados como ostras, caviar, pavo real y mariscos.

Prepárate para degustar en un almuerzo en palacio platos tales como patas de oso estofadas, morro de alce con crema, ojos de buey en salsa o un exótico fricasé de lenguas de ruiseñor. Hay que dejar aparcados los prejuicios porque todo está realmente exquisito. Imagino tu mueca de asco, pero es simplemente delicioso.

Es muy estricta con los horarios de la comida y procura trasladar esta disciplina al pueblo. Ella toma un café al levantarse, otro cuando lleva un rato levantada y, acto seguido, come algo dulce. También come cosas más normales en su vida cotidiana, como la sopa de col, las empanadas de carne, o las patatas con crema agria y caviar. Habitualmente es disciplinada y come carne hervida, aunque todas sus aficiones son caras y Nastia me ha comentado que su plato favorito es la sopa de esturión con champán.

El otro día fui a ver a mi protector, el conde Gregorio Orlov. Tiene una majestuosa mansión cerca del Almirantazgo. Me trató con familiaridad y casi con talante paternal, hasta me preguntó si necesitaba dinero. Me interrogó sobre mi forma de adaptarme a la ciudad y me dio los mejores consejos.

Aun así, Félix, el fracaso estaba en el ambiente de la casa de Orlov. Fue honesto conmigo y me recomendó que me arrimara a Betskói. Me contó que la zarina había aprovechado para quitarse a las dos facciones que se habían enfrentado por el poder en el consejo asesor destituyéndolos a todos sin miramientos. Me explicó que él había usado toda su influencia para mantener a su hermano Alejo, pero que Panin, el tutor de Pablo, el heredero, se le había enfrentado con una batalla de estrategias.

Volviendo a Catalina, ay, Dios, qué mujer de carácter. Ha aprovechado la ocasión para librarse de todos los conspiradores, porque ya tenía sustituto. A Panin y a Alejo Orlov los deja en el Consejo, pero solo como meras figuras decorativas. Cuando

nombró a Panin tutor de Pablo, era de su confianza. Ahora ya no. Es un hombre tremendamente ambicioso y el único en el entorno del zarévich que podría ayudarlo en un golpe. Alejo me lo explicó cuando vine. Él ya empezaba a sospechar, pero, por aquel entonces, la zarina no quería ver el cambio en el tutor de su hijo. La condición de madre y su necesidad de tener controlado a Pablo le impedían darse cuenta de que su lealtad podía empezar a flojear. Ha tardado en verlo, pero ya es consciente y le ha dejado únicamente en las reuniones generales. Todos comentan que ahí solo se dirime la política previsible y las cuestiones rutinarias. Para lo trascendente, la zarina convoca a sus asesores a reuniones privadas o en grupos más reducidos.

A Gregorio Orlov lo ha despedido como hace con todos, con gran generosidad y suficientes riquezas para que pueda vivir sin extrañar sus años junto a ella. Ya hay candidato a nuevo favorito de Catalina. Es el más asiduo de sus amantes, Gregorio Potemkin. Todo en él es hilarante. Presume de su gran miembro viril y se queda en cueros cada vez que la ocasión lo permite. Dicen que eso es lo que realmente tiene atrapada a la zarina.

También dicen que este Potemkin es el azote de los otomanos y que no tiene rival en la batalla. Cuentan que es fanfarrón, listo, soberbio y valiente. Y además de todo eso, un semental de los que a ella le gustan. En resumidas cuentas, que Gregorio Orlov ha pasado a mejor vida y tendrá honores y riquezas suficientes, pero se queda sin corte ni cama. Y en esas, ha arrastrado a mi querido Alejo.

Caracortada me quiere bien. Me pidió que no olvidara nunca que, pasara lo que pasara, el joven Bóbrinski es hijo de la emperatriz, y me explicó que Iván Betskói es un hombre de gran influencia y que nadie cuestiona su lealtad a la zarina. Me dio algunas claves para ganarme su confianza y, hermano mío, una de las cosas que aprendo cada día de los grandes hombres es que buscan la fórmula del triunfo en la debilidad del carácter ajeno. No hablo de fuerza física, sino de fragilidad mental.

Orlov me hizo ver que tenía que encontrar mi camino hacia la confianza de mi anfitrión a través del resentimiento social que siente hacia el emperador Pedro I, porque nunca le permitió ser reconocido como hijo legítimo del príncipe

Trubetskói. Pese a todas las conquistas sociales e intelectuales de un hombre como Betskói, parece que su alma sigue estando herida por no haber pasado de ser un bastardo. Me sorprendió que me contara eso y no llego a entenderlo. Él me enseña la ciudad ensalzando constantemente las cualidades como promotor y gobernante de Pedro I. La ecuanimidad debe de ser otra de sus virtudes. ¡Cuánto tengo que aprender, hermano y cuánto aprenderías si pudieras venir!

Mi cabeza hierve dándole vueltas a ese asunto de la fragilidad del ego de los hombres más temidos y admirados. En concreto, ahora estoy centrado en el caso de Betskói. En muchas cosas me recuerda a padre, pero no sé si es por el parecido en sus conductas o por cómo extraño al viejo. Por Dios, cuidad de él. Me tiene que echar en falta tanto como yo a él.

Volviendo a mi análisis de la personalidad de Betskói, hasta intento hacer dibujos —estarás riendo mientras lees, imaginándome con trazos de lo intangible, como siempre—. Ha pasado de ser hijo putativo de un noble a ser procreador putativo de la emperatriz y de su dama de compañía. Eso tiene que provocar una crisis de identidad patológica.

Me gustaría pedirle consejo a padre y a sus hermanos de la logia, porque los masones examinan el alma mejor que el resto de los mortales. Te encargo encarecidamente que intentes ayudarme indagando en cómo puede afectar al comportamiento esa impostura en todos los aspectos personales de la vida. Pregunta a los mayores y escríbeme con sus orientaciones y reflexiones. Las valoro y las necesito. Cuéntales que hay días que me abraza por la calle como a un hijo mientras me enseña la ciudad.

No podemos demorar mucho tiempo tu primer viaje aquí. Ardo en deseos de poder explicártelo todo poniendo rostros y lugares a mi relato. Tengo que llevarte a una casa de baños. Es un espectáculo ver a hombres y mujeres desnudos, juntos, con la mayor de las tranquilidades. No se inmutan si hay dos personas retozando cerca, aunque no sean pareja habitual. Para eso tienes que preparar tus ojos. Nuestra sangre española hierve, pero la suya, hermano, tiene aplomo, una falta de sentido de la posesión, y son tan ajenos a los celos que es lo que más me conmueve.

Cuando vengas, también te va a sorprender ver los barcos navegar por el centro de la ciudad, por el malecón del palacio o por la isla Vasílievski. Pero más aún te va a impactar el hecho de que haya un solo puente. Pedro I debía de ser un tipo maquiavélico. Quería que los petersburgueses aprendieran a navegar, que fuera una ciudad en la que se movieran en sus barcos privados y hubiera una única vía de acceso, tanto en coche de caballos como a pie.

A pesar de todo, Félix, aún no puedo darte detalles más convincentes porque aquí ya mismo cambian las ruedas de los carruajes por trineos y todos me dicen que ya he conocido la época dulce del año. Ahora tengo que prepararme para la crudeza del invierno, del que hablan con espanto. No quiero pensar qué cantidades de alcohol beberán en enero para calentarse... Tengo la sensación de que sus cuerpos no podrán resistir más del que ya toman.

Eso que dicen de que es la Venecia del Norte no hace justicia a esta ciudad. Sé que te he escrito en varias ocasiones sobre la proeza de los cimientos, pero parece mentira pensar que hace menos de un siglo aquí hubiera solo algunas aldeas de pescadores.

Estoy deseando tenerte conmigo para poder dar paseos juntos por estas calles como lo hacíamos por el puerto de Nápoles. Los astilleros tienen a miles de hombres trabajando duramente mientras hay luz. Lo de la servidumbre parece de la Edad Media. Si crees que los obreros napolitanos trabajan, no es nada comparado con lo que les hacen pasar aquí. Algunos mueren mientras cavan zanjas o levantan muros. Muchos están enfermos y, a su pesar, siguen y siguen. A veces se escuchan alaridos de dolor cuando se pasa cerca. Los capataces no tienen piedad y agitan la fusta que llevan en la mano permanentemente mientras les gritan como a animales.

Ya ves: no todo es bueno aquí, Félix. La zarina ha intentado acabar con la esclavitud, pero no ha podido. Parece ser que eso la atormenta. Lo intentó y fracasó. Betskói me acompañó el otro día a un mercado de siervos. Por algo más de doscientos rublos puedes comprar a un fornido y sano varón, y a partir de cien encuentras mujeres y niños, que se utilizan ambos para los

trabajos domésticos y del campo, y las más deseables para desahogo de sus amos. No casa esta propiedad repugnante de personas con la modernidad y la vida díscola de la corte. Hay dos vidas aquí: he tenido el privilegio de acceder a la buena.

Sueño con poder recibir a toda la familia el día que tenga casa propia. No sé qué me deparará la vida, hermano, pero creo que es un buen sitio para los Ribas. Espero pensar lo mismo cuando haya vivido un crudo invierno aquí.

Si acabas viniendo, tendremos que traernos a nuestros hermanos. Los dos sabemos que, con nuestra protección y nuestras directrices, Manuel y Andrés tendrán mejor fortuna. Tenemos que compensar el reparto de dones en casa y nuestra determinación e inteligencia es superior a la suya. No es arrogancia, se trata de un hecho objetivo. Con nosotros cerca, podrán aprovechar mejor su buena formación, su capacidad de trabajo y su fuerza de voluntad. Háblales de mis planes de futuro e intenta que no se carguen con las responsabilidades de una familia. Necesito algo de tiempo para conseguir lo que quiero.

Entrégales a padre y a madre la muestra de mi respeto y de mi nostalgia y tú, mi preferido, deja tu camino libre de lastres para acompañarme en esta empresa si salgo triunfante.

Tu hermano,

JOSÉ DE RIBAS Y BOYONS PLUNKETT

7

Finales de noviembre de 1772

La condesa Praskovia Bruce, una de las mujeres más atractivas de la corte, era la confidente de la zarina en cuestiones amatorias. Ambas compartían un insaciable furor sexual y el deleite en los placeres de la carne. Aunque en lo que se refería a los hombres, la dramaturgia tenía un gran papel: jugaban a seducirlos, planeando los escenarios, las formas y hasta los rituales. En realidad, todo era un juego. Les gustaba dejarles fascinados y que tuvieran impreso en su recuerdo a ambas mujeres idolatradas con el rango de las mejores amantes de sus vidas: «catadora» y emperatriz. La reina y su dama colmaban así sus egos, sabiendo que quedarían prendidas a las fantasías eróticas de sus amantes hasta el último de sus días. Ellas siempre reirían al recordarlos y ellos se relamerían al recordarlas como un símbolo de la lujuria. Una simple cuestión de cálculo, guion y una interpretación a caballo entre el egoísmo de la satisfacción y el delirio por la autocomplacencia.

Aunque Praskovia estaba «felizmente» casada con el conde Jaime Bruce, gobernador de San Petersburgo, no hubo un militar con buen porte y fama de gran amante que no hubiera intercambiado fluidos practicando el sexo con ella.

—Praskovia, vos no podéis tener celos de nadie. La única otra dama que me sirve de catadora y amiga es María Perekusikhina.

—Majestad, ¿no osaréis compararme con ella?

—No podría. Sois muy diferentes. A vuestro favor están todos esos argumentos que vuestra soberbia os pone frente a los ojos. A favor suyo hay uno que no podréis rebatirme. María es intelectual, escritora y disfruta poniendo negro sobre blanco las memorias de personas ilustres. Vos carecéis de interés por la cultura y el arte.

—Las personas talentosas debemos concentrar nuestros esfuerzos. Dejadle a ella escribir los libros y a mí probar a los mancebos,

majestad.

El hermano de la condesa Bruce, el mariscal Pedro Rumiántsev, era el enlace y la vía perfecta para obtener toda la información sobre cualquier hombre uniformado que llegara a la ciudad. A la zarina le encantaban los militares, y a la catadora le bastaba una visita familiar y una confidencia fraternal para conseguir las primicias sobre la «carne fresca» que entraba por las puertas de la muralla de San Petersburgo. Datos, intenciones y tiempo en la capital: todo lo necesario para la criba inicial de los escogidos, y esa información la tenía de primera mano.

La condesa era sensual y descarada. Alta y con buenas formas, ni rectas ni excesivamente redondeadas. Muslos firmes que muchos habían conocido ya y mirada penetrante. Sus almendrados y grandes ojos grisáceos soportaban un exceso de piel en el párpado superior que, sorprendentemente, le daba un toque de distinción. Más distinguido aún era su hoyuelo en la barbilla. De nariz generosa y rectilínea, tan solo una característica rompía la armonía de su rostro y era el mínimo espacio que mediaba entre la nariz y la boca. Todo lo demás casaba. Era una mujer exultante, dotada de un especial atractivo. Su piel era nívea, blanca en extremo, y sus hombros generosos.

Al atractivo físico se le sumaba su fuerza vital. Pisaba imponentemente y arrastraba las faldas de sus lujosos y excesivos vestidos por cualquier pasillo que pudiera conducirla a un encuentro pasional. Su juventud estaba quedando ensombrecida por la madurez, pero no sus ansias y sus ganas de conquistar y fornicar. Además, le gustaba el riesgo. Solamente después de ser catados por ella, los aspirantes pasaban un control médico antes de llegar al lecho imperial.

Los amantes se habían convertido ya en un juego de palabras y complicidades entre Catalina y ella. Utilizaban como pasatiempo, más bien como divertimento, los comentarios socarrones sobre las «cualidades» amatorias de aquellos hombres que habían conocido ambas, que eran la mayoría. Con las excepciones del conde Bruce y Pedro III, todos los demás amantes habían sido, probablemente, compartidos.

—Majestad, la vida pasa. Hoy hace veintiséis años que entré a vuestro servicio como dama de honor. Desde bien pronto confiasteis

en mí sin miedo a las consecuencias.

—Eso es cierto, condesa. Veintiséis años es todo el tiempo que llevo en Rusia y ahí están los ocho en que fui gran duquesa. Si no hubiera tenido este nivel de confianza en vos, nunca os habríais convertido en la perfecta catadora de amantes. Pero más allá de eso, está nuestro pacto de lealtad.

—Sumad a eso, majestad, que, con nuestra afición por los hombres, compartimos mucho más que el resto de las mujeres por alta que sea su alcurnia, y no hay ningún problema siempre y cuando ambas sepamos lo que está sucediendo en cada momento. Por eso nos contamos cada detalle, cada primer beso, cada revolcón. Así no tenemos la necesidad de mentir o de algo parecido a la traición.

Sobre ese pilar sustentaban su poderosa relación. Pasar por la cama de Praskovia Bruce, o por cualquiera de los rincones escondidos del palacio que ella elegía, era el marchamo de calidad que la soberana pedía para decidirse por un amante. Eso hacía que Praskovia fuera poderosa. Tenía la llave para escoger qué hombre podía acceder a los aposentos reales, pero a la vez para abrir la puerta al placer de la gran Catalina, de Catalina la Grande.

Confraternizaba con la emperatriz en su vicio carnal, en su libido y en su mente licenciosa. En la corte había canciones que las presentaban como dos ninfómanas. A la soberana la llamaban la «Mesalina del Norte» en alusión a la tercera esposa del emperador romano Claudio, que pasó a la posteridad por numerosas infidelidades con nobles romanos, gladiadores, actores y militares. De hecho, Mesalina fue bígama y planeó derrocar a su marido. La Mesalina del Norte tuvo más éxito en ese intento y estaba en el trono gracias a aquella gesta.

—Praskovia, a todo eso añadid una ventaja que siempre hallo en vos —la piropeó Catalina—. Los catados aceptan de buen grado pasar la prueba. Más aún, se complacen en ello, porque más allá del resultado, existen otros alicientes, como vuestro atractivo y fiereza. Además de la recompensa para la propia estima de saberse entre los elegidos.

Por supuesto, el mayor de los estímulos es que, sin lugar a dudas, esa cata implicaba la antesala de algo grande. La soberana y Praskovia compartían confidencias sobre la vanidad masculina al ser degustados para el placer. A Catalina todo le parecía poco. Esto la definía: antes

de conseguir un logro, ya lo daba por amortizado e iba a por el siguiente.

—Y en el fondo, majestad —apostilló la condesa Bruce—, yo sé lo que no sabe nadie. Tras vuestro furor sexual, como tras el mío, se esconde la necesidad insaciable de sentirnos deseadas y queridas, pues cubre nuestras carencias y placeres. Todo es en el fondo una expresión más de vuestro poder absoluto y del que tengo yo por estar cerca de vos.

—Eso es así, Praskovia. En el tálamo imperial me demuestro a mí misma mi autoridad y en el trono se la demuestro a los demás.

La condesa también tenía que asegurarse del vigor y la resistencia del candidato. La zarina era mujer de cabalgadas intensas y no le valía con un par de carreras al trote. Era insaciable y siempre quería más. Los amantes eran para ellas como caballos en los que clavar las espuelas.

En el cuarto de siglo que llevaban juntas habían cambiado muchas cosas: los techos de los palacios eran cada vez más dorados y suntuosos, sus pieles, más arrugadas y flácidas, y mayor era también su diferencia de edad con los elegidos. Les gustaban los hombres con energía, potentes, bien dotados, divertidos y que no quisieran conquistar más que un alarido en el clímax salvaje de la carne. Así era todo más liviano y cómodo a la hora de apartarse de las obligaciones y del peso de la corona que Catalina llevaba con un sentido extremo de la responsabilidad. Aún se la seguía criticando por abandonar algunas reuniones para entregarse a los placeres del cuerpo cuando sus amantes la esperaban.

Una mañana cualquiera, de aquellas de confidencias y chismes lujuriosos, paseaban en silencio por los pasillos del majestuoso Palacio de Invierno. El endiablado frío anunciaba la llegada inminente de diciembre y atravesaban las salas protegidas por los abrigos de terciopelo rematados con pieles que cubrían por entero sus cuerpos. Catalina de azul y Praskovia de color carmesí, recorrían algunas de las estancias y la zarina se fijaba en los detalles que le gustaría modificar.

—No entiendo por qué se apreciaban tanto las cosas recargadas hace unos años. Siendo la más rusa de las rusas, a veces siento que mi sangre germana se rebela contra esta ostentación y esta atroz falta de gusto.

—Querida, sois la emperatriz: pedid y se os dará... Siempre se os

recordará por la estética de vuestras obras y por los hombres a los que os beneficiasteis...

Catalina reía a mandíbula batiente cuando la desfachatez de la condesa la invitaba a ser desmedida. Esa desfachatez las mantenía unidas desde siempre y quizá para siempre.

—Sería mucho más divertido que me recordaran por esas docenas de uniformes que he visto caer al suelo con vicio... Además, dejo para la posteridad mi secreto salón erótico en el Palacio de Verano. Cuando muera, algún día lo enseñarán y hablarán de mis «diversiones»...

—¿Imagináis la cara del gran duque Pablo cuando vea falos esculpidos en las paredes y pinturas tan eróticas?

—Condesa, con resignación os digo que no entiendo cómo he podido alumbrar un hijo tan poco inteligente, tan acomplejado y tan inútil. No sé qué será de Rusia cuando este niño sea coronado. Solo le interesa el boato y jugar a los ejércitos de salón, como a su padre...

—Por el bien de todas las Rusias, deberíais ser eterna...

—O matarlo en cuanto tenga hijos. Por muy malos que sean, no serán como su padre. ¡Cuánta frustración hay en su corazón!

—No os fustiguéis, majestad... ¿Os cuento algo sobre el español?

—Dadme un segundo, condesa, y pasamos a lo mundanal.

Ambas se miraron con perversidad y la zarina se detuvo frente a un cuadro de su colección privada.

—Hay que enmarcarlo mejor. Necesita más oro para resaltar su belleza.

Catalina se había hecho con su primera gran colección de cuadros ocho años atrás. Desde entonces no había dejado de comprar lo mejor de lo mejor. Antes eran solamente joyas, y ahora las combinaba con el arte. Como tantas cosas en su vida, era el resultado de saber aprovechar los malos momentos de los hombres más astutos y perversos de los que había oído hablar. Era una experta en esperar el instante adecuado para sacar partido.

Durante su época de esplendor, el rey de Prusia, Federico II, encargaba a un sagaz comerciante alemán llamado Gotzkowsky, que adquiriera lienzos para su colección privada. El monarca tuvo que renunciar a aumentar su colección por el caos económico que supusieron para el Estado las campañas militares que había emprendido.

El comerciante vio en la guerra una oportunidad de negocio y

almacenó grandes cantidades de cereal para alimentar a las tropas rusas durante la contienda. A veces la justicia poética existe y la batalla fue breve. El tratante de arte, grano, y lo que fuera menester, se arruinó y Catalina aceptó cobrar sus deudas en especie con más de doscientas obras que el marchante había comprado para Federico II.

—Os encanta esta obra, majestad. Ese tal Rembrandt podría haber pasado por vuestro lecho...

—No digáis tonterías. Ya era viejo cuando pintó este cuadro, que es muy oportuno al hilo de lo que estábamos hablando: la obra se llama *El retorno del hijo pródigo*. Ojalá tuviera algo que ver conmigo y Pablo reconociera todos sus pecados y viniera arrepentido. Eso no sucederá. Pero fijaos, condesa, en estos cinco metros cuadrados de lienzo: en estos colores mezclados hay mucha sabiduría. Luego os preguntáis por qué me gusta tanto el arte. Aún no habéis aprendido a contemplar los cuadros. Si los miraseis con el mismo deseo con el que acribilláis a los hombres, vuestro cerebro crecería y vuestra alma se engrandecería.

—¿Qué veis que no vea yo?

—Mirad bien y no penséis en nada más. Es el perdón del padre al hijo arrepentido. El joven vuelve derrotado, andrajoso y sin cabello, como un símbolo de su fracaso. Pero mirad los detalles. El gesto del viejo es protector, misericordioso y compasivo. ¿Qué percibís de especial en sus brazos?

—Que están apoyados sobre la espalda del hijo.

—Brussia —que así llamaba en privado Catalina a Praskovia, solamente cuando empezaba a sacarla de quicio—, cuánto sabéis de lujuria y qué poco de amor. Eso es amor. Fijaos en la luz y también en los mensajes. El viejo, que simboliza a Dios, tiene un brazo de hombre y otro de mujer, atribuyendo al Supremo la condición de madre y padre de la humanidad... El cuadro lo está pidiendo: hay que darle solemnidad al marco.

Reanudaron la marcha.

—Ya podéis hablarme del español —espetó la zarina dando por zanjada la conversación sobre arte—. Vendré más tarde sola a pensar qué hacer con toda la obra pictórica del gran Pierre Crozat, que acaba de llegar de Francia.

La condesa respiró aliviada por poder hablar de lo único que le interesaba. También por dejar de escuchar el tono de reproche de la

zarina ante su falta de inquietud intelectual. Con una sonrisa pícara y de medio lado, siguió caminando sin mirar siquiera a Catalina. Contra las paredes blancas, con los zócalos y los suelos de mármol, reverberaban las risillas cómplices de ambas mujeres, que callaban cuando se cruzaban con alguien que se inclinaba ante la zarina.

—No me pidáis que sea perfecta. No veo en un cuadro más que una forma de decorar la pared y demostrar riqueza, pero hay algo en lo que soy insustituible.

—No hay nada peor que una persona necia presumiendo de serlo. Volvamos al español...

Praskovia sonrió sin que le importara en absoluto el desprecio a su inteligencia. Sabía que su arte y su conocimiento se concentraba mucho más en la parte inferior de su cuerpo que en la superior. Su cerebro era más activo que reflexivo, al contrario de lo que sucedía con todo lo que cubrían sus faldas.

—Catado y listo para su majestad. Es culto e ilustrado y podrá entreteneros después de divertiros. También es joven, pequeño, listo e ingenioso. Y descarado y... ha viajado mucho. Solamente le veo un defecto: habla demasiado antes y después de cumplir con su cometido. Me explicó todo lo que se dice de Rusia en las cortes española, napolitana, francesa e inglesa. Y también sabe todo lo que se dice de vos: los rumores, las maldades, los mitos...

—Organizadlo todo para que venga a verme. Ya sabéis, primero que pase por el doctor para que lo examine. Tengo una duda: ¿habéis dicho que es «pequeño»?

—Su cuerpo es pequeño, no lo que realmente nos importa. No es descomunal como el cetro de Potemkin, pero sí está muy bien armado y sabe cómo satisfacer a una mujer. Tres veces me desplomé en un solo encuentro, majestad. Los españoles tienen fama de fogosos y no deberíais perderos a este. Es un semental en miniatura...

Las mujeres pararon en medio de un gran pasillo para reír. Catalina no esperaba un debate sobre política o literatura cuando coincidía con ella. Pero tenía garantizado el entretenimiento y la travesura. La preparación de los encuentros era tan excitante como el momento de la consumación. Seleccionaban, cataban, catalogaban y a seguir buscando nuevos ejemplares.

—Por cierto, condesa, dos cosas.

—Vuestros deseos son órdenes.

—La primera es que no olvidéis que ese encuentro con el español tiene que organizarse de manera urgente, con el ambiente y contexto adecuado. Tenemos que aprovechar este periodo de entreguerras o, más bien, entre favoritos, porque presiento que, en breve, Potemkin se establecerá aquí, y ya conocéis mis ataques de monogamia obsesiva al comienzo de cada historia de amor.

—Contad con ello. Prepararé vuestra cita para principios de diciembre. ¿La segunda orden, majestad?

—Mantened al margen a Bibí, no quiero que sepa nada de mi «entrevista» con él. Ella es tan imposible como su padre, y cada vez resulta más difícil encontrarle un buen marido. Habla del español con agrado y, si nos gusta a todas, sería una buena opción que se casara con ella. Eso solucionaría su soltería y nosotras dispondríamos de la compañía del extranjero cuando nos apeteciera.

—Guardaré vuestro secreto. No vaya a ser que esa endemoniada intuición de su majestad tuviera una posibilidad de hacerse realidad. Siempre está bien tener cerca un español que llevarse a la boca...

8

Diario de Anastasia Ivánovna Sokolova

San Petersburgo,
1 de diciembre de 1772

En estos días en la corte no pasa más que lo habitual durante un relevo de poder. En el vacío entre un favorito y otro, en este glacial espacio de tiempo en la cama de la soberana, mientras se marchan los Orlov y se asienta Potemkin, los planes provisionales hacen que se prendan las calderas de las intrigas y se activen las frustraciones en aquello que cada uno entiende mejor para el Estado, pero sobre todo mejor para sí mismo.

Sin embargo, yo estoy en un momento dulce. El español me distrae y disfruto enseñándole la corte. Creo que es la primera vez que tengo un compañero de aventuras tan asiduo. Estoy admirada con su capacidad para comunicarse. Yo con él hablo francés, pero cada vez me pide con más frecuencia que utilicemos mi idioma. Le gusta hablar ruso y, sorprendentemente, no se le da mal. Qué rápido aprende. He de reconocer que me divierte mucho cómo se esfuerza con la pronunciación.

Me parece un hombre muy interesante y atractivo, y al principio, cuando llegó, jugamos a algo parecido a la seducción, pero de ahí no pasamos. Las mujeres podemos tener mil amantes y pocos amigos. A mí me interesa preservar la amistad antes que quemar mi única bala en una noche de desenfreno. Además, se interpone entre nosotros el respeto que ambos sentimos por mi padre.

Recuerdo nuestras primeras conversaciones, en las que padre se disculpaba por mi carácter deslenguado y mi perfidia. Siempre me ha divertido la provocación, y he encontrado en mi personalidad aquello que me hace distinta y que me permite ser feliz.

Me he pasado la vida observando a mujeres que querían

parecerse a la emperatriz y viendo cómo ella las desdeñaba. Conmigo es diferente. Ella se divierte y se relaja porque sabe que soy genuina y, además, su confidente. Jamás la abandoné ni la traicioné ni jamás lo haré. Y nos reímos juntas, ay, cuánto nos reímos... Tenemos la sospecha de ser hermanas. Más bien la certeza.

No hablamos de ello, pero podría apostar que las dos pensamos que, si se pusieran las cartas boca arriba, descubriríamos que lo somos de padre y madre. Siempre estuvieron unidos hasta en la distancia, y quienes los vieron juntos cuentan que jamás fueron capaces de esconder la química y la complicidad. Padre no nos lo ha confirmado nunca ni creo que osemos preguntárselo, aunque solapadamente hacemos comentarios entre nosotras. Sin atrevernos a llegar más lejos, estoy convencida de que a ambas nos da mucha paz considerar que somos familia y, cómo no, pensar en que nuestros padres reales, Iván y Juana, se tuvieron el uno al otro para colmar los vacíos sentimentales de sus vidas. Pese a todo, pese a los silencios, el tabú nunca cambiará la realidad. Ese rumor de la corte encierra una verdad de mucho alcance.

Afortunadamente, yo soy más agraciada en belleza, mientras que ella ha sido premiada con los dones de la perseverancia, la inteligencia y, por supuesto, con una corona que hace que todos inclinen la cabeza a su paso.

Siendo como soy, con mis virtudes y mis defectos, mi nuevo amigo lo pasa bien. Apostaría a que se divierte intentando ser ruso en algunas ocasiones. José se siente español, como le ha enseñado su padre. Quiere que lo llamen José, a toda costa, en español, aunque ya en toda la ciudad se refieran a él como Osip, el equivalente en ruso. Eso sí, es tan buen estratega, tan perfecto en sus ambiciones que aspira a ser ruso cuando le conviene o irlandés como su madre o, si le cuadra mejor, casi italiano. Él es lo que haya que ser con tal de conseguir su objetivo. Pero en lo más profundo de su alma, su corazón es español, aunque sus batallas ya sean rusas.

Eso es: su corazón es español, aunque sus batallas ya sean rusas. Ese es él. ¿Me estaré ilusionando? Repito mis frases como en un poema. Siento mariposas en el estómago cuando las escribo de nuevo. ¿Qué será esto? ¿Un juego?

No, no debo jugar. Soy frívola y quiero seguir siéndolo. No, no debo jugar. Qué vida, qué vidas... y todo empieza así, como si nada.

El día que conocí a José en casa, padre presumió de mi belleza, de mi inteligencia, de mi formación, de lo «cultivada» que era. Él adora esa palabra. Pero luego, en privado, me reprendió por ser tan avasalladora con los hombres y asustarlos. Repite una y otra vez que huyen de mujeres que puedan discrepar de ellos con autoridad y fundamento. También me reprocha tener la capacidad de hacer daño con las palabras cuando digo la verdad. Me lo dice como si fuera un demérito. No puedo entenderlo. Para mí siempre ha sido una virtud.

La verdad duele, duele mucho. Y si está bien dicha más. Yo siempre he sido una mujer de verdad, hasta las últimas consecuencias. ¿Me estaré diciendo la verdad o estaré ocultándome mis sentimientos? Mi padre tiene razón en una cosa: los hombres, por regla general, me aburren sobremanera. Y puede ser que tenga en casa a aquel por el que beberé los vientos. Criarse sin madre al lado de padre no ha sido fácil. El listón se ha puesto en las nubes. No solo eso: ser dama de compañía de la zarina implica formar parte del gineceo más poderoso y divertido de Rusia.

¿Qué esperan de mí? ¿Quieren que me derrita ante un poema o una escena teatral? ¿Desean que me impresione un cuerpo tórrido y desnudo cuando en nuestra posición podemos disfrutar de cuantos queramos y la promiscuidad es la religión de nuestra superiora?

No sé qué pretende mi pobre y cansado padre, que ya pierde las esperanzas. Sucede que con el español me estoy relajando. Él tiene que quedarse en casa hasta que pueda instalarse en el cuartel del Cuerpo de Cadetes, donde será instructor. Se nota su desconocimiento de Rusia, sobre todo, porque no le preocupa qué cadetes se le asignarán. Por eso intento que se haga a la idea de lo aburrido de su tarea: no parece ser consciente aún de que pasa de la batalla y el ejército a la desidia de adolescentes con la piel sebosa y poco amor por la patria. Aún no comprende lo que supone vivir entre esos jóvenes caprichosos y déspotas, sin apenas ambiciones. No sabe lo que le espera mientras se divierte como un bufón, ajeno al aburrimiento que sentirá siendo instructor si no encuentra pronto otra ocupación que entretenga esa vitalidad suya.

A pesar de todo, este hombre ha tenido la fortuna de caer en gracia a padre. El viejo no solamente le preparó un alojamiento cómodo, sino que está enseñándole las claves para triunfar en la ciudad. En eso también ha sido un maestro. El «gran» Iván Betskói

nunca ha sido conocido por su zalamería. Ha preferido ir con la sinceridad por delante.

Padre creó esa institución para los cadetes con una clara influencia de las enseñanzas de Rousseau. También el Instituto Smolny para Nobles Doncellas. Cuando le encargó la construcción al arquitecto Quarenghi, fue muy criticado por algunos nobles, pero a él siempre le ha preocupado que las mujeres no tengan una buena formación. Quería bautizarlo de un modo más afrancesado y que sonara a reivindicación, pero optó por llamarlo como un convento cercano.

Con su fría mente de fundador, tenía miedo de que una bravuconada al elegir el nombre de la institución privara a otras mujeres de lo que él me ha dado a mí. En Rusia, como en toda Europa, estaba asentada la idea de que una noble culta que eligiera sus lecturas según sus inquietudes era mucho más peligrosa que una que se dedicara a entretener a los demás en las veladas tocando un instrumento y pasara muchas horas disfrutando de la vida contemplativa. Y es así. Las mujeres con argumentos no dicen sí a secas y callan con menos facilidad. Por eso el nombre no era una prioridad y el de un templo cercano sirvió.

Me pasé toda la infancia entre libros y grandes discursos y me quejé siempre. Ahora se lo agradezco en el alma. Mi padre cuida con especial cariño y celo a quienes están al frente de esas dos academias que siente como sus criaturas. Quiere para los demás jóvenes lo que siempre quiso para mí.

Por eso, porque siempre le ha preocupado en extremo la educación, supo desde su primera conversación con José que se encontraba frente a un hombre con un potencial extraordinario. El viejo, socarrón, suele hablarme de muchas personas que tienen «todo el futuro por detrás», pero cuando él escucha en silencio, con la mirada perdida y su cabeza asiente dando su aprobación inconsciente, la cosa cambia. Cuando le vi hacer aquellos gestos frente a su nuevo amigo, tuve claro que iba a apostar por él. Le gustan la iniciativa y la osadía si detrás están el esfuerzo y el rigor.

José cayó rendido desde el primer día ante sus aventuras y desventuras. Le parecía mentira estar tan cerca de uno de los hombres más influyentes del círculo de la zarina. Todo lo que le hubiera contado el conde Orlov debe de parecerle poco a este joven español

que absorbe las palabras como una esponja. Nuestro huésped es adorable. Escucha ensimismado todas las lecciones sobre educación que le procura padre durante sus largas conversaciones. Mi padre descubrió de inmediato esta capacidad y eso los ha acercado mucho. Le contó a José todos los pormenores de su biografía: su nacimiento en Estocolmo, su infancia en Copenhague y los quince años que pasó en Francia cerca de los ilustrados.

Escribo sobre el viejo para no hacerlo en demasía sobre el que ocupa mis pensamientos. Disfruto mucho paseando con José. Su compañía es agradable, y aunque pronto abandoné la idea de un idilio, ahora me asaltan las dudas. Puede ser que, tal vez, me precipitara. En un principio, me interesó mucho más su cerebro que su cuerpo. Cuanto más conozco su carácter, más cómoda y cercana me siento. Es una delicia y una diversión constante; su carácter firme y su ambición, que roza la arrogancia, le hacen muy atractivo. Paseamos por la ciudad, especialmente por la avenida Nevski mientras él observa cada detalle de las construcciones y yo le pido una y otra vez que me cuente cosas sobre su vida.

Por eso sé que su padre se llama Miguel de Ribas y Boyons. Llegó a Nápoles en 1738, procedente de Barcelona. Entonces era capitán. Su familia paterna es noble y su padre combina una exquisita educación con su fascinación por el mundo militar y por la construcción civil. Tuvo suerte y se casó con una irlandesa fabulosa, su madre. También noble, pero ya sabe que en Irlanda eso es diferente. La nobleza de su madre estriba en su pertenencia a la cúspide de dos influyentes clanes. Cuando le pregunté cómo se llamaba su madre me dijo: «¿Sabéis, Nastia? A veces no comprendo cómo su tierna curiosidad, casi cariñosa, convive en su interior con ese ingenio astuto sobre el que Betskói me previene constantemente». Me disculpé, porque parecía haberle molestado, pero él lo negó y me dijo que le encantaba hablar de su madre, pero que yo le desconcertaba...

En cualquier caso, su madre se llama Margarita Plunkett y tuvo cuatro hijos. Además de José, que es el mayor, están Manuel, Andrés y Félix. Extraña mucho a sus hermanos porque en su casa siempre les hicieron tener muy clara la importancia de la familia. Lo de la nobleza se lo han enseñado como un privilegio que hay que agradecer y acrecentar para las siguientes generaciones.

Con mi descaro habitual, le pregunté si pensaba tener hijos, y me

dijo que no hasta que conociera a la persona adecuada y que, además, le gustaría ofrecerles una educación como la suya. Desde pequeño había oído hablar de la ascendencia de su madre y quería que sus hijos pudieran recibir las enseñanzas de una madre cultivada y dedicada a su familia. Luego me dijo algo divertido: «Querida Nastia, entended que no pretendo aburriros con historias de clanes irlandeses. Para ellos los cuadros de sus *kilts* definen su linaje. Y yo crecí escuchando los ejemplos de todos mis ascendientes, los españoles y los de la isla. Es importante tener el ejemplo de padres y abuelos».

Después lanzó una mirada pícara que me descolocó por completo. Esa mirada no se podía escapar de mi diario. Quiero dejarla escrita para que no se me olvide en mucho tiempo.

Insistí en que me siguiera contando sobre esos ejemplos y, tras afirmar que no había mucho que contar, me habló de la nobleza de dos naciones, dos idiomas y todo fuera de su ciudad de origen. Trabajo, educación, servicio y ambición. Y el gran mérito de respetar su carácter para que se divirtiera viviendo a su manera. Aprendió a dibujar con su padre y a hacer planos de todo. «Creedme si os digo que cualquier proyecto de mi vida tiene dibujos, una estrategia en líneas. Aprendí a pensar proyectándolo en mis trazos», me dijo, y yo repliqué: «¿Me dibujaríais a mí?». «Si fuerais uno de mis proyectos de futuro, lo haría. Ahora bien, probablemente no os permitiría mirarlo».

Añadió que supo que sería ingeniero entre los planos de su padre para la remodelación del puerto de Nápoles. Se quedaba absorto mirándolos y, con algo de vanidad, disfrutaba comprobando que los entendía. Y que si su padre me oyera presentarlo como Osip Mijáilovich me reprendería. Yo le respondí que no entendía por qué, si era la forma correcta, y que padre y yo ya lo llamábamos así antes de que llegara. Orlov nos había informado de todos los datos de su progenitor y la versión rusa para referirse a él es esa y no otra. Claro, para esto también tenía una explicación: «Solo os lo digo porque jamás permitió que lo llamaran Michele, la forma italiana de su nombre. Fijaos, nosotros ya hablábamos español, latín, italiano e inglés por razones obvias, y mis hermanos y yo hablamos además francés y alemán. Ni teniendo esa apertura mental, consentía que su nombre fuera dicho en otro idioma que no fuera el castellano». «Un patriota», le respondí, ya que su nombre y el de sus hermanos son todos españoles. Ni una sola concesión al inglés de su madre ni al italiano

por vivir en Nápoles. Y él afirmó que así era y que le encantaría seguir con la tradición. Su madre era feliz haciendo feliz a su padre. Más allá del lugar donde resida, siempre será español. No hay que olvidar nunca que Nápoles es España, aunque esté ubicado en un territorio que forma parte de Italia.

Yo le dije, medio en broma y llamándole Osip, que me encantaba estar con españoles, aunque realmente él es el único que conozco. Y que yo era más de ser feliz para que los demás sean felices conmigo que de plegarme a los deseos de un varón, y que probablemente por eso no me había casado aún. «No os engañéis, a los hombres inteligentes nos gustan las mujeres con carácter», replicó, a lo que le contesté que, además del carácter, les gustaban más cosas, y le expliqué que la zarina había hecho que se extendieran unos cuidados de belleza básicos que todas intentamos aplicar para tonificar y blanquear la cara y también el cuerpo: hierbas cocidas, suero de leche, salmuera de pepino, decocciones de hierbas.

Le sorprendió esta disposición de la zarina, y tuve que explicarle que ella cree que una mujer de aspecto cuidado se siente más poderosa que una que no dedica tiempo a estar bella. De hecho, había popularizado un truco asequible para todas, incluso para las campesinas, para conseguir un rubor natural, y que era tan sencillo como frotarse la cara con hielo. Me preguntó si lo hacíamos todas y le respondí que las mujeres no somos bobas y sabemos que la zarina se ha hecho a sí misma y quiere traspasarnos sus conocimientos. De hecho, en palacio hay dadas instrucciones para que cuando viene alguna invitada extranjera, la lleven por la mañana un plato con hielo para que se frote las mejillas y luzca buen cutis.

Así pasamos los días en casa, intentando ser los correctos anfitriones y sabiendo como sabemos que estamos facilitando al extranjero una bienvenida entre la complicada sociedad de la ciudad. Con nuestra presentación, con la acreditación de padre, no habrá puerta que se le resista ni reunión en la que no sea un invitado deseado. Sé que padre le ha enseñado la parte más sórdida de la ciudad y que le ha llevado a que conozca los mercados de carne humana, para que vea la frustración más grande de Catalina. La esclavitud sigue siendo intocable pese a la atrocidad que supone.

Me gusta mucho escucharlos hablar, mientras me escondo tras las cortinas. El otro día pude oír una conversación que me resultó morbosa y por eso la quiero anotar aquí:

—Mayor, es fundamental que habléis con los siervos, que forniquéis con algunas mujeres de la vida y que les tengáis aprecio. Lo carnal genera afectos inconscientes y solo así podrá explicar a los cadetes que mantener esta situación en la que viven tantas personas es insostenible. Para poder mejorar la sociedad y enseñar cómo cambiarla, hay que conocer los defectos más flagrantes. Vos no podéis manteneros al margen de cómo vive la mayoría de los habitantes de la ciudad.

—No veo necesario mezclarse hasta involucrarse emocionalmente. El desahogo no tiene por qué implicar afinidades. Somos hombres y necesitamos descargar. Disculpad la vulgaridad, pero es cierto.

—Mayor, tenéis que divertiros con los de vuestra condición: el juego, las mujeres y la bebida son parte de la fórmula del éxito. No se os reconocerá autoridad entre los rusos si no os divertís como nosotros, como los más salvajes. Sois extranjero y tendréis que poner mucho empeño en eso. Por muy poco ortodoxo que os parezca este consejo, tendréis que esmeraros en ello tanto como en estudiar los libros de la ilustración. La sociedad rusa conserva su ascendencia pagana muy presente.

—Creo que el alcohol, el desenfreno y la vida social no serán un problema para mí. Nada de eso entra dentro de mis limitaciones.

—Pues vayamos entonces a los libros, aunque no debéis olvidar mis consejos sobre las noches de diversión. No lo toméis a broma si queréis ser alguien en San Petersburgo. La emperatriz mantiene un discurso cambiante y guarda cierta distancia con las enseñanzas de Rousseau. Esa pose le interesa políticamente y ella es una gobernante nata, pero en lo más profundo de su ser, comulga con los principios del francés tanto como yo, y es lo que espera para el futuro de la nación.

Como mujer y como hija de Betskói, he de decir que me satisfacen —pero también me sorprenden— esas charlas de hombres en las que no se me incluye entre las opciones para el español como casadera que soy. Hablaban de mujeres, de placer, de futuro y ninguno de los dos se refirió a mí ni por asomo.

Ambos somos solteros y no hay otra mujer en la casa. No han tenido siquiera la ocurrencia de pensar que entre nosotros pudiera surgir el más mínimo escarceo. Me resulta extraño, muy extraño. Mi padre ya ha intentado presentarme a tantos jóvenes... Esa exclusión me provoca algo parecido al morbo, a caballo entre la inquietud y la excitación, escuchándolos hablar sobre la necesidad de colmar la lujuria, la gula y de sacar a los demonios a pasear por la ciudad.

¿Qué me está pasando? ¿Por qué ocupa este hombre mis pensamientos y hasta las páginas de mi diario? Tengo que controlar la situación y tomar las riendas. No puedo perder la cabeza.

Controlar la situación y tomar las riendas.

Debo hacerlo ya. No es suficiente con repetírmelo a mí misma a todas horas. Ni siquiera basta con escribirlo varias veces. Tengo que asumir el control de mi mente y de mis intenciones más rebeldes. Están cobrando más fuerza de la que esperaba.

9

Comienzos de noviembre de 1773

El español estaba adaptándose más rápido de lo esperado, ya hablaba ruso con fluidez y hasta empezaba a incluir los dichos del país en su forma de expresarse.

—Nastia, me gusta la expresión popular que dice que «hace tanto frío que hasta los pájaros se congelan en el cielo». No es una exageración.

—José, querido. Acabaréis sabiendo más ruso que yo.

La gelidez parecía insoportable para alguien del sur de Europa un año antes, a su llegada a la capital. Ya era distinto. Había superado su primer invierno e, igual que aprendía el idioma, comenzaba a encontrar los hábitos para hacerlo más llevadero. Su mayor inversión había sido la ropa de abrigo con pieles que lo ayudaba a combatir las inclemencias en la intemperie. Iba cubriendo etapas y progresando.

Había sido un año trepidante. La ciudad de San Petersburgo era una de las más interesantes de Europa y él lo estaba viviendo todo como un testigo privilegiado. En estos meses se había definido el futuro del trono del imperio mediante la boda del insípido primogénito de Catalina.

Todo suponía un espectáculo en sí mismo. La novia era la hija pequeña de Luis IX, miembro de la más alta nobleza germánica, landgrave de Hesse-Darmstadt. A la ciudad llegaron en primavera sus hijas para que el heredero pudiera elegir a su futura esposa entre ellas. Al segundo día de conocerlas ya se había inclinado por Guillermina.

A partir de ese momento, todo fue como el protocolo exigía. En julio, recibió la Orden de Santa Catalina, en agosto fue aceptada por la Iglesia ortodoxa, en la que fue bautizada con el nombre de gran duquesa Natalia Alexeievna, y el 29 de septiembre, antes de que finalizara el año, se celebró la boda con todo lujo y ostentación. José había tenido el privilegio de ser invitado con la intermediación de

Betskói.

—No sé, maestro, cómo podré daros las gracias por cuanto hacéis por mí. No me queda vida suficiente para hacerlo —le había dicho la mañana del enlace en el carruaje que los llevaba al Palacio de Invierno.

—Lo hacéis a diario, hijo mío. Y habéis escuchado bien, os he llamado hijo. Ya había perdido cualquier esperanza de tener conversaciones así con un hombre en mi casa. Nastia no parece estar hecha para casarse.

—Es un placer estar con vos y que me tengáis en tan alta consideración. No os obsesionéis con Nastia. Cuando se canse de disfrutar de la vida que lleva, encontrará un buen hombre. Pero insisto en que no sé cómo pagaros esto.

—José, me lo estáis pagando con vuestra compañía. ¿No os dais cuenta de lo solo que se está en el éxito? Se vive casi tan aislado como en el fracaso. Lo importante no es con quién se pasen los días, sino con quién apetece hablar cuando se acercan las horas de descanso.

—Señor, con los preparativos de la boda, hemos tenido la oportunidad de conocer a personas de lo más extravagante. Me quedo con Diderot. Ese sabio cascarrabias, vestido de negro todo el día entre los coloridos trajes del palacio, con una sabiduría tan grande sobre la vida y tan poca diplomacia para tratar con la emperatriz...

—Creedme cuando os digo que ese proyecto suyo de la Enciclopedia será un éxito —aclaró Betskói—. Tan claro tengo eso como que no conseguirá el apoyo de la zarina para difundirla por toda Europa. No está sabiendo pedírselo, creedme. No son las formas adecuadas. Con otra actitud, lo habría conseguido. Pero lo de la peluca del otro día... Catalina no va a financiar a un hombre que hace eso.

—Yo no daba crédito. Y mirad que soy aún más del sur que un francés. Ya cuando lo vi tan enfrascado en la discusión y se empeñó en tener razón a base de gritar, no podía entenderlo, pero cuando se arrancó la peluca y la tiró al suelo...

—Otro detalle más, Ribas. Lo importante no fue que la tirara. Lo importante fue que Catalina se levantara a recogerla del suelo y se la entregara en la mano con desdén. En ese momento perdió toda oportunidad de que le financiara su Enciclopedia. A ella no le hizo gracia.

—Gran apreciación. Sin embargo, ha sido un placer conocer a su amigo Federico Grimm. Ese escritor ha sabido conquistar a la zarina. No digo seducirla, pero parece que se ha ganado su amistad para siempre.

—Y probablemente con menos talento. Diderot ha jugado a dar demasiados consejos para el gobierno. Si se hubiera limitado a la educación, Catalina lo habría «adoptado» para la corte, pero intentar hablar de los presupuestos y de las provincias ha sido una osadía. La soberana no acepta más consejos que los que pide.

Esto era lo esencial de su relación. La forma en que comenzaban los momentos importantes. Los esponsales estuvieron bien, con todos los detalles que se esperaban, pero ambos vivían la diversión de lo que sucedía más allá de las puertas cerradas.

Aquel día de finales de año, la casa de Betskói parecía estar de fiesta. El comedor tenía preparada una mesa preciosa. Sobre el mantel rojo sangre, el oro de los platos jugaba con la decoración en tonos rosados de las flores pintadas delicadamente sobre la porcelana en cada pieza. Nastia había llevado unas piñas secas pintadas de dorado que había encargado la zarina para las mesas de todas sus damas. Los metales amarillos y blancos daban por sentada la opulencia de la casa, y la gama de colores, desde el empolvado hasta el color del vino, lograban que todo pareciera más regio, más acorde con la conversación del día en todas las casas nobles de San Petersburgo y en algunas de las menos nobles.

En todas las reuniones de la corte se hablaba de lo mismo. Catalina, después de haber terminado con Gregorio Orlov, «protegía» a Vasichilkov, un joven mancebo que estaba ocasionalmente cerca de ella. Lo mejor estaba por llegar: Gregorio Potemkin, que ya llevaba doce años de escarceos con la zarina y se había propuesto consolidar su relación y formalizarla. Lo hacía con la soberbia de un guerrero que creía poder conseguir el amor y la exclusividad de la atención de una mujer cuya naturaleza era contraria a la monogamia.

La emperatriz se le resistía, pero él había escenificado sus delirios infantiles como en una función de teatro inglesa. Parecía que el aspirante iba a salirse con la suya y toda la ciudad reía por la situación esperando la fumata blanca que ya desde los tiempos de otro

Gregorio, el décimo, se usaba en Roma. La ciudad estaba expectante para ver quién y cuándo triunfaba alguno de los dos amantes en esta liza cómica. Las mofas estaban servidas en los platos junto al vodka del aperitivo y los guisos del almuerzo.

Los techos altos de la mansión en la que se alojaba Ribas hacían que las risas del español, de Iván y de Nastia retumbaran. La corte ardía en deseos de que la zarina tuviera un nuevo favorito instalado en palacio, y muchos apostaban que Gregorio Potemkin lograría sus pretensiones tras su *performance* para que Catalina plegara velas.

Lo jocoso del tema era imaginar a los amantes como personajes de opereta interpretando un chantaje emocional enmascarado con amor. Catalina estaría cubierta de joyas y perfectamente vestida con sedas y encajes. Su melena cepillada por manos que no eran las suyas, su cara empolvada y sus labios maquillados. Las nobles rusas eran conocidas como unas de las que más abusaban de los polvos, el carmín y hasta de pintar sus cejas de negro.

—La imagino —bromeó Nastia—. Cuando está nerviosa, intenta leer. Cuando ve que la concentración no le llega, escribe una carta a alguno de sus lejanos amigos, a los que aguanta porque no los ve con frecuencia. La termina y entonces empieza a intentar no pensar y acaricia y abre algunas de sus cajas de tabaco de mascar para ver qué guardó dentro.

—¿Masca tabaco la zarina? —preguntó Ribas.

—No, colecciona joyas y entre ellas, valiosísimas cajas de tabaco. Tiene las más increíbles. Oro, plata, malaquita, marfil, esmalte, madera..., a cada cual más bonita. Tienen piedras preciosas que hacen las delicias de cualquiera. Sobre todo las suyas. Las mira y las acaricia como si fueran mascotas.

—Quién diría que alguien que tiene tanto de todo se someta a una relación tan extraña como esta que tiene con Gregorio Potemkin —se preguntó en voz alta Betskói.

La dureza de una emperatriz, con fama de ninfómana y de ser una firme representante del despotismo ilustrado, chocaba frontalmente con un escándalo tan poco acorde a su personalidad y estilo. Las inseguridades atroces en las relaciones personales de un hombre que ganaba las más tremebundas batallas con estas escenas reducían el mito a la insignificancia.

Cuando la noche parecía empezar a sonar a melancolía,

cambiaron de tercio. Los tres comensales rieron imaginando a la condesa Bruce portando la bandera blanca de la contienda. El pulso llegaba a su fin. Todo había sido demasiado público.

Las carcajadas de Nastia se acompañaban en la habitación por los sonidos de la leña al arder, por las chispas que saltaban de las llamas que combatían el frío y la humedad. La hoguera parecía tan grande que permitía olvidar el gélido final de año que convertía las calles en intransitables.

La dama de honor de la zarina estaba acostumbrada a los comentarios en palacio entre Catalina y sus más cercanas. Hablaban del sexo de los hombres con sorna y algunas veces hasta llegaban a la humillación y el escarnio en los corrillos de algún amante que, si pasaba a la lista de los «incamables», tendría difícil retozar con una señora del palacio.

La crueldad de «las catalinas» era conocida por todos. No dar la talla con una de ellas suponía que las opciones de triunfar entre las féminas desaparecieran. Eran aniquiladoras de la fama de virilidad y las más reputadas prescriptoras de buenos amantes. Por eso un acierto en la diana daba opciones a ampliar los accesos carnales en el gineceo más preciado de Rusia. Nastia había bebido ya un poco más de la cuenta y se soltó en la conversación como si estuviera en palacio.

—La condesa estaba ya extenuada. Tanto ir y venir en medio de este frío infernal para que la zarina claudicase y lo metiera en sus aposentos, donde por fin estaría calentito y dejaría de llorar y de hacerse la víctima... —Nastia se burlaba de las comedias de Potemkin, que se habían convertido ya en canciones y sornas en la corte.

—*Habemus* nuevo favorito, Ribas. Eso es lo que importa. Lo que quiere decir esta joven burlona, querido amigo, es que por fin ha acabado todo. Vassilchikov, el aspirante a galán que ocupa los apartamentos de Gregorio Orlov desde que se marchara estará preparando ya su equipaje.

—Es tan adorable «Sopa de Hielo», padre... —interrumpió Nastia.

—¿Sopa de Hielo? Disculpad la ignorancia de este recién llegado a Rusia. Aunque ya haya pasado un año, solo sé que no sé nada.

—No os preocupéis, José... Es como la zarina llama maliciosamente a Vassilchikov entre nosotras. El pobre calientacamas no es demasiado espabilado ni nada fogoso. No está hecho para tanta mujer. Ella ha estado muy necesitada durante este tiempo y ha

buscado «leña» para no pasar frío en otros hombres más ardientes. Se me hace raro que aún no haya requerido vuestros servicios.

—Yo soy un súbdito entregado y lo habría hecho gustoso, Nastia, pero no he tenido el placer.

Ribas contestó intentando desmentir lo que parecía evidente. Ni Nastia ni Betskói creyeron su pésima interpretación. Y no fue por él o por su actitud, sino por la conocida avidez carnal de Catalina. Nadie podría creer que se hubiera resistido a libar la sangre española habiendo un candidato cuando menos aceptable en la corte durante un año y con visos de permanencia.

Las sospechas volaban sobre su cabeza como saetas y se calcinaban junto a las pavesas en la chimenea. El gesto de José y su expresión lo delataban.

Nastia olía los rastros del vicio de la zarina, y aunque no le habían contado nada ni la condesa Bruce ni la propia Catalina, las conocía demasiado bien. No cabía lugar a dudas de que había estado con ambas. Lo que no podía entender es que no se lo hubieran comentado al estar alojado en su propia casa. Era su invitado y su amigo. Las dos estaban al tanto de toda la vida social que hacían juntos.

Betskói enseguida vio que el español no sería capaz de resistir por más tiempo el interrogatorio. El pobre acabaría confesando en dos minutos con palabras lo que su rostro gritaba a voces. Salió al rescate y cortó bruscamente la conversación para salvar a su huésped de la emboscada.

—Por fin Potemkin ha salido triunfal del lance.

—Resumid la historia del nuevo favorito —le pidió Ribas para cambiar de conversación—. He escuchado tantas versiones diferentes en los últimos días que no sé cuáles son ciertas y cuáles no.

—Gregorio Potemkin es un mayor general ruso. Apuesto, fornido y valiente, rondaba a la zarina hacía años. Su romance intermitente era poco para ambos, pero el favorito Orlov no renunciaba al poder. Mucho menos su hermano Alejo, vuestro protector, que es más brillante y controlador que él. Con Alejo, la zarina suplía la falta de destreza de su amante como asesor del trono.

—La zarina —interrumpió Nastia—, durante la década en la que tuvieron encuentros ocasionales, pensó que se cansaría del capricho. Es rudo y atractivo, uno de esos animales que hace perder el sentido

en la cama y gana batallas, pero le faltaba cultura y refinamiento. Tiene más conocimiento de idiomas y seducción que de modales. Sus manos descuidadas y toscas hacen que su encanto sea difícil de apreciar cuando gesticula. Todas las pasiones de esa intensidad corren el riesgo de acabar en nada, y la zarina siempre se hacía a la idea de que sería la penúltima vez que lo veía en la intimidad. No le gustan las despedidas y prefería no pensar que era la última. La penúltima le permitía un escenario cómodo para sentirse segura y feliz.

—Potemkin, querido José, se distingue a la legua por su parche en el ojo —continuó Betskói—. Toda la corte sabe que fueron los Orlov quienes lo dejaron tuerto. Ambos hermanos tenían conocimiento de que frecuentaba a Catalina, y aunque pensaban que eran un capricho, sus escarceos parecían ser cada vez más seguidos e intensos.

—Los Orlov son imparables —replicó la joven—. Pensaron en avisarle de que se trataba de un coto privado en el que no era bienvenido. ¿Hay mejor aviso que el dolor, la firma eterna de la sangre y la merma de uno de los sentidos? Le propinaron una paliza y, se desconoce hasta qué punto con intención, le asestaron un duro golpe en el que perdió un ojo.

—¿Estáis seguros de que fueron ellos? No me gustaría que se calumniara al conde —intervino Ribas.

—No es calumnia. Os lo dice un hombre entrado en años y conocedor de la corte. Creyendo que lo habían vencido, y por si acaso le quedaban ánimos de seguir rondando a Catalina, hicieron correr toda suerte de apodos, como «Cíclope», por tener ya un solo ojo. Deseaban con todas sus fuerzas que se sintiera humillado y se amilanara.

—No bastó aquello para que se olvidara de la emperatriz —continuó Nastia—. No cejó en su empeño ni en su devoción hacia ella, que también lo quería y lo necesitaba incluso desde antes de conocerlo. Bajo las faldas de Catalina se escondían los traumas de una vida. En aquellos tiempos ya había chascarrillos que la llamaban ninfómana, y nadie cuestionaba un cierto furor uterino asociado a su ejercicio frenético del poder.

Cuando una mujer abandera una fortaleza como la suya, el mito se construye y se olvidan de dónde parte esa actitud, esa entereza o incluso esa fiereza. La zarina había abandonado su casa siendo muy

joven para casarse con un hombre feo, cruel, déspota y acomplejado que la repudió de su cama desde el primer minuto. Bajo las capas de armiño y tras los collares de brillantes, se escondía la mujer que necesitaba que la amaran y que la quisieran de modo permanente, en cada lugar, y que temía profundamente a la soledad.

—No hay otro estratega como Potemkin. Ha tardado más de once años en conseguirlo, pero ningún otro lo habría hecho como él —prosiguió Nastia—. Os lo garantizo yo, que llevo todo ese tiempo escuchando las confidencias de la zarina. Este hombre se ha trabajado su triunfo.

La leyenda urbana había crecido desde comienzos del verano de 1762. Ningún petersburgués que se preciara desconocía la anécdota del primer encuentro de la zarina con aquel joven guardia. Era 28 de junio y Catalina acababa de convertirse en la emperatriz de todas las Rusias.

Una zarina de procedencia alemana a caballo frente al Palacio de Invierno, ataviada con el uniforme del Regimiento Preobrazhenski se encaminaba a ordenar el arresto de su marido, el zar derrocado Pedro III. Subió a la grupa del corcel así, triunfal, y cuando fue a enfundar el sable, Catalina tuvo una de esas experiencias asfixiantes. No había mortal que no las hubiera padecido y las reconociera por la sensación bochornosa que transforma la gloria en deseo de ser invisible.

Potemkin fue hábil y aprovechó la ocasión para deslumbrarla e impresionarla. Podría haberlo intentado otro cualquiera, pero él siempre tuvo la bravura, la falta de pudor y la desfachatez como herramientas para hacer triunfar sus estrategias.

Los guardias habían olvidado poner en la funda del sable de la soberana la correa para unirla al cinturón. Potemkin se dio cuenta de lo que sucedía, rompió filas y se acercó, montado en su caballo, presto a cederle la suya, su dragona. El apuesto guardia miró fijamente a la zarina a los ojos, le regaló una sonrisa pícara y casi lasciva, y con descarada exhibición volvió a su lugar en la formación con la absoluta certeza de haber despertado su curiosidad.

Ese día comenzó el romance cuya consolidación celebraban en la mesa del viejo Betskói. Nastia interrumpió jocosa:

—Hay que mirarlo desde el punto de vista práctico. La zarina no se equivocará de nombre. El mayor general Potemkin se llama Gregorio, como Orlov. El otro Gregorio, el anterior favorito es

hermano de su amigo Alejo, José. Creo que con la aclaración no os revelo ningún secreto. Solamente pretendo ser impertinente. Es una verdadera lástima que hayáis llegado a la ciudad justo cuando vuestro protector ha perdido su lugar. Hasta hace unos meses era uno de los hombres más poderosos de Rusia.

Ribas quiso evitar la respuesta sobre la mala situación de su protector e interrumpió volviendo al juego de los nombres.

—Nastia, vos sí que sois práctica. Dos Gregorios no dan lugar a error.

—Gregorio, el favorito «difunto» llamaba a la zarina «gatita». Aunque esto no pueda parecer relevante, lo es —apuntó Nastia—. Catalina no podría conservar la llama de su enamoramiento solo por la atracción carnal. Ese hombre era un «adonis» y un «titán». Así se refería la zarina a él en los comienzos. Pero nunca fue un buen compañero para el gobierno.

—Me impresiona, señora, que lo sepáis todo sobre todas las cosas —ironizó el español—. Aunque lo que me está quedando más claro es que procuraré escapar de las fauces de las «sacerdotisas de la reina». No hay hombre que salga bien parado en vuestros comentarios.

—Él no era muy brillante y pronto ella se aburrió —dijo Nastia ignorando la provocación—. No soportaba compartir la vida con un zote en lo intelectual y en la política. Además, era celoso y se veía obligada a ocultar cualquier flirteo si quería evitar sus desprecios y sus ataques de ego. La emperatriz sentía las cadenas de ese hombre poco perspicaz y lujurioso que acosaba descaradamente a todas las mujeres fueran cuales fueran sus circunstancias y condiciones.

—En eso tenéis razón —interrumpió el viejo—. La diferencia intelectual entre ellos es abismal. Dos cerebros, dos mundos. Aun así, tenían un juego en el que le hacía sentir amada la mayoría de las veces y, en ocasiones, la trataba como si fuera una cualquiera. En medio de las cenizas agónicas de esa relación, aparece un galán, un truhan que no la llama «gatita». Aparece un hombre atractivo, con fama de buen amante, listo, y la llama por su máxima consideración: *matushka*. ¿Vos qué creéis, Ribas, que una mujer prefiere que le susurren «gatita» o «*matushka*»?

—Disculpad, Betskói. He estado varias veces tentado de preguntar desde que llegué. ¿Por qué la llaman así? ¿Qué significa *matushka*?

El español, sin ser consciente, había cambiado el curso de la conversación. Conocía cada vez más cosas de Rusia. Hasta el refranero si lo apuraban. Sin embargo, todavía no sabía por qué se referían a la zarina como *matushka*.

José había descubierto que su carácter español encajaba a la perfección con la parte sibarita de la aristocracia imperial: las más ricas y exóticas sedas y terciopelos, las más aromáticas especias de la India, las ostras, las conservas en salazón, las frutas más sabrosas: los limones italianos, las peras francesas y las naranjas españolas, los quesos, los vinos, los licores, el azúcar, el café, los perfumes... Los muebles, los más exquisitos, que también se vendían a precios europeos. Muchas personas de la aristocracia presumían de tener en sus casas muebles de equis países, mientras más, mejor... Los caprichos eran exóticos: maderas, porcelanas, cristales, pero también animales asiáticos, africanos, europeos, y no solo aves: gatos y perros de caza. También tenía más datos sobre el desarrollo urbanístico de la ciudad y la historia de sus edificios.

Poco a poco, iba haciéndose con los nombres y conociendo la posición de cada familia en la corte. Pese a sus avances, había datos, como ese apelativo que le daban a Catalina en ambientes de lo más diverso, que no comprendía. Incluso para una mente tan privilegiada como la suya era complicado recopilar todas las pequeñas claves de la idiosincrasia rusa.

Una vez más, el viejo se dispuso a explicarle algo sobre su país. Aprovechó para hacer una pausa y beber vino mientras los siervos traían los platos de carne roja, chorreante de sangre y tostada por la superficie, y las patatas. La sopa había calentado sus cuerpos y ahora continuaba el festín con la ternera cruda que les entusiasmaba. Nastia cambió el gesto y pensó que se había acabado la diversión. Miró la ternera y decidió sumergirse en la gula y abstraerse mientras su padre explicaba de dónde venía ese sobrenombre.

—¿Recordáis, José, que vos me contasteis que los Borbones tienen prohibido en París el libro de la zarina, el *Nakaz*, por radical, y que en Inglaterra están muy sorprendidos con que Catalina haya escrito un libro así? —preguntó Betskói.

—Lo recuerdo perfectamente.

—Ella, que todo lo hace con un perfeccionismo obsesivo —prosiguió el anfitrión—, estuvo estudiando y revisando nuestro Código

Civil de 1649, una norma vieja y obsoleta. Le dio una redacción nueva, ordenando aquel desastre más propio de la Edad Media que de nuestros días. Trabajó sin descanso para escribir ese libro, y finalmente, en Moscú, le rectificaron tantos aspectos de lo que proponía que lo vivió como un absoluto fracaso. Desde muy joven siempre supo que quería modernizar esta tierra y sacarla del medioevo en el que parecía anclada.

—Sí, sí. Vos me explicasteis que la zarina dedicó a escribirlo más de dos años, casi quince horas al día. Recuerdo perfectamente la frase que me dijisteis que utiliza ella para explicar su esfuerzo: «Inmersa en una locura normativa» —respondió Ribas—. Lo que no me contasteis es lo del fracaso.

—Yo la adoro —musitó Nastia con desgana, aprovechando entre bocado y bocado—. La quiero como a una hermana, pero a veces parece que habla en arameo, con esa corrección que a todas sus damas nos hace sentir con frecuencia que no somos dignas ni refinadas. Y mirad que yo tuve el más estricto de los instructores y el más afrancesado.

—Me mantuve todo lo cerca que ella me permitió durante aquel esfuerzo titánico —prosiguió Betskói y apuntó con la mirada a su hija —. Son las dos igual de tercas y, como veréis, Anastasia Iványovich no pierde ocasión para reprocharme su exquisita formación.

La mujer bebió más vino apurando de un trago la copa para intentar poner un tono más serio y reconocer el trabajo intenso de la zarina y el de su maestro, pero antes quiso meter una de sus cuñas para que su padre tuviera difícil no contar la verdad.

—No sigáis dando pistas de nuestro parecido, que cada vez hay más rumores en la corte.

—Nastia, no seáis impertinente. Tened respeto al hombre que os ha criado.

Ella decidió abandonar su enésimo intento y retomó obediente su defensa de Catalina.

—Desde luego, José, en palacio aún comentan los siervos que apenas tenían tiempo de rellenar los tinteros cuando su excelencia los acababa. Pasaba encerrada las semanas, escribiendo como una posesa... Decían que no alcanzaban ni a cortar nuevas plumas...

—Nastia, ¿me permitís continuar? Soy el anfitrión de nuestro invitado. —la interrumpió el viejo con brusquedad y prosiguió—. Para

compensar a la zarina por el rechazo de sus propuestas más innovadoras y atrevidas, le ofrecieron nombrarla «Sabia, Grande y Madre de la nación». A ella le pareció una vulgar tomadura de pelo. De todos los títulos que le ofrecieron, solo aceptó el de *Matushka*. Ser la «Señora» de Rusia debería haber sido considerado por ella un honor. No obstante, lo recibió como un premio de consolación nimio y patético. Escuchar Matushka como quien habla de un dios debería haber sido un regalo para los oídos y el ego. Yo entendí su postura. Desde el punto de vista intelectual, aquella actitud de los más respetados de Rusia fue un desprecio a su inteligencia sin disimulo alguno.

—Cuando se levanta un día baja de ánimo y nos habla de eso, nos dice que siente haber dedicado dieciocho años de hastío en esta corte para estudiar tanto..., para empaparse del que era su libro favorito. —Nastia reivindicó su protagonismo interviniendo nuevamente—: *El espíritu de las leyes* de Montesquieu, el volumen que, según ella, debería estar bajo la almohada de todo monarca.

—Por hacéroslo breve, Ribas, que hoy no es día para lamentos —recapituló el viejo intentando sortear a Nastia—, ella sintió súbitamente el triunfo de la ignorancia frente a la sabiduría, de la avaricia de conservar a los esclavos frente a la defensa de la idea de libertad. Ordenó reunir una comisión con todos los diputados rusos. Podéis imaginar que calibró milimétricamente las reuniones en Moscú. Confió en la sabiduría de los nuestros y se equivocó. Viajó hasta allí ilusionada...

—¿Qué sucedió? —inquirió el español.

—Dejadme que se lo cuente yo —volvió al ataque la dama de la zarina—. Pecó de ilusa, con todos mis respetos. Esto es Rusia y el salón del trono del Kremlim, con casi ciento setenta nobles, doscientos moscovitas, sesenta aldeanos y otros tantos campesinos, más algunos burócratas inútiles, no era un lugar propicio. Menos aún para un avance social como el que su majestad proponía. Betskói siempre me dice que la fe de la Matushka en el ser humano casa poco con la exigencia de su carácter fuerte y temido.

—Tenéis razón —interrumpió el viejo—, pero ella había supervisado cada uno de esos veintidós capítulos con sus más de seiscientas cláusulas, y se quedó obnubilada y cegada por su empeño. Comenzó con una brillante redacción en la introducción diciendo que

Rusia es un país europeo cuyo avance se debe a Pedro el Grande..., y ya sabéis lo que opino yo sobre ese personaje, que solo avanzó en lo que le pareció oportuno...

—¡Por fin! —exclamó Ribas—. Llevo esperando desde que os conozco un comentario de desaprobación de Pedro I. Me dijeron que no fue generoso con vos.

—Mayor, somos dueños de nuestros silencios y esclavos de nuestras palabras. El fallo de la emperatriz estuvo en subestimar a quienes dan por consolidados sus derechos, aunque estas prerrogativas interfieran en la libertad de otros. La zarina pensó que era posible alcanzar el consenso para abolir la pena de muerte y los castigos injustos, establecer la igualdad, la libertad de pensamiento, el trato favorable a los siervos...

—Pues eso —dijo con énfasis Nastia—, que la Matushka pretendió que se tratara bien a los siervos, conseguir su emancipación y darles tierras para que no tuvieran que cultivar las de la nobleza y la Iglesia. Quiso que se redactase la ley y los representantes en Moscú pretendieron que dejara sus pretensiones a un lado, le dieron una palmadita en la espalda y quisieron compensarla con más títulos. Repite continuamente, cuando se trata este tema, «solo Dios es sabio ¿Llamarme Grande? ¡La historia me juzgará!» —añadió acompañando la imitación de Catalina con gestos.

La conversación había adquirido un tono solemne. Ribas se estaba aburriendo con la clase de historia contemporánea, aunque almacenó debidamente los datos para el futuro. Quería retomar la frivolidad del inicio del almuerzo. Levantó su copa y gritó entonando un brindis:

—Por el nuevo favorito.

Iván y Nastia chocaron sus copas, aceptando la implícita propuesta de regreso al entretenimiento al decir al unísono:

—Por que se quede para siempre.

La coincidencia en la frase elegida por Betskói y por Nastia los devolvió a la carcajada y comentaron cada detalle del último mes en la corte. Potemkin, ante la indecisión de Catalina a la hora de hacer oficial su relación, y con su afán por convertirse, no solamente en el favorito, sino también en el único, se había declarado en huelga y había pedido ingresar como monje en el monasterio de Alejandro Nevski. Si no había ya suficiente histrionismo en esa parte de la

historia, para mayor énfasis, se enfundó un hábito y se entregó para los restos a Dios ante la falta de voluntad de «su» emperatriz por acompañarlo en su locura de amor.

10

San Petersburgo,
a 24 de agosto de 1774

Mi querido hermano Félix:

El tiempo vuela a la velocidad del rayo. Dos años ya en Rusia sin poder verte. Espero que al recibo de la presente te encuentres bien de salud y estés disfrutando de nuestra familia.

La familia es el más preciado de los tesoros. Le doy muchas vueltas a la forma de educarnos de nuestros padres. Han conseguido que tengamos presentes los valores y los principios sin perder la osadía de crecer y construir.

¡Cómo pasa la vida en la búsqueda permanente de quiénes somos y cuál es nuestro lugar en el mundo! Este verano he estado pensando sin cesar en que los nietos de nuestros nietos, si es que llegáramos a tener hijos, no recordarán nuestro nombre. Seremos tan solo una anécdota en su árbol genealógico. Los hombres somos vanidosos, hermano mío. Pero los años van transcurriendo sin pedir perdón ni permiso y nos ganan la partida.

Ya me he instalado en mis aposentos en el pabellón de oficiales del Cuerpo de Cadetes y empiezo a adaptarme a mi puesto de censor. Por muy bien que suene el cargo, no es más que participar en la formación de unos jóvenes petulantes que viven a la sombra de sus padres. Aún está por ver si me hago a la vida casi contemplativa de la instrucción y las influencias.

Me acongoja mi necesidad de aventura. Quiero que le expliques a madre que no tengo más función que esta de la formación de los imberbes porque me pregunta en su última carta. Tengo la sensación de que no sé explicárselo. Revístele la historia con un poco de boato porque si no, no va a entender que

haya renunciado a estar con ellos por un puesto tan poco significativo.

Te doy algunos detalles para que puedas armar un relato más engolado que la contente. Firmé el ingreso en el Cuerpo de Cadetes el día 7 de marzo. Aunque solamente es como censor, cuéntale que tuve que ratificar que procedo de la nobleza española y dale detalles que le suenen a puesto importante.

Me debería haber incorporado de inmediato. Sin embargo, Félix, ya me conoces. Extrañaba el aroma de la victoria tras una batalla, y por tanto insistir e insistir, conseguí que me dejaran sumarme a lo que se presumía el fin de la guerra con los turcos. En la corte todos hablaban de ese momento que nos dejaría abierta la puerta a Constantinopla.

Tras mover las fichas necesarias y creo que gracias a ese método mío del agotamiento del contrario que tan bien conoces, me incorporé a aquella expedición, ya como capitán del ejército ruso. No tuvieron reparo alguno en dejarme meridianamente claro que se trataba de una intervención puntual y que a mi regreso tendría que incorporarme en mi destino en la academia de oficiales.

Lo peor de esta nueva etapa de mi vida es que he tenido que mudarme y dejar atrás las comodidades que he tenido desde que llegué. Los Betskói se habían convertido en una familia para mí. Aunque ni que decir tiene que me ha costado abandonar la ostentación y el lujo de la casa y el bienestar palaciego, mucho más extraño la conversación con ese sabio que ya es un maestro para mí. Es verdad que sigo muy apegado a él, pero hay algo que no esperaba echar en falta. Me di cuenta desde que hice el traslado de mis cosas y me instalé en la academia.

Me ruboriza escribirlo, pero pienso a diario en Nastia. ¡Hermano!... Esa mujer se ha metido en mi mente y en mi vida. No es algo pasional y es la primera vez que me lo reconozco a mí mismo con tanta claridad. No hay mejor confesor que la tinta de una pluma y el papel.

Ella y yo seguimos compartiendo vida social, paseando, conversando... Creo que es mi mejor amiga y es lista, rápida, ladina, y se mueve bien buscando sus intereses. Sería una compañera perfecta para mis ambiciones. No hay nada carnal.

Solo cariño y afecto. No entiendo por qué frenamos el flirteo del inicio. Aún me lo pregunto, y cada vez estoy más convencido de que cortamos aquellas miradas por temor al fracaso y a decepcionar a su padre.

Ambos sabemos que Betskói es su padre, aunque nadie lo dé por hecho. Para ser honesto, y tras mucho pensar en ello, te diría que los dos debimos de pensar que no tomaríamos al otro lo bastante en serio y nos asustó nuestra común fobia a los compromisos. De hecho, ni ella ni yo hemos encontrado aún con quién comprometernos para una relación a largo plazo. Y, ¿para qué vamos a engañarnos?, ninguno de los dos somos ya jovenzuelos.

Aquí son muy distintos de nosotros. Impresiona cuando lees en ruso, en uno de sus documentos, que eres «miembro de la nobleza española» y luego que te rebajen en un grado el escalafón en tu ejército de origen. Es una incoherencia. Te reconocen el abolengo y te rebajan el grado. No se lo cuentes a padre ni a madre. Sé que sentirían que escapa a su alcance. He pasado de mayor a capitán. A mí no me preocupa realmente. Ascenderé pronto. Sin embargo, se me hace muy complicado comprender tanto boato para degradarme. Es la costumbre con los soldados extranjeros.

Pese a que me desahogue contigo por los sinsabores que implica adaptarse a una tierra tan distinta como esta, no podemos quitarle importancia y olvidar que el azar o la gallardía, o lo que diantres haya sido, me hicieron vivir la batalla de Chesme. No solamente esa, también la de la pasada primavera, la batalla de Kozludzha que puso final a la guerra con los turcos.

Han sido siete años de guerra lejana para quienes viven en San Petersburgo, pero de guerra al fin y al cabo. Y no de cualquiera, Félix, sino una en la que han derrotado a los otomanos y así acallado las burlas de todos los europeos, que les creían incapaces de obtener una victoria así. Y solo un español estuvo presente en estas dos batallas. Mi destino debe de tener forma de entramado de fanfarronadas que chocan con toda suerte de golpes de suerte o pruebas vitales.

En esta última expedición, fue duro atravesar el país cabalgando bajo temperaturas glaciales por el paisaje agreste. En

viajes así de largos estableces una relación inexplicable con tu caballo. Cuando menos lo esperas, enferma, rinde poco porque está extenuado o muere. Y entonces cambias de compañero de viaje y durante tres días no te encuentras a ti mismo. Eres el mismo oficial, pero un jinete diferente, porque distinto es el animal sobre el que cabalgas. Y luego está la mente, la maldita mente. Cuentan que hay mucha gente que pierde la cabeza en las largas marchas porque les parece que no avanzan debido a la monotonía del paisaje.

No sé si se tratará de un mito o de una realidad, aunque a veces tuve miedo de que se me fuera la cabeza. No es exagerado: creí perder los nervios en un par de ocasiones. Tampoco tengo claro si lo percibí así por el cansancio de cabalgar sin fin por los bosques o lo fabulé soñando cuando partimos hacia el Danubio por la locura que supone la taiga. La percepción de pasar horas sobre la grupa y no avanzar es intensa y desquiciante. El paisaje no cambia. Todo es igual, parece una pesadilla en la que no se consigue escapar del escenario. No me extraña que el paisaje mediterráneo fascine a los extranjeros que nos visitan.

No obstante, después de aquella sensación de tortura, supe que había merecido la pena, aunque fuera tan solo por vivir la experiencia de atravesar Moscú. Es un espectáculo de belleza sin igual. Las cúpulas, los colores en los edificios y esa arquitectura tan diferente a la nuestra me hicieron maldecir el camino por no poder detenerme y conocer la vieja capital.

Tal vez por el contraste con la falta de higiene y de una vida digna, las mujeres en Moscú se me antojaban espejismos: bellas, cubiertas de joyas, envueltas en seda y con la piel limpia y fresca. Cuánto aprendo cada día.

El viaje fue demasiado largo y cansado. Debes estar en forma cuando vengas y también muy sano. Te advierto de que estas tropas resisten las dificultades a base de alcohol y canciones groseras. Se despiertan al día siguiente y resisten. Son fuertes, muy fuertes. Y en la batalla como en los palacios, sopa de col.

Nuestro ejército necesitaba una victoria urgente porque los otomanos nos habían desgastado al atrincherarse. Los soldados estaban desconcertados. Sabíamos que los enemigos se habían escondido, pero los imaginaban invencibles. Cuando

llegamos a Kozluzdha, corría ya el mes de junio. Sudábamos entre la niebla. «Sudar en la niebla»: no tenemos una palabra en todo el sur de Europa para describir esa humedad corporal en medio de la neblina.

Jamás olvidaré el nombre de ese pueblo: Kozluzdha. Allí nuestros dos batallones, el comandado por Suvórov y el de Kamenski, ejecutaron un brillante contraataque. El ejército turco de Abdul Rezak contaba con que sería una victoria más de todas las que había conseguido contra nuestras tropas. El inicio lo afianzó en su sensación de superioridad. Sin embargo, los nuestros consiguieron repeler su primera embestida. Fueron los de Kamenski los que comenzaron la eficaz defensa. El resto supo rematar la avanzadilla. Suvórov pasó a la carga con un batallón compuesto por ocho mil soldados y consiguió hacerse con la retaguardia del campamento otomano. Acto seguido, con la intervención nuevamente de la infantería de Kamenski, conseguimos la victoria.

Hermano, qué sensación de alivio es no ser derrotado. Cómo se siente cada músculo del cuerpo, cada extremidad. No quiero parecer ridículo, pero es como si moverse formara parte del éxito de seguir vivo y sano. Creo que es el concepto más claro del alivio: volver fuera de peligro con una victoria para las tropas en las que sirves. No conozco otro placer similar a este.

El regocijo más allá de la victoria es el de no haber sido arrollado. Lo peor de la guerra son los muertos. Se habla de ellos por cientos olvidando que cada uno es una vida y que los que sobreviven son seres humanos con una enorme sensación de pérdida: tuvimos más de doscientas bajas y las suyas llegaron casi a tres mil. Después de aquello, bloqueamos el palacio del gran visir en Shumlu y los enemigos se quedaron sin resuello para continuar la guerra.

Aun así, te diré que el combate no fue como el de mi primera batalla. Suvórov, al frente de las tropas, es más una leyenda que un maestro. Se dice que es el mejor militar que ha tenido Rusia en toda su historia. Puede ser que yo esté confundido, pero en esta batalla no he apreciado esas dotes. No es el conde Orlov y, a mi entender, pese a ser el artífice de esta victoria, está sobrevalorado. El personaje es mayor que el cerebro

del estratega, hermano. Es un loco y un fanfarrón. Debe de tener unos cuarenta y tantos años y no sabe todavía lo que es el sentido común.

Yo cuento con la suerte de estar a las órdenes de Pedro Rumiántsev, el mariscal de campo que tiene el mando supremo. Recordad que ya os he hablado de él. Es el hermano de mi amiga la condesa Praskovia Bruce, la famosa «catadora» de la zarina, de la que te conté algunos detalles íntimos. Guarda esas cartas fuera del alcance de madre. Es curiosa y huele todo aquello que no queremos que se sepa.

Sin embargo, Félix, igual que te cuento que Suvórov no hace honor a su buen nombre, Gregorio Potemkin llegará lejos, ya verás. Tengo la sensación de que me tiene en alta estima y de que seguirá haciéndolo mientras mis encuentros con la emperatriz se mantengan en estricto secreto. Si supiera cómo nos deseamos y cuántas confidencias compartimos, creo que dejaría de tener tanta cercanía conmigo. Esa mujer es magnética, impactante. Me hace sentir pequeño y emplearme en satisfacerla como si en ello me fuera la vida. Siempre quiere más, nunca dice basta.

Eso me tiene intranquilo. No el hecho de no poder satisfacerla, que me excita y me lo tomo como un verdadero reto. Lo que me preocupa es que Potemkin llegue a enterarse. ¡Lamento mucho que, para poder situarme cerca de él, la emperatriz y yo tengamos que reducir la frecuencia de nuestras citas! Ya no tengo dedos bastantes en las manos para contar las veces que hemos estado juntos. Ella está enamorada de Potemkin. No sé si «enamorada» es la palabra, pero ambos se necesitan, algo así como si fueran dependientes el uno del otro. Ella se justifica en voz alta diciéndome que yo no cuento como engaño o infidelidad porque ya nos habíamos «conocido» antes de que él se instalara en palacio. Imagino que acogerá a otros en su lecho con la misma coartada.

Es una zarina, aunque no deja de ser una mujer. Y qué mujer, hermano. Si en alguna tierra es difícil destacar como hembra es en esta. Las de aquí parecen de otra raza a las nuestras. Ya lo descubrirás cuando las conozcas. Te ruego que no lo comentes con nadie porque solo tú puedes ser mi confidente en

esto. Ella hace todo por ocultarlo y la condesa Bruce me lleva a escondidas a sus aposentos. La zarina aparece allí y Praskovia nos deja solos. Ellas se cuidan mucho de que nadie nos vea. Si el favorito está fuera de la ciudad, Catalina incluso me permite subir a los aposentos reales.

Probablemente, la soberana nos visite pronto en el Cuerpo de Cadetes para ver cómo va la instrucción de Bóbrinski. Otra de mis muchas certezas es que a ese jovenzuelo solo le interesan la buena vida y el disfrute, y le importa muy poco el futuro de Rusia.

Qué desdicha la de la zarina que engendra hijos despreocupados y hasta lerdos. El gran duque Pablo sigue haciendo de las suyas. Es un hombre raro. No mira a los ojos, detesta a Potemkin y cree que los favoritos de su madre le usurpan su puesto en la corte. Si fuera más listo, haría cualquier cosa por ocupar el trono. Cualquier cosa es cualquier cosa. Tiene el odio en la mirada y la torpeza en los gestos. Un patán, hermano, un patán.

Parece que viene una época de calma. Tras el final de la guerra con los turcos, Rusia vive en paz. La victoria en la contienda ha supuesto un paréntesis, que tiene todo el aspecto de que no será duradero, para que la zarina pueda acabar con sus batallas internas.

Me refiero solo a una época de calma con los turcos. En Rusia hay un farsante que se hace pasar por Pedro III. Se llama Pugachov, Yemelián Pugachov. Era un soldado ruso que había nacido en una familia pobre de cosacos. Combatió en tres guerras, después desertó y lideró una revuelta de soldados y campesinos, que comenzó con unos cientos sublevados en las orillas del Volga. Nadie hizo mucho caso al principio. Aquí las distancias son tan grandes que unos centenares de cosacos en rebelión a miles de kilómetros no son un gran asunto para el gobierno de Catalina. Pugachov pronto empezó a decir que era el mismísimo zar Pedro III, que no había muerto. De creerse su propia historia pasó a intentar hacerse con el trono buscando alianzas entre los enemigos del poder.

Por inverosímil que parezca, ganó varias batallas y se convirtió en un grave problema y en una provocación continua

para Catalina. Tenía cada vez más seguidores Todo eran afrentas y el desafío persiste. Parece ser que se han reducido sus tropas, aunque lamentablemente él no ha sido apresado. Ahora estamos en esas, en finalizar con esta guerra interna y con este indeseable. Catalina tiene puestos todos sus esfuerzos en sacarse cuanto antes esa piedra del zapato.

Podría contaros miles de historias que hacen creer que vivir en esta ciudad es dejarse llevar por la rutina, por el vodka y por unas pocas cabezas pensantes. Pero hasta el cerebro más calculador que he conocido aquí se deja arrastrar en ocasiones por los instintos. Hermano, la zarina es excelsa y, como ya te he escrito, huele a poder y a rosas. Los encuentros furtivos con ella son un refuerzo para el cuerpo y el alma. Su risa es poder en estado puro. Sus suspiros son la aprobación del súbdito. Y no sigo porque creerías que estoy enamorado. No sufras. No soy un necio. Sería casi un sacrilegio enamorarse de Catalina. Ella no es de este mundo y no está concebida para mortales con materia gris en el cerebro. Lo que sí estoy es seducido. Me va a costar espaciar las citas, aunque no me va a quedar otra alternativa.

Potemkin es celoso y tienen entre ellos una relación casi enfermiza. Él es obsesivo con ella y ella con él. Ya os digo que el nombre de este hombre se escribirá con mayúsculas en la historia de este imperio. Y no solo por sus logros al frente de los ejércitos.

Pasemos pues al anecdotario, a la parte más divertida. Potemkin es conocido, además de por su destreza militar, por su gran miembro viril, que exhibe cada vez que la ocasión lo permite y por su sentido del humor. Cuentan que el anterior favorito, Gregorio Orlov, cometió el error de invitarlo a una cena a la corte después del encuentro glorioso de la zarina con el entonces soldado cuando él le cedió su dragona para el sable, convencido de que aquel hombre que había impresionado a Catalina al salir en su rescate del ridículo con una aparición estelar de héroe de guerra, pasaría a ser un bufón en cuanto tuviera que estar en sociedad. El favorito tenía la certeza de que Potemkin no superaría el filtro de la corte con sus bravuconadas y su carácter tosco.

No obstante, querido hermano, nunca hay que subestimar

al rival o pensar que no hay un otro a la vuelta de la esquina. Potemkin se hizo rápidamente con todos por su simpatía y su carácter chistoso, que le permitía hacer chanzas hasta sobre la bella anfitriona. Además de su prestancia, su gallardía y su juventud —tenía veintitrés años y era diez menor que Catalina—, la deslumbró con sus estudios de teología y con que hablara griego. Aquello a la zarina le pareció tan exótico que no pudo por menos que compararlo con Gregorio Orlov, torpe con los idiomas y con pocas habilidades para provocar carcajadas entre sus acompañantes.

¿Quién le iba a decir a Orlov que, al intentar convertirlo en el hazmerreír de la fiesta, estaba facilitando su sucesión en la cama de la zarina? Y es que, Félix, debo insistir en la fragilidad de los rusos. Hasta la más capaz y cartesiana de todos ellos, que por otra parte es alemana, cede ante lo carnal y la lisonja. Esto siendo como os digo una mujer de altas aspiraciones, madrugadora, instruida, trabajadora y dedicada a hacer crecer a Rusia.

Padre estaría escandalizado por lo licencioso del sentido de la vida de este pueblo. Y no solamente con los placeres de la carne. Son caprichosos; cualquier objeto de deseo de cualquier lugar del mundo puede adquirirse aquí. El contrabando es casi una institución. Todo se descarga en aguas finlandesas en barcas que recalan en San Petersburgo. Espero que estas pequeñas anécdotas sobre la ciudad despierten vuestras ansias por venir a instalaros conmigo.

Envío junto a esta carta una a nuestros padres y otra a cada uno de nuestros hermanos. Por eso no te pido que les envíes mis respetos. Tan solo aprovecho para abrazarte en la distancia y rogarte que continues ligero de compromisos para venir aquí tan pronto tenga una buena vida que ofrecerte.

Tu hermano,

JOSÉ DE RIBAS Y BOYONS PLUNKETT

11

Primavera de 1776

La ciudad de San Petersburgo ya estaba sumida en la primavera. Ay, la primavera, el tiempo más propicio del año para que los animales salvajes se apareen, la época de celo para muchas de las especies superiores salvo para la humana. Los seres humanos vivimos en celo permanente, no tenemos tregua en esta tarea. Ahora bien, con la llegada de esta estación se agitan nuestros instintos básicos y lo más calmo se vuelve lo más convulso.

Mientras, todo lo rutinario y los ecos del progreso seguían ajenos a la influencia de las estaciones en el amor. Los avances del reinado se hacían cada vez más visibles. El año anterior se había publicado el Estatuto para la Administración de las Provincias del Imperio Ruso, por el que se crearon instituciones separadas para la gobernación, la justicia y las finanzas. El gobernador controlaba la administración y le auxiliaba un vicegobernador encargado de recaudar impuestos y del cobro de las deudas. Era el mismo gobernador quien se encargaba también de instaurar los tribunales de justicia: un tribunal superior, uno inferior y uno de distrito, diferentes entre ellos, para juzgar a las clases alta, media y baja. Se establecieron también las juntas de bienestar social, que supervisaban los hospitales, los correccionales, las casas de trabajo y las de beneficencia. Catalina daba instrucciones en todo, pero el amor era díscolo y entraba y salía por las puertas y las ventanas en casas y palacios.

El tiempo pasaba y la amistad de Ribas y Nastia empezaba a transformarse. Todo parecía evolucionar acompasadamente para que ambos sintieran que sus caminos debían permanecer unidos.

Anastasia Ivánovna Sokolova tenía ya treinta y seis años y todo jugaba en su contra para formar una familia. Su carácter independiente y contestatario era una de las claves por las que no había sentido deseos de quedarse junto a ningún hombre. Tampoco

ayudaba mucho la idealización de Betskói y su relación con él. Ella los comparaba a todos con su protector, y a él cualquiera le parecía poco para su protegida. Por mucho que pretendieran guardar las formas, en cualquier gesto traslucía que eran un padre y una hija de una familia de dos. Lo que trasmitían era adoración y cuidado mutuo sin reservas, sin límites. Aquella mujer se comportaba como una Electra moderna sin ser consciente de ello.

—José, en este tiempo que habéis vivido en casa, os habéis convertido en uno más de la familia. Me siento respetado por vos. Hasta el más autosuficiente de los hombres necesita ser querido y admirado —avanzó Betskói como quien va a decir algo importante.

—Para mí sois el espejo en el que me gustaría verme reflejado —contestó el capitán Ribas halagado.

La ternura de quien no ha tenido un hijo varón ni un padre legal tiene huecos por llenar. El español había sabido colarse en esos vacíos de un gran hombre. Los «huecos» de un sabio son mucho más mullidos para acomodarse que los de los necios. Los espacios que se hallan en cerebros vacíos tienen más aristas y hacen daño.

—En la vida, Betskói, vos sabéis lo difícil que es encontrar maestros. Y yo he tenido la suerte de encontrar en esta casa al mejor —insistió José llenando el silencio incómodo que sonaba a sentimentalismo.

—Nada enorgullece más a nadie que un hombre brillante lo vea como su *magister*. Sobre todo a alguien como yo, que ha nacido para ejercer el magisterio, y escucha algo así del discípulo más aventajado que ha tenido jamás.

—Me emocionáis, Betskói. Lo tomaré con prudencia, porque mi padre me enseñó que el halago debilita.

—No seáis tan estricto. En el fondo, las personas más influyentes son las que más solas se encuentran. La responsabilidad es una obsesión que exige todas las horas del día para cumplir con ella, es más fácil protegerse de posibles deslealtades en el entorno. Y, por cierto, José... Veo que Nastia y vos os habéis vuelto inseparables. Tenga el cariz que tenga esa relación, nada me haría más feliz que la cuidárais tanto como lo he hecho yo desde el día que nació.

Las bendiciones estaban dadas. El final del invierno había dejado a José y a Nastia en una pasarela por la que avanzaban cálidamente. Encontraban, sin pedirlo, el tercer vértice del triángulo de la

complicidad en Betskói. El hombre sabio estaba feliz con la compañía de los dos en su casa. Época dulce para él y relajada: conversaciones ingeniosas a tres y con dos que eran o que serían sus hijos.

La primavera influía de forma diferente en la relación de Catalina con el príncipe Potemkin. No siempre la estación llega en forma de alegría. El favorito se instaló en palacio como mayor general y ya era príncipe por cuna. Las impresiones de los estímulos fluctúan: cuando Gregorio llegó a palacio, ella sentía que aquel hombre era el ser más deseado de la tierra; pero con el cambio de estación, la emperatriz empezó a consolarse de sus distanciamientos y enfados con el calor de otros.

Aunque se tratara de uno de los secretos mejor guardados desde su inicio, Ribas cada vez pasaba con más frecuencia por el tálamo imperial. A la zarina le excitaba mucho el exotismo del español.

Él conseguía a veces que se quedara fascinada con su brillantez y su cultura. No sucedía con frecuencia. La inclinación de la soberana por los músculos y la juventud de la epidermis desplazaba a un plano secundario otros criterios asociados a la mente. Era sabido en la corte que el favorito había explotado hasta la saciedad su condición de bien dotado para el sexo y la zarina empezaba a cansarse del mismo rito de siempre.

Potemkin y Catalina dormían en pisos diferentes del palacio por los hábitos nocturnos de él y la disciplina germánica de ella de levantarse al alba y aprovechar la luz del sol para trabajar. Contaban las malas lenguas que el favorito hacía incursiones por sorpresa en los aposentos de ella cuando estaba excitado. Se vestía con una bata de seda y un turbante, sin más ropa que esas dos prendas.

—Matushka, matushka de mi vida. Preparaos, que llega a amaros el animal más salvaje de Rusia.

Esos gritos que anunciaban su llegada eran ya eran habituales por las galerías y a nadie le sorprendían. El favorito paseaba así por los corredores y los miembros de la servidumbre se abochornaban ante sus exhibiciones, en las que actuaba con la teatralidad que necesita de espectadores y, a la vez, como si no hubiera otras personas presentes.

—El sexo puede llegar a convertirse en gimnasia y entonces me aburro.

Cuando estaba reunido el gineceo de las doncellas de Catalina, ella volvía a comentarios genéricos de ese tipo a diario. No sucedía desde que empezó a cansarse de Gregorio Orlov. Los «Gregorios» no habían sido suficiente para una conversión a la monogamia. La condesa Bruce entendió que le tocaba salir de cacería pronto, porque después del aburrimiento venía la necesidad de novedad o de renovación.

—Praskovia, desde que sé que el favorito retoza en los establos y los lupanares, he perdido ese afán obsesivo que me vinculaba a él de una forma desgarradora.

—Matushka, eso es lo que tiene la monogamia, que, por obsesiva y compulsiva, necesita de justa correspondencia.

—Ya, amiga mía, pero le quiero y, muy a mi pesar, no me resultaría fácil prescindir de su compañía —musitó la zarina resignada.

—Lo que me ha quedado claro es que necesitáis otros estímulos. Siempre os ha gustado la juventud y la belleza en los hombres y habéis renunciado a muchos durante este tiempo por vivir la obsesión de la entrega exclusiva mutua. Si el favorito ha puesto fin a esa etapa, aquí está solícita vuestra catadora para devolveros el placer de acariciar la piel lisa y la carne prieta y fresca —entonó como un himno la condesa Bruce.

Catalina nunca había podido olvidar las infamias de su marido Pedro. Tenía el corazón grabado a fuego con esas cicatrices. El repudio cruel y la humillación constante de un hombre feo, tosco y rudo era una losa que estimulaba su búsqueda de aceptación, de cariño y de reconocimiento. Esto nunca dejó de estar presente en su cumplimiento del deber con Rusia ni en el sexo con sus amantes. En sus días bajos, aún podía escuchar lejanas sus palabras: «Cualquier rusa habría sido mejor que tú... Zafia extranjera sin belleza... Leer, leer es todo lo que podrías hacer porque eres más un hombre mediocre que una dama complaciente». Aquellos desprecios pronunciados en cientos de expresiones diferentes hacían que la zarina necesitara, de un modo desgarrador, que la amaran y más aún que la desearan.

Además, Potemkin era un personaje histriónico y exagerado. Se mordía las uñas compulsivamente y, en épocas de más inestabilidad, era repulsivo mirarle las manos. Padrastros y cutículas que cubrían sus dedos roídos. Lo que al principio a ella le pareció el síntoma de un

carácter explosivo, cambiante y divertido, comenzó a verlo como el exponente de sus debilidades e inseguridades. Sucedía igual con los ataques de celos, que le parecieron amor en un principio; pronto empezó a interpretarlos como un afán de posesión absurda. Él olisqueaba debajo de cualquier falda y metía la nariz en tantos escotes como le permitían sus portadoras e incluso, bajo intimidación de las doncellas. Sin embargo, a ella le tenía prohibido disfrutar de la compañía de los apuestos jóvenes que tanto le gustaban. Catalina no podía tolerarlo más tiempo. Se rebeló contra la situación.

Nastia imaginaba que entre la zarina y Ribas existía un *affaire*. Al principio intentó confirmar sus sospechas y después se dio cuenta de que era mejor no saberlo. ¿Qué ganaría si ella era su hermana, en sentido figurado o literal, y cada día se sentía más cerca del español? ¿Quería cerciorarse? ¿Le gustaría corroborarlo? Definitivamente no.

Al fin y al cabo, nada era normal en la vida de la emperatriz. Desde que Gregorio Potemkin se instaló en palacio no dejó de haber escenas de la pareja imperial que mostraban una relación tortuosa y llena de escándalos. Y eso que él jamás volvió a encerrarse en un convento vistiendo el hábito y dejando crecer sus barbas. Aquel extravagante espectáculo no se repitió.

Eso sí, los alborotos tuvieron a la zarina en vilo en muchas ocasiones con las actitudes teatrales que trascendían en la corte y en la ciudad entera. Eran famosos sus desnudos en público, sus disfraces, sus borracheras y las noches de sexo salvaje en la casa de baños del Palacio de Invierno. Se rumoreaba que los alaridos de ambos se podían escuchar desde muy lejos.

Y entretanto, la zarina había llegado a convertirse en su esposa. Así se referían el uno al otro en privado, en presencia de los más cercanos y siempre en sus cartas de amor. Hacía ya un año que un sacerdote los había casado clandestinamente, de noche, en la iglesia ortodoxa de la villa de San Sansón. Además del oficiante, solo fueron testigos de aquel enlace el conde Samoilov, sobrino de Potemkin, el chambelán Chertkov y la fiel doncella de la emperatriz Perekusikhina, la única que compartía atribuciones amatorias con la condesa Bruce.

Una boda secreta fue la fórmula intermedia que encontró Catalina para acallar las continuas peticiones de matrimonio de su

amado. El favorito quería el estatus que aquella unión le conferiría, aunque ella solo aceptó reforzar su compromiso para mitigar sus ataques de celos. Y no solo de celos, también los brotes de inseguridad que le provocaba no ser otra cosa que el siguiente en la lista de amantes de la emperatriz.

En un alarde de amor real, Catalina llevó al altar a Potemkin convirtiéndolo en el más privado de sus secretos. En la iglesia, de noche, cuando nadie podía verlos, junto al pope la esperaba el radiante novio ofuscado. No estaba contento, nunca lo estaba. Era un permanente insatisfecho: tenía que haber sido un matrimonio oficial. Aun así, y aunque no lo reconociera, estaba orgulloso porque ningún favorito se había casado antes con la zarina.

—¿Veis, príncipe de mis amores? Ya estaremos unidos para siempre, más allá de lo que pase en nuestras vidas. Rusia no sabrá que soy vuestra esposa. Eso no importa. Es una formalidad para no darle pie al idiota de mi hijo para montar una revuelta. Lo sabemos nosotros y lo sabremos siempre. Pase lo que pase.

—Mi esposa, siempre seréis mi esposa. Más allá de todo, ya sois mi emperatriz, mi reina, mi patria y mi familia. Mi bella Matushka, el amor de mi vida.

Habían transcurrido intensos meses desde entonces, pero el enfriamiento de su relación era ya palpable. Los lazos personales entre ellos eran cada vez más sólidos, pero ambos eran obsesos del placer: necesitaban pasión y nuevas conquistas.

El príncipe Potemkin descubrió que su esposa tenía un vínculo afectivo y sexual con su secretario, el ilustrado, culto y discreto Pedro Zavadovski. Pese a las sospechas, tardó unos meses en poder confirmar el idilio, del que existían habladurías desde principios de año.

Cuando consiguió todas las evidencias, la ira de Gregorio Potemkin estalló y se hizo escuchar en cada rincón del Palacio de Invierno. Zavadovski temía por su integridad porque eran famosos el ímpetu, el orgullo y el escaso sentido común del favorito. Se oyeron sus alaridos, sus lágrimas, sus ruegos y sus reproches a Catalina. Los siervos corrían con candelabros en las manos y la guardia estaba apostada a las puertas de los aposentos imperiales por si su intervención era necesaria.

Hasta que una noche Catalina se decidió a hablar con Potemkin.

—Mi querido esposo...

—¿Querido esposo? No seáis cínica, Matushka. No podéis decir eso y revolcaros con ese pazguato de secretario vuestro que está enamorado de vos y deslumbrado por vuestro poder. ¿No os dais cuenta de que os quiere por quién sois?

—Amor mío... Vos siempre seréis mi amado esposo, mi confidente y la persona que tendré junto a mí para gobernar Rusia. ¿O acaso creéis que cuento con el lerdo y rencoroso que parí en aquel mal día? ¿No sois consciente de que ese bobalicón solamente necesita unos necios traidores que le organicen mi asesinato? ¿No percibís que estoy ansiosa porque su esposa alumbre ya a mi nieto para ver si tengo alguna esperanza de sucesión? ¿Acaso yo no estoy tan sola como vos?

—Por eso mismo no entiendo por qué necesitáis a alguien más si somos una familia. Me lo jurasteis ante el sacerdote en San Sansón...

El príncipe arrancó a llorar con gritos de dolor, sollozaba como un bebé y la zarina apoyó su gran cabeza en su regazo.

—¿No veis, amado mío, que formamos un gran equipo porque somos iguales? ¿Acaso no entendéis que la lujuria no es un pecado que pueda minar nuestro amor? Nada es tan grande como lo nuestro, que solo terminará con la muerte del último que quede en la tierra velando por Rusia.

—¿Yo? Vos sois la traidora. Habéis roto nuestra promesa ante Dios.

—¿Realmente creéis que no estoy al corriente de vuestras decenas de amantes y de vuestra actitud irreverente y avasalladora con las doncellas del palacio? ¿Todavía no habéis descubierto que las paredes oyen y que cualquiera que tenga una información útil para mí la utiliza para congraciarse conmigo?

Tras horas y horas de consuelo y de argumentación sólida, Catalina logró convencer a su marido de que conservaría su posición pasara lo que pasara, y de que lo único que necesitaban ambos era espacio para poder dar rienda suelta a sus más bajos instintos sin perder el amor que había entre ellos. La emperatriz lo dispuso todo para que Potemkin se mudara a la casa de Shepelev, un edificio anejo al palacio con el que se comunicaba directamente por una galería que accedía a los aposentos imperiales.

En la corte se habló de una posible ruptura entre la zarina y su favorito. Según pasaba el tiempo, los cortesanos se iban

acostumbrando y dieron por sentado que jamás podrían esperar un comportamiento previsible de esa extraña pareja.

El sufrimiento mayor de esa decisión cayó sobre Zavadovski, que no tenía voz ni voto en aquel triángulo. Estaba enamoradísimo de la zarina y no concebía el amor como una relación a tres bandas. Asumía el furor sexual de la Matushka y daba por hecho tener que soportar flirteos y escarceos con otros. Con lo que no contaba es con ser un subalterno del favorito que lo odiaba profundamente.

La presencia de Potemkin era apabullante y su presión hostigadora, pero Zavadovski, envainó su orgullo y tragó saliva para entender que era así o no sería. El buen secretario quería que aquella historia continuase, fuera cual fuera el coste.

Era 15 de abril y José de Ribas había ido a visitar a Betskói por la mañana temprano. Estaban en la biblioteca sentados conversando sobre la vida rutinaria en la academia de oficiales, cuando Nastia entró nerviosa y desconcertada y perfectamente vestida para salir a la calle. Parecía imposible que aquella apariencia perfecta, de color plata, fuera el resultado de las prisas y la precipitación.

—Me marcho a palacio. Hay problemas.

Betskói y Ribas se levantaron precipitadamente.

—¿Problemas? ¿Qué tipo de problemas? —preguntó José, que no había visto así antes a Nastia.

—Ay, capitán, la gran duquesa Natalia está de parto y se ha complicado. No lo esperábamos hasta dentro de unas semanas. Corro hacia allá. La Matushka me necesita. Va a ser abuela. Ese niño es su única esperanza de evitar que su hijo Pablo la suceda.

—Ribas, os ruego encarecidamente que no la dejéis marchar sola en ese estado. Mandad que me avisen para que acuda tan pronto como sea conveniente para la zarina. Os ruego, José, que cuidéis de ella. No sé de lo que es capaz esta mujer en un estado de nervios como el que tiene. No es habitual que Nastia pierda la calma de esta manera.

Ella agradeció su disposición al capitán con una mirada frágil y temblorosa. Hasta las miradas pueden temblar cuando se quiere tanto como ella quería a Catalina. Nastia les suplicó implorando que la dejaran tranquila, de esa forma en que las mujeres ruegan que no las carguen con otro cuidado que no sea el de sí mismas y el de lo que

ocupa su mente.

—Os suplico que me permitáis ir sin compañía, señor. En palacio me manejo como en casa y sería una responsabilidad para mí que nuestro invitado se sintiera a gusto.

—Ese argumento me convence —musitó Betskói, rendido ante la incuestionable lógica—. Avisadnos cuando podamos ver a la zarina y felicitarla por el nacimiento.

—Así lo haré, no tengáis ninguna duda.

Nastia salió sin más dilación de la casa, subió al carruaje apresurada y puso rumbo al Palacio de Invierno dando órdenes al cochero para que llegara lo antes posible y aminorara la prudencia.

Natalia Alexeievna, la gran duquesa parturienta tenía apenas veinte años. Había llegado a la corte cuando era una joven de diecisiete. Desde antes de llegar a San Petersburgo, Natalia ya estaba enamorada del mejor amigo del heredero, un apuesto joven llamado Andrés Razumoski. Se habían conocido en Berlín porque a él le había sido encomendado encabezar la comitiva que fue a recogerla para su traslado a la capital rusa, donde se convertiría en gran duquesa.

A los pocos días de su llegada a Tsárskoye Seló, la corte adoraba a Natalia. Su ingenio y su alegría divertían a todos y pensaban que era un acierto de la zarina concertar el matrimonio del gran duque Pablo con una mujer tan dispuesta, tan enérgica y que suplía tan bien la falta de determinación del zarévich. Este contento duró apenas hasta su boda, porque la frivolidad y la falta de interés por Rusia de su nuera irritaban a Catalina.

No obstante, si la joven hubiera sido más discreta, la situación habría sido mucho más llevadera. Pero no fue así y todos en San Petersburgo alimentaban la comidilla de su relación sentimental con Razumovski: la zarina cortaba en lo posible los rumores sobre la dudosa paternidad de su hijo, porque más allá de lo poco espabilado que era el gran duque, ella necesitaba imperiosamente un heredero para Rusia y Pablo no le gustaba.

Todo era un dislate. La soberana había tenido épocas de debilidad en las que había decidido ponerse a cargo de la educación política de su hijo. Siempre hacía lo mismo. Preparaba un plan de varias horas semanales de lecciones personales y explicaciones sobre el gobierno de un imperio. Aquellas buenas intenciones le duraban poco a Catalina. Bastaban unas semanas para sacarla de su ensoñación

y volver a darse de frente con la realidad de dos carencias que hacían de Pablo un gobernante imposible: su falta de compromiso y la ausencia de capacidad. Solamente había algo que empeoraba las cosas: sus pájaros en la cabeza y su afectado esnobismo.

Catalina tampoco tenía legitimidad moral para reprocharle nada a Natalia en materia de infidelidad. Cuando la soberana se casó, era conocida la impotencia de su marido, Pedro III. Siempre se dio por hecho que el heredero había sido concebido en el seno de su relación con el favorito de turno. El instante de la concepción es una anécdota, pero la maternidad de la soberana era incuestionable, y a ella le abochornaba que Pablo fuera sangre de su sangre. No entendía cómo el zarévich había desoído los avisos que le habían dado las voces más prestigiosas de la corte, incluida la suya, de que ese bebé que estaba por nacer no era su hijo, sino de Razumovski, a quien él consideraba su mejor amigo.

—Betskói, tal vez deberíamos recurrir a la ciencia para que nos arroje luz sobre la diferencia entre mi hijo Pablo y yo —le había dicho unos meses antes a su consejero—. No entiendo que se niegue a ver que su mujer lo detesta y que él le prepara la cama dejando a su amigo cerca.

—Majestad, es hijo de su padre. Sería más acertado recurrir a la antropología que a la ciencia por los rumores en la corte sobre su paternidad. Parece más bien que emula a vuestro difunto esposo. Recordad el día del nacimiento del conde Bóbrinski y los meses de embarazo. Lo de su padre fue más grave y se murió sin enterarse.

—¡*Touché*! Siempre habéis destacado por vuestro ingenio y vuestra rapidez.

Pablo, como el bobo mejor situado de la corte, disfrutaba de lo que creía una vida perfecta y le parecía que las advertencias de su madre no eran más que celos por su matrimonio perfecto, frente a los que él consideraba patanes arribistas que conseguían favores por su «Gobierno del coño». El gran duque había tomado prestada esa expresión de Federico II de Prusia, que era casi tan misógino como el heredero que intentaba brillar sin éxito en la corte de su madre.

La primavera las historias altera. Así, la de Ribas y Nastia empezaba a fraguarse en sus estómagos sin ser reconocida por ninguno de los dos. La pareja real atravesaba una crisis que implicaba un modelo de paternidad. Y los grandes duques afrontaban el

alumbramiento de su primogénito, aunque ese nacimiento supusiera una traición y una incógnita.

Mientras, la ciudad de San Petersburgo reverdecía. Cada año, con la primavera, las construcciones se reanudaban y todo empezaba a tener luz suficiente, la luz que esperaba ver crecer los edificios y acabar los palacios para que, cuando las obras se pararan de nuevo en invierno, todo fuera aún mejor, tuviera más prestancia y hubiera más vecinos ilustres en la capital.

12

Abril no era un mes cálido aún. Las temperaturas eran más agradables, aunque no llegaban a ser templadas. Nastia entraba apresuradamente en el Palacio de Invierno. Al pasar delante de los guardias, le cedieron el paso acompañando su gesto de una gentil reverencia. Dos chambelanes, con expresión circunspecta, salieron a su encuentro para acompañarla a los aposentos de la gran duquesa.

—¿Ha nacido ya? —preguntó la recién llegada.

—No, señora. Los médicos y la emperatriz continúan dentro.

La dama de la zarina se detuvo durante unos segundos en el corredor de la primera planta, como quien necesita coger aliento para poder consolar a otros. Nastia intuía que algo no iba bien y reanudó la marcha. Tras subir varios tramos de escaleras y atravesar anchos y largos pasillos, llegó a una antesala bastante oscura y con poca luz natural. La claridad era escasa, pese a que el pálido sol de aquella mañana de abril pretendía colarse por los ventanales y atravesar los cortinajes. Todo era verde en la sala. Verde y oro. La seda verde de los sillones tenía algunas manchas y el pan de oro de los muebles estaba desconchado. Nastia llamó a uno de los chambelanes para que se encargara de arreglar todo aquello tan pronto pasara el trance.

—Pasamos muy poco tiempo aquí y no lo había visto. Aun así, os pido que reviséis que en todas las salas todo esté como a su majestad le gusta.

Varias damas esperaban reclinadas en los sillones. Algunas tomaban una infusión y otras incluso licores. Los nervios estaban a flor de piel. Catalina estaba dentro con su nuera y desde allí no dejaban de escucharse gritos y alaridos. Las puertas se abrían y se cerraban continuamente con criados que salían con paños empapados en sangre y regresaban con otros limpios. Demasiado rojo para un alumbramiento, demasiado tiempo y demasiado dolor.

Nastia se coló en los aposentos. Iba tan veloz y tan decidida que nadie se atrevió a pararla. Cuando entró, escuchó con claridad y

horrorizada los gritos de la gran duquesa, que sonaba como un animal en plena agonía, recostada sobre un permanente charco de sangre que la servidumbre intentaba limpiar sin éxito.

—Bibí, gracias a Dios que habéis venido —le dijo Catalina añadiendo crueldad al drama—. Esta arpía no sabe ni parir. Y los médicos se niegan a abrirla. Malditos sean. Yo no necesito una nuera, necesito un nieto.

—No os voy a dejar sola en esta situación —replicó Nastia mientras le agarraba la mano.

Por mucho que pretendiera guardar las formas, necesitaba tener cerca a Catalina. Su hermana iba a ser abuela y ella, tía abuela. Los momentos de desesperación despejaban cualquier duda sobre su relación familiar. Existía la opción de que no fueran hermanas, pero ambas tenían asumido en silencio que lo eran.

Los chillidos de angustia de la gran duquesa no cesaban, aunque se notara con el pasar del tiempo que iba perdiendo fuerzas. El dolor debía de ser intensísimo. No dejaba de quejarse.

La soberana estaba exhausta y Nastia tiró de ella para sacarla de la sala y sentarla en un sillón en una esquina de la habitación. La futura abuela miraba ahora a la parturienta con cara de lástima y preocupación extrema. Bibí se sentó a su lado y la estrechó entre sus brazos como solamente se abraza a una hermana en las tragedias. Catalina intentó mantener las formas y enseguida volvió a colocarse regia y erguida.

—Cuánto me queda por sufrir con estos malditos Romanov: el padre, el hijo, la tía... Educaré a mi nieto como un auténtico emperador, no como a un caprichoso vividor, como son todos los de esta estirpe. ¿Recordáis, Nastia, cuando tuve que llamar a capítulo a esta mala pécora y a mi malparido hijo y mostrarles la lista de conjurados para que abandonaran su intento de arrebatarme el trono? ¿Os acordáis de cuando, fuerte y lozana, me retaba negándose a aprender ruso?

—Claro, majestad, no hace tanto de eso. Ahora está ahí, frágil y gritando como una perra, pero cuando nos enteramos de que iba recabando adeptos al gran duque para dar un golpe de Estado, yo misma la habría matado con mis propias manos. No midió bien a su rival. Por algo os llaman la Grande.

—Pues miradla y escuchadla ahora. Se retuerce de dolor y no

puede aguantar más. Podríamos pensar que la mano de Dios está de mi parte si no fuera porque no tengo claro que pueda tener a mi nieto entre mis brazos. Ahora bien, en el momento en que termine de nacer, el niño no la verá nada más que en los actos oficiales.

Las dos mujeres se levantaron ahuyentadas por el hedor y los gritos, salieron cabizbajas del dormitorio y pasaron a la sala contigua. Por fin los médicos de palacio se habían decidido por la cesárea. Esperaron un rato, intranquilas.

—Bibí, esto no va a salir bien. Tengo la certeza. Y el imbécil de mi hijo no reacciona. Está obsesionado con esta mujer. Es un pelele que no se da cuenta de que ese niño es hijo de Andrés Razumovski y de que él solo es el tonto útil de la relación. Hoy lo detesto más que nunca.

—Majestad, según se rumorea entre los más jóvenes, la gran duquesa y su amante sirven cada noche en la copa de vuestro hijo una ración suficiente de opio para que no los estorbe durante la noche y poder estar juntos cuando les place.

—No me contéis más historias. Prefiero no saber. Ya hice lo que debía cuando destiné al conde Razumovski fuera de la corte y lo alejé de palacio con una excusa peregrina para que ese romance se terminara. El necio de Pablo hizo regresar a su enemigo porque le echaba de menos. Pobre idiota. Ahora lo veo sufrir y no me conmueve. Este mentecato tiene lo que merece. No me ha dado una sola alegría en su vida. Contaba con que este hijo suyo fuera la primera. Y ya veis.

En ese preciso instante, y como si del cumplimiento de una fatal profecía se tratara, se abrieron las puertas y entró un doctor secándose las manos que aún estaban impregnadas de sangre. Miró a Catalina desde la puerta y bajó el rostro con la expresión que se reserva para hablar de la muerte.

—Matushka, no hemos podido hacer nada. El heredero ha nacido sin vida.

—¡Oh, Dios, qué contratiempo! ¡Cruel destino el de los Romanov! ¿Era un varón?

—Era un varón, sí. Mi más sincero pésame, majestad.

—¿Podréis salvar a la madre?

—Lo intentaremos... La infección y la gangrena lo dificultan.

Cuando Catalina despidió al médico, pidió a Bibí que la acompañara a dar la noticia. La Matushka salió a la antesala y anunció

el fracaso de los doctores.

—El heredero no ha llegado a nacer con vida. Es el destino de Rusia y será la voluntad de Dios. Su próximo zar no ha llegado aún al mundo. Habrá que esperar.

Entre los asistentes hubo miradas pérfidas que entendieron el mensaje implícito. Catalina pretendía saltarse a su hijo en la sucesión al trono y todos lo sabían. Otros exageraban la tristeza en la expresión de su rostro y los menos sollozaban como si los que vieran peligrar su vida fueron ellos. La Matushka explicó, sin dar más detalles, que los médicos intentaban con bastantes dificultades que la gran duquesa sobreviviera a la infección y a las complicaciones.

Los alaridos de su nuera eran estruendosos. Allí no quedaba nada que retuviera a la zarina y, sin dar más explicaciones, caminó hacia los aposentos imperiales con una comitiva fúnebre y silenciosa detrás. Potemkin y el reciente favorito Zavadovski, Nastia, la condesa Bruce y Betskói, que se incorporó por uno de los corredores. Llegaba acompañado por Ribas, a quien le había pedido que se uniera a ellos. Cuando la zarina vio al español, le sonrió tímidamente porque no esperaba su presencia, y miró de reojo con complicidad a Praskovia. Aunque no era ocasión para bromas, su libido siempre estaba lista para salir a flote. Se mantuvo indiferente hacia el extranjero para no levantar la más mínima sospecha.

Iván Betskói mostró sus condolencias a la Matushka y avanzó encabezando la comitiva junto a ella, mientras intercambiaban algunas palabras maldiciendo el destino y la extraña condición del gran duque Pablo.

—Como mi asesor que sois, os pregunto con el deseo de que me respondáis sin paños calientes. ¿No creéis que este hijo mío carece de condiciones para el gobierno de un imperio y también para tener una vida normal y ordinaria? Fijaos en el escándalo que está montando, con lágrimas y gritos como un siervo de la gleba, y sin haber sabido cortar a tiempo la infidelidad de la mujer a la que creía amar.

—Majestad, no parece vuestro hijo.

—Pablo habría tenido dos opciones. Alejar a Andrés de la corte era la más sensata y, si no, hacer su vida aparte de la gran duquesa como hemos tenido que hacer los demás. Tronos compartidos, vidas separadas. Este bobo quiere escribir la historia de una forma distinta. No le soporto...

Las horas de agonía se prolongaban para la gran duquesa. La zarina pidió ver a solas a Betskói y a Potemkin en la sala del consejo asesor secreto. Se dirigió a ellos con voz firme y un discurso que no esperaba respuesta.

—Apartad a todas estas plañideras de aquí y conseguid que me quede sola. Rusia necesita un heredero y no súbditos pusilánimes que lloren la pérdida de esta mujerzuela, que no ha cumplido con su misión con la dinastía. Voy a escribir el plan en el que he estado pensando para el caso de que muera la gran duquesa. Aunque primero habrá que amortajarla y enterrarla, hay que buscar una sustituta de inmediato.

—Matushka, controlad vuestra frialdad. El pueblo se revuelve contra vos cuando os ve tan determinada y fría —le advirtió Gregorio Potemkin.

—Me da igual lo que piense el pueblo ahora mismo. No serán buenos súbditos si no entienden que me juego todo lo que he hecho por ellos, anteponiendo una decisión de Estado a una personal. Rusia es mucho más grande que lo que pueda merecer mi hijo. Tengo un gran problema y una lista de candidatas en la cabeza, aunque mi favorita es Sofía Dorotea de Wurtemberg. Ahora solamente falta que le guste a este lerdo de hijo mío.

—Majestad, el gran duque está muy enamorado de su mujer, que aún sigue viva, agonizando pero viva —intervino Betskói con la intención de prevenir que la zarina se adelantara a los acontecimientos.

—Gobernar no da opción a llorar a los muertos. *Gobernar* y *resolver* son dos verbos que no tienen lugares de descanso. Betskói, ordenad que, en cuanto esté muerta, requisen los objetos personales de la gran duquesa y busquen su correspondencia personal. Cuando le ponga la realidad a mi hijo delante de su corta vista, tendrá que aceptarla. El Estado es estrategia y tenéis que ayudarme. Escribiré y detallaré un plan para traer a la nueva gran duquesa. Contentar al pueblo y cumplir con las formalidades no es mi tarea. Soy la zarina y eso les compete a mis asesores.

A Betskói y Potemkin no les quedaba más alternativa que acatar sus órdenes. Miraban las manos de Catalina. Acariciaba nerviosa sus joyas, en contraste con el tono férreo de su voz. Su collar de perlas con un gran rubí central le servía para juguetear con las bolas de nácar y

hacerlas chocar contra el oro en el que se engarzaba la piedra roja. Hacía sonar sin parar el oro de su *châtelaine* y se limpiaba disimuladamente el sudor de las manos en su vestido verde.

Mientras tanto, en el corredor, Nastia y José se habían quedado a solas. Ella bajó la cabeza, inspiró, exhaló y notó cómo las manos de él la estrechaban en un abrazo. Era el contacto físico más íntimo que había existido en años entre ellos, pero el español no estaba acostumbrado a verla tan triste y preocupada, y un simple gesto de consuelo delató la cercanía que existía entre ambos, pese a su propia negación de la evidencia. Nastia miró al hombre llegado del Mediterráneo con un gesto de amor y puso la palma de su mano derecha en la mejilla de José. Eran inteligentes y sabían que había que sacar la complicidad, o lo que fuera que hubiera sucedido entre ellos en un solo instante, y almacenarlo en alguna parte de la garganta para ponerle voz o saliva en un futuro cercano. Tocaba reanudar el paso.

—¿Vos sois católico, verdad?

—Sí, Nastia, ¿por qué me preguntáis eso ahora?

—Os suplico una plegaria. No sabéis lo que ha supuesto para la zarina tener que afrontar la pérdida de un heredero que, de cualquier modo, habría sido mejor que el bobalicón del gran duque.

—Se repondrá. Tranquila. Solamente tenéis que apoyarla y seguir a su lado.

Nastia asintió y él la besó en los labios. Los dos supieron que algo profundo iba en aquel beso correspondido. El mundo es eso y nada más: historias que comienzan, historias que acaban.

La gran duquesa, días después, corrió la misma suerte que el esperado bebé. El duelo volvió a adueñarse del palacio y el luto vistió incluso los silencios. Un réquiem mudo se entonó en la capital petersburguesa al tiempo que Catalina valoraba qué estrategia seguir. Los Romanov parecían ser una estirpe maldita. Maldito su esposo, maldita la tía de su esposo, maldito su hijo, y maldito el nacimiento de su deseado nieto que no llegó a sentir el frío de la vida.

Días después, Catalina escribía en su escritorio respondiendo a una de las cartas de condolencias que había recibido. Los mensajes que le llegaban le parecían absurdos. Trataban a la emperatriz como si fuera frágil, como si se hubiera quedado en un rincón llorando devastada

por la desgracia sin haber cogido las riendas en ese contratiempo. A medida que contestaba a un nuevo mensaje, su tono era más crudo. «Yo no respondo jamás a las jeremíadas... No he perdido el tiempo. Inmediatamente comencé a trabajar para reparar la pérdida, y de ese modo logré atenuar el dolor profundo que nos abrumaba. Los muertos están muertos. Hay que pensar en los vivos».

Potemkin abrió la puerta en ese preciso instante y se dirigió hacia ella. Su mujer lo saludó con un efusivo «buenos días, esposo», pero continuó escribiendo para no interrumpir la frase que tenía en el cerebro. Las plumas no tenían memoria y la caligrafía de Catalina era tan cuidada como su redacción. No quería que se le olvidara la idea. Gregorio se acercó por detrás, le acarició el escote y le besó suavemente el cuello.

—No seáis cruel. Tengo que contestar las condolencias, que se me amontonan.

—Si hubieran escuchado vuestra petición de registrar los aposentos de la gran duquesa mientras ella agonizaba en medio del hedor de la gangrena, si os hubieran visto al día siguiente buscando candidatas para el gran duque, si pudieran haber presenciado la reunión del consejo en la que tratasteis este asunto como cualquier otra grave cuestión de Estado al día siguiente del entierro, si os vieran lozana y con ganas de jarana como os noto yo ahora... Si os conocieran todos como os conozco yo, no escribirían cartas de ese tipo.

—He estado leyendo detenidamente la correspondencia privada de Natalia —le interrumpió la zarina—. Me alegro de habérsela enseñado a ese niño bobalicón que sigue siendo mi hijo. No quería creerme cuando se lo conté. Ha entrado en razón por fin, después de llevar días llorando sin reaccionar, como si su vida se hubiera acabado, y de haber centrado su rabia en mí, multiplicando su odio.

—Vamos, Matushka. Reconocedlo. Disfrutasteis rompiendo el corazón a ese diablillo sin cerebro.

—Sé que no me vais a creer si os lo digo, pero sentí un impulso de compasión y procuré convencerlo. Pero ya sabéis cómo es. Necesitó meter el dedo en la llaga para creer. Cuando leyó las cartas entre su amigo y su esposa, sintió cólera, pánico, vergüenza y hasta deseos de venganza. Es como un libro abierto, basta con mirarlo para describir sus sentimientos. Me sigue llamando la atención lo pusilánime que es.

Lo más fácil de vislumbrar era la pena que sentía por sí mismo. Es patético.

—Siempre lo ha sido. Menos mal que me tenéis cerca, Matushka. Y menos mal que él os tiene a vos para resolver todos sus problemas.

—Menos mal que me tengo a mí misma y a mi sensatez, querido esposo. Si por vos y por mi hijo fuera, la vida sería un espectáculo de fuegos artificiales con la música de fondo de una orquesta de instrumentos desafinados. Partiremos para Tsárskoye Seló. Así todo será más fácil y podremos gestionar el matrimonio del gran duque con Sofía Dorotea de Wurtemberg. Es prioritario para Rusia.

Catalina y su determinación estaban predestinadas a formar parte de la historia del mundo. Aparcaba los sentimientos, escuchaba a los asesores, valoraba las opciones, decidía y ejecutaba. Una cabeza privilegiada que sabe desprenderse del corazón en los momentos clave es un arma poderosa.

13

Tsárskoye Seló,
Palacio de Verano, mayo de 1776

Catalina ya estaba instalada en el Palacio de Verano, a escasos veinticinco kilómetros de San Petersburgo. La emperatriz pasaba de un palacio de color verde malaquita a otro turquesa, blanco y dorado. En una fachada de trescientos veinte metros de ancho se habían utilizado cien kilos de oro en los ornamentos. Los colores vivos sobre la nieve eran un reclamo y una forma de romper con la atonía monocromática de los meses más fríos del año. En los más cálidos, estos edificios se presentaban como un desafío al que a la vez era un paisaje triste y majestuoso.

El gran duque y su madre se habían marchado allí para orquestar la cobertura del puesto vacante que la difunta había dejado en su matrimonio. Catalina era una mujer expeditiva a más no poder.

—Pablo, la pena durará lo que tenga que durar. No podíamos esperar a que volvierais a ser feliz para encontraros esposa. El corazón es secundario ante las cuestiones de Estado. Es una suerte tener aquí ya a la princesa Sofía Dorotea de Wurtemberg.

—Teníais razón, madre. He recuperado la ilusión. Me gustaría que siguierais llevando las riendas de este asunto. Gracias a vos ya ha sido rebautizada.

—Efectivamente, hijo: María Fiódorovna será gran duquesa y, mejor antes que tarde, la madre del futuro zar.

A su llegada a la corte rusa, la joven aún no había cumplido los diecisiete años. Era joven y dulce, alta y con una presencia exquisita, con ojos castaños almendrados y cara infantil, de piel tersa y jugosa. Contaba con ese atractivo que proporciona la belleza calmada y serena. Adornaba su físico con un carácter encantador y con una educación centrada en que todos a su alrededor sintieran que le importaban. Además, su formación había sido intensa y hablaba a la

perfección inglés, francés, alemán, italiano y latín. Sus maneras eran refinadas y su carácter generoso.

Reunía todos los requisitos que se le podían pedir a una futura zarina. Solamente había un pequeño problema. Previamente, Sofía había sido prometida al cuñado de Pablo I, Luis de Hesse-Darmstadt, hermano de la difunta esposa del zarévich. Federico II de Prusia intercedió en favor de la familia real rusa y Luis no tuvo otra opción que aceptar la ruptura, con una indemnización económica a su favor. Y así se lo hizo saber el soberano de Prusia a su homónima rusa en un encuentro secreto.

—Catalina, le he ofrecido una gran suma de dinero en vuestro nombre. Ha protestado y, finalmente, ha aceptado.

—Federico, entiendo que lo habréis gestionado de la manera más oportuna. Ahora bien, no puedo entender cómo ha decaído la estirpe en esa familia. Ese hombre acepta dinero por no casarse con su prometida. Si la broma quedara ahí... Pero lo indemnizan para que ella se pueda casar con el viudo de su hermana antes de que haya pasado un año de su muerte. Me parece inconcebible esa falta de dignidad, esa manera de plegarse por dinero.

—Majestad, los jóvenes son así. Eso del honor les parece algo rancio.

La zarina miraba con ternura a su futura nuera. De ella le gustaba hasta su nuevo nombre: María Fiódorovna. Y más allá de eso, quería reencontrarse en ella, así, como buscando un vestido de la adolescencia en el baúl de un desván. En lo más profundo de su memoria, tenía guardados recuerdos similares del preciso instante en que llegó a San Petersburgo. Tan joven e ingenua... y también con tanta determinación. Cuando Catalina la observaba en silencio, no podía evitar sacar el espejo de la ternura, aquel en el que se veía reflejada cuando los años le pesaban y tenía añoranza de la juventud.

La nostalgia imprimía ese aire melancólico a la mirada de una mujer de voluntad férrea. La zarina prefería convertir sus vulnerabilidades en un juego a reconocerlas de forma seria. Era más inteligente reírse de ellas, como solía hacer con las de la carne. Con las de la carne y con las de la soberbia.

Todo tiene una parte lúdica en la vida. Catalina había

transformado el desprecio de su marido hacia su cuerpo en el gobierno de su vulva sobre cualquier hombre que le apeteciera. Su hijo era vulgar al explicarlo, pero realmente toda la corte conocía su forma de jugar con los egos, los cuerpos y los delirios de grandeza de todos sus amantes. Los ciudadanos se reducían a la nada cuando ella mandaba. La génesis de ese poder dominante de su cuerpo sobre los de sus súbditos surgió al enmascarar una afrenta.

Por eso camuflaba sus miradas nostálgicas. Porque la fragilidad había que disfrazarla. Y la presencia de su segunda nuera era otra pequeña venganza por otra humillación. Aquel niño, si no hubiera muerto, no habría sido su nieto biológico. La gran duquesa habría dado un bastardo a la dinastía de los Romanov. Ahora ella iba a evitar que Pablo la dejara sin heredero. La emperatriz estaba dispuesta a conseguir que la revancha quedara escrita a su favor para la posteridad, aunque para eso tuviera que retratar a la difunta como una ramera que había roto su compromiso con el Imperio ruso. «Rusia tendrá un zar al que merezca, igual que yo tendré un nieto de mi sangre. Los Romanov seguirán en el trono del imperio en el siglo XIX», decía.

Esa era la forma resolutiva de gobernar Rusia que definía a Catalina: tomar decisiones y ejecutarlas en un único instante, en un mismo soplo de viento. Era de ímpetus fulminantes: decidía y ejecutaba, así, sin dilaciones. Había conseguido proezas increíbles para aquellos tiempos, algunas tan impensables en su época como la de aliviar la presión fiscal sobre los campesinos reduciendo el número de soldados del ejército mayor de Europa. Cuando enviudó, la zarina tenía a sus órdenes una fuerza castrense de más de doscientos mil hombres. El gasto militar consumía dos terceras partes del presupuesto anual de Rusia y Catalina no soportaba la injusticia. No pudo acabar con la servidumbre de la gleba, pero sí reducir las tropas. Esa decisión dejó siempre una brecha abierta con su hijo. El zarévich encontró en ese argumento una gran diferencia en la forma de gobernar de su padre y la que él entendía como impropia de un imperio como el ruso.

—Mi madre y su Gobierno del coño. Así llaman los prusianos al gobierno de mi madre. Ya mismo habrán pasado más hombres por su cama que guardias hay en la corte. Jamás hará a Rusia tan grande

como se merece con un ejército mermado y mal vestido. No respeta a las tropas. En el fondo seguirá siempre acomplejada por ser una campesina alemana y no una Romanov.

Esta fue una de las primeras confesiones del gran duque a la futura gran duquesa.

—Sed generoso con vuestra madre. Algún día tendrá que abandonar el trono para cedéroslo a vos.

—Querida María: si vamos a contraer sagrado matrimonio, debéis saber que, hasta el día de su muerte, no podré poner la corona de zarina sobre vuestra cabeza. Mi madre tiene dos obsesiones: el poder y los hombres. Se pasa el día entre libros para aprender a ser mejor estratega. Además, si las fortunas que les regala a sus sicofantes las invirtiera en dotarnos para la guerra, el imperio sería temido en el mundo entero.

—Os acompañaré en vuestros aciertos y en vuestros errores. Así es el amor y así soy yo misma. No obstante, creo que seremos más felices si no alimentamos vuestro conflicto. Recordad que aquí solo os tengo a vos y a vuestra madre —musitó sumisa María Fiodorovna.

—Lamento deciros que, si me amáis, solamente nos tenemos el uno al otro.

En ocasiones, las alertas se disparan como avisos de lo que una se niega a ver. Aquellas palabras inquietaron a la recién llegada a la corte. La guerra interna parecía haber entrado en una tregua, pero Pablo no la engañaba. Le había dejado claro desde el principio el rencor irremediable y los celos que sentía hacia su madre.

María Fiódorovna tuvo claro, desde que ella y Pablo cruzaron sus miradas por primera vez, que su lealtad tendría que estar al lado de su marido y de Rusia. Sería el padre de sus hijos y el pilar de su familia. El gran duque tenía razón en una cosa: Catalina estaba obsesionada con el control de todo lo que sucedía a su alrededor. Necesitaba saber que todo estaba en marcha como ella quería y supervisaba los más pequeños detalles de forma escrupulosa. La gran capacidad intelectual de la soberana era objeto de mofa en la corte, como lo ha sido en la historia de la humanidad todo aquello que despierta la envidia de los demás. ¿Qué es la envidia sino el tributo que paga la mediocridad a lo excelso?

A mediados de mayo, poco después de la llegada de María a Tsárskoye Seló, Catalina recibió una visita secreta. José de Ribas contactó con ella y le dijo que necesitaba una «audiencia». Entre ellos entendían ese mensaje como una clave para concertar uno más de sus encuentros.

Praskovia Bruce esperaba al anochecer en una de las puertas traseras del palacio. El español se hacía esperar mientras contemplaba el resplandor de la fachada porque le deslumbraba la visión casi nocturna de un edificio tan espectacular como aquel. Su mente ingeniera ya recreaba la belleza de aquella gran mansión imperial con la luz de la mañana. Bajó de su caballo, se lo dio a un siervo y accedió por la entrada de la cocina.

La condesa Bruce coqueteaba con él por los pasillos y le agarró la entrepierna, burlona.

—¿Venís preparado para la Matushka? En breve tendré que hacer una supervisión del producto, que no sé si mantiene el rigor y el vigor suficiente para la emperatriz desde la última cata.

Las carcajadas de la condesa y sus groserías a esas alturas no escandalizaban a ningún siervo en palacio. El chambelán que los acompañaba con un candelabro en la mano ya ni siquiera tenía que contener sus muecas. La lujuria era el lienzo sobre el que se pintaban las historias cotidianas en la corte.

Tras recorrer pasillos y subir escalones interrumpiendo los intentos del visitante de detenerse para retener algunas imágenes, llegaron a una gran puerta de madera de caoba con adornos y marquetería en pan de oro. Al abrirse solo una de las hojas, impresionaba todavía más la altura. Debía de tener unos cuatro metros.

La puerta era lo de menos. Una vez dentro, se encontró a la emperatriz ataviada con una bata roja de seda con encajes negros. Estaba sensualmente preparada para el cortejo amatorio. Sabía que ese excéntrico habitáculo secreto dejaría atónito al español, como ya había sucedido antes con el resto de los hombres que habían pasado por allí dispuestos a ser «devorados».

El cuarto erótico que la zarina se había preparado estaba decorado con pinturas de escenas explícitas de sexo. Tenía labradas en sus paredes relieves fálicos. El dormitorio era una oda al miembro viril y los penes estaban encastrados en los muebles hechos ex profeso, como un capricho travieso de la zarina.

Mientras más poderosos eran sus amantes, más disfrutaban al ser tratados como uno más. Peor aún, se dirigía a ellos con desprecio hacia su vulgaridad. No entendía el motivo por el que ese mismo morbo que le provocaba a ella el ejercicio del poder producía un regusto seboso en sus amantes al sentirse utilizados.

La colcha de la cama, el dosel y la tapicería eran del mismo tono carmesí. Para Catalina el sexo, el poder y la sangre eran del mismo color. «¿O no es todo lo mismo? ¿No son tres conceptos equivalentes vividos en diferentes maneras?», solía decir.

—Mi querido amante español. ¿Una audiencia es lo que necesitáis?

—Majestad, nunca ha habido una emperatriz con un templo pagano para el placer. Sois única.

Las risas nerviosas por el encuentro los condujeron al vicio. Una cosa llevó a la otra. José disfrutaba de la flacidez de la carne de la zarina. Estaba convencido de que ella sabía que no era la más joven, la más lozana ni la que tenía las carnes más prietas de todas las amantes de Ribas. Ella también estaba convencida de que a Ribas ninguna le gustaba más que ella. Por algo era Catalina la Grande. Sería cuestión de soberbia real. A José le enardecía que ella pensara lo mismo al comparar su sexo con el de Potemkin que tenía gran fama por su tamaño descomunal. Lo importante de sus caricias era la intensidad, la pasión y esa furia compartida por conseguir todo lo que se ponía a su alcance.

¡Qué tensión les producía la necesidad de vivir al límite! Y el verbo se hizo carne, y los muslos se contraían y las pelvis se apretaban en el acompasamiento de los cuerpos. Catalina había aprendido a cabalgar en Rusia y el español montaba desde pequeño en Nápoles. Tan bien lo hacían en cualquier posición: alternaban como jinete y amazona sobre la cama roja con sábanas blancas. Ambos tomaban aquellos lienzos inmaculados como la bandera de una patria de dos, solo de dos.

—Mi querido español. Ya me deleito comprando arte de vuestra tierra. He mandado traer cuadros de Murillo pensando en vos.

—Majestad, no sabéis cuánto placer «intelectual» me proporcionáis. También placer para mi alma y mi espíritu. Más allá de esta apoteosis carnal, me encanta teneros como musa y saber que nuestro compromiso en la distancia existe, aunque no tenga

continuidad.

—Está bien que no os llaméis a engaño. Ni continuidad ni exclusividad, Osip.

—Llamadme José, os lo ruego.

—José... —dijo sensual la soberana.

—De eso quería hablaros precisamente: de compromiso. Llevo ya mucho tiempo en San Petersburgo. El tiempo pasa y pronto hará cuatro años desde que llegué. Primero fue Chesme y luego el conde Bóbrinski. Dos años en casa de Betskói hasta que pude instalarme en mis aposentos del Cuerpo de Cadetes. En ese ínterin serví en los ejércitos y luego me convertí en algo tan rutinario como ser censor, majestad. Y sigo solo en Rusia, sin nadie que me cuide ni a quien cuidar. Imagino que os podéis poner en mi piel porque vuestra parentela también vive lejos. Este es ya mi lugar y siento que ha llegado la hora de formar una familia.

—Algo he oído por ahí. Bibí está enamorándose de vos, aunque no lo reconoce abiertamente. Al menos a mí. Creo que sospecha lo nuestro.

—A veces también yo he pensado que lo sabe. Majestad, ella es mi confidente desde el primer día que llegué. Nastia y yo compartimos la ambición social y el gusto por la política, además de la devoción por vos. Somos dos súbditos leales y entregados. Ella va cumpliendo años y no encuentra hombre con el que le apetezca comprometerse...; en fin, que todas las circunstancias son favorables. A mí..., debéis creerme, después de haber probado vuestras reales carnes, ninguna otra podría hacerme perder la cabeza.

—¿Habéis venido a pedirme permiso para casaros?

—Matushka, en estos tiempos en que vivimos, el matrimonio es mejor que sea un compromiso que una historia arrebatadora de amor. Estoy convencido de que estratégicamente sería conveniente tanto para Nastia como para mí, y que dedicaríamos el resto de nuestra vida a un proyecto común, en el que os aseguro que la lealtad al trono sería un pilar fundamental.

—¿Uno tan fuerte como este? —Ella, juguetona abarcó con ambas manos todo el espacio entre las ingles de Ribas, acompañando su pregunta con un gesto obsceno.

—Mucho más. Y además este «pilar» con el que tanto os divertís, se dedicará a seguir dando placer a la soberana cada vez que sea

requerido.

José se abalanzó nuevamente hacia Catalina y ella, abriendo las piernas de manera receptiva, gritó con alborozo:

—¡Dios os bendiga!

14

El 27 de mayo el Palacio de Verano estaba de fiesta. La iglesia de la Resurrección de Cristo, construida en su interior, apenas tenía veinte años y en ella no se habían celebrado demasiadas bodas. Era la primera en la que uno de los dos contrayentes era español.

El arquitecto Rastrelli había conseguido lo que se pretendía en aquella iglesia. Se trataba de deslumbrar con lo inesperado por excesivo. Aquello era por lo que pasaría el siglo XVIII a la historia de los tiempos. El efecto «jamás lo habría imaginado» era un logro obligatorio para quienes eran contratados por los Romanov.

En el fastuoso templo, los techos eran tan elevados que para ver la culminación de la cúpula había que girar echar el cuello hacia atrás forzándolo un poco. Los colores púrpura y dorado solamente eran interrumpidos por los frescos de escenas bíblicas pintados en tonos oscuros. Tras el turquesa de la fachada, esta era la mezcla de tonalidades más estridente en la residencia imperial de verano.

Ribas se convertiría a la religión ortodoxa en el mismo rito en el que desposaría a Nastia, tal y como mandaba la tradición cuando uno de los dos contrayentes no compartía creencias.

—Pensaba que esa posibilidad no existía... María Fiódorovna tuvo una ceremonia aparte —le había confesado Ribas a su prometida.

—Si queréis otra ceremonia, puede hacerse. La verdad, me sorprendéis queriendo más ritos religiosos.

—No digáis tonterías... solamente quiero casarme con vos. Mientras menos complicaciones, mejor —había zanjado el español.

—El obispo y confesor de la emperatriz ha consentido la celebración de la boda y le ha parecido bien. Callad, que ya parecéis más mi marido que mi prometido. Y recordad que me llamarán por mi nombre completo, Anastasia Ivánovna Sokolova, y por tanto, y muy a vuestro pesar, a vos se dirigirán por la forma rusa de vuestro nombre, Osip Mijáilovich de Ribas.

—Espero que mi padre no se entere nunca.

El pope aguardaba en el interior del templo, ataviado con sus ropas litúrgicas más importantes, bordadas con fino hilo de oro sobre la gruesa seda blanca en la que se incrustaban preciosos rubíes. Portaba un suntuoso *klobuk* de oro coronado por una cruz que a su vez estaba salpicada de perlas. Solamente le acompañaban los cuatro sacerdotes que concelebrarían la ceremonia junto a él: con semblante serio, por aquello de la solemnidad, lo flanqueaban simétricamente a izquierda y derecha.

En la puerta, tres decenas de invitados esperaban a los contrayentes y a los padrinos. La emperatriz Catalina ejercería de madrina en los esponsales de Nastia. Betskói acompañaba a su hija como padrino. Todos fingían que no eran familia. Oficialmente, estaba acompañando al matrimonio a quien solo era su protegida. Una mujer que supuestamente no tenía lazos de sangre con él, tal y como habían intentado aparentar con poca suerte toda la vida. Seguía intentando ocultar a los demás que una de las mayores satisfacciones de su vida era ser el padre de aquella novia que caminaba hacia el altar.

—Cuánto honor para una «huérfana» gozar del respaldo de tan ilustres padrinos —comentaba en voz alta el zarévich, conocedor de la farsa familiar—. María, quiero que sepáis que las malas lenguas dicen que Betskói es mi abuelo, que estuvo amancebado con esa alemana que parió a mi madre.

—No me gusta que maldigáis vuestros orígenes, Pablo. Serán los de nuestros hijos.

Efectivamente, aquel era un privilegio muy especial para Betskói, el único que disfrutaba por tener a sus dos hijas en el cortejo nupcial: una, emperatriz de todas las Rusias; la otra, una de las damas más influyentes de la corte petersburguesa que, además, en esa ceremonia se uniría a un ambicioso español. José de Ribas ya gozaba de la protección de los más poderosos y crecía imparablemente bajo su auspicio.

Iván Betskói lo vivía para sus adentros como un verdadero triunfo. Hacia fuera, parecía ejercer sus funciones sociales sin que los sentimientos le condicionaran. Esa era la parte que no cambiaba con el paso del tiempo: la hipocresía en la corte era tan grande como la de Pedro I, cuando pretendió que se siguiera ignorando que era hijo bastardo del mariscal de campo Trubetskói.

Ahora era el padrino, aquel hombre bueno que había soportado

como una losa toda su vida el complejo de no ser reconocido como hijo legítimo de su padre, quien contribuía a que la historia se repitiera. Estaba acompañando al altar a su hija Nastia (sin reconocer que lo era), de la mano de su hija Catalina (sin admitir tampoco su paternidad). La nobleza escondía esos secretos que dolían en carne propia, pero que protegían en carne ajena.

El grupo avanzaba caminando, con paso solemne, hacia sus invitados. Nastia estaba bellísima. La zarina le había regalado un vestido similar al de su boda con el zar. Lo había actualizado conforme a las modas de los tiempos. Shkurin, su leal ayudante de cámara, se encargó de que tuviera similitudes en los detalles principales. Blanco y plata. Toda la pedrería con el brillo de la argenta y los diamantes y un corpiño bordado de cuarenta y cinco centímetros de largo. Amplio y generoso escote barco y los hombros parcialmente cubiertos. La falda del vestido pesaba ocho kilos, los mismos que el vestido de boda de Catalina.

El juego de la perversión era parte de la elección. La zarina le había regalado un vestido parecido al suyo para que se casara con un hombre que a las dos les gustaba, las divertía, las entretenía y hasta las satisfacía. Estarían aún más hermanadas desde ese día por su amor por Nápoles y Cataluña.

—Majestad, nunca soñé un vestido así. Gracias.

—Callad, Bibí. Trae mala suerte dar las gracias en los esponsales, y además confunde a los maridos. Si lo hacéis, creerá que será una costumbre en vuestro matrimonio.

Los cuatro contuvieron la carcajada dejándola asomar solamente en una sonrisa y continuaron la marcha. La emperatriz había echado el resto en los preparativos de la celebración. Además de los quince mil rublos que había regalado a su querida Bibí, le entregó diez mil al novio. Y joyas para ambos. Y cuadros.

José se acordaba de sus padres y de sus hermanos. No sabía si habrían entendido su apuesta vital. Les demostraría que tenía razón. Sabía que estaba en su correcta posición en el mundo y que esta era su nueva familia sin renunciar a la de origen. A pesar de estar viviendo uno de los momentos más importantes de su vida, no podía evitar recordar aquella conversación de sus padres veinte años atrás.

—Miguel, yo lo único que pido es tener derecho de veto cuando nuestros hijos vayan a casarse. Las mujeres vemos más allá que los

hombres. La diferencia entre una esposa que se sienta parte de ese equipo que es el matrimonio y una simple espectadora de la vida marcará sus destinos.

—Margarita, tú y tu empeño en la felicidad. Ojalá nuestros hijos tengan la suerte que yo tuve de que vos me quisierais, pero me temo que ese derecho de veto es complicado con la educación que les estamos dando. Cuando decidan casarse, solo os quedará confiar en que elijan según lo que les hemos enseñado.

José estaba seguro de que su madre estaría encantada con la mujer que había elegido para compartir la vida. Podría haber hablado con ella en inglés, en francés o en italiano. Se habrían entendido perfectamente.

Mientras caminaba junto a Nastia, a Betskói y a la zarina, el español tenía la sensación de haberse colado de algún modo entre los personajes que escribirían la historia de esa parte del mundo en su tiempo. Inclinaba la cabeza hacia diestra y siniestra para saludar a quienes los esperaban vestidos con sus mejores galas. Allí estaban Alejo Orlov, Gregorio Potemkin, el gran duque Pablo y la futura gran duquesa, la condesa Bruce con su marido y su hermano, el general Rumiantsev, entre otros.

Con música de fondo que había sido seleccionada por Catalina, los novios se dirigieron hasta el obispo. Al cruzar el templo, José seguía echando en falta los bancos de las iglesias cristianas de Nápoles. Sus ojos seguían sin acostumbrarse a que los templos ortodoxos no tuvieran asientos y a que los asistentes participaran de la ceremonia de pie en el centro. Tenía la extraña sensación de que faltaba algo allí, como si lo hubieran expoliado, como si el espacio estuviera desnudo y los presentes se amontonaran desordenados, asimétricos. A su mirada de ingeniero le faltaba el orden de las iglesias católicas que formaban parte de su acervo cultural.

Un pequeño altar situado junto al obispo tenía lo necesario para el enlace. El oficiante comenzó con las oraciones ininteligibles de la liturgia, al tiempo que hacía una inclinación de respeto ante la zarina. A ella le entregó dos velas, en su condición de madrina e hizo lo propio con Betskói.

—Nastia, no entiendo nada.

—Callaos y haced que lo comprendéis todo. En la iglesia no se juega, José.

—Lo haré, pero juradme que en algún momento iremos a casarnos a Nápoles para que tengamos una boda como la que a mi familia y a mí nos gustaría.

Betskói se acercó desde atrás para advertirle en tono jocoso.

—Callaos de una vez. En la iglesia no se juega y ya sois un hombre.

Catalina lanzó una mirada pícara al novio con la firme intención de marcar su territorio y aclararle sin palabras que el único motivo por el que podía casarse con Nastia es que ella había dado su consentimiento. José asintió dando por recibido el mensaje y adelantó sus manos hacia el oficiante, que las enlazó con las de la novia en un manto blanco. No podía dejar de mirar el diamante de Orlov en el escote de la zarina. Aquella joya espectacular que representaba su relevo en la cama de la soberana parecía lanzarle un mensaje claro sobre el poder sexual de quien lo lucía.

El padrino entregó la vela blanca a José y la zarina a Nastia. Sonrientes y ceremoniosos, volvieron a situarse tras ellos. Antes de entrar, Ribas había sido advertido de que tenía que portar la vela durante el tiempo que duraran los esponsales. Era el símbolo de la voluntad de los contrayentes de seguir a Jesucristo y a la Luz de la Verdad.

Un serpenteo recorría al novio por dentro. Era la percepción de que su vida empezaba a convertirse en una biografía hilarante. Bautizado como cristiano, se volvía ortodoxo por la gracia del matrimonio. El español de Nápoles, de ascendencia irlandesa, ahora convertido en petersburgués, seguiría siendo apátrida de corazón el resto de su vida. Estuviera donde estuviera, su cerebro tenía grabado a fuego que su patria siempre sería España. Su ingenio intentaba apartarse de la realidad con esas extrañas divagaciones. Tenía que concentrarse en la ceremonia para seguir los pasos adecuadamente. Aunque había parte en latín, del resto no se enteraba de nada. No era el ruso que se hablaba en la calle o el que se leía en los libros.

En la inercia del boato, José intentaba hacer memoria de la siguiente parte del rito. Le habían advertido que ese era el momento de la imposición de las coronas. Nastia lo contemplaba con cariño y con una complicidad implícita en la mirada que tenía un solo mensaje: ambos sabían que allí estaba naciendo una sociedad conjunta para promocionarse y proporcionarse mutuamente una buena vida. Se

querrían y se cuidarían.

—Nastia, ni mentiras ni traiciones. Yo del resto no me entero de nada —susurró José a su ya casi esposa.

—Prometido, pero callaos ya. Nos van a llamar la atención.

Las coronas simbolizaban que el matrimonio era una bendición de Dios. Ribas escuchaba los cánticos y las oraciones sin entender gran parte de lo que se decía. Seguía a su futura esposa en lo que ella hacía. Nastia lo había preparado bien: si ella decía algo, él movía los labios; si ella inclinaba la cabeza, él repetía el gesto.

Los dos sacerdotes que concelebraban la boda colocaron sendas coronas de oro sobre las pelucas de los contrayentes.

—Esta pareja está debidamente preparada para formar el reino de su nueva familia. Yo os bendigo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo —dijo el obispo mientras hacía con sus manos la señal de la cruz.

Betskói también le había explicado el rito a José con antelación para que lo entendiera. En esa perorata incomprensible, en algo que sonaba a serbio, el oficiante había incluido la lectura de la conversión del agua en vino en la boda de Caná. Los sacerdotes concelebrantes intercambiaron las pesadas coronas en sus respectivas cabezas hasta tres veces. El novio miró al padrino indicándole con gestos que había olvidado el siguiente paso, e Iván, con una mueca que le indicaba que tenía que beber, le hizo recordar lo que habían hablado:

—Cuando os retiren las coronas, bebed cada uno tres sorbos de la misma copa de vino.

—Los ortodoxos sois muy complicados. Os tengo que llevar a una misa católica. Todo es más sencillo.

Tras una nueva bendición de los contrayentes, llegó la hora de darse los anillos. Oro para el novio, plata para la novia. Y una vez colocados, Betskói se adelantó y los intercambió entre ambos nuevamente tres veces. En un arrebato de osadía, la zarina se saltó el protocolo y se acercó al oído del novio.

—El rito del tres. Todo se repite tres veces, para que no olvidéis que cuando yo quiera, en este matrimonio seremos tres.

El atrevimiento de Catalina azaró a los novios y a Betskói. Era una obviedad, pero el recordatorio de su derecho de pernada era del todo innecesario. La magia del momento quedó en suspenso por su intromisión.

El obispo condujo entonces a los esposos a realizar una suerte de baile en torno al altar de bodas, algo conocido como la «danza de Isaías», que se prolongaba mientras se cantaban los himnos.

A José todo se le antojaba un espanto de ceremonia por sentirse ajeno por completo a ella. El oficiante sostenía el Evangelio y las manos de los novios seguían entrelazadas. El padrino sujetaba las coronas sobre las cabezas de los nuevos esposos y las damas de honor danzaban tres veces en torno a la mesa. En cada una de esas vueltas, la pareja debía besar la cruz que sostenía otro de los sacerdotes. Ribas ya no podía aguantar más.

—Querida, ¿falta mucho para terminar? —susurró sin apenas mover los labios.

—Por favor, espero que seáis mejor marido fuera de la iglesia que dentro. —Nastia contenía su risa nerviosa.

Parecía que la boda llegaba a su final. Las preguntas pertinentes a los contrayentes, cuya respuesta había aprendido de memoria el español, la firma de las actas y las felicitaciones de los invitados a los novios. La esposa estaba radiante de felicidad. El esposo, aliviado porque el trámite hubiera acabado. Betskói, feliz con sus dos hijas y su yerno. Y Catalina tramaba ya su próximo encuentro con el español: le producía aún más morbo pensar en él como en un hombre casado.

El banquete nupcial estaba preparado para los invitados en el lugar más espectacular de la corte, que se encontraba dentro del Palacio de Verano y había sido un regalo de Federico de Prusia. La Cámara de Ámbar contaba con cincuenta y cinco metros cuadrados y seis toneladas de la preciosa resina. Bastaba una primera vista al entrar, dando un giro sobre uno mismo, para que la cromática y las vetas de ese impreciso color se adhirieran a la memoria de manera inolvidable. Como si la vida se dividiera en dos fases: la de antes de ver la Cámara de Ámbar y el resto de la existencia. El color ocre era subyugador y la magia de las irisaciones llevaba a pensar que no podría haber lujo mayor en el mundo.

—Qué lugar tan bonito para casarse... —musitó María Fiódorovna.

—Para ellos sí, querida. Una futura emperatriz como vos tendrá el lugar que os corresponde para celebrar su boda: vos protagonizaréis un enlace imperial. Todo será más lujoso y acorde a nuestra familia. Tendréis en mí al mejor siervo y al mejor marido. Espero ser

correspondido.

Ambos brindaron con un coqueteo lleno de rubor y segundas intenciones. El amor estaba en el ambiente. Al menos, aquello a lo que todos querían llamar amor.

Música, baile, vodka, licores, caviar y ostras. Risas, comentarios secretos, pequeñas maldades y dos favoritos de la reina. Potemkin y Zavadovski. El gran duque y la futura gran duquesa. Dos generaciones para el trono, dos favoritos. Demasiado pasado, presente y futuro para una sola habitación. Honores, boato y galas. Alianzas y deseos de traición. Envidias, rencores, amor, buenos deseos y lealtad. Ni todo aquello unido, sumado y superpuesto hizo que la resina se derritiera lo más mínimo.

Aunque la zarina era muy estricta con su alimentación y había suprimido la cena en su vida cotidiana, desayunaba apenas un café con picatostes y nata, almorzaba precavidamente e incluía siempre el chucrut y la manzana ácida en su dieta para el cuidado de la piel. Pero cuando organizaba un banquete no ponía freno. Era otra de sus formas de exhibir el poder. No había lugar donde se comiera mejor que en sus fiestas.

Para la ocasión, se deleitaría a los comensales con una gran variedad de sopas, aperitivos diferentes y diversos de todas las procedencias del mundo, cordero, ternera asada, perdiz con trufas, ternera con pepino salado y salsa de lengua de reno, urogallo, *galettes* de ostras y becadas. Había encargado hacer una vajilla para la ocasión en la que se entrelazaban los escudos de las banderas española y rusa que, tras el ágape, regalaría a los novios. Las copas se rompían en los brindis a medida que el vodka y el licor de Madeira volvía más efusivos a los invitados.

—Matushka, gracias por el detalle de la vajilla. Me ha emocionado vuestra consideración por España. Mi país estrenaba esta bandera apenas dos años antes de mi nacimiento, en 1748 —le dijo José a Catalina en un momento en que tuvieron privacidad.

—No es esa forma de agradecérmelo. Me lo cobraré en carne. No es una broma, ya me conocéis. Vuestra bandera me ha suscitado mucha curiosidad. Estuve dudando entre la napolitana y la española, pero sé que vuestra sangre tiene más que ver con la segunda. No obstante, la diferencia es el escudo de armas. Los Borbones insisten en esas banderas tan aburridas... Todas tienen de fondo el paño blanco.

Esa familia tiene a Europa entera con banderas blancas con su escudo: Francia, España, Nápoles, Toscana, Parma, Sicilia... Son tan poco originales... Están convirtiendo la tradición en lo más rancio.

—Majestad, no me ofendáis. Y el escudo es bellísimo: coronas, leones, águilas, flores de lis, castillos...

—Y unas líneas rojas que no se entienden, como los dibujos de un niño...

—Matushka, no me provoquéis. Me encanta la vajilla y os daré las gracias como os merecéis. Y lo haré como siempre, como el español que pone «la pica» en la corte rusa.

—Truhan. Ya lo estoy deseando —susurró Catalina.

Antes de pasar a los postres, la tradición decía que el padrino tenía que dedicar unas palabras a los novios. La soberana hizo que los músicos se detuvieran con un gesto casi tirano. Mandó sentarse a quienes estaban de pie con una mirada asesina y el silencio se hizo en la sala.

Betskói, ataviado en azul cobalto con sus mejores galas y visiblemente emocionado, pronunció el discurso con más mensajes ocultos de su vida. Sus palabras sonaron a instrucciones para la posteridad:

—Majestad, sabéis de sobra que he consagrado mi vida al Imperio ruso y a vos. Nuestra diferencia de edad habría hecho posible que fuerais mi hija, y con el celo de un padre os he guardado siempre. Vuestra firmeza y forma de gobernar me hacen sentir orgulloso del lugar a donde habéis llevado el imperio, y de saber que estáis hasta en los pequeños detalles, como la elección de los platos en los que hoy comemos.

»No entendáis mis palabras de hoy a la otra mujer de mi vida como una traición, sino como una bendición en el día de su enlace. Mi querida Nastia: sean o no ciertos los rumores, siempre seré vuestro padre.

Las sonrisas, los susurros y los murmullos se adueñaron de la sala. De repente Betskói dejaba abierta la puerta que durante décadas había tenido bajo doble candado. No negaba haber engendrado a la zarina ni a la novia. Parecía querer dejarlas unidas para siempre y tenía un tono trascendente, como si quisiera reconciliarse consigo mismo tras vivir una vida ocultando las consecuencias de sus relaciones personales. Tras una pequeña pausa, continuó sin cesar en

la emoción ni en el temblor de su voz templada por la determinación y la experiencia.

—Así lo he asumido desde que llegasteis a casa. Os he criado culta e ilustrada, sin hacer diferencia con un varón. Y al veros hoy tan bella y feliz al lado de vuestro esposo, me felicito y os felicito.

»Majestad, he de seros franco, ya sabéis que tuve mis reservas cuando el español llegó con la encomienda de Orlov para que fuera nombrado censor del Cuerpo de Cadetes. No quería extranjeros en esos puestos. Pero si la emperatriz Catalina es la mejor zarina que podríamos soñar y no nació en Rusia; si mi entrega al Imperio la he realizado habiendo nacido en Suecia, ya no albergo ninguna duda sobre José de Ribas, un español en la corte petersburguesa que ha contribuido a grandes progresos y hazañas desde su llegada. No en vano la primera fue la batalla de Chesme. Este hombre hoy pasa a ser mi hijo y, como tal, miembro de nuestra familia.

»Gracias, José, por vuestra amistad, por vuestra forma de aprender de mí y enseñarme a la vez, y por vuestro servicio al imperio. Os encomiendo el cuidado de Nastia cuando yo no esté y mantener el legado y el patrimonio, haciendo crecer a la familia y dejando en vuestros hijos la responsabilidad que os traslado en estas palabras.

»¡Larga vida a la zarina! ¡Larga vida a los esposos!

—¡Larga vida a la zarina! ¡Larga vida a los esposos! —repitieron todos.

La música y la algarabía parecían estar esperando al final del discurso. En cuanto los asistentes respondieron con la misma frase a los buenos deseos, todo volvió al instante anterior a la orden de silencio de Catalina. El ambiente festivo se apoderó en tan solo un instante de la Cámara de Ámbar.

Nastia sacó un pañuelo de encaje para secarse las lágrimas y José se abalanzó sobre su suegro para darle un abrazo latino, de esos largos y sentidos. Mientras la emoción se esfumaba hacia arriba en el ambiente, así como el agua se evapora y se condensa en las nubes, todos se preparaban para el baile.

A la zarina le gustaba el lujo y la displicencia. A pesar de eso, corrían otros tiempos y ella había bajado el nivel de exigencias de Isabel I, su predecesora como zarina. Seguía necesitándose un vestido nuevo, eso sí. Conservaba de su tía y predecesora la vieja costumbre

de marcar los vestidos de las asistentes para que no pudieran volver a usarlos en los próximos bailes de la corte. Era un esnobismo que, como tantos otros, encontraba amparo en la tradición. La élite social siempre tuvo asumido que cuestionar lo ancestral por su coste era «cosa de pobres» y nadie quería ser distinguido por eso.

Pero Catalina era más inteligente. Nunca pidió las tijeras como hacía Isabel I para humillar a sus invitados. La vieja emperatriz destrozaba los trajes de los asistentes cortando los adornos que a ella no le parecían adecuados. A veces era aún más cruel y cortaba el cabello o la peluca de quien hubiera elegido un peinado demasiado elegante. Su sobrina política había acabado con actitudes así que le habrían hecho quedar como una tirana. La alemana era más taimada. Dosificaba la ostentación del poder y la burla a sus invitados. Era una gobernante brillante y sabía que el respeto de los cortesanos no podía ganarse con la burla en público.

La evolución de la zarina había sido espectacular desde los inicios. En ese baile, los que la conocían desde su llegada a San Petersburgo recordaban perfectamente su forma recatada de vestirse años atrás. Llegó siendo una joven discreta y pudorosa. Lo mismo pasó con la música.

Habían pasado ya cuatro años desde aquella celebración del aniversario de su coronación, cuando sorprendió a todos mezclando con la música de cámara las canciones tradicionales rusas que ella bailaba con entusiasmo. Antes de aquella pequeña revolución, las danzas populares se entendían como algo vulgar e inapropiado. Sin embargo, ella siempre quiso conjugar el orgullo por lo propio, por la cultura popular, con el exquisito gusto de todo lo que se estilaba en París. Catalina siempre quiso estar a la vanguardia y por eso sus fiestas eran las más codiciadas.

Betskói bailó con Catalina, y mientras seguían la música con pasos cuidados y movimientos medidos, miraban de reojo a los recién casados.

—Mi querido consejero... Me ha emocionado vuestro discurso. Nunca me lo reconoceréis, pero las pocas personas a las que habéis amado como a vos mismo somos extranjeras o hijas de extranjeros.

—Majestad, en mis palabras de hoy está lo más próximo a una confesión que vais a escuchar nunca. Espero que quienes me rodeáis, tengáis la agudeza necesaria para haberme entendido.

—Mis orígenes han quedado claros y los de la novia también. Ramas del mismo tronco, patas de la misma mesa, sangre del mismo corazón. —Catalina lo miró complacida por la confirmación sobre sus orígenes—. Gracias por hacer feliz a mi madre.

—Majestad, sois la mejor anfitriona de Europa. —Betskói hizo un guiño a su pareja de baile y siguió la coreografía con solemnidad exagerada, algo que traslucían las muecas de su rostro.

Los invitados a la boda departían mientras bailaban. Algunos empezaban a dar síntomas de ebriedad con coqueteos desaforados, tocamientos y algún grito que otro que alertaba a los asistentes. El vodka comenzaba a surtir efecto. Los novios seguían bailando satisfechos por el éxito de la fiesta.

—Querida esposa, confieso adoración por vos. Somos dos mentes ambiciosas y pronto seremos los anfitriones más poderosos y deseados de la ciudad.

—Que no os quepa duda, esposo mío. Lo que ha unido Dios, San Petersburgo lo verá crecer.

Aceleraron el giro y sus movimientos, aupados por la emoción de celebrar la buena elección mutua como compañeros de vida.

El día había sido todo un éxito que se prolongaría hasta altas horas de la madrugada. Todo estaba en su sitio.

Los Ribas, en Nápoles. Al tanto, eso sí. José había escrito a su familia para anunciárselo y hasta había mandado un retrato de Nastia.

Betskói, feliz. Ya podía morir tranquilo.

Los novios, satisfechos por las posibilidades de ascenso social y el cariño mutuo.

La zarina, complacida por tener jamelgo cerca cuando le apeteciera.

Los sacerdotes ortodoxos, con sus casullas blancas de gala, encantados con el festín pantagruélico.

Todos contentos. En la noche de bodas, una demostración más de que para esa coreografía, José y Nastia habían ensayado en muchas camas.

15

Tsárskoye Seló, agosto de 1776

María Fiódorovna paseaba en solitario cada día por los jardines de palacio. La naturaleza era para ella un milagro que llenaba de flores el verano que el frío mataría sin piedad volviéndolo todo blanco y negro durante meses. Los jardineros eran verdaderos doctores que ayudaban a resucitar a las plantas cada año. La extranjera notaba que aquellos aromas y aquellos colores le inundaban los sentidos y aclaraban su mente.

En la corte no se veía con agrado su gusto por el silencio. Por mucho que ella se pronunciara en público sobre su satisfacción al haber abrazado la bandera del imperio, los partidarios de Catalina no encajaban bien esa apariencia distante de la prometida del heredero, que caminaba entre las flores como quien flota, seguida por dos damas de compañía hacia las que no volvía la mirada ni les dirigía una palabra en sus calladas mañanas.

Como se sentía vigilada, canturreaba para disimular. Le gustaba cantar en latín y no era capaz de quitarse de la cabeza esa canción tan conocida sobre la universidad.

—*Vita nostra brevis est, breve finietur. Venit mors velociter, rapit nos atrociter, nemini parcetur*.

Volvía de nuevo al silencio y, al sentirse nuevamente observada, repetía el mismo trozo de la canción en alemán.

—Nuestra vida es corta, en breve se acaba. Viene la muerte velozmente, nos arrastra cruelmente, no respeta a nadie.

La corte estaba contrariada. Aquella criatura deliciosa parecía tener efectos benéficos, pero todo era extraño. Su llegada había traído una inexplicable tregua entre el zarévich y la zarina. El instinto maternal tiene brotes sorpresivos hasta en los casos más insospechados. Cuando el hijo tocaba fondo en los momentos más críticos y se confundía su depresión con arrepentimiento, la madre

intentaba un nuevo comienzo. Se atrincheraba en esa creencia femenina de que su actitud ayudaría a cambiar al pusilánime en su carácter y en su actitud vital. Con el empeño de la madre esperanzada, confiaba en poder instruirlo como si tuviera seis años, olvidando que el heredero era un gato herido y que antes o después volvería a sacar las uñas.

—Pablo, por mucho que nos empeñemos los dos en ir *contra natura,* sois mi hijo, y si nos esforzamos, podemos formar un buen tándem. Estamos condenados a entendernos, y nada me gustaría más que apoyaros y que seáis un gran zar para nuestro imperio.

—Nunca es tarde. Pondré todo de mi parte, madre.

Aquel instinto solamente tenía credibilidad dentro de la familia real, solamente ellos dos caían en su propio autoengaño. Nadie más confiaba en un cambio en Pablo y mucho menos en la relación maternofilial. Los demás ya conocían la dinámica y no se creían aquel sainete que madre e hijo interpretaban de cuando en cuando por inercia: golpe de la vida, lágrimas de zarévich, dureza de emperatriz, arrepentimiento e intento de que el joven cambiara de actitud y de carácter, vuelta a la realidad con un aterrizaje de bruces por parte de Catalina; distancia, silencio y renacer de un heredero aún más rencoroso. Los habituales de palacio conocían ese ciclo recurrente y sus consecuencias. Las aguas calmadas en una familia en la que siempre eran turbulentas hacían presagiar momentos más difíciles.

En todos los años durante los que el conde Panin fue el tutor de Pablo, hasta había habido varios intentos de conspiración para provocar la elevación al trono del zarévich. Los más avispados de los que lo rodeaban sabían que aquel joven era manejable y que cedería a las personas de su confianza lo trascendente del poder para entretenerse con lo banal. Lo sabían los más listos, y también su madre, que se empeñó en privarlo de sus escasos apoyos. Cuando el gran duque alcanzó la mayoría de edad, la zarina le anunció a Panin que su misión respecto al zarévich había concluido porque la figura de un tutor a esa edad carecía de sentido alguno. Esa fue la excusa, aunque el motivo real fue su oposición a la partición de Polonia y sus lazos con el monarca prusiano, que ponían en un riesgo mayor a la zarina ante un posible golpe de Estado. No obstante, Catalina lo mantuvo en el consejo y procuró premiarlo con dones y dádivas. La zarina era una gran estratega, y lo mismo que hacía con todos los

favoritos de los que se cansaba, lo aplicaba a potenciales enemigos de su trono que habían conocido sus debilidades desde dentro de palacio.

Tras haber enviudado, Pablo se había quedado tan solo en aquella fase de su vida que únicamente podía guarecerse en su madre y ahora en su prometida. Para él cualquier opción era mejor que su madre. La servidumbre reía haciendo imitaciones de las constantes palabras de amor que los prometidos se regalaban en cada esquina.

—María, sois un regalo de Dios en mi vida. Tan adorable, tan perfecta, tan emperatriz. Sois lo único que tengo.

—Y vos, Pablo, mi rey, el emperador de mi corazón. Os adoraré mientras viva.

En este inusitado clima de paz, la futura nuera de Catalina había decidido ser una magnífica esposa y convencerse a sí misma de que no haría otra cosa en su vida que buscar el éxito del proyecto personal que recién se iniciaba, y que tenía la vocación de escribir parte de la historia de aquel tiempo. No se trataba de la historia de un pequeño estado centroeuropeo, sino del vasto Imperio ruso. Necesitaba el viento en la cara y el silencio para poner orden en sus ideas. El interior del palacio estaba concurrido y era ruidoso.

La emperatriz había visto desde lejos a la prometida de su hijo y se había percatado de que, desde las ventanas y en los corrillos de los patios, miraban el paseo en silencio de la joven con gestos de desaprobación. María Fiódorovna estaba en lo cierto al sentirse observada. Catalina decidió abordar el problema y se acercó a la joven con paso firme hasta situarse a su lado.

—Majestad, qué sorpresa...

—Vengo para preveniros...

—¿Prevenirme, majestad? ¿Sobre qué?

—La mezquindad está por todas partes, querida. Sobre todo, abunda entre los necios y los fanfarrones, y este palacio está lleno de ellos.

—Disculpad mi ignorancia, majestad...

—No aprueban vuestros paseos en silencio.

—¿Aprobar? Necesito pensar mucho y enfocar mi voluntad a cumplir con mi deber de hacer feliz al gran duque. Entended que tengo que asumir que no podré distraerme en mi compromiso vitalicio con el imperio. Para mí, el silencio es la mejor música para ordenar mis pensamientos.

—Querida niña, yo también necesito mucho silencio, pero lo busco frente a los libros. Así pueden pensar que sois una excéntrica o una intelectual con ínfulas. Mirad con disimulo a las ventanas y a los grupos de ociosos que se esconden tras las cortinas. Ellos necesitan darse importancia despreciando a otros. Todos os miran.

—Majestad, disculpad, no sabía...

—No os angustiéis. Sois un elemento nuevo en palacio y por eso os toman por vulnerable. Hasta que os caséis no estaréis segura, y aun así tendréis que trabajar toda vuestra vida como si estuvierais expuesta en un museo. Eso es lo que mi hijo Pablo no ha conseguido entender. Me gustaría pediros ayuda en este aspecto concreto. Sobre vuestras cabezas pesará el gobierno de Rusia y la educación del siguiente zar. El gran duque tiene que cambiar su modo de ver el poder.

—Majestad, mi lealtad está con mi futuro marido, y haré todo lo que esté en mi mano para ayudarlo en su ardua tarea cuando llegue la hora.

—Mientras llega, vuestro deber es traer herederos al mundo y prepararos con responsabilidad... Y por supuesto, querida, debéis recordarle a mi hijo, cada día de vuestra vida, que la corona debe estar aún sobre mi cabeza. Ya percibiréis que, en él, la brillantez destaca por su ausencia. Tiene la misma obsesión por el boato y los uniformes que su padre... Sed generosa con Pablo y no soñéis con más de lo que podrá daros.

La zarina se marchó sin esperar respuesta. Cada vez era más evidente el papel de esposa sumisa con el que se definía María. Catalina intuía que esa complacencia hacia su hijo no iba a ser lo mejor para el gobierno y mucho menos para ella como emperatriz. Como cualquier madre de un necio, buscaba espejismos en el comportamiento de su hijo y solía aferrarse a cada conato de expectativa que, sin lugar a dudas, acabaría decepcionándola.

Desde el traslado al Palacio de Verano, Catalina había pretendido encauzar las aguas para intentar reconducir a Pablo. Había liberado dos mañanas por semana para instruirlo en la política, y pasaba tiempo con él esperando poder paliar los efectos que para Rusia podría tener el ascenso al trono de aquel engendro en caso de que ella muriera repentinamente.

Apenas habían pasado unas semanas y Catalina ya comenzaba a

abandonar cualquier esperanza de que María encarrilara a su hijo. Más que una mujer con carácter, era una mujer entregada a respetarlo, admirarlo y quererlo.

—Yo no puedo entender a esta chica. ¿Cómo se puede idolatrar a un hombre así, sin atributos? Es casi deforme y no tiene inteligencia ¿Qué verá en él?

La zarina se miraba en un espejo del *hall* tras dejar a María en el jardín mientras se hacía estas preguntas, porque era consciente de que era mejor hablar de estas cosas consigo misma. Cualquiera que le respondiera la heriría gravemente o, de lo contrario, le estaría mintiendo.

—Pablo podría llegar a ser feliz con María, pero nunca se convertirá en un buen gobernante junto a ella. Alguien que te baila el agua así y no te hace ver las limitaciones que has de conocer para ocultarlas, no es un buen compañero de trono.

Estas consideraciones le rondaban la cabeza mientras airada y ofuscada se dirigía al interior del palacio. Al pasar por delante de la biblioteca se detuvo un segundo. Su hijo debía de estar allí leyendo los manuales de estrategia militar que le había pedido que estudiara para las lecciones del día siguiente. Catalina se lo pensó dos veces pero, finalmente, se decidió a entrar. Pablo tenía los libros cerrados y sobre ellos jugaba a las batallas con unos soldados de plomo.

—Gran duque Pablo —inquirió Catalina con tono solemne—, sois el heredero de la corona, no un niño de cinco años.

—No, madre, no. Me rebelo ante vuestra actitud y reivindico la solemnidad de los ejércitos y su importancia como símbolo del poder. Dejáis las tropas en manos de vuestros amantes, que solamente quieren ganar guerras. A ellos les da igual que vayan vestidos con harapos mugrientos y que no representen la grandeza y la formalidad del imperio. No son zares, solamente son amantes vulgares.

—¿Para qué queremos los ejércitos sino para ganar guerras? El poder reside en ampliar las fronteras del imperio y conquistar para Rusia territorio y riquezas. No seáis jactancioso como la emperatriz Isabel o como vuestro padre. Preocupaos por lo importante.

—Esto es lo relevante para mí. No puedo entender que los oficiales del ejército cobren cantidades tan modestas y con retraso

porque vos os aseguráis de mantener a vuestros favoritos. Todos ellos saben que pasar por vuestra cama no solo les enriquecerá a ellos, sino que podrán vivir las cinco generaciones próximas de su familia sin trabajar. Sin embargo, para mí, el imperio es lo vital.

La zarina escuchó atónita. No podía consentir que su hijo osara hablarle de ese modo.

—Pues dedicaos a dar un heredero que sea capaz de gobernarlo. Vos no podréis hacerlo jugando a los soldaditos. ¡Qué hartazgo de petulancia!

Catalina abandonó furiosa la biblioteca. De nada servía aquel nuevo intento por hacer de su hijo un zar de provecho. Pablo tenía demasiadas facturas que cobrar a su madre, a la que detestaba, y encontraba cualquier argumento para desafiarla reprochándole su vida privada. La soberana no estaba dispuesta a agotarse en aquel intento. La condesa Bruce salió a su paso y comenzó a caminar junto a ella.

—¿Qué os inquieta, majestad? Venía a ofreceros la compañía de un joven y apuesto coronel que solamente estará en palacio hasta mañana.

—Condesa, no es el momento. No puedo aguantar ni un minuto más los delirios del gran duque.

—Lleváis haciéndolo toda su vida. Claro que podréis.

—Tuve la debilidad de pensar que la muerte de la pérfida de su mujer y la llegada de María le harían adaptarse a sus circunstancias. Lo he intentado, realmente lo he hecho, pero este bobo es igual que mi difunto marido, igual.

—Dicen en la corte, majestad, que se sulfura ante cualquier indirecta que apunte a que su padre no es Pedro III, sino vuestro favorito de aquel tiempo, Saltikov.

—Rusia le debe mucho a Saltikov y ambas lo sabemos.

Las dos mujeres se miraron sonrientes y cómplices. La catadora de amantes era la única capaz de hacer cambiar de humor en segundos a la Matushka. La condesa aprovechó que Catalina había sacado la conversación para ponerla al día de otras habladurías de la corte. Tenía que contarle varias informaciones que conocía de primera mano por su hermano, el general Rumiantsev.

—Majestad, lo que es increíble es cómo copia las actitudes del zar hasta en las cosas más crueles, las más toscas y, si se me permitís decirlo, las más carentes de inteligencia y sentido común.

—¿Qué queréis decir con eso? A las claras, condesa.

—Dicen que busca amistades en el ejército, pero que no las consigue. No logra que lo sigan en el intento de convertir a los soldados en autómatas vestidos de gala para combatir. Quiere unas tropas de salón. Entenderéis que, luchando en medio de la nieve, a veinte grados bajo cero, lo que quieran es ir cómodos, no guapos.

—No hay tristeza más grande para una madre que reconocer que su hijo es idiota, pero no tengo más remedio que hacerlo. Al menos en vuestra presencia. Me gustaría poder hacerlo en público, pero nos jugamos nada menos que un imperio.

La zarina guardó silencio y la condesa continuó.

—Majestad, mi lealtad me obliga a contároslo.

—¿Qué sucede?

—Antes de que os trasladarais aquí, al Palacio de Verano, tras la muerte de aquella mala pécora de su esposa, ya había una seria preocupación por su actitud con las tropas: el zarévich pasa revista sin cesar a su regimiento, los obliga a escenificar batallas, los amenaza, los increpa y los insulta.

—Condesa, ambas sabemos que la difunta era una arpía, pero ya está muerta. Si alguien nos oyera... Y mi hijo es idiota, definitivamente idiota. Además, es un peligro.

—Los soldados se quejan de que han de maniobrar en el lodo. Pretende parecer un estratega conocedor de las mejores formas castrenses, pero la mayoría de las veces se comporta como un sargento soberbio y osado.

—Lo peor no es que se parezca al zar, sino que busca parecerse a él para hacerme la vida imposible.

—Dicen que ha deportado ya a varios oficiales por un botón mal cosido o algún movimiento que le parecía inadecuado. Es tan cruel como el zar.

Catalina se paró junto a una ventana para contemplar inmóvil los jardines. Su catadora de amantes le miró las manos y reconoció ese gesto tan suyo de apretar los puños y clavarse las uñas para no llorar o mostrar fragilidad, disgusto o cualquier emoción. Había engendrado a su mayor problema y no sabía cómo gestionarlo. Estaba furiosa. La condesa pidió permiso y se retiró. La soberana pensaba mejor cuando estaba sola que acompañada.

Antes de tomar sus grandes decisiones, las mujeres valiosas que

se casaban con un Romanov necesitaban silencio para proteger a Rusia del carácter de sus hombres. Los Romanov hacían ruido y sus consortes y sus esposas callaban para pensar en la fórmula que retuviera el trono en la familia.

La tregua previa a la boda de los grandes duques fue tan solo una farsa, o tal vez la puesta en escena de un deseo compartido: el de tener mejor familia que la que a cada uno le había tocado. Él renegaba de su madre. Ella despreciaba profundamente a su hijo. Las farsas duran apenas un instante extendido en el tiempo. El velo turbio de la realidad las tapa y las destapa y las farsas de Pablo eran aún más fugaces que los amoríos de Catalina.

Los puños seguían apretados y la mirada de la soberana se perdía en el horizonte. Su decepción no era solamente porque Pablo no tuviera solución, sino porque no tenía un plan alternativo. Durante muchos años, alertada por Orlov, vio en Bóbrinski una opción. No era del linaje de los Romanov, pero sí hijo de la zarina más victoriosa que había tenido Rusia. El joven conde había tenido todas las oportunidades para formarse como un estadista. Orlov, Betskói, Ribas, Shkurin, Rumiantsev... Había tenido la protección de los mejores de la Corte, pero sobre todo la suya propia, la de su madre, que lo había intentado una y otra vez. Los miembros del gobierno tenían nociones e indicios claros de lo que era su primogénito.

16

Diario de Anastasia Ivánovna Sokolova

San Petersburgo,
1 de enero de 1780

Cómo ha cambiado mi forma de vivir desde que dejé Palacio para dedicarme a mi familia. Aunque José siga durmiendo habitualmente en el Cuerpo de Cadetes y yo permanezca en la única casa propia que he tenido desde mi nacimiento, la espiral de la rutina se ha llevado por delante mis ratos de ocio y de dedicación al recogimiento. El egoísmo de la juventud cede ante la responsabilidad cuando se funda una familia. Lo había leído en los libros, y como todas las mujeres de cierta posición, he tenido que pasar por un matrimonio para comprobarlo.

Mis escasas horas para el disfrute personal las reservo para ir a visitar a la emperatriz. Sigo entrando y saliendo del palacio a mi antojo, y llego hasta sus aposentos sin previo aviso. La servidumbre es leal y siempre me alerta si «está ocupada» para no incomodar.

Esta hermana mía —desde aquel discurso de nuestro padre en mi boda, ya no me queda lugar a dudas— ha encontrado el secreto de la eterna juventud en su permanente desfogue. Es algo compulsivo. Le gustan los hombres cada vez más jóvenes, como si el roce con ellos le trasmitiera vitalidad. A veces pienso si no es por esto, sino porque su mente privilegiada se aburre. Siempre llego a la misma conclusión. Todo suma, incluso el hecho de fastidiar al memo de su hijo Pablo, ese cretino obsesionado con retar permanentemente a su madre. La detesta con menos disimulo según va pasando la vida.

Catalina sigue con la mano férrea en el Gobierno y mucho más suelta en la cama. Los demás nos reproducimos y ella colecciona amantes. Ahora también nietos.

Solo le he conocido una mirada de excitación igual a la de la

lujuria cuando vivió los embarazos y los partos de su nuera María. Recuerdo perfectamente una conversación entre suegra y nuera que me pareció que cabalgaba entre el entusiasmo y la crueldad:

—Este niño tiene que ser un varón sano y bello. Será un regalo para Rusia —le dijo ilusionada a la futura madre—. Tengo apenas cuarenta y ocho años y podré cuidarlo y criarlo. Solo tendréis que verlo para disfrutar de él.

—Majestad, me gustaría criar a mi hijo.

—María, esa no es la costumbre en esta tierra. A mí también me costó entenderlo cuando la emperatriz Isabel se llevó a vuestro esposo para criarlo. A los zares los educan las zarinas, como vos haréis con vuestros nietos.

Después de aquella clarificación, la obsesión de Catalina fue educar al heredero con los mejores criterios, y entró en una espiral de estudio como cuando quiso abolir la esclavitud y se enfrascó en la redacción del *Nakaz*. Se puso a escribir los principios que quería aplicar en la crianza del niño y devoraba con vehemencia la obra de Rousseau, especialmente el *Emilio*, además de las más recientes investigaciones sobre enseñanza, sobre todo las de Pestalozzi y las teorías de los pedagogos Pferfel y Basedow, alsaciano el primero y alemán este último. Sin embargo, María Fiodorovna era una fiel seguidora de Lavater, el alemán que se había dado a conocer por *Fragmentos de Fisiognomía.* Le recomendó a la zarina encarecidamente su lectura, porque explicaba la forma de analizar el carácter de una persona según las características de su rostro.

Discutí con la Matushka en varias ocasiones. Todo aquello me parecía excesivo: se empeñaba en bañar al niño con agua fría en enero, ¿se había vuelto loca? Pero a mis objeciones, respondió tajante: «Bibí, este niño será fuerte como su abuela o no será. Siempre agua fría, irá sin sombreros en invierno y en verano. El futuro zar de Rusia no dormirá en una cuna, sino en una cama de hierro desde su nacimiento para que nadie pueda mecerlo, y estará en mis habitaciones. Ya decidiré cuándo lo verán sus padres. Traeré la mejor ama de leche conocida. Siempre se hablará en voz alta cerca de su lecho. No habrá silencio ni cuando duerma».

Creo que se equivoca en esto, los niños necesitan amor para crecer sanos, pero ella zanjaba el asunto diciéndome que no me soportaba cuando creía que sabía más que todos los expertos del

mundo juntos. «Todo se hará según mi palabra», me decía. Y yo le respondía que era una tozuda y una terca, a lo que ponía punto final con un «soy vuestra emperatriz. No debéis olvidarlo».

Cuando nacieron sus nietos, se volcó con ellos. Alejandro y Constantino le dan mucha paz. Algunas veces la sorprendo hablando de ellos como quien se refiere a dos emperadores. No en vano, sugirió el nombre de su segundo nieto pensando en el futuro del imperio y en ponerlo al frente de todo el territorio que les pensaba ganar a los otomanos, incluida la infranqueable Constantinopla.

Por fin le daba cierto mérito a su hijo, pues para ella tener dos nietos ya era un sueño, pero que fueran bellos y listos con semejante padre era casi un milagro. «Bajad la voz, que las paredes oyen», le replico cuando empieza con su letanía de desahogos. Pero ella sigue en sus trece, con afirmaciones como: «La mejor idea que he tenido en los últimos años fue regalar a los grandes duques esa heredad en Pávlosk, para que estén lejos y me permitan educar a esos niños como a zares, como legendarios Romanov. No entiendo por qué motivo, pero María ama como una perra en celo al lerdo de mi hijo...».

Esas conversaciones se repiten habitualmente entre nosotras. Mis hijas, Sofía y Catalina, disfrutan jugando con Alejandro y Constantino, aunque mis pequeñas sean sus tías. Es un secreto a voces que el zarévich es mi sobrino.

La emperatriz es familiar y adora a los suyos. Continuamente me regala joyas para nuestras pequeñas y está orgullosa de que sean sus ahijadas. Le hace mucha ilusión que la mayor lleve su nombre de soltera y Catalina, su nombre como soberana.

En San Petersburgo se vive mejor desde que los grandes duques se mudaron a Pávlosk. La emperatriz les regaló una finca de mil quinientos acres, muy cerca de Tsárkoye Seló, junto al río Slavianka. Pablo y María tienen una casa allí, pero están proyectando un palacio. Están ilusionados, por lo que me cuenta la gran duquesa. Realmente, esa mujer es cortés y amable. Si la hubiera conocido en otras circunstancias, estoy convencida de que habríamos podido ser amigas.

María se vuelve suspicaz cuando siente que se invade su intimidad o intuye alguna indirecta sobre su esposo. Eso la honra bajo mi punto de vista, aunque su suegra dice que es un gesto que prueba

su falta de carácter, porque nadie puede entender que esté enamorada. También sufre con lo de sus hijos. Estar separada de ellos no le hace bien. Dicen que a María le preocupan las condiciones férreas en las que son criados, y el contraste con el mimo y el celo que se pone en que tengan todas las novedades y caprichos. Se ha hecho famoso entre las cortes europeas el traje «del señor Alejandro», que ya usan los infantes en Suecia y Prusia. La descripción de la pieza diseñada por la emperatriz que esta le envió en una carta a Federico Grimm se ha visto reproducida miles de veces: «Se cose de tal forma que se trata de un solo conjunto, se pone de una sola vez. Este traje es mi obra genial. Se le meten los brazos y los pies al tiempo y ya está, todo a la vez. Tan solo se cierra con cuatro o cinco pequeños botones en la espalda».

La relación entre la zarina y los grandes duques cada vez es más distante. Siguen encontrando cualquier pretexto para enfrentarse, hasta por la construcción de su nueva casa. Han encargado los planos al arquitecto Carlos Cameron, el diseñador de edificios que peor se lleva con Catalina en toda la corte. Cuando se enteró de la elección de su hijo, la oí murmurar: «El mentecato de Cameron... No hay nada peor que un arquitecto sin sentido de la estética».

Con decisiones como esta, María y Pablo pretenden evitar que la zarina intervenga. Cuentan las malas lenguas que las ideas de María son todas exquisitas, mientras que las de Pablo son el síntoma de su obsesión por el ejército. Los corrillos dicen que ella propone ideas brillantes, pero acaba cediendo a los deseos de su marido.

Es todo bastante complejo en la familia real. La zarina procura que los grandes duques coincidan lo menos posible con Potemkin, que realmente es quien lidera la expansión de Rusia y gobierna *de facto* el imperio con Catalina. Pese a que el consejo asesor estaba formado por otros hombres, como Panin, Orlov o mi padre, la ascendencia del marido de la emperatriz es de tal naturaleza que da igual quién sea el favorito que caliente la cama de su esposa. Lo importante es quién la apoya y asesora en el trazado de las fronteras de Rusia.

El pequeño Alejandro es, cada día más, la esperanza de Catalina. Ve en él la única oportunidad de evitar que su hijo ocupe el trono. Le espanta la idea y ya proyecta y programa la educación del niño para formarle bajo su criterio. Cada día que pasa estoy más convencida de que mi hermana tiene un trauma por no haber podido criar a sus hijos. Aunque le importa más la gobernanza del imperio que las

fiebres de un niño, veo la única ternura de la que es capaz cuando acaricia a su nieto Alejandro o a mi hija Sofía. También adora a Catalina y a Constantino, pero no es lo mismo. Tiene verdadera predilección por los primogénitos. Sabe de la importancia del orden de nacimiento en una familia.

No hace mucho, la emperatriz me entregó un papel que conservo como oro en paño. En él, Catalina ha escrito sobre los modales:

> Mi querida Bibí:
>
> Enseñad a las niñas buenos modales; los buenos modales se basan en no tener ni a una misma ni a vuestros semejantes en baja estima.
>
> No olvidéis nunca que estos detalles son contrarios a los buenos modos:
>
> –Las miradas, las palabras, las acciones y el comportamiento nunca deben llevar implícito el desprecio ni la falta de respeto.
>
> –En el término medio está la virtud. Condenad siempre el hábito mezquino de encontrar, en cualquier situación, un pretexto para criticar, poner reparos y censurar. Igualmente resulta irritante una ostentación excesiva de modales.
>
> –Es insufrible también la falta de educación innata que no tiene en consideración la constitución física o la condición personal sin hacer una ostentación de superioridad.
>
> –No toleréis en vuestra presencia la condena de actos ajenos mediante palabras despectivas y burlas, discusiones con falta de respeto y desacuerdos expresados con vehemencia.

Así es mi hermana. Todo por escrito y estructurado.

Aún recuerdo mi primer embarazo. Y sobre todo los momentos posteriores al parto. Catalina tuvo que contener la emoción cuando, un año después de mi boda, nació mi hija Sofía. José y yo le pedimos que fuera su madrina y le contamos que habíamos decidido que se llamara Sofía por su nombre de soltera. A ella le pareció deliciosa la idea de poder pronunciar su nombre anterior para hablar con una niña tan cercana a ella.

Adoro a mi soberana, pero sus frustraciones son evidentes, al

menos para quienes la conocemos bien. Cada vez que escucho cómo habla a mi hija, veo en sus ojos el recuerdo de nuestra madre llamándola en los jardines de Alemania, de los que me habla en privado cada vez con más frecuencia. En esas conversaciones noto que nos hacemos mayores. Ella recuerda a madre y ambas tenemos miedo de que le pase algo a padre. Me da tanto miedo quedarme sin él que no puedo ni escribir sobre ello, así que cambio de tercio.

Catalina lo pasó mal el año pasado cuando sorprendió a Praskovia en la cama revolcándose con Iván Rimski-Kórsakov, el nuevo favorito. Aquel hombre le gustaba, pero sobre todo sintió como una traición por parte de ambos que lo hicieran a sus espaldas. Su enfado fue desmedido. A él, pese a ser de una de las familias de la corte, lo envió al exilio. A ella la despidió como dama de honor y la catadora tuvo que regresar a casa con su marido. Con este repudio, Catalina tuvo un error de cálculo. Creyó que podría sustituirla como doncella y como amiga. Lo primero fue más fácil. Su posición en el gineceo fue ocupada por Ana Stepanova Protasova, otra condesa. Pero el puesto de amiga y compañera de juegos de seducción se quedó libre.

La zarina sabe que a mí no me hace ninguna gracia esa teoría suya de que la parte más importante de retozar con un hombre son las risas de después con una amiga. Y eso solo podía compartirlo con Praskovia. Yo, si me río cuando me cuenta algo, es por darle gusto. No puedo mentirle. No quiero engañarla, y creo que es demasiado inteligente para dedicar tanto tiempo a un menester que entretiene a las bestias.

Ambas sabemos que en ese aspecto se ha quedado sola. Y ese vacío le ha dejado una sombra en la mirada en la que se traslucen los dolores del pasado antes ocultos y la libertad perdida entre las sábanas de su casa. Sigue con el desenfreno y, sin embargo, ya no tiene con quién compartirlo y esta es la peor parte. Todos los poderosos deberían tener un lugar donde pudieran engañarse y sintieran que son libres. El poder esclaviza y marca las pautas de una vida formada por límites y barreras. No hay dirigente que goce de plena libertad, ni siquiera el más tirano y autoritario. Las alturas siempre son una batalla campal, aunque parezcan el paraíso. El cielo debe de estar situado en una ladera porque la cima es convulsa.

Yo me siento afortunada de no ser poderosa y creo que estoy

consiguiendo crear mi paraíso en la ladera de mi hogar. La vida social también ocupa gran parte de mi tiempo. José y yo siempre hemos sabido que había que estar en la calle y recibir mucho en casa para acceder a las personas adecuadas en las ocasiones determinantes de la vida. Mi marido, con esa forma que tiene de explicar las cosas mediante dibujos, me cuenta que la vida es una línea recta. Me divierte cómo una y otra vez me lo cuenta trazando una recta sobre un papel: «Nastia, esos momentos determinantes duran apenas una conversación». Entonces pinta un punto grueso en algún lugar de la línea. «Ese instante genera una inercia que os hace vivir de ese impulso durante un tiempo» prosigue. A continuación zigzaguea con la pluma desde el punto como si de una onda expansiva se tratara. Y así, sin más, la onda se acaba y hace falta otro de esos puntos de inflexión.

Yo le digo que eso de que la vida social sirva para crear esos «momentos determinantes» no es más que un buen pretexto. Le gusta el vodka, bailar y trasnochar tanto como si fuera ruso. Con esa excusa y este proyecto común nuestro, ya se habla de nosotros como unos de los grandes anfitriones de la ciudad. Y también de mi padre, que siempre suma a nuestros proyectos. Ellos se adoran y somos un equipo de tres.

Ahora, en esta madurez ajetreada mía, apenas escribo. Extraño los tiempos de soltería en los que lo hacía a diario. Quizá hoy me haya sentado porque algo me inquieta y me preocupa. Esta mañana he tenido una conversación con José. Está aburrido. No es la vida que soñó. Las mujeres ya no le divierten como antes. Eso lo entiendo perfectamente. La seducción como forma de demostrarse a uno mismo lo que se puede conseguir de esa guisa, sirve solamente durante una primera fase de la vida, o tal vez en la fase adulta a otro tipo de hombres menos intelectuales. También sirve en la crisis de la mediana edad, en la que necesitan probar su potencia o su virilidad, pero José está en medio de estas dos etapas.

En eso del vicio de la carne siempre hemos sido diferentes. Las veces que me he enfadado con José y he querido buscar placer en otros cuerpos no he tenido éxito. Para mí, el sexo nunca ha sido algo físico, sino una estrategia para lograr un objetivo. Lo utilicé durante

mucho tiempo para pertenecer al grupo de las damas como una más, convirtiendo a la lujuria en el tema habitual de nuestras conversaciones, y la lista de nuestros amantes en una categoría. Lo uso para dar placer a mi marido y lo hemos necesitado para el común objetivo de la reproducción. Ahora bien, nunca me ha servido para apagar mi furia contra alguien ni mi rencor.

Cuando me he entregado a otros desde que conocí a José, me han asaltado las preguntas propias de quien realmente no busca placer, sino ponerse al nivel de quien te ha ofendido y que esa persona sepa que una puede hacerle el mismo desaire. «Cuando pretendéis darme celos con otros, parecéis más mediterránea que rusa, Nastia. Y tenéis que recordar que los celos son una de las cosas que menos extraño de mi tierra», me reprocha, y cuando escucho estas palabras u otras similares, creo que no puedo emplear esa estrategia ni con él ni conmigo. Esas palabras que, con una u otra expresión, han brotado de sus labios a lo largo de nuestra relación, me han hecho perder el interés en otros cuerpos. A mí no me compensa el sexo por placer. Tal vez porque haya usado y abusado de él toda mi vida sin gran satisfacción, más bien por integrarme en un sistema de poder femenino en el que el número de hombres que una metía entre sus faldas se contaban como piezas cazadas que daban puntos a la cazadora.

Sé por descontado que mi marido tiene amantes y que frecuenta los lupanares y se magrea con las siervas. De hecho, estoy convencida de que la emperatriz y él se ven furtivamente cuando les apetece. También tengo claro que, ya sean siervas o zarinas, sus relaciones han perdido la intensidad de otras épocas. Su atracción por los cuerpos voluptuosos cada vez es menor. Está apático y ya no sonríe a las jóvenes en mi presencia, ni piropea a las otras mujeres de la corte como lo hacía antes.

En lo que se refiere a la vida rutinaria, y aunque quiere mucho a las niñas, formar una familia nunca fue su objetivo. Adora a mi padre y trae a comer a diario a Bóbrinski. Qué joven tan extraño. Recuerdo su llegada al mundo y aquel parto a escondidas mientras Shkurin quemaba su casa. Los primeros meses de madre e hijo separados fueron horribles, porque ella pensaba que había parido al mirlo blanco. Y ahora ese muchacho ni tiene interés por la política, ni por el ejército, ni por la cultura. Es frívolo y solo le importa la diversión.

José se desespera con él. Pasa mucho tiempo esperando que algo lo motive: van a la ópera, le instruye en humanidades y en ingeniería, pero el conde Bóbrinski es un cadete sin más ambiciones que disfrutar de la vida.

Estoy dando vueltas mientras escribo para no centrarme en lo más difícil del día. Mi marido ha sido hoy muy cruel conmigo, dejándome claro que las niñas y yo no somos suficiente para colmar su existencia. «Nastia, no puedo más —me ha dicho—. Necesito partir al frente. Os imploro que me concertéis una cita con Potemkin antes de que se marche de nuevo. Si me quedo aquí, moriré de tristeza. Necesito acción. Me aburren soberanamente los cadetes. No quiero empezar a pagar mi frustración con vos, con las niñas o con Betskói». Yo le he recordado que teníamos todo lo que cualquiera podría ansiar en la vida, para intentar hacerle entrar en razón. No ha servido de nada: «Nunca os he mentido. Me conocisteis aventurero. Mi carácter me trajo hasta aquí y hoy me pide que me aleje en busca de batalla. Siempre hemos sido felices juntos y por eso os pido ayuda. Me asfixio con esta vida», ha replicado.

Tengo el corazón dividido. Por una parte, me genera mucha paz nuestra vida actual. Somos una de las familias mejor situadas y más influyentes de la corte y vivimos muy bien. A pesar de eso, sé que no puedo retenerlo. Me ha dicho que no es feliz así y debo ayudarlo, aunque implique que pueda perderlo para siempre. Los turcos son feroces y Crimea es difícil.

No tengo elección.

Me comprometí con un militar.

Me casé con un estratega.

No puede vivir amarrado a nosotras cuando el imperio está en plena expansión.

Potemkin representa todo aquello a lo que José aspira.

No tengo elección. Debo ayudarlo.

Capítulo 17

Palacio de Invierno,
febrero de 1881

José de Ribas esperaba en la antesala del consejo. Allí estaba reunida Catalina con los hombres que la asesoraban. Esa mesa de madera de caoba con fina marquetería francesa, en la que se debatían las cuestiones fundamentales del imperio, se había convertido en uno de los símbolos indiscutibles del poder en la corte.

Junto a la zarina se sentaban Betskói, Orlov, Panin, el estadista Bezborodko y su consorte secreto, el gran Potemkin. Los uniformes lucían impecables. En ocasiones parecía que se tratase de una competición de medallas entre ellos. La humildad de Iván Betskói desentonaba con el conjunto. Él era un intelectual, un amante del conocimiento, y ese exhibicionismo le parecía mediocre y barato. A él no le hacía falta comprar el respeto de la Matushka. Entre ellos dos existía una relación muy especial sin necesidad de pavonearse ni de adularla. El general en jefe Potemkin ya era una leyenda militar por sus propios méritos, a los que se sumaba su relación con la zarina. Formaban un dúo indestructible.

José esperaba sentado en una de las bancadas apostadas a los lados del pasillo. De vez en cuando, oía cómo las voces se alzaban. El español miraba la majestuosidad del edificio mientras escuchaba el ruido de fondo de la reunión y él se repetía en voz alta a sí mismo en castellano.

—Tengo que conseguirlo. Tengo que conseguirlo.

Los techos eran elevados, con un trabajo de artesonado maravilloso que hacía que, desde el suelo se percibieran como pequeñas cajitas decoradas y pintadas exactamente igual, trasladando esa paz a la vista que ofrecen la geometría y la simetría cuando se combinan y se pueden contemplar desde la distancia debida. La conversación del consejo era inquietante y se escuchaba de fondo

porque el tono de los allí presentes era cada vez más elevado. Había dos bandos en cuanto a la guerra: los más conservadores —con Orlov a la cabeza— creían que tocaba trabajar en las relaciones con las potencias europeas y fortalecer las tropas y el avituallamiento.

—Majestad, Rusia lleva demasiados años en expansión. Nos vendría bien un respiro para invertir en armas y modernizar los ejércitos —dijo con voz firme Alejo Orlov.

—Si los Orlov siguieran al mando, Rusia sería un pequeño condado —espetó Potemkin subiendo los pies a la mesa en señal de falta de respeto—. ¿Por qué tienen tanto miedo las «damiselas» de vuestra familia? Sois todos soldados de exposición. ¡Diantres! ¡Muramos por la zarina!

El favorito no perdía ocasión para fanfarronear delante de un Orlov. Cada vez que se miraba al espejo o que la falta de su ojo le suponía un problema, pensaba en los hermanos justicieros. Dejándole tuerto, pretendieron recordarle que no debía acercarse a Catalina y mucho menos a su cama. Ahora él era el que les explicaba con la elocuencia de su desfachatez que un ojo fue el precio de usurparles la posición. El poder del favorito era el más deseado en la corte y Potemkin no necesitaba un hermano listo para aportar el cerebro, como le sucedía a Gregorio Orlov. Él aunaba diversión y estrategia para Catalina.

Alejo Orlov decidió callar. Los gestos de los asistentes se repartían por igual entre los ofendidos y los que esbozaban una sonrisa ante el descaro y la provocación de Gregorio Potemkin. Catalina no podía evitar la sonrisa. Aún se sorprendía con los excesos y la falta de sentido de la medida de su esposo.

—Caballeros, dejaos de sandeces. Crimea siempre ha sido una aspiración para Rusia y una forma de medir nuestro poder. Tenemos que ganar posiciones. Los franceses y los ingleses siguen enviando mensajes soberbios con cierto desprecio, como si los rusos fuéramos un pueblo cobarde y poco civilizado. Haremos un último esfuerzo.

La zarina se levantó. Tenía un ademán altivo con el que todos sabían que la reunión había llegado a su fin. Al pasar frente a Potemkin le hizo un gesto pidiéndole que subiera más tarde a los aposentos reales, y caminó airosa hasta cruzar la puerta sin dirigir la mirada al resto. Solo al pasar junto a Betskói le tendió la mano para que pudiera saludarla.

Al atravesar el umbral y ya en el pasillo, se paró y respiró hondo. Cerró los ojos para recuperar su deseado silencio. Cada vez soportaba peor contender con los grandes egos de sus consejeros. Sobre todo para poder adoptar las decisiones que ya había tomado antes de entrar en las reuniones. Al abrir sus párpados, vio a José sentado en un banco y se acercó a él. La emperatriz se aseguró de que no hubiera más que siervos en el pasillo y lo besó en los labios.

—Majestad, qué honor y qué placer me da veros.

—¿Qué hacéis aquí sin avisarme? No os marchéis de palacio sin complacerme. Echo de menos vuestros susurros en español mientras me poseéis.

—Lo haré tan pronto como despache con Potemkin. Majestad, os pediré ayuda si fracaso en mi intento. Necesito salir de aquí y enrolarme en el Proyecto Griego.

—Siempre y cuando me prometáis volver cuando os requiera. La expansión del imperio es mi idea desde que llegué al trono. Cuando oigáis al favorito presumir de que es su creación, seguidle la corriente. Su vanidad lo necesita. A pesar de eso, recordad que nada se hace sin que salga de esta cabeza real que tanto os gusta. Será más fácil si Gregorio cree que ha sido idea suya que partáis junto a él. Creedme. Es la mejor fórmula. Si no cede, luego lo negociaremos vos y yo en mis aposentos.

La zarina tocó la cintura de Ribas e introdujo su mano bajo los ropajes hacia la entrepierna. El Proyecto Griego le había dado pretextos para muchas cosas, aunque para ninguna tan lasciva como aquella. La excitaba ejercer su poder y recibir favores sexuales a cambio. Dijera lo que dijera Potemkin, Catalina, con la mano llena de su sexo, acababa de decidir que José marcharía con las tropas.

Al fin y al cabo, esa operación que muchos conocían en clave por sus siglas, PG, llevaba el nombre que ella misma le había dado a su reciente propuesta para resolver la llamada «cuestión oriental». Curiosamente eran las iniciales de Gregorio Potemkin invertidas: GP-PG. La intención de la soberana era repartir el Imperio otomano entre dos imperios tradicionales, el ruso y el de los Habsburgo, para luego restaurar el romano oriental fijando su capital en Constantinopla. Una de sus prioridades era que Rusia pudiera tener acceso al Mediterráneo controlando el Bósforo, que había que arrebatar a los turcos.

El éxito del Proyecto Griego no dependía solamente de las

acciones que Catalina promoviera, sino también de los acuerdos necesarios con los Estados más importantes de Europa. Se necesitaba la cooperación de las potencias del Danubio para que la empresa tuviera éxito.

Este gran proyecto había partido de la cabeza de la zarina, aunque los últimos detalles eran ideas románticas de Potemkin. Así, había ido dando nombres griegos a las ciudades recién fundadas, como Jersón, en la que su catedral ya se había planificado en el estilo bizantino. La soberana retomó la conversación sacando sus manos de la ropa del español. Le había dado mucho placer excitar con caricias a Ribas mientras pensaba en la expansión del imperio.

—Pasad luego por mi alcoba y acabad de convencerme. Pensé que el príncipe era el único con esos delirios de grandeza. Este hombre es terco en todo lo que hace. Si consigue sumar a diez como vos a la causa, tendré el ejército más temido.

En ese preciso instante, Potemkin salió de la sala y Catalina se fue con el morbo de saber que dejaba conversando a dos varones que ese mismo día se volverían más que frágiles deseándola. Era su éxtasis máximo, nada la excitaba más que ver gemir a sus pies a hombres temidos por todos.

Con el pasar de los años y con el sucederse de los distintos favoritos, Gregorio no había perdido el latigazo en el corazón que le atizaban los celos cuando veía a su esposa flirteando con otro. El príncipe se acercó a José y, previo al saludo, le advirtió sobre la zarina.

—La Matushka no es mujer para vos, subcoronel Ribas.

El príncipe sacaba casi una cabeza al español, lo justo para mirarlo desde arriba e intimidarlo con su flamante uniforme cubierto de condecoraciones.

—Por supuesto, general en jefe. Solo le presentaba mis respetos. Mis hijas son sus ahijadas y ya conoce la estrecha relación de mi esposa y de Betskói con ella.

—Por si acaso, subcoronel. Los oficiales del ejército deben dejar las cosas claras entre ellos. Acompañadme a mis aposentos para que podamos despachar lo que tanto os interesa. Me han bombardeado por todos los flancos posibles para que me reuniera con vos.

—Lo sé, general, y os agradezco que me escuchéis. Estoy aquí para imploraros que me permitáis partir con vos en esta expedición.

Necesito la tensión de la batalla, plantear estrategias, pensar con la presión de una decisión a vida o muerte. No soporto el tedio del Cuerpo de Cadetes, estoy muerto en vida: me aburro profundamente.

—Cómo os entiendo. La corte es aburrida. Cuando ya os habéis acostado con todas las damiselas y habéis conocido vuestro límite con el vodka, ya no hay más que hacer.

Ribas lo había hecho bien. Había utilizado la vía correcta para conquistar a aquel hombre. Le habló de tedio y de necesidad de actividad. Departieron durante un par de horas y almorzaron juntos. Cuando Potemkin mostró desprecio por los asesores que no habían estado nunca en el frente, José aprovecho para despertar su compasión.

—Tenéis toda la razón, señor. He presentado un proyecto para hacer un gran puente fijo para nuestra ciudad y se han reído de mi idea. Y creedme si os digo que era realmente bueno. Lo más que he conseguido es traducir algunos libros extranjeros para su majestad.

—¿Traducir, decís?

—Sí, general. Algunos libros que la zarina tenía interés que estuvieran traducidos al ruso.

—Traducir no es forma de hacer crecer un imperio —dijo Potemkin señalando el parche de su ojo—. Con la vida y con la fuerza, así se defiende la patria.

—Eso es lo que os pido, general. Permitidme acompañaros. Tengo planes estratégicos que nos serían de mucha utilidad en el Proyecto Griego. Apuesto firmemente por esa genialidad que habéis diseñado para la expansión. Y además, señor, hace un par de años me permitieron volver a mi ciudad de origen con una misión comercial y os he preparado un documento. Tengo una idea sobre un nuevo tratado con el Reino de Nápoles que permitiría fortalecer la economía para invertir en otro proyecto que también he pensado para vos: una nueva flota, potente y grande.

Potemkin y Ribas se sumieron en una espiral de sueños compartidos con los que se retroalimentaron. El español intentó seducirlo con su ingreso en la Orden de Malta antes de llegar a Rusia, pero inmediatamente abandonó la idea porque al general solo le impresionaban sus ganas de ir al frente y su capacidad para la estrategia.

Betskói había intentado matar el gusanillo de su yerno por

sumarse a la expedición militar. Potemkin mantenía conversaciones con Austria para establecer una alianza que pusiera fin al imperio turco. Quería que rusos y austriacos construyeran juntos un nuevo imperio bizantino en el que la lengua oficial fuera el griego.

Austria y Rusia podrían repartirse así todos los territorios otomanos. Si el sueño se hiciera realidad, los imperios bizantino y ruso tendrían más fuerza que ninguna otra potencia y Catalina dominaría el mundo. Potemkin había insuflado ya tantas expectativas a la zarina que ella misma había prescrito que sus nietos estudiaran griego con una institutriz traída expresamente de Grecia.

Al general le gustaba el entusiasmo de aquel español que pedía ir a la guerra porque se sentía prisionero en la corte petersburguesa. Conocía todos los detalles sobre la situación del frente y se los comentaba a Potemkin, justificando así su interés.

—Sé que vos habéis tenido mucho que ver con el empeño de devolver a nuestro aliado Shagin al trono del kanato de Crimea. Estoy al día de la intervención del general Balmain.

—Veo que estáis bien informado, pero hay algo más importante que las recomendaciones que me habéis hecho llegar por todos lados. El general Orlov me dio los mejores informes sobre vuestro servicio durante cuatro años. Él me detesta por mi posición, pero yo escucho siempre a un hombre de su valentía.

—Cómo extraño los cañonazos de la guerra, señor. En la corte solo se oyen salvas.

Una carcajada de Potemkin pareció ser el veredicto.

—Subcoronel, conseguid el permiso del Cuerpo de Cadetes y preparaos para nuestra marcha. Me vendrá bien un poco de su carácter mediterráneo no solo para la guerra, sino también para el amor y la jarana.

Ribas, excitado todavía más que con la mano juguetona de la zarina, tomó un vodka de un solo trago poniendo fin a la sobremesa. Era consciente de que aquel vaso de licor era el símbolo de una conversación que cambiaría su vida o, cuando menos, su futuro inmediato.

Solo le quedaba una cosa por hacer antes de comunicárselo a Nastia y a Betskói. Visitaría a Catalina para pedirle su refrendo cuando Potemkin solicitara la aprobación para su cese en el Cuerpo de Cadetes y su marcha con la expedición. Estaba tan emocionado que

dejaría repleta de satisfacción a la Matushka. Ella no podría negarse a ayudarlo cuando le trasmitiera toda su ilusión en besos, abrazos y caricias, con el ritmo que imprime el placer por la aventura.

18

San Petersburgo, a 23 de junio de 1784

Mi querido hermano Félix:

Ha llegado el momento. Preparemos vuestro traslado a Rusia. No tendría por qué ser inmediatamente, pero habla con Andrés y con Manuel para que dispongamos que os instaléis aquí definitivamente. Parece mentira que seas el más joven de los Ribas. Eras apenas un niño cuando dejé Nápoles, pero la edad únicamente es un número. Sé que eres el más parecido a mí y que los hermanos necesitan de nuestros cerebros y nuestra férrea voluntad. Me apenó mucho saber por tu carta más reciente de la muerte prematura de padre y madre; por eso os animo aún más a que vengáis.

Estos tres años han cambiado mi vida. Potemkin y los demás hombres fuertes de Catalina ya confían en mí. El tiempo pasa rápidamente cuando nos dedicamos a lo que nos gusta, y aunque me parece un breve suspiro lo que llevo a las órdenes del príncipe, han pasado nada menos que tres primaveras.

Ahora mismo estoy en San Petersburgo. Potemkin y yo, con un pequeño grupo de suboficiales, hemos regresado a la corte. La zarina está deprimida. Mil veces te he contado la dependencia emocional que desarrolla en las relaciones con sus favoritos.

Pues bien, las triquiñuelas del destino nos han devuelto a la ciudad. Parece que esta afición de Catalina por los jóvenes apuestos debía de ser una garantía de que la cuidarían en su vejez. El destino suele jugar malas pasadas, querido hermano, y nos da grandes lecciones para que no nos confiemos. El último de los favoritos ha muerto repentinamente a los veintiséis años, siendo casi treinta más joven que ella.

Alejandro Lanskoi —así se llamaba— era un joven apuesto y dedicado en cuerpo y alma a su amada. La emperatriz está destrozada y llora sin encontrar consuelo. Mandó llamar a Potemkin para que volviera del frente a estar junto a ella. Ahora está en sus horas más bajas. Cuando fallece alguien muy cercano, hasta la más dura de las personas se deja ganar la batalla por la sensación irremediable de pérdida.

Catalina lleva un año muy complicado. Gregorio Orlov, el hermano de Alejo, el que durante más tiempo ocupó el puesto de favorito, también falleció el año pasado de una forma muy triste. Fíjate cómo son aquí las relaciones. Este hombre, cuando enviudó, perdió la razón y enloqueció hasta que sufrió un colapso. Los meses postreros de su vida los pasó de vuelta en la corte, ya demente, con una deriva que no deseo para nadie.

No se sabe bien qué le sucedió, pero los intrigantes de palacio han hecho correr el bulo de que fue envenenado por Potemkin porque no podía soportar la ternura que demostraba la zarina por él. Es falso, pero la envidia aquí es tan fuerte como en Italia. Lo único que cambia es que con el frío beben más y el vodka promociona las mentiras.

Todo aquello se vivió como un gran drama, hermano mío. La zarina llevó muy mal la pérdida de Gregorio y eso la acercó de nuevo mucho más a Alejo Orlov, que siempre me ha seguido teniendo en alta estima. Es un caballero. También os ayudará ahora que tiene mejor posición. Con las influencias de Betskói y las que ya tenemos por nosotros mismos Nastia y yo, podéis instalaros aquí. Estoy seguro de que el príncipe os encomendará tareas de responsabilidad siendo de mi familia. Estos años en el frente nos han acercado mucho.

Creo que no te había contado que también hace apenas dos años murió Basilio Shkurin, ayudante de cámara de la zarina y con el que vivía su hijo, el conde Bóbrinski. Todo lo que intuía que le pasaría a ese chico le está sucediendo. Qué mala inversión de tiempo realizamos todos en él. Tras mi salida del Cuerpo de Cadetes, inició un viaje por Europa del que nunca regresó. Tiene un problema gravísimo con el alcohol y adeuda grandes sumas de dinero por donde quiera que pasa. Su madre tiene que ir en su rescate ocultando quién abona tan cuantiosas sumas. El cónsul en

París está desesperado con este encargo. Qué mala suerte ha tenido Catalina con sus hijos.

«De Pablo lo esperaba, pero de mi hijo Alejo...», me dijo la última vez que la visité. El barón von Grimm le había hecho llegar desde París una misiva esa misma mañana. Bóbrinski estaba sumido en una espiral de perdición. Para salvarle la vida, son necesarias grandes cantidades de dinero que se destinan a pagar sus deudas de juego y a comprar el silencio de las personas agraviadas por su conducta. El alcohol y el consumo de drogas han convertido al heredero suplente en un ser indeseable y nauseabundo.

Catalina sufre en silencio esta decepción. Por suerte para ella, Grimm se había convertido en un hombre de su total confianza y unos meses antes había sido nombrado ministro plenipotenciario del principado de Sajonia-Gotha en Francia. Se habían conocido años atrás, cuando él acompañó a la primera esposa del gran duque Pablo en su viaje a Rusia para contraer matrimonio.

El barón es un hombre discreto y eficaz. Le está prestando una ayuda inestimable con un asunto tan delicado como este sin pedir nada a cambio. La emperatriz busca en su cerebro la fórmula para agradecerle su generosidad. Catalina siempre prefiere dar a recibir. Y una de las máximas de su vida es que cuando encuentra a alguien que le da más de lo que ella puede ofrecer, no permite que esa persona se aleje de su entorno. Los leales y generosos son un tesoro digno de su colección.

El pasado año también murió la catadora de amantes de la zarina. La condesa Bruce habría sido una buena maestra en artes amatorias y habría estado orgullosa de poder ofreceros una lección particular. Hay otras que pretenden ocupar su puesto, pero la zarina no podrá sustituirla jamás en su corazón. Ha muerto alguien irremplazable y lo ha hecho por el ejercicio de sus funciones. Los médicos aseguran que la enfermedad se la tuvo que contagiar alguno de sus compañeros de cama. En este caso, el sufrimiento de Catalina ha sido aún mayor. Dicen que se arrepiente de haberla despedido y enviado a su casa con el conde

Bruce al enterarse de que ella y uno de los amantes de la zarina, Rimski-Kórsakov, tenían una relación a sus espaldas.

Shkurin, Orlov, Bruce y Lanskoi. Demasiadas pérdidas. Y la decepción y la preocupación por Bóbrinski. Ahora mismo, con la tristeza profunda en la que vive sumida, me resulta imposible calcular cuándo podremos volver a la normalidad. La emperatriz necesita al príncipe aquí y ahora. Todo es drama y llanto. Potemkin y la zarina se han pasado unos días abrazados llorando. Como niños, Félix, como niños. Es difícil entender la doble personalidad del osado estratega que no teme al enemigo y esta parte pueril que saca de él la zarina. La muerte de ese joven hace que tiemblen los cimientos de un imperio...

Gregorio y Catalina son dos fuerzas de la naturaleza capaces de cambiar las alianzas de un continente, las leyes de un país y las fronteras de un imperio. Sin embargo, en la tormenta de dos caracteres tan intensos e incomprensibles, cualquier movimiento no deseado les vuelca en una desdicha de la que parecen disfrutar.

Te parecerá una broma, pero la estabilidad de Rusia se puede medir en las manos de Potemkin. Si tiene totalmente roídas las uñas, como ahora, algo importante va mal. Todo depende de su estado de ánimo, que se adivina con el grado de destrozo de sus dedos.

Nastia ha estado muy preocupada y ha pasado los días en palacio por si la zarina enfermaba o sucedía algo urgente. Tu cuñada continúa yendo casi a diario para hablar con ella e intentar que entre en razón: «José, Catalina se resiste a su infortunio en el amor y ya lleva semanas en el limbo de la contradicción». Esta es la frase que mi esposa me repite mañana, tarde y noche.

Si piensas que esto es una locura, la cuestión no queda aquí. Todo es caótico, Félix. El cuerpo del difunto Lanskoi sigue en el palacio y ella lo vela continuamente. No ha consentido aún que se dé sepultura a sus restos mortales. Se niega a aceptar que no podrá envejecer junto a él. ¡Grandes mentes, grandes problemas!

Los popes ortodoxos desfilan como si fueran emisarios de la muerte, rogándole que acepte la voluntad de Dios y ella solo

grita desconsolada: «¡Dejadme sola con él! ¡Cruel destino el que me aparta de todo lo que amo! ¡Esto no es obra de Dios! ¡Solo puede ser obra del diablo! ¡Ese animal con el que me casé, ese Romanov, retorciéndose en su tumba tantos años después! ¡Seguro que es él, que no soporta verme feliz con un hombre mucho mejor!

Betskói ha intentado convencerla de que ponga fin a este desgobierno. Teme que el gran duque Pablo pueda aprovechar la fragilidad de su madre y derrocarla. Por todo esto, nosotros regresamos a la corte, para que Potemkin pueda tomar las decisiones fundamentales y entre todos la saquen del bucle en el que se ha metido.

Aunque estos Romanov están hechos de otra pasta. Cualquiera creería que habría sido la coyuntura que aprovecharía Pablo para hacerse con el trono. Pues no, hermano, no. El indolente gran duque sigue jugando a los soldaditos de plomo en Pávlosk y no sale de sus pequeñas maldades e intrigas. Tiene el apoyo de su esposa, pero está rodeado de mediocres que lo adulan y aplauden. No cuenta con un solo nombre reseñable junto a él para ayudarlo a auparse. Está revelándose como un auténtico zote sin fuerzas para derrocar a su madre, ni siquiera para rebatir a la zarina las normas sobre la educación de sus propios hijos.

Por San Petersburgo no aparece. Ya ni siquiera se habla de él en este difícil lance. Solo cuando se elucubra sobre el movimiento esperado de la sucesión: algo más comentado que probable. Los cortesanos se mofan de la soberana llamándola «la Mesalina del norte», como la ardiente esposa del emperador Claudio. Han hecho correr la voz de que la verdadera causa de la muerte de Lanskoi ha sido el excesivo consumo de afrodisiacos para responder a los requerimientos sexuales de la zarina. Ya te he escrito en más de una ocasión que ella es insaciable.

Cuando eligió a Lanskoi como favorito, se había vuelto literalmente loca por él. Aunque siempre ha mantenido la lealtad y la entrega a Potemkin, se obnubiló con Lanskoi y lo nombró general, chambelán, lo condecoró con la Orden de la Estrella Polar y lo puso al frente del regimiento de Coraceros. Le hizo rico de la noche a la mañana con un regalo de siete millones de

rublos, joyas, siervos, tierras y palacios.

Betskói siempre dice que las descripciones de sus amantes que Catalina hace a su amigo Grimm, el famoso escritor con el que mantiene una relación epistolar fluida, podrían intercambiarse modificando solamente el nombre. Qué complicada es la naturaleza humana.

La zarina lleva toda su vida en la permanente búsqueda de un compañero ideal. Le gusta utilizar un plural que no sea el mayestático. Se ha pasado toda su vida intentando encontrar a un hombre para poder hablar como lo hace en sus cartas. Yo no las he leído, pero Betskói me cuenta que repite frases como estas: «nos complace la filosofía», «nos interesa la pintura flamenca», «nos apetece instalarnos en el Palacio de Verano».

Nos, nos, nos. Querido hermano: nos enseñan en la persecución constante de un «nos» que nos deja más solos que la propia soledad. Buscarse en otra persona conduce indefectiblemente a la frustración. Uno no está más que en sí mismo, en intentar poner el foco fuera del alma propia implica hacer muchas concesiones, muchas renuncias y dar demasiadas explicaciones. La zarina habría sido más feliz si hubiera sabido vivir con su cama vacía. Yo también. Pero siempre lo negaré. Ahora mismo no sé dónde estaría si no existieran Nastia y mis hijas.

Jamás olvides esto, Félix. Hay días que te levantas deseando haber optado por otro camino. Ese día, el alma es tan cruel que culpa a quienes has pedido que se instalen junto a ti. El cerebro se vuelve tan bellaco que responsabiliza de las propias elecciones a quienes han hecho renuncias para quedarse en ese lugar. El egoísmo es inherente a la condición humana, una cadena que arrastraremos más allá de la propia existencia.

Ahora mismo vivo instalado en este rumiar de mis pensamientos. Estoy deseando volver con la expedición al frente, a la aventura. La vida familiar, no sé si tal vez mi ausencia, ha hecho que Nastia pierda parte de su frescura y de su ambición. La quiero muchísimo y valoro cómo cuida a Betskói, nuestra casa y a nuestras hijas, Félix, pero lo mío es la aventura. Y nos hacemos viejos, hermano, lo veo más en la cara de mi esposa que cuando me miro al espejo. Vuestra juventud me ayudará si os tengo

cerca.

Las niñas están muy mayores y se parecen a nosotros, pero son grandes, altas y espigadas como buenas rusas. Sofía tiene porte español y Catalina es una mezcla de la cara de madre y la de Andrés. Es más nórdica.

Somos hermanos y me conoces como nadie. No sirvo para tener una vida acomodada y tradicional. El Proyecto Griego no se aparta de mi cabeza y avanza, creedme que avanza. Me parece casi una novela, de esas de aventuras qué leíamos, eso de ir fundando ciudades con nombres griegos hasta hacernos con Constantinopla.

Además, Félix, aunque te parezca un delirio, me gustaría cumplir con el legado de padre. Quiero que en la historia de España figure que uno de los suyos contribuyó a esta gesta. Sería la forma de que los Ribas trascendiéramos como a él le habría gustado, dando honor a nuestra patria.

Tengo una fe ciega en las capacidades de Potemkin y en los oficiales rusos que lo rodean. Todos son personajes complicados y el trato con ellos no es fácil, pero son inasequibles al desaliento. Llevábamos más de un año sin un mínimo descanso cuando surgió el contratiempo de la muerte de Lanskoi.

La nostalgia me está matando. Cada noche recuerdo con emoción los días que he pasado en esta expedición. Ayer pensaba en la carta que os escribí cuando llegué a Jersón. Me sorprendió que Potemkin hubiera mandado construir la primera ciudad junto al delta del Bug y el Dniéper. También que la hubiera bautizado con un nombre de inspiración griega, pensando en el Quersoneso. ¿Te acuerdas de que te lo escribí aún con la excitación de no saber cómo cambiaría mi vida?

Ay, Félix. La influencia en la corte solamente me hizo feliz mientras fue un sueño. Cuando, siendo un español recién llegado, me parecía una aspiración ser el hombre más reputado y deseado de San Petersburgo. Todo era divertido porque era un objetivo a conseguir, había que trabajar para alcanzarlo: una vez que lo logré ya todo se me antojaba aburrido. Las fiestas, las mujeres, los lujos... Intentaba ponerme metas intelectuales que me distrajeran durante un tiempo, pero rápidamente me daba cuenta de que esperaba encontrar en una tarea la satisfacción que

no encontraba dentro de mí.

Tardé años en averiguar que no nos educaron como muñidores de una corte cualquiera, sino como constructores del futuro. Padre y madre nos enseñaron a ser parte activa de la sociedad, a ser hacedores más que observadores. Al menos a ti y a mí. Nuestros hermanos nos necesitarán como guías si quieren que algún día se escriba en los libros sobre ellos. Me gustaría que fueran como nosotros, que tuvieran nuestras inquietudes, nuestras aspiraciones. Ya sabemos que no es así.

Aquí estoy sentado, reviviendo las anécdotas del frente, escribiéndote, al tiempo que escucho a Nastia en el jardín con las niñas. Y la tinta me hace permanecer pegado al papel. Félix, me gustaría ser de otra manera, pero no puedo. Si pudieras escuchar a tu cuñada, acaba de gritarme haciéndome un gesto y con una sonrisa de oreja a oreja.

—José, las niñas te reclaman.

—Termino una carta a mi hermano y estoy con vosotras.

—Venid aquí, amado mío. Debéis de estar haciéndoos viejo: las tres mujeres que más os quieren y os adoran reclaman vuestra compañía y no las atendéis...

—Estaré con vosotras en cuanto acabe.

¿Y sabes lo peor, querido hermano? Que terminaré mi carta a mi ritmo. Prefiero escribir sobre mis sueños que vivir esta rutinaria vida. He perdido la costumbre. Me gusta el frente y las bromas de los soldados. Sobre todo, la compañía de los generales. Extraño profundamente las locuras del príncipe, su carácter tosco. No es halagador, aunque siempre reconoce el trabajo de los suyos. Ya sabes que nada más llegar al sur, Potemkin me ascendió a coronel. Necesitaba alguien como yo, sin condescendencia ni complacencia con la pereza y la cobardía. Sabía que exigiría a los soldados tanto como me exijo a mí. Sabes de qué hablo, Félix. Como cuando éramos niños. Nunca te permití que fueras el segundo en la escuela. ¿Por qué te exigía tanto? Porque sabía que tú podías y puedes. Por eso te quiero aquí.

El príncipe y yo compartimos muchos criterios que creo que son los tuyos también. Desde que participé en la campaña del

74, me parecía una pérdida de esfuerzos esa obsesión por mantener el cuidado aspecto en la batalla. Los uniformes parecían más propios del salón del trono o de un desfile que de la estepa con temperaturas extremas. Potemkin acabó con las costumbres prusianas y sustituyó los vistosos ropajes por unos cómodos en color verde, emulando a los cosacos. Sustituyó las pelucas con ondas perfectas por cabellos cortados al rape. Esto último lo comentamos una noche en su tienda, ebrios de whisky maltés. Cuando estás en la fase más cómica de una borrachera, todo sirve para reír. Pensábamos en lo ridículos que son los más afectados de la corte, de los más exquisitos, cuando ponen bajo sus pelucas las bolsitas con veneno para las liendres. De ahí pasamos al siguiente chiste y vimos el alba: «Nosotros en la guerra matando turcos y conquistando terrenos para el imperio y ellos sin ser capaces de matar ni a sus piojos. Se rapan la cabeza y compran otra peluca mientras mandan al fabricante la infectada para que se la hierva. Unos matan turcos y otros combaten contra las liendres».

Me río, hermano, me río recordando los días en los que compartíamos aquellas carcajadas tras las duras semanas en el frente. No puedo evitar sonreír y casi no lo hago desde que he vuelto a casa. Soy un aventurero y no un noble al uso. La corte me asfixia. El hogar me apaga el entusiasmo.

Es emocionante traer a la memoria mi primer día al mando del regimiento Mariupolski, cuando sustituí al coronel Kutuzov, ya convertido en leyenda. Potemkin siempre les ha dado escasa importancia a sus triunfos y los bautiza para que tengan eco. Hace bien. Si ordena construir una ciudad y le da el nombre de Mariupol, ¿por qué no va a llamar Mariupolski a un regimiento? La técnica y la preparación de las tropas compensa la escasez de medios que comporta el despliegue sin límites del Imperio ruso.

Félix, estoy deseando que conozcáis a los cosacos. Los de Zaporiyia son como de otra especie. Y se visten como nómadas, poniéndose encima todo lo que pueden llevarse como botín. Joyas, oro, sedas como turbantes... No podemos olvidar que eran piratas y que los rusos acabaron con sus ciudades, con sus gentes. El príncipe quiere entrenarlos y constituir unidades especiales de

choque dentro del ejército. Solamente tienen dos problemas: el consumo excesivo y constante de alcohol y la falta de disciplina. Se sublevan a la mínima posibilidad. No consienten la autoridad en cuanto advierten que están perdiendo libertad: son como pajarillos incapaces de quedarse quietos.

Vivir entre cosacos es una lección para cualquiera. Ellos conquistaron Siberia, aguantan las condiciones extremas como ninguno: el frío, el hambre, el dolor, hasta la falta de aire. Son buenísimos en los asaltos marítimos porque parecen cachalotes cuando caen al agua.

Yo era aún subcoronel cuando nos hicimos con la capital de Crimea. Se llama Bajchisarái. Al llegar para unirme al general Balmain, las calles estaban ya en paz. Vete adaptándote a los nombres e interioriza las batallas. El kanato tártaro de Crimea pasó a ser la gubernia de Táurida y, tras la abdicación de Shanin, los tártaros y los cosacos se emborracharon y corrieron con sus caballos, brindando por futuros combates.

No puedo evitarlo: quiero marcharme ya de San Petersburgo. Me siento mal por no desear estar con mi familia, pero aquello es lo más parecido al Mediterráneo de estas tierras. El color de la nieve es cegador, y aunque ya no tirito si estoy bien protegido, ni cuando las temperaturas se reducen a bastantes grados bajo cero, sigo teniendo sangre caliente y alma española. Si por un día te sientes cosaco, te sentirás cosaco toda la vida.

Ahora ya mi destino es otro. Tenemos que aprovechar que la suerte me acompaña y mi condición de ayuda de campo del príncipe también. Es mi hora. Potemkin me ha nombrado miembro de su «trío de choque» para modernizar y hacer más eficiente Rusia. Ya hemos anexionado también parte de los terrenos que se extienden hacia el Cáucaso del norte. Ya son rusos hasta los antiguos campos georgianos.

La gubernia de Táurida tiene cinco de sus ocho porciones en los terrenos de Crimea. Los otros son adyacentes. Allí el príncipe tiene los mismos poderes que la emperatriz en Rusia y es un líder extraordinario que confía plenamente en mí. También se ha hecho nombrar Gran Atamán, que es el título de los comandantes supremos de los ejércitos cosacos. Su aspiración es crear un ejército invencible.

Por eso, tienes que empezar a organizar la expedición. Hacen falta oficiales formados y con ánimo para conducir las tropas. Tal vez sería bueno que acudieras a mi encuentro cuando regrese al sur, para que lo planifiquemos todo. Padre fue a Livorno y tú a Táurida, como lo hizo Ifigenia en la mitología griega.

Los otros dos hombres con los que formo parte del trío de choque son Basilio Popov, un militar de raza acostumbrado a la noche y a la bebida como el príncipe. También Miguel Faleyev, un contratista espabilado que no conoce el miedo y ayuda a Potemkin con las estrategias. Nunca nos habríamos elegido como amigos y, a pesar de ello, somos un buen equipo. Podrás trabajar cerca de nosotros de uno u otro modo.

Traslada mi cariño y respeto a nuestros seres queridos. Reúnete con nuestros hermanos y empezad a preparar vuestro viaje definitivo. Sois mi familia. Os quiero y os necesito.

Tu hermano,

JOSÉ DE RIBAS Y BOYONS PLUNKETT

19

San Petersburgo, enero de 1787

Comenzaba un nuevo año y Catalina estaba mayor. Tenía solo cincuenta y ocho años, pero había envejecido rabiosamente en los últimos tres. Las pérdidas personales se habían descubierto como su auténtica debilidad. El placer de consentir la muerte de un esposo cruel, como fue el zar Pedro, no tenía nada que ver con el dolor de la amputación de parte de su apoyo vital que le daban los más próximos.

Ya hacía casi un cuarto de siglo de su coronación en la catedral de la Dormición en Moscú, el 22 de septiembre de 1762, un tiempo marcado por la política, los hombres y la cultura. El mecenazgo de las artes, la literatura y la educación que había fomentado supuso una revolución de las artes en Rusia. «Yo solamente soy una filósofa en el trono», entonaba como un himno cada vez que tenía ocasión.

Además de su amistad con D'Alembert, Diderot y Voltaire, había conseguido rodearse de los principales economistas de su tiempo, como los afamados Necker y Young, que se convirtieron en miembros de la Sociedad de Libertad Económica, que, a instancias de Catalina, tenía su sede en San Petersburgo. Filósofos, economistas y también científicos se trasladaron a la capital, como Pedro Simón Pallas y Leonardo Euler.

El año anterior, la soberana había aprobado el Estatuto Ruso de Educación Nacional. Se creaban así escuelas primarias y secundarias gratuitas para los niños de todas las clases, a excepción de los siervos. Además de regular el plan de estudios, se incluía la formación de los profesores. Recibió muchas críticas porque no se destinaron fondos suficientes y porque vetaba el aprendizaje de los campesinos. Aun así, supuso un gran avance.

Pero el deleite de su cerebro no era suficiente para ella. Además de sus inquietudes intelectuales y de sus proyectos políticos, el fuego

de la pasión le hacía vivir prisionera de su debilidad por la carne. Por eso tenía que tener prevista la estrategia para que sus «enamorados» nunca llegaran a ser enemigos del imperio.

La zarina había encontrado en la generosidad hacia sus favoritos la garantía de la devoción absoluta. Había conseguido el mismo efecto en cualquiera de ellos. Pasada la rabieta inicial por el abandono, todos la idolatraban. Los amantes despedidos se volvían a casar, sus vidas se convertían en un remanso de paz y bienestar que les hacía perder el derecho a quejarse, pero se quedaban prendados de sus recuerdos de la corte y del poder, de la esclavitud sexual que suponía estar siempre preparados para las demandas de la emperatriz. Hasta llegaban a extrañar la tensión que les generaba la adulación de los otros que buscaban sus favores.

«No os irritéis, amado mío —les decía la zarina al empezar cada relevo—. No significa que no estéis en mi corazón, sino que estaréis en una parte diferente. El gobierno es duro y necesito a alguien cerca con renovada energía para ayudarme a lidiar con mis adversarios y mantener la guardia. Vos os las sabéis ya todas y no estáis permanentemente en estado de alerta. No os disgustéis. Ya ni siquiera me deseáis como antes. Son las leyes de la naturaleza. Se desea lo nuevo, se ama lo antiguo. Yo os elevo hoy al altar de mi ensoñación y os convierto en mi amor platónico, para que seáis el hombre de mis sueños y otro pueda ocuparse de ser el hombre de mi vida. Sois demasiado grande para reduciros a la cotidianeidad». Cuando cesaba a un amante, lo halagaba hasta el final. Con Orlov resultó un poco más difícil porque tenía demasiados brazos en el consejo que intentaron anclarlo a su puesto. Daba argumentos a las cabezas de sus favoritos para que sus egos pudieran construir con dignidad el relato de la salida. Unos en el campo, otros en las ciudades, iniciaron sus nuevas vidas de modo que siempre sentían nostalgia por la Matushka y se quedaban pegados a su recuerdo. Ella también al de cada uno de ellos. Perderlos suponía empezar a morir.

Aquella época de pérdidas constantes dejó a la zarina sumida en un pozo de desesperanza. Por primera vez desde que llegó a Rusia, había estado un año y medio sin un favorito. Se había entregado a la tristeza y a la autocompasión. Atravesó esa senda que no se debe recorrer jamás hasta crear una leyenda negra propia que alimentar:

«¿Por qué lo consigo todo menos que me amen como a mí me

gustaría ser amada?».

«¿Por qué mis éxitos son todos como soberana y no puedo mantener una historia de amor?».

«¿Por qué ni mis hijos me quieren como merezco?».

«¿Encontraré alguien cerca que me quiera por mí y no por mi poder?».

Por qué, por qué, por qué... La espiral que atrapa las ilusiones.

El pozo negro de la pena inmensa.

Potemkin no sabía gestionar el carácter depresivo de la zarina. No lo había conocido hasta entonces y tardó mucho en reaccionar: un año y medio para encontrar un nuevo favorito para la soberana, y cometió un grave error de elección. Cuando el apuesto guardia Alejandro Yermólov se vio agraciado como favorito de esa mujer ajada y triste decidió que debía tener mayores atribuciones y compensaciones. Se le subió el «nombramiento» a la cabeza y se rebeló contra el príncipe Gregorio a las semanas de haberse instalado en palacio.

«Aceptaré satisfacer a la Matushka, por mucho esfuerzo que me suponga. Lo haré por Rusia, pero me niego a llamar «papá» a ese proxeneta decrépito que se ha adueñado del sur del imperio como si fuera el emperador», manifestaba. Y tan pronto como el orgulloso Potemkin tuvo conocimiento de estas y otras de las bravuconadas que Yermólov vertía en palacio sobre él, lo despidió con una gran dote de propiedades y servidumbres y comenzó una búsqueda más selectiva de un hombre joven y guapo. Sobre todo más dócil y complaciente.

El tiempo pasaba y Catalina necesitaba cada vez más cariño y menos sobresaltos. Así llego a su vida otro Alejandro, este apellidado Mamonov, y con el sobrenombre de «Casaca Roja». Fue listo e hizo de los treinta y un años de diferencia una fortaleza. La soberana recuperó la calma tras el fallecimiento de Lanskoi junto al joven Alejandro, pariente del príncipe, que consiguió que ella encontrara en la armonía su nueva forma de felicidad. Potemkin y Mamonov cubrían desde distintos flancos las necesidades de su madurez.

—Sobrino, queredla y cuidadla como solo sabemos hacerlo los de la familia. Y sobre todo satisfacedla. Nada le gusta tanto como un miembro viril enhiesto y rebosante dispuesto a que ella «pase revista». No le robéis nada ni la engañéis, y haced que se sienta amada y la mujer más importante del mundo.

—Haré lo que pueda, tío Gregorio. Creo que con el nombre ya tengo algo adelantado. Que me llame como su nieto favorito y ser sobrino del príncipe harán que la Matushka se sienta cómoda. Daré lo mejor de mí para que esté feliz.

—Y ahora, os toca preparar la expedición junto a mis hombres para que ella, con los más ilustres de Rusia, pueda visitarnos en el sur. Tenemos que efectuar un gran despliegue de medios para que conozca sus nuevas tierras y salude a esos súbditos. Para ellos será un acontecimiento, y para «mi reina» el colofón a unas décadas de empeño en la expansión y en la grandeza del imperio. Tenemos que convertir esa expedición en el mejor viaje de su vida.

—Así lo haremos, tío.

—¿Vos no vais a llamarme «papá»? Es cuestión del cargo.

—Por supuesto, papá Potemkin.

Ambos hombres se abrazaron efusivamente, con palmadas en la espalda, sellando un pacto entre caballeros de una misma familia.

En el mes de enero de aquel 1787, desde Tsárskoye Seló partió una comitiva de catorce trineos en la que viajaba la zarina con Mamonov. La acompañaban los ministros, los altos dignatarios, los diplomáticos y algunos miembros de las familias de los oficiales triunfantes que estaban consiguiendo ampliar los límites del imperio. Se incorporó Betskói con Nastia y sus hijas... Todo el que era alguien en San Petersburgo se había enrolado en aquella aventura. No en vano se trataba de la gran expedición con la que Catalina la Grande iba a conocer la expansión de su imperio hasta Crimea. La solemnidad y el lujo de ese reconocimiento de los territorios por la emperatriz representaba la escenificación de la cúspide de su reinado triunfal.

Estaba previsto que viajaran con ella los grandes duques, pero Pablo le hizo llegar un cruel mensaje a su madre. No estaba dispuesto a comprobar personalmente cómo con su Gobierno del coño arrastraba a todos los aduladores que estaban sepultando los valores de Rusia bajo la batuta tosca de Potemkin. Panin le dio el recado a la soberana sin más explicaciones. El mensajero albergaba esperanzas arribistas para el día que falleciera la zarina, esperando que ese lerdo del gran duque no hubiera olvidado su lealtad y dedicación mientras fue su tutor.

Sin embargo, la fiel Nastia había averiguado lo que había pasado en Pávlosk porque uno de los oficiales del ejército le había transcrito la conversación entre Pablo y María, tal y como la había escuchado el servicio.

—No entiendo cómo mi madre se deja engañar y seducir por gañanes sin educación. Ese Potemkin nos hace grandes en extensión y, sin embargo, nos está convirtiendo en una corte bárbara. Ese hombre solo está satisfecho entre cosacos y tártaros.

—Pablo, no digáis eso de vuestra madre. Deberíamos aprovechar este viaje para buscar un acercamiento. Ella nos ignora y nos desprecia, pero quiere a sus nietos. Mientras más cerca la tengamos, menos lejos estarán nuestros hijos. Hacedlo por mí y por nuestros hijos, esposo mío.

—No os arrastréis vos también. Mi madre no es digna del trono, aunque tiene una fuerza y una salud indestructible. Si esos canallas de los Orlov no hubieran ordenado la muerte de mi padre, Rusia tendría un zar a la altura de su destino. Ojalá hubiera muerto ella primero. El imperio tendría la corte más envidiada de Europa. Mi padre sí sabía mantener a raya a los siervos y a los halagadores. ¡Menos contemplaciones y más refinamiento es lo que hace falta!

—Yo deseo ir a Crimea y creo que sería bueno para nuestra familia —replicó María obstinada—. La zarina se hace mayor y cada vez nos necesitará más. Nunca es tarde para buscar una aproximación.

—Aggg... ¡No vengáis vos con lágrimas de cocodrilo! Solo me faltaba ver cómo mi esposa se arrastra a los pies de mi madre. He dicho que no iremos y no iremos, me cueste lo que me cueste.

Catalina no hizo más que una mueca de desprecio cuando la leyó. Ya no cabía más decepción cuando de sus hijos se trataba. El trineo número quince, dispuesto para los grandes duques, se quedó en Tsárskoye Seló. Ellos no serían quienes heredarían el gobierno de esos territorios si de ella dependía. Los petersburgueses lo tenían claro y cada cierto tiempo corría la voz de que la madre había ordenado envenenar al hijo. Pablo tenía un catador de alimentos como protección ante el aviso convertido en rumor. No se fiaba de su madre y sabía que ambos deseaban preparar el funeral del otro.

Los trineos eran de lo más confortables. Parecían «casitas» que se alzaban sobre largos patines, con tres ventanas a cada lado. Su interior

estaba forrado con pieles de oso e incluía agradables almohadones, divanes y mesas. Se llamaban trineos porque tenían que recibir algún nombre, pero realmente se trataba de salones principescos sobre cuchillas.

Los caballos que tiraban de los trineos habían sido seleccionados entre los más fuertes de los trotadores y aun así tenían preparados otros para su relevo más los de sustitución, en previsión de las bajas que provocaría el duro viaje. Ningún animal podría soportar con brío el trayecto completo.

El séquito y los siervos viajaban en ciento sesenta y cuatro trineos más modestos. Todo estaba preparado en las mejores casas del camino para proveer de alojamiento a los pasajeros. Comida exquisita y humeante aguardaba a la corte itinerante. Cientos de siervos viajaban en avanzadilla con instrucciones claras, transportando la comida y todo lo necesario para que la zarina estuviera cómoda. Tanto si la casa era del Estado como si era de un particular, se estrenaba vajilla y mantel en cada comida. Todo ese menaje se regalaba después a los anfitriones si eran casas privadas, o a algún escolta si eran casas del Estado.

No hubo incidentes en la organización, pero abundaron las historias divertidas en las residencias de ciudadanos notables. Las criadas sentían una especial atracción y un morbo irrefrenable por los siervos de la zarina y, nueve meses después del paso del palacio ambulante, nacerían muchos niños llamados Catalina y Gregorio, en honor de la emperatriz y del príncipe Potemkin.

—Oídme, lacayo de su majestad, mañana estaréis fornicando en otra casa, ¿no? —preguntaba una sirvienta a uno de los miembros de la avanzadilla tras un desahogo rápido en una cuadra.

—Probablemente, princesa, pero estaré pensando en estas carnes vuestras tan lozanas y tan prietas —replicaba el siervo mientras magreaba las lorzas de la cocinera.

—Y decidme, ¿quién paga todas las mejoras que se han hecho en esta casa para que vengan los amos de Rusia? Aquí siempre se vive con «austeridad», que dice mi señora, pero la verdad es que yo creo que tienen más casa que fortuna. —La sierva soltaba una risotada dejando ver su dentadura amarillenta, a la que le faltaban ya varias piezas.

—He oído decir que les han dado un préstamo para que

adecenten todas las casas en las que se van a hospedar. Y las que son del Estado las preparan con todo lujo y comodidad para que se instalen la zarina y sus acompañantes. Con lo que cuesta uno de esos divanes, vos y yo podríamos tener una vida diferente. —Y ambos reían y bebían vino de sus vasos rústicos y pobres.

En todo banquete que se preciara había dos tipos de comida: las viandas para los amos y el pan y las sopas para la servidumbre, que prefería esperar a las sobras. Esos días de visitas reales, los criados comían como no lo hacían jamás. El exceso les garantizaba lo que desperdiciaba la corte.

La comitiva iba precedida por siervos que apisonaban las pistas y preparaban braseros para alumbrar los días invernales y, sobre todo, las eternas noches. Cada fogata estaba custodiada por un grupo que la mantenía viva las veinticuatro horas hasta que la apagaba cuando había pasado la expedición. Era un viaje largo, más de mil quinientos kilómetros de distancia por pistas que alisar.

Desde el sur, Potemkin salió al encuentro de la Matushka con su séquito, entre el que se encontraba los miembros de su trío de choque: Popov, Faleyev y Ribas. Y hubo otros extranjeros muy cercanos en aquel momento al marido secreto de Catalina que no quisieron perder la posibilidad de conocer a una de las gobernantes más legendarias de la historia.

Cuando ambas expediciones llegaron a Kiev, aún pasó algún tiempo hasta su partida hacia el sur y la ciudad se convirtió en pura fiesta.

—Padre, padre... —Sofía de Ribas se lanzó al cuello del español.

—Sofía, Catalina, mis niñas aventureras y viajeras... ¿Lo estáis pasando bien?

—Estamos felices, padre. Queremos ver todo lo que habéis ganado en la guerra.

La corte petersburguesa se instaló en el monasterio de las Cuevas, tan amplio como bello. Estaba coronado por varias cúpulas doradas y sus techos eran tan altos como ninguno de los palacios de San Petersburgo. Tras la dureza del viaje desde la capital, la corte estaba deseosa de celebración y desenfreno, y el monasterio ortodoxo más antiguo de la región conoció sus horas más licenciosas.

Se ubicaba en un recinto amurallado de algo más de veintiocho hectáreas, y estaba plagado de tesoros arquitectónicos: iglesias,

monasterios, museos y las catacumbas en las que vivieron muchos siglos atrás los primeros monjes que habitaron el lugar. Potemkin hizo un despliegue de dominio y poder durante aquel tiempo. Se convertía en un anfitrión empolvado y envuelto en sedas y joyas insultantemente valiosas, haciendo ostentación de riquezas y agasajos, y, en la misma jornada, se tumbaba entre su harén de bellezas tártaras, cubierto por una bata de seda, como un noble romano entregado al vicio.

Los críticos del príncipe se desahogaron sin piedad en sus cartas a San Petersburgo y sus corrillos en el monasterio. «Se ha dado a la buena vida», «ha perdido el sentido de Estado», «ha dejado su estrategia para el ajedrez». Los mediocres tenían el argumento fácil y a Potemkin le gustaba servírselo en bandeja. Nunca había ocultado sus vicios, pero lo que no podían soportar quienes pretendían rivalizar con él es que fuera el más licencioso sin dejar de ser el más capaz y el mejor en todo lo que convertía en su empeño.

Llegó la hora de que la comitiva continuara su viaje hacia el sur. Empezaba la última semana de abril y el río se había descongelado. Aquella expedición era gloriosa. Las siete galeras imperiales y las casi cien naves menores que las escoltaban comenzaron su avance por el Dniéper. La zarina iba en la suya y el príncipe, con su séquito de mujeres, en otra. José de Ribas viajaba con él. La muchedumbre se agolpaba en el puerto para ver zarpar las naves. Uno de los invitados de la zarina, un conde extranjero, aseguró divertido que se sentía, en aquel festival naval, «como en la flota de Cleopatra», y Catalina, que se sintió halagada por la comparación, se sumó al brindis.

—Siempre hay alguien que bautiza los momentos de la historia. Brindemos por formar parte de la Flota de Cleopatra. También por el príncipe Potemkin, que ha hecho posible nuestra nueva Rusia a mayor gloria del imperio.

—Popov, me ha gustado el nombre de la Flota de Cleopatra —le susurró Potemkin—. Gastad lo que sea necesario en que se corra la voz y ese sea el nombre por el que se conozca en todos los ambientes esta expedición. Haced que se hable de las siete galeras imperiales pintadas en rojo y oro, de las cien embarcaciones que las siguen y de los navíos decorados como en el viejo imperio de Roma para transportar a la comitiva menor. Es importantísimo que con ese nombre se conozca el viaje de la zarina para comprobar la expansión

de los territorios de su imperio durante su reinado.

Los cristales de las copas chocaban unos contra otros. Sonaba de fondo la música de las orquestas que estaban instaladas en la cubierta. En la proa, casi en el mascarón, Nastia y José estrechaban las suyas en señal de paz. Su encuentro había sido muy frío y las cosas no mejoraron en Kiev. Los dos sabían que ya compartían poco más que los recuerdos, a las niñas y su admiración por Betskói. Habían mantenido una intensa relación epistolar que prometía fuegos artificiales en el reencuentro, pero sus pieles ya no se atraían, ya no se deseaban. Todo en Kiev había sido frío y a los reproches por lo carnal los habían sucedido otros más profundos. La situación iba de mal en peor entre ellos.

—Nastia. Nos queremos. Son dos vidas diferentes, pero mi único anclaje a la realidad sois vos. Mis hermanos se han incorporado a la expedición y pronto seremos una familia instalada en la capital. Hemos tomado derivas diferentes. Si queremos volver a vivir juntos algún día, debemos trabajar en lo que tenemos en común y no empecinarnos en lo que nos distingue.

—José, vamos a ser honestos. Cada uno alivia sus deseos íntimos con quien puede o con quien quiere. En el monasterio hemos comprobado que nosotros ya no nos deseamos. Pero no seremos los primeros ni los únicos. Podemos seguir siendo un gran equipo y una fantástica familia.

Él cogió por la cintura a su esposa. En periodos de guerra queda más claro que el amor y el sexo no tienen por qué ser lo mismo. La distancia y el tiempo son dos coordenadas que alejan el sentir platónico de las almas y el placer de los cuerpos y colocarlos en distintos planos. Ribas recordaba a Nastia en sus intensas cartas eso que tanto le había impresionado al leer las *Memorias y máximas* del duque de la Rochefoucault, cuando decía que «la ausencia disminuye las pequeñas pasiones y aumenta las grandes, lo mismo que el viento apaga las velas y aviva las hogueras».

—No seáis zalamero, José. No me gusta que me tratéis como a cualquier descarada de esos lupanares que frecuentáis. Sois el padre de mis hijas y llegasteis a mi vida cuando ya no tenía mucha elección.

—Si estáis intentando ofenderme, lo conseguiréis.

—Vamos a luchar por mantener nuestra familia. No solamente por nosotros, sino también por padre. Sería un gran disgusto para él.

Nastia se envolvió en su capa azul, volvió al grupo de la zarina y se colocó a su lado mirando el puente. Juntas, como buenas hermanas. Las campanas de todas las iglesias de Kiev repicaban con alegría. Nunca la ciudad había contemplado un espectáculo semejante.

Catalina sonreía y saludaba a la multitud. En aquella ciudad acababa su agonía. Su recuperada alegría solamente tenía una sombra. A veces los pensamientos aparecen para alertarnos de que tendremos que abordar un problema en algún momento, aunque no nos guste. La soberana tenía un olfato especial para el dispendio y sabía que los enemigos del príncipe utilizaban cualquier argumento para ensañarse con él. Sin embargo, en algunas de aquellas críticas había parte de razón.

Potemkin se presentaba ante todos como un anfitrión perfecto y como el genuino rey del espectáculo. Ufano, altivo y presuntuoso, tiraba con pólvora ajena y, en este caso, no con cualquiera. Si la «pólvora ajena» se saca de las arcas imperiales, el despilfarro se convierte en una cuestión de Estado.

Catalina no quería ser María Antonieta. Detestaba todo lo que sonara a ella. Rusia no podía ser Francia. La soberana estaba dejándose la vida para que el gran duque Pablo no convirtiera su corte en algo similar a Versalles; tampoco podía permitírselo al príncipe, por mucho que fuera el hombre de su vida.

—Esto lo pagaremos caro, Bibí. Prefiero no saber cuánto nos hemos gastado en esta expedición. Mientras, vamos a disfrutarla.

Nastia la agarró por la cintura. Ambas celebraban los éxitos desde la amargura de la soledad de su corazón. Les gustaban los aventureros y ahora se daban cuenta de que ese tipo de hombres no construye las historias propias ni las familiares con el mismo afán que ponen en la batalla.

Ambas lo sabían. Estaban casadas con dos mercenarios, con dos esbirros al servicio de una causa que contarían los anales. Los soldados de fortuna pelean por conquistar piedras terrones de barro. No pelean por tener un amor en la vida y cuidarlo, porque la aventura es también amor y esos amores se esfuman.

20

En la vida, aquello que supone una invitación a algo grandioso tiene siempre un envés. Entre los excluidos siempre hay una parte que reacciona con ira, con frustración o con esa baja pasión que siempre nos lleva a sacar una versión peor de nosotros mismos: la pérfida envidia.

En San Petersburgo muchos de quienes no habían sido convocados buscaban excusas para su ausencia. Justificarse era lo único que quedaba cuando la zarina no había tenido la consideración de un nombre para incluirlo en la lista. Algunos supieron sacar rédito del grupo de los ofendidos. El más hábil en aquella lid fue el gran duque Pablo. No tuvo más consejeros razonables que su mujer.

—La zarina Isabel sí sabía lo que suponía ser emperatriz, María. Ese quiero que sea vuestro espejo. Ella tenía quince mil vestidos lujosos porque sabía que su porte era un emblema para la estirpe. Esposa mía, vuestra cama será la mía y vuestro trono estará en palacio, no como el de todos esos amantes de mi madre, que reinan en el más bochornoso secretismo, en posición horizontal en los aposentos imperiales. ¡Qué vergüenza!

El modelo de reinado de Isabel I era en el que Pablo quería inspirarse. Había sido quien lo había criado durante los siete primeros años de su vida, y los primeros olores y caricias los tenía asociados a su querida tía abuela que, desde su llegada al mundo, lo había querido como a un hijo y había visto en él al futuro zar del imperio.

—Ella era una Romanov y era regia. A mi madre se le nota que era una noble alemana venida a menos y que su madre, la abuela Juana, tuvo que casarse con un gañán con mejor fortuna que ella.

—Querido esposo, no habléis así de vuestra familia cuando puedan escucharnos nuestros hijos —replicó María Fiódorovna.

—La tía Isabel era otra cosa. Sedas italianas y francesas mejor que las mediocres rusas; órdenes de caballería europeas y nobleza antigua; respeto a la Iglesia y a las tradiciones. Fijaos en la osadía de

mi madre: ha creado el título nobiliario de barón. Ella y sus excentricidades de alemana plebeya. ¡Nuevos títulos! No ha sabido comprender que la servidumbre perdurará en este imperio por los siglos de los siglos. Está loca. ¿Abolir la esclavitud con su *Nakaz*, un discurso afrancesado en contra de los privilegios? Eso solo es una locura encerrada en una pretenciosa y fingida modernidad. La tradición tiene que prevalecer, María, recordad siempre: la tradición. Y algo más, esposa mía: al trono se llega por cuna, no por cama.

La gran duquesa María, con la sonrisa sensata de siempre, contestó pausada.

—No me gustaría, esposo mío, que vuestro reinado fuera recordado por mi vestuario. Tenemos que aprovechar la marcha de vuestra madre para hacernos un hueco en la sociedad y que os rodeéis de los mejores. Buscad a los que no hayan sido tenidos en cuenta por ella. Aprovechemos la primavera para hacer las mejores fiestas y ampliar el círculo de amistades interesantes.

—En eso tenéis razón. Con esa cara de buena que tenéis, no se intuye la astucia de vuestro cerebro —replicó el gran duque y asintió complacido—. El grupo de los resentidos será un buen caldo de cultivo para conspirar contra el Gobierno del coño. Si mi madre tarda mucho en morir, tendré que buscar otra fórmula para llegar al trono. No podemos correr el riesgo de que nos borre de la historia y consiga pasar el relevo a Alejandro.

—Cuando decidáis cómo vais a hacerlo, valorad que vuestra madre se ha hecho querer por los nobles —insinuó su esposa—. Los liberó del servicio militar y del pago de impuestos y permitió que fundaran sus compañías. Sin embargo, ha sido menos generosa con los campesinos, que ya no pueden ni quejarse de sus amos.

Aquel momento de reflexión de Pablo, al que todos tenían por bobalicón, sirvió para tapar muchos complejos. Los que no habían sido invitados al viaje acudieron radiantes con sus mejores galas al baile de máscaras que se celebró en el palacio de Pávlosk.

Pablo y María pudieron presumir de casa por fin. Era un lugar de peregrinación para los ofendidos por la zarina, el camino a la redención de los excluidos. El palacio de forma circular sorprendió a todos y alabaron el gusto de los anfitriones, pues allí hasta el arquitecto carecía de afinidad con Catalina.

La gran duquesa quería que aquel día sirviera para promocionar

a su marido poniéndole en valor frente a lo caduco de la corte de Catalina, al luto que vivía Rusia cada vez que había un cambio de favorito, porque eran «cada vez más jóvenes, cada vez más descarados e incultos, cada vez más bochornosos para el imperio», según las palabras de María, que siguió con su plan de celebrar fiestas para que Pablo pudiera ampliar su círculo de seguidores.

—Esposo amado, quiero que celebremos con otra fiesta el solsticio de verano —propuso María—. En invierno, el solsticio reduce el día a menos de seis horas. Pero en verano, la luz natural con el sol en lo alto dura casi diecinueve, dejando solo cinco horas a la noche. La luz frente a la oscuridad, el sol frente a la sombra, lo fresco frente a lo rancio: los invitados inteligentes captarán el mensaje. Y escuchadme bien: las invitaciones incluirán el motivo en el que deberán inspirarse para las máscaras y los vestidos los asistentes. He tenido una idea perversa.

—Me tenéis en ascuas, amor mío —dijo Pablo rendido ante tanta malicia.

—El tema del baile será: «Claudio en Roma». Todos entenderán el dardo a Catalina.

—Sois perversa, querida. De sobra lo sabéis. Claudio fue el emperador casado con Mesalina, la mujer fogosa con la que comparan despectivamente a mi madre aquellos que la tachan de ninfómana.

Aquel día de diecinueve horas en Pávlosk se sirvió un banquete opíparo con las frutas más exquisitas traídas de Europa, las piezas de caza más cotizadas y las *delicatessen* más exóticas. Corría el vino italiano, la cerveza y el vodka. También los licores medicinales, que eran puro alcohol con sabores.

Tocaron los mejores músicos que quedaban en la ciudad, los que no habían partido con la Flota de Cleopatra, pero sobre todo se dibujó la sátira política en sus disfraces. Los escotes generosos en las Mesalinas y los juguetes de niño colgados en las *châtelaines* de las mujeres se burlaban del gusto por los jóvenes de la zarina, también figuritas de caballos como recuerdo de los chistes sobre el gusto de la soberana por estos animales para que le dieran placer cuando agotaba a todos los hombres de la corte. Los hombres vestían de romanos algunos de ellos, y llevaban un paño doblado en la entrepierna para simular el gran pene de Potemkin. Lo obsceno se escondía entre las telas extranjeras y lujosas. Aquella fiesta pretendía reponer en

apariencia el honor de los discriminados por el Gobierno del coño.

Música, música, música. Baile, baile y más baile. Pero sin tocamientos, sin excesos. Todo controlado y con los miramientos propios de los escogidos para lucir en una corte atemperada. Era la celebración de los complejos, en la que aparentar y medrar era la única aspiración. Mucho más que una fiesta, era una expiación de las culpas sociales. El campo abonado por la frustración era el mejor terreno en el que podrían cosechar los grandes duques con éxito.

Después de una fiesta lujosa e inolvidable, algunos con intenciones de estrechar lazos con los Romanov repitieron la visita. Había un hombre que sabía deleitar especialmente a Pablo. La ira contenida y disimulada por no haber sido llamado a formar parte de la ya famosa Flota de Cleopatra tenía fuera de quicio a Jorge von Helbig, el diplomático que representaba a Sajonia en San Petersburgo. Se complació montando una tesis y llevándola por los mentideros de la corte sin ser consciente de que estaba construyendo una leyenda con la que ni la verdad ni el paso del tiempo podrían acabar. Sabía que el lugar perfecto para darle pábulo a la historia y hacer más daño a la zarina y a Potemkin era Pávlosk.

Un domingo de julio, el gran duque había convocado un almuerzo para veinte personas. Su esposa María estaba rentabilizando la fiesta de máscaras, intentando aprovechar el vacío del trono en la capital para alimentar el caldo de cultivo del rencor en todos los excluidos. Allí estaban los halagadores como Panin, algunos viejos nobles de familias partidarias del padre del gran duque que habían pasado sin pena ni gloria por el reinado de Catalina, y ciertos jóvenes ávidos de caviar y de vodka que estaban solos en casa porque sus familias formaban parte de la expedición.

Entre risas y ya en el postre, el anfitrión, con tono fanfarrón, pidió a Helbig que iniciara su «actuación».

—Querido Helbig, ¿qué nuevas nos traéis de la expedición?

—Alteza, disculpadme que hable así del príncipe Potemkin. Sé que no gustáis de habladurías —dijo con tono mordaz—. Aquí entre nos, y pidiendo la máxima discreción, me gustaría leeros el despacho que voy a remitir esta misma tarde a Sajonia. Mi trabajo es reportar todo lo interesante que sucede en la corte para tener informado a mi

Gobierno, y creo que esto es de vital trascendencia para la política internacional.

Un murmullo se adueñó de la mesa. El gran duque, que tenía pactada la escena con su invitado, sonrió maliciosamente torciendo la boca. El sajón hizo un gesto con la mano derecha pidiendo a uno de los lacayos con peluca perfectamente empolvada que le entregara el documento que tenía en la mano. Helbig devolvió la perfidia en el gesto a Pablo y comenzó a leer mientras unos comensales reían y otros murmuraban.

—«A quien pueda interesar: en la corte rusa se están viviendo momentos de grave desconcierto social. Gran parte de los responsables de las altas instituciones y el Gobierno del imperio forman parte de la expedición a Crimea de la que ya he informado anteriormente. El desgobierno empieza a notarse en los detalles mayores y en las más pequeñas cosas».

—Cierto, ya no hay ni a quién quejarse de eso —espetó un joven, jaleando al orador como quien justifica su presencia y el gasto del alcohol consumido.

—No interrumpáis a nuestro invitado. Se trata de un documento oficial al que tenemos acceso de primera mano —replicó el gran duque dando muestras de complicidad.

—Prosigo con el ruego de que no me interrumpan sus excelencias: «La zarina, animada por el príncipe Potemkin, que se regodea con soberbia por su nombramiento popular de "emperador del sur", está haciendo honor a su fama de no escatimar en los estipendios que debe asumir Rusia por sus delirios de grandeza. La Flota de Cleopatra, como han venido en llamarla los propios viajeros, es un derroche de alcohol, viandas y excentricidades ajenas a los cuerpos castrenses. Los partidarios del príncipe repiten sin cesar que cualquier celebración es poca para el éxito logrado por los ejércitos rusos, que ya han logrado anexionarse Crimea y que siguen su camino hacia el poco sólido Proyecto Griego».

—Alabo vuestra ecuanimidad —lo interrumpió la gran duquesa intentando desvincularse de la perversión—. Eso es la justicia en un alegato: argumentos a favor y en contra.

—Gracias, señora. Continúo pues: «Más allá de los incidentes que se nos trasladan a diario y que corren por todo San Petersburgo sobre los sobresaltos de las tormentas, los choques entre las grandes naves

por la corriente y los rápidos del río, los riesgos en los que se colocan eminentes personalidades del Gobierno al atravesar en pequeñas embarcaciones, de una nave a otra en mitad de la noche y ebrios, existe un asunto que concierne a Sajonia por el ridículo que el Imperio ruso está protagonizando».

Un joven que había llegado en compañía de otros por el morbo de conocer al gran duque y comer bien y sin coste para su bolsillo se puso en pie.

—Lamento contradecirle. Vos estáis mal informado. Hoy mismo recibí carta de mis padres, que me cuentan que las fiestas son impresionantes, que el ambiente fortalecerá el poder de la corte y que las conquistas de Potemkin para Rusia son extraordinarias. Mi padre no es exagerado y cuenta que está todo orquestado y preparado para que los ejércitos los reciban desde la orilla con maniobras y espectáculos de soldados a caballo. Están impresionados porque los pueblos se engalanan para recibir a su emperatriz. Mi madre está fascinada con los vistosos colores de las vestimentas de los lugareños, que define como de una belleza sin par.

—Todo eso es mentira, joven —dijo Helbig en tono pausado.

El replicante se sintió ofendido e hizo un gesto retador.

—¿Qué decís? ¿Habéis perdido el juicio? Mi padre describe con detalle bellos pueblos asentados en ambas orillas del Dniéper. Todos están creciendo, con construcciones que avanzan dejando la impronta rusa, que se mezcla ya con los colores de los pueblos de origen. Se erigen iglesias en todos ellos. Algunas ya tienen hasta sus cúpulas doradas. La gente saluda con alborozo a la Flota. ¿De veras creéis que van a inventar todo eso? ¿Osáis llamar mentiroso a mi padre? Él es un caballero intachable.

—No pretendo descalificar a vuestro padre, no os lo toméis así. Solamente digo que os cuenta lo que ve, pero que no percibe las cosas como son realmente.

El desconcierto reinaba en la mesa. Helbig estaba orgulloso de haber captado la atención de todos los asistentes.

—Explicaos, Helbig. Todos ardemos en deseos de conocer el desenlace de tan gran misterio —requirió la anfitriona.

El orador volvió a enrollar el documento y pasó a un discurso más ágil y coloquial.

—Viendo la impaciencia de los aquí presentes, abandono la

retórica del informe y lo resumiré en breves palabras. Potemkin está promoviendo una suerte de impostura en el viaje. Para deslumbrar a la zarina y al Gobierno con los avances y la prosperidad de la zona, ha encargado un despliegue que, en apariencia, supone que muchas poblaciones de las orillas sean engalanadas para saludar a la expedición a su paso con arcos de flores y campesinos con sus mejores galas. Escuchad ahora lo que me dicen desde el séquito de Potemkin.

—¿Puede ser peor aún? —preguntó el anfitrión.

—Sí, señor, peor aún. El príncipe ha dado la orden de que se creen decorados que parezcan pueblos, y los aldeanos son transportados de un lugar a otro para dar la sensación de realidad apoteósica. Pero se trata solo de unos cientos de siervos conducidos de un poblado a otro mientras hay tres equipos de capataces con sus cuadrillas creando los escenarios para engañar a los ojos de los viajeros.

—Cáspita. Potemkin siempre me ha parecido un impostor, pero es imposible que mi madre no perciba algo así —fingió con cierto aire de tristeza el gran duque.

Los asistentes murmuraban sorprendidos y escamados. Ya tenían todos inoculada la semilla de la calumnia para sembrarla y diseminarla por toda la capital, de forma que la mies no pudiera cortarse nunca. Helbig estaba complacido porque sabía que, a partir de entonces, la losa de esa versión caería sobre la figura del conquistador de Crimea y nunca podría librarse de ella. Por si cabía algún género de duda, remató su actuación.

—Tal es así que entre los turcos se ha extendido la anécdota, y cuando quieren referirse a algo que no es cierto y que se construye solamente para engañar o estafar a alguien, dicen que se trata de una «aldea Potemkin».

La opulencia de la Flota de Cleopatra se vivía entre conversaciones intelectuales y juegos de ingenio, asombro por el crecimiento del Imperio ruso en aquellas tierras, orgullo patriótico e inclemencias climáticas. Salvo las complicaciones lógicas y alguna confusión añadida en el avituallamiento, las colisiones entre las naves, algunas evacuaciones por enfermedad y algunas muertes entre los viajeros, la expedición transcurría según lo esperado por Potemkin.

El príncipe llevaba años trabajando para mostrarle a Catalina su valor y también su valía. Esta era su caravana en tributo a su amor incondicional. Desde el día en que cedió su dragona a la zarina para que pudiera enfundar su sable, consagró su vida a hacer que se sintiera orgullosa de él. Aquel viaje era el *summum* de sus sueños a lo largo de los tiempos.

Las historias de amor con comienzos tan poéticos no deben terminar de un modo dramático. A pesar de eso, todos los romances verdaderos tienen la peor conclusión imaginable: la muerte no ha indultado ni a reyes ni a mendigos. Nunca un enamorado piensa en la pérdida como desenlace, sino que se afana en buscar un punto álgido y teatral con el que demostrar el éxito de esa historia de amor.

Esta era la bajada del telón de la ópera que había elegido un príncipe para la Matushka: poner a sus pies las tierras que había conquistado para ella y en las que había construido majestuosas ciudades dejando al frente de cada una a uno de sus grandes hombres, como quien se deja un pedazo del alma y otro del cuerpo en sus creaciones.

Catalina estaba al tanto de los cuestionamientos entre el resto de las potencias europeas sobre la capacidad de su imperio. De hecho, José de Ribas le había contado en sus primeros encuentros las mofas de los extranjeros por su falta de experiencia en los grandes lances marítimos. La zarina también conocía todas las maledicencias sobre Potemkin y esa calumnia que se extendía sin parar sobre la inexistencia de los pueblos y los habitantes que los saludaban a su paso.

Por eso, porque la propaganda era necesaria para hacer más fuerte el mito del imperio y porque precisaban aliados para seguir creciendo, Catalina invitó al káiser José II de Austria a que la acompañara en el tramo final del viaje. El emperador subió a la galera imperial en un pequeño pueblo llamado Kaidak.

—He de reconocer, majestad, que habéis conseguido impresionarme una vez más —dijo el austriaco al saludar a la zarina.

—Estoy segura de que esperabais encontraros con algo insignificante. Vos siempre habéis creído que los triunfos se consiguen solo con el peso de los imperios en la historia.

Catalina estaba en lo cierto. José II era un gobernante de salón y pensaba que los ejércitos estaban más para poder exhibirlos como

coerción que para perderlos en la batalla. No le gustaba el aroma de la carne humana atravesada por un sable, ni el bermellón con el que se teñía el agua de los ríos sobre el hielo roto por la caída de los caballos al morir.

Potemkin era más directo que Catalina en el abordaje de las alianzas políticas. Desde los primeros días trufó sus historias de éxitos y victorias con sugerencias y comentarios deslizados al austriaco sobre la conveniencia de su participación en el Proyecto Griego. Se guardaba de pronunciar directamente si quería convertirse en su aliado para la formación del nuevo imperio. Esa proposición de compromiso estratégico, que se respondía con un monosílabo, se la reservaba para el regreso de la expedición por tierra desde Kaidak hasta Jersón.

El esposo de la zarina sabía que impresionaría a todos con aquella ciudad construida desde la nada, con viviendas habilitadas para treinta mil pobladores. Los deslumbraría con un puerto en el que podrían atracar más de cien naves, una fortaleza en avanzado estado de edificación y varias iglesias. Jersón despejaba cualquier duda sobre la impostura del «emperador del sur». Los invitados lo comentaban asombrados entre ellos: «Nadie podrá mencionarnos la falacia esa de las «aldeas Potemkin». «El mundo se rendirá ante nuestro imperio. Cuando Pedro el Grande urbanizó San Petersburgo también dijeron que se hundiría. ¡Viva la emperatriz!». «Potemkin es el zar de la guerra rusa».

Los atónitos cortesanos lanzaban «vivas» ante cualquier visión inesperada. La apropiación de los triunfos ajenos cuando se hacen en nombre de la patria es universal. El sentimiento de «esta es nuestra tierra» ha enfrentado a pueblos entre sí y movido a otros a entregar la vida de sus súbditos.

La Flota siguió su camino, descendiendo por el Dniéper con el káiser a bordo. Ya no dudaba de la grandiosidad de los logros de su anfitrión. Bastó para convencerlo su estancia de dos noches en el palacio del kan, en Bajchisarái, antigua capital de Crimea y la traca final de la exhibición, la majestuosa ciudad en que se había convertido Sebastopol, transformada por los rusos en una sofisticada capital europea.

José II no podía quedarse como mero espectador de esa hazaña y dio su «sí quiero» ante la propuesta de matrimonio de los rusos para el

Proyecto Griego. Potemkin no tenía dudas sobre el carácter prusiano y por eso, triunfó con su estrategia de seducción: primero tenía que mostrárselo todo; luego, hacer que sintiera que existía la posibilidad del triunfo ruso y, por último, dejarle atisbar el posible reproche de sus súbditos en vida —y la propia Historia cuando ya no estuviera— por no haber participado de ese éxito.

No fue solo a Helbig a quien escoció la Flota de Cleopatra tanto como para intentar iniciar la batalla soterrada de la calumnia contra Potemkin. El exhibicionismo y la ostentación rusa habían sublevado a los otomanos en Constantinopla. La sangre les hervía y apresaron al diplomático ruso destinado en la ciudad. Era su forma de declarar sus intenciones bélicas frente al imperio. Unas semanas después, naves turcas destruyeron dos fragatas rusas en las inmediaciones del delta del Dniéper.

La paz había terminado para Catalina, y el Proyecto Griego quedaba relegado a un segundo plano. Los planes propios se ven interrumpidos por los de los enemigos. Lo que verdaderamente importa no es lo que se prevé, sino lo que los rivales te permiten llevar a cabo. La gestión de la incertidumbre es la que define a los grandes líderes y Rusia tenía valientes al frente. El letargo de la zarina de los últimos años había llegado a su fin con aquella expedición. Sus ganas de poder habían resucitado como lo había hecho la emoción. El olor frío de la victoria, condensado en la brisa de la tierra conquistada, despertaba cualquier deseo de poder por muy dormido que estuviera. Ella había retomado hasta el placer de conceder títulos a los héroes de guerra.

—Señores, Rusia está en guerra con los turcos. La pesadilla de Constantinopla nos acecha de nuevo —anunció apesadumbrada Catalina a su consejo.

21

Primavera de 1788

Potemkin se había instalado en un modesto cuartel que habían levantado sus tropas en las inmediaciones de la localidad de Kremenchuk, en su avance hacia el sur, a medio camino entre Jersón y Ochákov. La bilis negra y la depresión se habían apoderado del príncipe de Táurida. Sus casi cuarenta y ocho años estaban desgastados por los picos y dentelladas de la curva de su estado de ánimo. Sus sienes se habían vuelto blancas y el resto del pelo estaba ya plagado de canas. Cuando se quitaba el parche del ojo se daba cuenta de los estragos del viento, el frío y el sol en su cara. La diferencia entre esa mínima parte cubierta y la expuesta a las inclemencias del tiempo era la propia de una década. Su porte atlético se resistía al paso de la vida, aunque hasta la postura se resentía por el abatimiento y parecía más encorvado y pequeño.

«Maldita sea mi vida. Qué solo estoy», exclamaba a menudo, y pedía quedarse a solas para llorar en la intimidad. Era imposible que se aislara porque no sabía hacer nada de manera discreta. Rompía cosas, sollozaba con alaridos y gritaba sus lamentaciones de tal forma que cada soldado estaba al tanto de su tristeza irremediable. «¿Para qué los triunfos, las batallas y las osadías? ¿Para qué los éxitos si nadie me quiere? ¿Me quieren mis hombres? ¿Qué diantres van a quererme?... Me respetan, me siguen y me temen. ¿Quererme ellos? Pobres diablos curtidos al sonido de los disparos y del crujido de la carne ante la bayoneta en el cuerpo a cuerpo. Pobres diablos ellos y pobre viejo yo. Ya no soy ni la sombra de lo que era, y la Matushka me olvida entre la virilidad de las vergas jóvenes que le dan lo que le daba yo».

Catalina era el pilar fundamental de la vida de Potemkin, su anclaje a la tierra. La emoción del tributo a su dueña con aquella expedición que lo había consagrado como el zar en la sombra había

desembocado en una caída en picado de su adrenalina. Ausencia, resaca de aplauso y de reconocimiento, nostalgia y, además, otra vez la guerra. Y más ausencia, así de golpe, con el corte seco de la despedida. Potemkin sabía que sus tropas no estaban a la altura de lo que le había vendido al káiser José II. Aquellas palabras habían sido pura demagogia para que Rusia pudiera conseguir su apoyo del Proyecto Griego. «Maldita sea mi vida, maldita sea. La fragilidad del cansancio. Demonios. El olor de la derrota. Siento a mi ejército famélico y sin fuerzas, como lo estoy yo. Las tropas no pueden estar a cargo de alguien como este despojo en el que me he convertido temiendo el abandono y la muerte de los míos. Maldita sea mi vida. Maldita», sollozaba en su modesta tienda.

Su ambición por crecer había sido sustituida por el ansia de no perder. La guerra tiene esas cosas. Para un hombre ciclotímico como él, todo el entusiasmo que se volvía combustible en los momentos de expansión se transformaba en una inmersión en la más profunda de las desdichas. Pasaba un tiempo de melancolía hasta que conseguía transformarlo todo en frialdad y se volvía imperturbable para trazar y ejecutar de nuevo una estrategia vencedora.

La realidad de las tropas rusas era mucho peor de la que le habían vendido a Austria. El ejército estaba agotado y debilitado por años de batalla y la Flota de Cleopatra había mermado el presupuesto para invertir al imprescindible para el rearme. Potemkin sabía que no se trataba solamente de dinero, sino que haría falta un tiempo para que volviera a estar en perfecto estado de revista. Era inteligente y sabía que no disponía de ese tiempo. Aquel hombre bravucón, en la madrugada, se arrepentía de sus despilfarros en medio de lágrimas y sollozos: «Quizá no debería de haber ignorado los exabruptos de mis enemigos. Las críticas son los mejores consejos. ¿Acaso no merecía la Matushka un baño de gloria así procurado por su humilde siervo?».

El ya brigadier José de Ribas le echó valor, abrió la tela que servía de puerta a su tienda y se quedó de pie en el umbral escuchando en silencio. Era un espectáculo lamentable verlo así. Potemkin se había mordido las uñas hasta hacerse sangre, había devorado las garras del héroe de guerra. No había ni rastro de aquellas zarpas. Solamente quedaba la piel roída del cobarde que se busca a sí mismo bajo su casaca de ganador.

José señaló con la mirada la gran mesa de billar instalada en la

corte itinerante y luego le hizo un gesto con los ojos.

—Deberíamos aprender, mi general, esta lección de la vida. La impotencia no se disfraza con la abundancia material. Lo esencial tiene que estar instalado en nuestra garganta, el lugar donde todo lo que sale del corazón y de la cabeza se convierte en un mensaje.

—Callaos, Ribas.

El español no sabía si su jefe había percibido el recado con la retórica con la que pretendía trasladárselo, pero estaba convencido de que le entendía. Era un mensaje de ánimo. Allí mismo, en aquellas instalaciones provisionales a las orillas del Dniéper, ambos parecían consumirse en su agonía por una catástrofe, una de aquellas auspiciadas por la naturaleza: una tormenta había dejado prácticamente inservible la flota del mar Negro. Era una pérdida que la Armada rusa no podía permitirse.

—Os he oído preguntaros si os queremos. Yo no sé si os quiero o no, pero sé que cuando estoy en casa con mi familia, solamente pienso en que no soporto estar allí sin vos. No sé cómo se define el cariño. Sin embargo, estoy convencido de que debe de ser algo parecido a eso.

Gregorio se sentía como un niño y no como un héroe. Callaba. El español guardó silencio unos segundos. Ambos sabían que los otomanos se habían rearmado y habían mejorado su ejército. Ellos estaban en unas condiciones de inferioridad tan evidentes que el príncipe de Táurida temblaba en sus adentros. José fingía fortaleza.

—Seguro que encontraremos la solución —musitó José esperando que su aliento como ayuda de campo contribuyera a que el príncipe saliera del bucle en el que estaba encerrado.

Pero aquellas cinco palabras produjeron el efecto contrario y Potemkin montó en cólera, despachando a José fuera de su tienda con gritos desaforados.

—Largo de aquí, maldito extranjero. Largaos, petrimetre. Encontraremos, encontraremos decís, como si de alguna de las cabezas de quienes me rodeáis me hubieráis regalado jamás una buena idea... Encontraremos, encontraremos. Estoy solo, ¡joder!...

José se marchó entendiendo que aquel hombre tenía un problema consigo mismo que tenía que resolver a solas. Una de las cosas que le habían quedado de su época de favorito era su forma de hablar: gritaba, era bruto y necio, pero sin palabras malsonantes. Catalina no toleraba en su presencia o en su corte las groserías. Debía de estar

preso de la ira, porque de sus palabras parecía desprenderse que detestaba profundamente a su ayuda de campo, al menos en aquel preciso instante.

Después de ese día, durante un tiempo, el campamento se convirtió en un ir y venir de oficiales cabizbajos, pensativos y temerosos. Tanto miedo tenían a los turcos como al descenso a los infiernos del príncipe. Por cualquiera de esos dos ogros podían salir malheridos.

Ribas escribió a Catalina una carta mostrándole su honda preocupación. Nunca había visto así a su superior. Hundido, incapaz, afectado, y con aspecto de no querer remontar. No era el único que escribía a la emperatriz en esas fechas. El propio Potemkin le enviaba una carta diaria exhibiendo su pena.

> Matushka de mi corazón, esposa querida. He llegado al límite de mis fuerzas y no tengo ánimos para seguir con mi vida. He dado todo cuanto soy, ya no queda más de mí. Solo encontraríais a mi regreso a un viejo agotado y a un inútil. La suerte me ha abandonado. Dios me advierte del fin con una tormenta que acaba con la flota y conmigo mismo. Quiero morir, quiero dejar este mundo. El cielo está haciendo conmigo lo que no han conseguido los turcos. Permitidme, mi reina, que ponga a vuestros pies todos mis logros y hazañas y que desaparezca en la noche de los tiempos.

Catalina no estaba dispuesta a aceptar aquella torpe deserción. Conocía el gusto de su marido por descender al averno en las situaciones más insospechadas. Encerrado en sí mismo, el príncipe escribía a todo el mundo que podía ayudarlo a diluirse. Mandó una misiva a su amigo, el gran mariscal Rumiantsev, a quien le anunció el final de su carrera. Muy inquieto, el militar, a quien le unía una relación estrecha con la zarina, fue a contárselo.

—Matushka, me preocupa el príncipe. Me ha escrito que no quiere continuar.

—Este hombre siempre ha tenido ataques lastimeros de protagonista —respondió la zarina al gran mariscal—. Aún recuerdo aquel chantaje emocional de sus comienzos, cuando se metió a monje en Nevski y cuánto le costó a vuestra hermana, la condesa Bruce, que

dejara aquel empeño. Los egos son así y un militar tan válido no deja de ser un niño pequeño en la búsqueda de una madre inmortal.

La zarina decidió entonces zanjar el asunto con una sola misiva. Contestó a las cartas diarias de su esposo con una sola, en la que, además de mil lisonjas y algún piropo, incluyó un párrafo, unas frases con las que esperaba devolver la cordura al espíritu melancólico de Potemkin.

> Esposo mío: no habéis perdido nada. Ni vos ni Rusia. La tempestad habrá provocado daños también a los turcos, al menos tantos como a nosotros. Reaccionad, mi príncipe. Reaccionad de una vez. Ni el imperio ni yo nos resignamos a perderos. No vais a abandonar Crimea después de haber dedicado vuestra vida a expandir el imperio hasta allí. Demostrad quién sois: si queréis seguir cabalgando, no podéis apearos del caballo.

La emperatriz siempre podría atribuir a su poder sanador el cambio de conducta. No era del todo cierto y, sin embargo, esos engaños convertidos en relato formaban parte de la historia de su tortuosa relación.

—¿Dónde está el príncipe? —gritó un oficial que corría ufano en busca de Potemkin—. Alegraos, no han sido tantos los daños de la tormenta en los barcos.

La noticia hizo resucitar de inmediato al devastado general en jefe. La profecía no se había cumplido y la flota estaba terminando de ser puesta a punto.

El ave fénix resurgió de las cenizas de su autoinmolación con fuerzas desmedidas. Potemkin no conocía el término medio y ya estaba otra vez arriba, demasiado arriba, en un pico de esos de exaltación en los que asolaba todo a su paso.

En la fortaleza de Ochákov, el enemigo permanecía ajeno a los cambios emocionales del príncipe y al tsunami que estos provocaban en sus propias tropas. Desde allí, los jenízaros habían iniciado una coreografía letal. Los rusos estaban establecidos en la otra orilla del Dniéper, en una pequeña península llamada Kinburn, y no dieron muestra alguna de fortaleza ante los ataques de la infantería otomana.

En esos primeros compases del baile, pretendían medir sus fuerzas para derrotar a los de Potemkin. Cuando lo consiguieran, habrían despejado el camino para conquistar Jersón y alcanzar su verdadero objetivo, que no era otro que devolver a los rusos a los límites de sus antiguas fronteras. Los otomanos empezaban a ser conscientes de que el enemigo era insaciable y no se conformaba con Crimea y una porción de sus territorios. Lo quería todo. Por eso debían intentar recuperar sus antiguas demarcaciones.

El general Suvórov había llegado a tiempo de repeler el ataque.

—Acabaremos con ellos, aunque sea lo último que hagamos. ¡A por el enemigo! ¡Volved a casa con una victoria para vuestras familias y con vuestros cuerpos ilesos! —gritó dando la orden de ataque.

Los jenízaros no contaban con la respuesta del más estrambótico de los oficiales rusos. Suvórov no conocía el miedo y, sobre todo, a nada temía tanto como a no conseguir la victoria. La ira rusa fue tan salvaje y animal que frenó el desembarco de los turcos, que no fueron capaces de calibrar a qué se enfrentaban. El extravagante general contó muchas bajas mortales entre los suyos. Hasta él resultó herido, lo que lo confinó durante un tiempo en un hospital de campaña. A pesar de ello, frenó al enemigo evitando una derrota que manchara su expediente. La guardia del sultán Abdul-Hamid I se replegó sobre la base de Ochákov a la espera de mejor ocasión para poder tomar Kinburn.

El príncipe seguía en su pequeño cuartel de Kremenchuk. Estaba exultante al conocer la noticia.

—Ribas, tenéis que marcharos y traerme un informe de lo que ha pasado allí. Necesitamos conocer la situación. A vuestro regreso, preparad una estrategia para avanzar y conseguir la victoria. Sin demoras ni excusas. Lo necesito. Suvórov está postrado y quiero tener vuestras impresiones y las suyas, que analicéis pros y contras.

—Así lo haré, señor. ¿Cuándo deseáis que marche?

—Deberíais haberlo hecho ya.

Ese era el ímpetu de Gregorio. Sin dilaciones, dicho y hecho. La impaciencia era una de sus mayores virtudes y uno de sus grandes defectos, solo comparable a la necesidad que tenía esporádicamente de sentirse el hombre más desgraciado de la historia.

En apenas una hora, el brigadier Ribas estaba en camino, acompañado solamente por cuatro hombres. Nada le hacía intuir que

iniciaba la marcha para encontrar un amigo de por vida, al que podría llamar maestro. Hasta entonces, quizá fuera por su juventud o por su falta de experiencia en el frente, las ocasiones en que había coincidido con Suvórov, al español le había parecido un petulante. El tiempo lo cura todo y la juventud quedaba ya lejos para ambos. Cuando Ribas entró en aquel hospital de campaña, se encontró con una fuerza de la naturaleza maldiciendo las heridas que le impedían salir a recibir al brigadier. En aquel preciso instante sintió un soplo de admiración no exento de ternura que se convirtió en un estrecho lazo que los uniría para siempre. Ribas se dio cuenta de que la afinidad no había surgido entre ellos porque él mismo la había frenado. Lo había mirado como quien escudriña en la basura de una leyenda buscando los errores. En aquel hospital lo vio como a un herido de guerra queriendo recuperar la vitalidad para cumplir con su deber.

A Suvórov el paso del tiempo le había ajado la piel y aclarado la densidad del cabello, pero el vigor se había mantenido y la sabiduría, crecido. El viejo general no paró hasta que consiguió que lo trasladaran junto a Ribas a las baterías costeras que había ordenado construir para tener vigilada la fortaleza de Ochákov.

—¿Veis, brigadier? Desde aquí, tendréis una visión clara para poder trasladársela a Potemkin. Tenemos todo el invierno para plantear la defensa. Hasta la primavera no podrán atacarnos.

Suvórov cedió su catalejo a Ribas para que lo viese claramente.

—Ya veo, mi general. Y con la primavera ¿qué opciones se nos plantearán?

—Decidle al príncipe de mi parte que el enemigo tiene tres mil cañones preparados para acabar con nuestras tropas. O encontramos una solución alternativa, o la única elección posible estará entre la retirada o la muerte.

—Entendido, general. Gran lección. Así que he de encontrar una fórmula salvadora que parece no existir.

—Sois un español listo, de los pocos españoles listos que debe de haber. —Suvórov pretendió sonar antipático sin conseguirlo.

Con esas coordenadas trabajó todo el equipo de Potemkin durante los meses más fríos. El general se instaló con su séquito en el cuartel de invierno de Isablegrado, cerca de Ochákov. Todo transcurrió según el estilo de la corte del príncipe de Táurida: música, baile, sexo, banquetes pantagruélicos y trabajo. Jornadas a destajo

trufadas por el deleite y la diversión. Las horas se robaban al sueño antes que al vino o a las bellas mujeres que se dedicaban a complacerlos.

22

El cuartel de invierno de Isabelgrado se estaba convirtiendo en un centro de reclutamiento. Durante aquella época glacial, las cabezas hervían trazando la estrategia de la primavera. La zarina no había podido oponerse por más tiempo al ingreso de los cosacos de Zaporiyia en las tropas, y así se creó el nuevo cuerpo de choque conocido como los «Cosacos del Mar Negro». Hasta que el destino puso sobre la mesa de estrategias la necesidad de más tropas, Catalina había dilatado la incorporación por las divisiones que aquello creaba entre sus asesores.

—Querido esposo: vos tenéis alma salvaje y os encontráis cómodo entre ellos —le había dicho la zarina a Potemkin.

—Matushka, ¿qué diantres significa que me encuentro cómodo? Vamos a la guerra, no a un baile en palacio. No se trata de hacer amigos, sino de tener ejércitos que ganen batallas.

—No negaréis que beben sin parar y que no conocen el decoro ni la piedad con el enemigo.

—Majestad, ¿me estáis hablando en serio? Por un momento me ha parecido escuchar al zarévich. ¿No querréis jugar vos a los soldaditos de plomo ahora? Los de Zaporiyia son los mejores guerreros que he visto jamás.

—Gregorio, no os consiento un golpe así de bajo. Esto no es personal y no quiero que volváis a compararme con mi hijo.

—Tenéis razón. He sido zafio. Os presento mis disculpas. —Potemkin besó la mano de la zarina sabiendo que había hecho la comparación que más podría haber molestado a la soberana.

—Debéis entender que ese ímpetu de los cosacos y esa fuerza ajena a la civilización y a la ilustración cortesana genera muchos reparos en los sectores más conservadores del consejo.

—Matushka, esos relamidos no han visto a un jenízaro cortando cabezas rusas. Yo sí, los veo en cada batalla. Que se dejen de miramientos esos cortesanos estirados, que en la guerra solo nos la

jugamos quienes estamos allí. Yo quiero a los mejores conmigo.

—En eso tenéis razón. Ocho siglos atrás, los cosacos ya eran grupos militares eslavos que destacaban por su destreza y valentía. Los tiempos han acrecentado su fama y la lista de sus triunfos bélicos.

—Pues eso, majestad. Y si necesitáis argumentos para esos cretinos, contadles que, en concreto, los de Zaporiyia, en los dos últimos siglos, se han convertido en un mito, en una importante potencia política, civil y militar que ha desafiado al kanato de Crimea, a Rusia, a Polonia y hasta al Imperio otomano. Debemos permitir que los cosacos conserven su libertad para que sirvan de mercenarios a nuestro imperio y protejan nuestras fronteras.

No paró hasta que Catalina accedió. Una vez que contó con el permiso de la emperatriz, la ausencia de prejuicios del príncipe se convirtió en la mejor convocatoria posible. Además de con los bárbaros, mantenía una afinidad y una simpatía especial por los judíos. Así surgió, entre otros, el regimiento cosaco Israelovski, que tenía como aspiración liberar Jerusalén, y que convirtió las siguientes batallas en una suerte de guerra santa. El exotismo de las tropas y la leyenda de Potemkin atrajeron a muchos nobles de todos los lugares de Europa que pasaban por mediocres en sus países y que buscaban una oportunidad de demostrar su valor, pero la necesidad de efectivos para la batalla era tal que no podían limitarse a esperar voluntarios: tenían que atravesar los mares para ir a reclutar oficiales que pusieran orden y se aseguraran el ritmo de trabajo.

La búsqueda de talento para el ejército no estuvo exenta de anécdotas y solicitudes frustradas de europeos que esperaban que los recibieran con vítores y salvas. En el reclutamiento de oficiales en Córcega, un tal Napoleón Bonaparte solicitó su ingreso en la Armada rusa. Sin embargo, puso como condición que le mantuvieran su grado de teniente primero, rango que había alcanzado en el ejército corso. Su solicitud fue denegada. Los oficiales no tenían autorización para ceder a presiones ni para hacer ningún tipo de concesión.

En una de esas expediciones, los tres hermanos de José de Ribas se enrolaron en el ejército abandonando las tropas napolitanas. Era la excusa que estaban esperando para trasladarse a Rusia. Félix de Ribas se puso al servicio de su hermano.

—Por tu juventud, te dedicarás a la intendencia, pero tu principal ocupación, y esto debe quedar entre nosotros, será observarme para

aprender a sobrevivir y a defenderte en el imperio —le había advertido José como ordena un hermano mayor.

Ribas quería que la familia se quedara siempre cerca de él, quería tener a su lado a su núcleo duro, un apoyo incondicional en el que encontrara también vínculos afectivos.

—Daré lo mejor de mí —había contestado orgulloso Félix.

No era tarea fácil llegar a un país extraño y adentrarse en el epicentro de una crisis en lo más profundo de las mazmorras del poder. José esperaba de Manuel y Andrés, exclusivamente, una mejor fortuna que la que habían conseguido en sus carreras mediocres en el ejército napolitano. En Félix tenía puestas sus mayores aspiraciones.

La familia que había formado José con Nastia no había satisfecho los recovecos de su soledad masculina. Las mujeres no estaban para eso. No habían tenido hijos varones y recordaba con ternura la conversación con su padre el día lo llevó al puerto de Nápoles al cumplir la mayoría de edad. Su padre compartió con él la emoción de no estar ya solo en la casa, de tener un hombre a su lado. Ese mismo día abrió la puerta para que el compañero anhelado se marchara, pero realmente albergaba la esperanza de vivir su regreso al hogar. No solamente no regresó, sino que desde entonces se habían visto en la misión comercial que llevó a José al Meditérraneo durante unos días, y nada más. El veterano militar español tenía muchas horas para pensar en la soledad íntima del triunfador y por eso creía que su hermano Félix, a quien quería, conocía y con quien compartía recuerdos y valores, podía ser un compañero de aventuras hasta la muerte.

En una ocasión, recién llegado Félix, se sentó frente a él y le dijo:

—No quiero tener que verme como la zarina, buscando alivio para mi desamparo en la cama. Desde luego, tengo claro que no quiero tener que intentar encontrar felicidad en partes de mi cuerpo donde no se localiza la satisfacción del ánimo y que, con el paso del tiempo, cada vez nos torturan menos con sus impulsos. Ya verás, querido Félix, cómo la edad conlleva las erecciones son menores y las necesidades también disminuyen. Tampoco querría ser como Gregorio, pobre príncipe abatido, transformado en ocasiones en un roedor de sus dedos, triste y solitario cuando su voz se silencia y deja de llorar en sus días grises.

—Mientras la familia esté aquí, nunca te sentirás solo en el

frente. Cuenta conmigo —le había replicado el benjamín de los Ribas.

El español vivía ese proceso de evolución personal y preparación para la vejez en medio del rearme de las tropas.

El príncipe había convocado a su equipo de choque en pleno para comunicar a sus tres integrantes —Ribas, Faleyev y Popov— que otra persona pasaría a formar parte de ese círculo.

—Si aumentan los efectivos, deben aumentar los mandos —comunicó el líder a la triada—. Así que habréis de dar la bienvenida al inglés Samuel Bentham, ya sabéis que su hermano es ese famoso filósofo de nombre de pila Jeremías.

—Imagino que lo habéis elegido porque traerá consigo a la banda londinense, que tienen fama de ser de los mejores soldados que tenemos entre las tropas —sugirió Popov.

—No creáis todo lo que cuentan de ellos —advirtió Ribas—. Mi opinión es que, más que estar en el grupo de los más destacados, viven de la leyenda de los ejércitos extranjeros a los que se incorporan. Se venden mejor que el resto, y permitidme que cuestione su gallardía y eficacia. Aun así, todos sabemos que no es buena época para remilgos.

—Desde luego —interrumpió Faleyev—. Y no necesitamos solamente hombres. Hacen falta barcos potentes. Debemos trabajar para formar una gran Armada en este breve lapso. Cualquier nave nos prestará un servicio para esta misión: desde las galeras de la Flota de Cleopatra hasta las gaviotas de los cosacos.

—Así es, caballeros —continuó Potemkin—. No pondremos pegas a nada que flote. Las chalupas también tendrán su utilidad. Requisad e instalad cañones: una estrategia sencilla pero efectiva.

Cuando el deshielo ya se atisbaba, los rusos habían conseguido acabar con el problema de los barcos. Decidieron congregarse para ver reflotado su ejército con todas sus embarcaciones frente a Jersón. Aquella flota resultaba dispar y extraña, pero impresionaba. Ante todo enorgullecía a quienes habían estado trabajando en ensamblarla.

Desde Jersón hasta Kinburn, la armada más insólita jamás vista descendía navegando para combatir a los potentes barcos del sultán. ¿Quién había dicho imposible? Nada es imposible. Podían verse hasta

cañones de cuarenta y ocho libras rescatados de los naufragios montados sobre barcos mercantes.

Potemkin pretendió castigar a Ribas. Con frecuencia, necesitaba condenar al olvido temporal a alguno de los suyos. Era una suerte de advertencia o de recordatorio de que en ese ejército todo dependía de su voluntad y de que sus mandos debían adorarlo. En cierto modo se asemejaba a la estrategia de fomento de la codependencia que había tenido respecto a Catalina durante toda la vida.

La relación entre Ribas y Potemkin pasaba por un periodo de enfriamiento, y el príncipe aprovechó para apartarlo de su Estado Mayor y ponerlo al frente de una escuadrilla. Ribas hizo como que se ofendía, aunque la realidad era que le apetecía mucho más participar en el combate que formar parte de aquel grupo que había conocido épocas mejores.

—Vos sois el jefe supremo de los ejércitos del imperio y acataré vuestra voluntad, pero quiero que sepáis que nada me haría más feliz que estar a vuestro lado. No creo que mi lealtad merezca semejante castigo.

—Ribas, si queréis estar conmigo, ganaos el retorno en esta batalla —replicó Gregorio Potemkin.

Todo allí era una especie de juego de egos. El español había aprendido mucho a su paso por el Cuerpo de Cadetes. Los papeles entre los jóvenes eran los mismos, pero se ejecutaban de manera más tosca y con un grado mucho más bajo de astucia.

Catalina había ordenado que se incorporara al combate el escocés Juan Pablo Jones, uno de los padres fundadores de los Estados Unidos de América. La guerra de la independencia de las colonias fue la etapa más fulgurante de este marino escocés, uno de los más aclamados oficiales de la Armada continental. La zarina quería «nombres», estrellas en la batalla que sirvieran para ensalzar la consideración de la Armada fuera del imperio. Contar con hombres que se conocieran como héroes formaba parte de su sempiterna estrategia de grandeza y esplendor.

Jones, al acabar la guerra de independencia americana, había ejercido sin mucho entusiasmo ni gloria como diplomático en Europa. Tenía el más complicado de los comportamientos, pero un apellido con tanta batalla a sus espaldas que tan solo con oírlo el impacto en el enemigo estaba asegurado. La soberana ascendió de inmediato a Jones

a contralmirante, aunque en los Estados Unidos de América solamente había llegado a capitán. En este caso, la soberana no aplicó de la regla de degradación de los oficiales extranjeros. Se lo encomendó a Potemkin insistiendo en su capacidad de infundir terror, como una mera arma propagandística.

La zarina había sufrido en incontables ocasiones los efectos de un rumor acrecentado y esta vez quería jugar a generarlo. Le divertía mucho vender humo con el nombre de un oficial mediocre por el mero hecho de haberse convertido en un personaje que tenía vida propia más allá de la realidad. Jones, una vez incorporado a las tropas rusas, ya tenía fama de imprevisible y traicionero y despertaba pocas simpatías entre los allegados a Potemkin.

En Jersón, su incorporación fue causa suficiente para que se sublevara el ejército. Los ingleses que combatían bajo las órdenes del príncipe de Táurida en especial, la banda londinense capitaneada por Bentham, dijeron que no combatirían en la misma batalla y en el mismo bando que el escocés. Se negaron a secundarle y los griegos los apoyaron.

Y de la forma más inesperada todo se volvió caos. El legendario general Suvórov no había conocido algo similar a una huelga para vetar a un oficial, y no veía salida a una complicación absurda que necesitaba respuesta inmediata. En la guerra, el sentido de los tiempos se convierte en el arma más poderosa y conduce, según se utilice, al triunfo o a la derrota. Sin mucha fe, Suvórov pidió a su gran amigo Ribas que solucionara el conflicto.

—General Suvórov, misión cumplida. Las tropas combatirán junto a Jones.

Para sorpresa de Suvórov, del príncipe y de todo su equipo de choque, Ribas volvió triunfante de aquella cabalgada hasta Jersón. Lo había conseguido contra todo pronóstico.

—A veces, brigadier, las batallas más difíciles se dan entre la propia tropa. Casi siempre, hay que limpiar las armas en casa para poder disparar al enemigo —le dijo Suvórov.

El español lo sabía desde pequeño: que su principal fortaleza residía en su carácter, ese que lo había llevado al altar con la hija de Betskói, a la cama con Catalina y a la guerra con Potemkin.

Un líder avanza sea cual sea su cargo. El héroe castigado consigue más que un hombre carente de valor y valía, por muchas

condecoraciones que adornen su pecho. Un hombre llegará tan lejos como quiera, siempre y cuando no le importe quién se cuelgue las medallas.

23

Julio de 1788

Betskói y Catalina seguían manteniendo largas conversaciones sobre la guerra. Sentados los dos en un banco de los jardines del Palacio de Invierno, mirando hacia el río y sintiendo la brisa en sus caras, hablaban e intercambiaban sus opiniones. Aquellas charlas calmadas hacían que la emperatriz pensara en voz alta.

—Es una lástima, Betskói. El frente está dejando secuelas en muchos de los hombres. La lucha es un reto, una forma de vivir y a veces más que una posibilidad de morir. No es un mundo para personas normales, aquello solo es apto para los funambulistas, los que han aprendido a vivir en el desequilibrio, o para los pocos elegidos que han encontrado una paz interior encomiable y el justo sentido de la medida.

—Sois brillante, Matushka —dijo Betskói zalamero—. A la primera de esas dos categorías de combatientes, o sea, a la de los funambulistas que pasan la vida en la eterna búsqueda del equilibrio, pertenecerían los más osados y despiadados, como Suvórov, Jones o Potemkin. Es obvio que ellos no aceptarían siquiera formar parte de una lista, pero los intrépidos se distinguen por la audacia más que por el sentido común.

—Así es, querido. Es más complicado involucrar en el ejército a hombres que pertenezcan al segundo grupo, el de los ascetas de la guerra. Estos militares sí se distinguen por su sensatez y por la facultad, casi divina, de mantener la calma bajo cualquier tipo de presión, incluida la inmediatez de la batalla o un fuego cruzado. En este tipo de personalidades encajaría vuestro yerno, el brigadier Ribas.

—Cierto es. Su sabiduría y su moderación lo definen: lo vi el mismo día que lo conocí; por eso sabe apaciguar los ánimos en los momentos críticos, como está demostrando desde su llegada a Rusia,

pero especialmente desde que Potemkin lo ha apartado del Estado Mayor. Se mueve tan bien en las alturas como en los bajos fondos. Qué suerte han tenido Nastia y él de encontrarse y, Matushka, tomad esto como una confesión: qué privilegio supone para mí que forme parte de mi familia.

A pesar de todo, pertenecer a uno u otro grupo no era un aval para la supervivencia. Hasta el caballero con más mesura se embarca en aventuras poco recomendables.

La única división importante entre los hombres en la guerra no es la que se produce por el carácter, sino la que se estable por el rango. Ahí no cabía discusión, la pirámide de mando estaba clara: arriba, Potemkin; inmediatamente después, Suvorov; debajo, y con la misma autoridad, Nassau, al mando de la flotilla de remos en la que estaban Ribas y Jones, con una escuadra de once barcos.

Las enfermedades contagiosas anidaban entre la tropa sin pedir permiso ni excusarse. Las fiebres eran un enemigo letal de los rusos que ya habían caído por cientos. Otros lograban salvarse, pero tenían que pasar el resto de su existencia con episodios recurrentes de delirios, sudores, semanas en la cama, escalofríos y pérdidas de conciencia. Los sucesivos brotes mandaban a los más poderosos de vuelta a casa, y a los más frágiles, a la tumba. No obstante, los enganchados a la guerra seguían allí, en el frente, conviviendo con la enfermedad. El príncipe y José de Ribas eran dos ejemplos.

El brigadier Ribas llevaba cuatro días sin poder incorporarse. Soñaba y gritaba en los momentos en los que la temperatura subía más. Tiritaba y tan pronto llamaba a su madre como recitaba las declinaciones en latín. Se rumoreaba que tenía fantasías eróticas con Catalina. Lo llamaban «sueños» ignorando que aquellos jadeos no eran más que sus recuerdos almacenados entre los pechos de la emperatriz.

Sus hermanos Manuel y Andrés pasaban frecuentemente por la tienda para interesarse por él. Desde que sus padres fallecieron, José era la persona a la que más admiraban y quien representaba la autoridad para ellos. Con él en aquel lamentable estado se sentían huérfanos por completo.

—No os preocupéis. Pronto estará bien. Se ha agotado la quinina y no quiere someterse a los tratamientos naturales que le ofrecen los

cosacos. Ya le conocéis. Es igual que padre de supersticioso —les comentó Félix a sus dos hermanos mayores, que parecían niños por el miedo a perder a su guía en Rusia.

—Os estoy oyendo, pareja de damiselas en apuros. Id a preparar la batalla, que no pienso morirme —susurró José con un hilo de voz —. Me estoy licuando y el sudor es el mejor síntoma de que la fiebre está bajando.

Se oyó un gran estruendo. Sonaba de modo inconfundible a cañonazos. Un hombre entró en la tienda gritando.

—Todos a sus puestos. El general ha dado la orden: ¡nos atacan! ¡Hay que contraatacar!

Manuel y Andrés salieron despavoridos como almas que lleva el diablo. No imaginaban que su hermano mayor pudiera levantarse. Lo dejaron al cargo de Félix, que se quedó en el campamento. El benjamín no tenía edad para combatir. Le faltaban un par de años de experiencia para ser útil en el frente y se dedicaba solamente a la intendencia en el acuartelamiento.

—Ayúdame con el uniforme, Félix. Debo partir.

José se puso en pie tiritando y sudando a mares. Metió la cabeza en un cubo de agua fría, se desnudó, levantó el cubo y se lo echó por encima. Estaba pálido y temblaba sin atender a razones.

—No puedo dejarte marchar. Vas a morir. No puedes tenerte en pie.

—No seas cobarde. No hagas que me avergüence de mi familia ni que me arrepienta de haberos traído conmigo.

Su hermano intentó disuadirlo; no sirvió de nada. José de Ribas embarcó llevando consigo a Andrés y a Manuel. El español luchaba en la flota al mando del príncipe Carlos Enrique de Nassau-Siegen y hasta viajaba en su barco. Nassau, como le gustaba que lo llamaran, era un aventurero con fama de loco. Su carrera militar lo había llevado a servir en los ejércitos francés, polaco, prusiano, español y ahora en el ruso. Nunca hacía nada a medias. Todo eran desastres o victorias en grado superlativo.

El príncipe de Nassau había estado al servicio del ejército español en Gibraltar. Pese a sus convulsos tiempos en España, conservaba los mejores recuerdos y, sobre todo, la nobleza que le había sido atribuida por la monarquía borbónica. Para recordar y jactarse de aquello, no había mejor oyente entre las tropas rusas que Ribas. Nassau quiso

tenerle cerca desde el primer momento, para glosar sus batallas, decoradas por su imaginación hasta darles una pátina de brillo que no tenían.

El español entendió desde el inicio para qué lo quería. Además de para ganar una batalla en la que poder atribuirse el mérito, el contraalmirante Nassau necesitaba escucharse en oreja ajena para creerse sus propias fabulaciones. Todo sonaba a un eterno «podía haber sido, pero no fue». La toma de Gibraltar no se consumó y, aun así, por haber quedado malherido en condiciones aparentemente heroicas, el rey español Carlos III le entregó tres millones de reales y le concedió el rango de Grande de España.

Había algo incuestionable al empezar la batalla: dos personajes complejos y turbios encabezaban las dos flotillas rusas. Una estaba al mando de Nassau y la otra de Jones.

El enemigo no daba tregua. Un escuadrón de remo turco había atacado a la flotilla Dniéper. Todavía no se había reunido la totalidad de la Armada rusa, se hallaban en camino las naves restantes. Los otomanos traían cuarenta y siete barcos de remo y seis fragatas, y abrían fuego desde cuatro grandes buques de línea. Llevaban la seguridad en el triunfo dibujada en sus caras.

—Nunca deis nada por ganado ni por perdido —dijo en voz alta Ribas, animando a los suyos a contraatacar—. El éxito puede depender de un solo minuto.

Las voces de los más fervorosos soldados salían del grupo arengando a sus compañeros.

—¡Vamos a triunfar! ¡Nosotros venceremos!

—¡Acabemos con ellos!

—¡Por nuestras familias! ¡Por ellas, por volver a verlas!

Con tan solo once naves y la suerte de su lado, se produjo el milagro. El temerario Jones, ese con el que ni los ingleses ni los griegos querían luchar, consiguió golpear el flanco derecho de un gran número de galeras turcas. Lo hizo sin pasar por la línea de los veleros rusos y aquello confundió a los otomanos. La flotilla de remos rusa aprovechó la distracción del enemigo y le infligió la derrota con importantes bajas.

Las naves turcas que escaparon se escudaron tras las unidades de artillería que seguían montadas en tierra para no dejar una grieta abierta: esas baterías servían de parapeto a Ochákov. Aquello era el

anuncio de una segunda fase de la batalla.

—Esto no es todavía una victoria. Se trata tan solo del preludio de la de mañana —explicó Jones a Ribas.

—Parece que se han refugiado tras las baterías de Ochákov. Hay infantería y naves, con lo cual tendréis que poneros de acuerdo con Nassau para la estrategia de la parte final de esta liza. Puedo hacer de intermediario y pactarla. Sé que no sois amigos.

—Así se hará. Os lo agradezco —respondió Jones.

El final de la batalla olía a sudor, a sangre y a pólvora. Los uniformes blancos de los hombres de Bentham estaban tan sucios que no se acertaba a averiguar su color. Sus melenas rubias estaban mojadas y los rizos deshechos. Los rusos estaban más dignos con sus uniformes verdes al estilo Potemkin: cómodos, prácticos, pero igual de pestilentes. Los cosacos seguían con sus coloridas sedas, cada vez más tiesas por las vicisitudes del combate.

El enemigo a veces es más fácil de llevar que el aliado. Los rusos, en lugar de celebrar aquella escapatoria de la muerte, vivieron un momento de tensión intenso.

—¡Vos! Escocés inmundo, escoria de cloaca que ponéis en riesgo la vida de mis hombres —espetó el almirante Nassau-Siegen a Jones.

—Sois el más cobarde de los almirantes y me avergüenzo de que tengáis ese rango —replicó Jones tirándose sobre su adversario para comenzar la pelea.

—El enemigo está frente a nosotros y aún no hemos terminado la batalla. Cuando hayamos acabado con los turcos, podréis mataros el uno al otro. —El pequeño cuerpo de Ribas separó a los dos mastodontes y consiguió frenar el desastre.

Se separaron farfullando, apuntándose con el dedo y dejando claro que no iba a quedar así. Sobre todo porque la batalla necesitaría de un segundo episodio que estaba por llegar de manera inmediata. En él, Nassau-Siegen destruyó los restos de la flota de remo turca en un ataque que tardó en acabar ocho horas.

Suvórov ya podía incluir en su biografía y en la lista de sus éxitos la segunda batalla del estuario, que llevaba mucho tiempo siendo uno de sus objetivos más ansiados, el mismo que Potemkin llegó a pensar inalcanzable poco tiempo antes.

Esta segunda victoria no suponía ganar la guerra. Ochákov seguía siendo el objetivo a batir, más fácil en apariencia, pero no conseguían

tomar la fortaleza. Los rusos habían ganado dos asaltos, pero no lograban alcanzar el triunfo final. Los otomanos seguían resistiendo el ataque porque tenían tan claro como sus enemigos que aquel lugar se había convertido en un símbolo de la resistencia turca.

Nassau y Jones continuaban bajo el mando del general Suvórov. Tenía ya casi sesenta años y su interés por seguir acumulando victorias se imponía en ocasiones al sentido común. El general reprendió a los dos oficiales con ganas de bronca.

—Ganaremos aunque sea lo último que haga yo en mi vida. Y vos, y también vos, los dos, dejad de portaros como doncellas enceladas. Sois oficiales de la Armada rusa.

Ochákov continuaba ofreciendo una fuerte resistencia, más aun desde la llegada de los jenízaros. El hecho de que acudiera a reforzarla la que durante siglos, había sido considerada como la guardia personal del sultán de turno, indicaba hasta qué punto era importante la plaza para el Imperio otomano. Los jenízaros eran soldados de infantería de alto rendimiento, entrenados por los mejores, y estaban preparados para todo lo extremo.

Suvórov se resistía a iniciar la negociación con los turcos. Ribas intentó convencerlo de que abriera esa vía para evitar más bajas en el ejército ruso. Las tropas estaban muy debilitadas y no se podía seguir manteniendo la tensión.

—Las cuerdas se tensan, las cuerdas se rompen. Si empezamos la negociación, vos pasareis a la historia como un general victorioso. Si nos derrotan, lo mejor que os podría pasar es no aparecer en las cronologías de las batallas. Terminad con un triunfo y con la firma de un gran tratado de paz.

—¡Maldito español de los infiernos! Sois mediterráneo y eso os hermana con los turcos. No podéis disimularlo. No sé por qué os tengo aprecio y os considero mi amigo. El sur corre por vuestras venas.

Suvórov se negó, primero montando en cólera y luego sin entrar en razón, aunque, eso sí, bajó la guardia y redujo el nivel de agresividad. Craso error.

Unos días después de aquella conversación, el ejército otomano invadió el campamento ruso y causó muchas bajas. Las tropas quedaron mermadas a la mitad. Potemkin estaba iracundo y no degradó a Suvórov porque lo necesitaba, pero los reproches y los gritos se oyeron en todo el campamento. Le perdonó para que

conservara sus galones pero hizo que trasladaran al general, herido en el asalto, a que se recuperara en Kinburn, el lugar en el que estaba hospitalizado cuando Ribas fue a su encuentro, con la firme intención de que nunca más regresara a Ochákov. Suvórov nunca debió abandonar aquel hospital cuando el español llegó de mensajero. Eso le pesaría de por vida. Hay males mal curados que se convierten en eternos.

Potemkin escribió a Catalina para solicitarle que le concediera a Ribas la Orden de San Andrés de tercer grado.

> Matushka, el brigadier Ribas ha prestado un gran servicio en esta batalla. Luchó en primera línea de fuego con un brote fuerte de fiebre. Antes había logrado algo impensable: consiguió solucionar el problema de que nadie quisiera combatir a nuestro servicio por la llegada de Jones.

Ribas sintió aquel fallido intento de que se le concediera la orden más codiciada de Rusia, como un gesto de reconciliación salido del corazón de Potemkin. Aunque los méritos militares se atribuyeron finalmente a Nassau y a Bentham, aquello acercó nuevamente al brigadier y al príncipe. Ninguno de los dos había olvidado que Potemkin lo había enviado a la batalla como un castigo por su desconfianza.

La actitud pueril de Nassau y Jones comportándose como dos rufianes se prolongó en el tiempo y Potemkin decidió acabar con aquella situación librándose de ambos.

Pese a su simpatía y su comprensión hacia los cosacos, José de Ribas empezaba a preocuparse con su actitud rayana en el vandalismo. Una cosa era el placer de emborracharse y hasta el de perder los papeles ocasionalmente. Pero aquello empezaba a hacer honor a la leyenda. Los cosacos mostraban una gran disciplina en las batallas porque en Zaporiyia se condenaba a muerte a todo el que se emborrachara durante una campaña. En la tregua, todo empezaba a ser caótico en extremo: juergas, indisciplinas y subversiones. Los cosacos eran mejores en la guerra que en la paz.

Mientras, en la vieja Europa ningún estado permanecía indiferente a los avances de Potemkin al frente de los rusos. La alianza antirrusa entre Inglaterra, Holanda y Prusia adquiría consistencia y

otros países coqueteaban para sumarse. Polonia empezaba a dar señales de oposición al Imperio ruso, que tuvo que repeler también ataques de los suecos, un pueblo que vivía bajo el yugo del rencor por los territorios que los Romanov les había usurpado en el Báltico.

24

Noviembre de 1788

—La fortaleza sigue siendo inexpugnable para nuestras tropas. Creo que hay parte de un componente psicológico o, si me apuráis, religioso. Hay que romper esa incapacidad de los soldados frente a sus murallas —murmuró pensativo Suvórov.

Ochákov se erigía en la costa norte del mar Negro, en un pequeño promontorio en la desembocadura del Dniéper, lugar exacto donde formaba el estuario con el río Bug. Estaba a tan solo tres kilómetros de la península de Kinburn, en la que había estado recluido el general durante su convalecencia.

—Lo cierto es que eso que decís del componente religioso tendríamos que analizarlo desde el punto de vista de los enemigos. Viven tranquilos aunque estemos aquí esperando para atacarlos. No tienen miedo porque se sienten invencibles —respondió Ribas.

—Eso es, amigo extranjero. Ellos tienen la certeza de que pronto pasará la tempestad, y lo sienten así cada vez que da comienzo un bombardeo. Lo tienen asumido después de tantos y tantos ataques fallidos. Además, ahora se ven reforzados con las mejoras que han hecho en la fortaleza los más brillantes ingenieros franceses: la construcción de los fosos tras la muralla infranqueable y las hileras de cañones en los distintos bastiones —insistió Suvórov.

Los dos oficiales compartían sus pensamientos en voz alta, intentando encontrar alguna idea aprovechable para la estrategia. Se contaba que los turcos, en un principio, sintieron pánico, aunque fracaso tras fracaso de los adversarios adquirieron una sensación de invulnerabilidad que provocaba algarabía en las calles de Ochákov.

Se trataba de una metrópoli ruidosa y alegre. Los turcos la tenían como un centro de comercio que no había sufrido derrotas ni grandes destrucciones. Salvo los dos años en que había sido tomada por los rusos en la década de los treinta, pocas interrupciones podían contarse

en la historia turca de Ochákov durante siglos. Era un privilegio vivir en esa ciudad por su tranquilidad y por la gran cantidad de actividades que tenían lugar en su recinto. El arcoíris parecía haberse instalado allí con todas sus tonalidades: los tenderetes de los mercados tapados con toldos de colores, las mujeres de un lugar a otro como puntos rojos, naranjas y azules sobre el mapa de la villa.

Potemkin estaba fuera de sí. Había llegado en avanzadilla hasta el campamento donde estaban instalados Ribas y Suvórov. Tras él llegaba su séquito. Y después, con unos días de retraso, la orquesta, el harén y el resto. A su llegada, al príncipe le esperaba el espectáculo más humillante y atroz que había contemplado nunca. La fortaleza estaba rodeada de picas en las que los turcos habían clavado las cabezas de centenares de soldados rusos.

El español salió a recibirlo a caballo y se saludaron sin mucho ánimo:

—Brigadier Ribas, ¿qué diantres ha pasado aquí?

—Suvórov no dio su brazo a torcer, no quiso negociar y los turcos atacaron nuestro campamento.

—Viejo loco testarudo. Es enjuto como un espantapájaros, pero terco como una mula. ¡Maldito sea! Son vidas rusas y juega con ellas como si fueran toneles de vino. ¡Hijo de Satanás!

—Está herido, estamos esperando vuestra autorización para llevarlo nuevamente al hospital de Kinburn —musitó el brigadier—. Está a menos de cuatro kilómetros de aquí.

—Disponed su traslado. No quiero volver a ver a ese desalmado en lo que me queda de vida.

Ambos tenían la certeza de que ese enfado se pasaría con el tiempo, aunque el carácter impetuoso de Potemkin le hacía ser irremediablemente sincero. En ese preciso instante no deseaba volver a verlo. Los dos jinetes sabían que Suvórov nunca volvería a Ochákov, pero que era posible que reapareciera en escena en otra batalla naval.

El príncipe bajó de su caballo, afligido y resignado, y lo tomó por las bridas. José entendió el mensaje y ambos comenzaron a caminar despacio. El recién llegado no levantaba la cabeza del suelo.

—Los locos solo sirven en el ejército con el viento a favor. Ahí sí vale su osadía, su falta de sentido de la medida, su capacidad de inmolarse. En esos instantes, unos oficiales osados son lo más conveniente para un ejército. Ahora tenemos bocanadas violentas de

aire soplándonos en la cara y nos hacen falta estrategas. Os encargué que intentarais convencer al viejo Suvórov de iniciar conversaciones de paz con los turcos...

—No creáis que no lo intenté, señor. El general no atendía a razones. Utilicé todos mis recursos personales para intentarlo.

—Las cabezas de nuestros hombres, con el cuello ensangrentado y los ojos pidiendo vida, demuestran que no fuisteis lo bastante convincente. Pensad que en esas picas podrían haber estado vuestra cabeza y las de vuestros tres hermanos. Aquí habría terminado vuestra familia.

—De nada serviría negar la evidencia. —Ribas asintió resignado.

Potemkin tenía razón. Pocas cosas impresionaban más que la sangre corriendo por un madero, sobre el que rezumaban los restos de una cabeza. Es algo así como el color del agua cuando su tinte rojizo y sucio anuncia las muertes de decenas o centenares de personas. La sangre es roja sobre la piel, negra sobre la madera y de ese color imposible de definir cuando se mezcla con las aguas grises y gélidas.

La conversación entre el príncipe y el brigadier continuó con solemnidad. Potemkin había venido para hacerle una encomienda, aunque previamente necesitara desahogarse. Todo era demasiado extremo, demasiado deprimente.

—Por fin he conseguido que la Matushka me autorice a librarme de Nassau y de Jones. Es terca y le cuesta dar su brazo a torcer. Su gran legado será la expansión de Rusia. Desde que le impidieron acabar con la servidumbre, tiene claro que ha de ampliar las fronteras. Así me lo dijo desde el primer día y yo solo he hecho que se cumplieran sus deseos. Sin embargo, francamente, no entiendo qué ve en esos individuos. Se pasa el día alimentando las leyendas que crea en su cabeza y luego, cuando ya no sirven, sigue intentando mantener el mito. Estos dos impresentables son conflictivos y los soldados no los quieren.

—Ya sabéis que las mitificaciones platónicas han hecho mucho daño a la historia de la humanidad, pero sobre todo a las mujeres.

—Aparcad el ingenio y tirad de redaños. En cuanto lleguéis al campamento, quiero a Suvórov camino de Kinburn, y yo mismo me encargaré de despedir a esos dos zascandiles de Nassau y de Jones. Parecen dos putas viejas tirándose de los pelos todos los días.

—¿Y la flota, señor?

—No me hagáis reír, brigadier. ¿De qué flota habláis? ¿Os referís a los restos de nuestros barcos? Esto ha sido un desastre y tardaremos en repararlo. Ahora bien, cuando lleguemos al campamento, os dejaré a cargo de la flotilla de remos, por mucho que proteste este tarambana de Nassau.

—¿Me lo decís a mí, general? Para mí es un honor.

—¿A quién se lo voy a decir? Estamos solos, Ribas. Menos honor y menos cuernos del diablo. Partid en cuanto podáis y tomad la fortaleza de Berezán. Esa minúscula isla del limán, pese a ser un lugar casi insignificante, es estratégica para los turcos. Les sirvió este verano para rearmarse y pueden volver a utilizarla para lo mismo. Está aquí al lado. Solamente tenéis que allanar el camino para que sigamos peinando la orilla del mar Negro. Ribas, vos sois leal y un gran estratega. Además resolvéis conflictos y no los creáis.

—Señor, entiendo este nombramiento como uno de los mejores regalos que he recibido jamás. Me produce una alegría inmensa. Podré dedicar todas mis horas a mis aficiones preferidas. Al mando de la flotilla podré contrarrestar la tediosa rutina de partidas de cartas, bebida, más bebida, vodka, licores hechos por los cosacos, charlas hasta el alba con mis hermanos, más vodka y, cómo no —añadió jocoso el español—, horas y horas diseñando y trazando planos.

—Distribuid el tiempo como os plazca, pero ya sabéis lo que espero de vos, brigadier Ribas. Quiero todos los triunfos y ningún conflicto. Seréis bien acogido por vuestros soldados, sobre todo por los cosacos, porque siempre habéis intentado ser uno más entre ellos y os habéis esforzado por entenderlos. Pero no olvidéis nunca las cabezas de nuestros hombres clavadas en esas picas por la imprudencia de Suvórov.

Aquel fue el comienzo de un invierno largo. Nassau protestó por haber sido relegado, pero no le quedó otra opción que aceptar. Los cosacos celebraron su destitución con una fiesta. Ellos se entendían mejor con el brigadier Ribas, que era un hombre al que le gustaban el vino y las mujeres. Además, «ese renacuajo español» tenía el afán por la victoria tatuado en la frente, como si fuera un cosaco más. El brindis fue claro.

—¡Por el nuevo jefe! ¡Por el español! ¡Por uno más entre nosotros!

El brigadier Ribas partió en plena noche con un destacamento de cosacos hacia el islote. Había dejado a sus hermanos en tierra. Quería diversificar los riesgos y, si moría con honores, deseaba que su familia glosara sus hazañas.

El silencio imperaba. Podía hasta escucharse. Los cosacos sabían hacer ruido en la celebración, pero eran sigilosos y astutos en la contienda. No se oía más que el contacto de la pala de los remos con el agua al entrar y al salir. Ribas, en la proa, tenía el alma fría y el corazón inquieto. Las aguas estaban negras como la noche. Miraba la luna, cuyo reflejo rielaba en el agua, con el claro mensaje divino de que no somos más que un punto de oscuridad en la inmensidad del océano. Pensaba en Nastia y en sus preciosas hijas. También en Betskói y en la casa de San Petersburgo. Le habría gustado que todo aquello le importara más, pero no. Le importaba la victoria.

Nastia era su mujer, su compañera y la destinataria de sus cartas. Se querían y se apoyaban. A José después de combatir y vencer, lo que le gustaba era escribir. Le resultaba indiferente a quién. Cuando Félix era más joven y vivía aún en Nápoles, le remitía cartas de hermano mayor, ensalzando el sentido de la familia como la raíz de todo. Ahora, cuando escribía a su esposa, lo hacía divinizando el amor y la bendición que era tener prole. Cualquier argumento es válido para aspirar a algo que no se puede tener. Los abrazos epistolares, en ocasiones, suponen un abrigo mayor para el propio cuerpo que para el ajeno. Ellos dos siempre se habían querido y respetado. Él sabía que ella era avispada y que veía los riesgos de traición antes que él. Confiaba en su criterio y le tenía reservado el papel de su mayor asesora. Se complacía con otras mujeres como sabía que ella lo haría en la corte con otros hombres. Los cuerpos jóvenes les servían para sentirse vivos y las almas de siempre para encontrar un sentido a la existencia.

José de Ribas cumplió las órdenes de Potemkin y tomó Berezán sin mayores contratiempos. Y ya de vuelta en el campamento junto a Ochákov, escribió a su esposa.

Nastia, amor de mi vida:

Ya os escribo como mayor general. ¿Recordáis que

cuando llegué a Rusia era mayor del ejército napolitano?

Ahora, mayor general. De mayor a mayor general.

Y en estas va pasando la vida. La noche de la toma de Berezán no pensaba en los galones ni en la gloria. Tan solo podía pensar en hacerme con la isla y que murieran los menos posibles de los nuestros. No soy capaz de olvidar la imagen de Potemkin obligándome a mirar las filas de cabezas en picas de nuestros soldados.

En Berezán el desastre fue menor. Afortunadamente no llegaron a treinta los muertos rusos en combate. No es que fuera una gran victoria, aunque sí la primera desde el verano.

Hablad con la zarina. Ayudad al príncipe a ganar tiempo. Él conoce estas tierras como nadie y Catalina lo presiona para que negocie y firme la paz con los turcos. La soberana os hablará de las bajas por disentería. Tiene razón. No se lo discutáis. El olor a heces líquidas y a vómito aquí es nauseabundo. No podéis imaginaros el hedor de las fosas comunes. Ordenad que prendan fuego a mi cuerpo si algún día me sucediera algo así. La repugnancia que provoca su cadáver es indigna para el muerto.

Potemkin necesita cercar la ciudad por todos los flancos y solo será posible cuando se hielen las aguas. Es indispensable esperar para que los cosacos puedan sitiar la ciudad sin que los turcos tengan escapatoria. Sé de lo que hablo porque el príncipe está trazando la estrategia con los planos que le preparé. Conseguid el tiempo que le falta. Ya sabéis que cuando están juntos discuten por nimiedades. Esta vez tiene razón. No es una de sus locuras.

Con todo mi amor,

JOSÉ DE RIBAS Y BOYONS PLUNKETT

La paciencia de la Matushka era casi inexistente. Potemkin tenía miedo a fracasar. Aun así y porque Catalina no había cedido a las plegarias que le imploraban tiempo, se continuó conforme a su criterio de rodear la fortaleza. Sin más dilación, el 17 de diciembre comenzó el ataque.

Ribas participó en esa batalla maldita, en la que lograron la victoria pero tuvieron mil bajas entre sus tropas, la décima parte de

los turcos que perdieron la vida en el combate. Aquel enfrentamiento fue especialmente cruento. A quienes lo vivieron no les gustaba hablar después sobre tan tremendo episodio. Mucha muerte, mucho frío. El objetivo ya pertenecía a los dominios de Catalina, pero el precio había sido demasiado alto. Lo ocurrido pronto se convirtió en tabú.

—Hermano, entre los hombres se dice que mencionar esta batalla atrae a la muerte —le trasladó Félix a José.

—No vuelvas a mencionarla. En el ejército hay que respetar las supersticiones como se respetan las creencias y las religiones. No hacerlo puede dar lugar a un motín. A no ser que un superior te pregunte, no vuelvas a citar esta batalla. Evita los problemas.

El pequeño de los Ribas seguía aprendiendo de su hermano y obedecía todos sus consejos.

—Sí, José, pero quiero poder valorar lo que ha pasado para aprender.

—Es sencillo, Félix. Los otomanos se sintieron invencibles en Ochákov y por eso estaban poco preparados para el cuerpo a cuerpo en las calles. Hasta entonces los jenízaros habían repelido los ataques y la paz parecía reinar en la ciudad. Nunca hay que confiarse demasiado.

—Cuando sienta que lo estoy haciendo, recordaré a aquellos hombres cubiertos de tesoros y diamantes para llevarlos consigo, lentos en movimientos por el peso de las joyas, que explotaban como un volcán de vísceras.

—Esas imágenes se colarán en nuestros sueños hasta el final de nuestras vidas, Félix —le aclaró su hermano mayor—. El hielo y la sangre. Llegarán a convertirse en una pesadilla: cadáveres sangrientos sobre la cobertura helada de la tierra de Crimea en invierno. El hielo y la sangre. Pero créeme, hermano, será mejor que no vuelvas a hablar de ello.

Después de la toma de Ochákov, y de la de Berezán, Ribas no cesó en su empeño y siguió avanzando, junto con sus hermanos, por la costa hacia el oeste, persiguiendo el sueño del Proyecto Griego en el camino trazado para llegar a Constantinopla. Exploraba las cercanías dibujando la línea que forma el mar al rozar con la tierra. José y su pasión enfermiza por planos y proyectos.

Cuando atisbó la pequeña localidad costera de Jadsibey, en las faldas de la fortaleza otomana de Yeni Dunai, se convirtió en el centro

de todos los pensamientos de José de Ribas. «Este es mi lugar en la tierra. Este es», afirmó para sí. Aunque allí solamente se ubicaba una pequeña aldea que no llegaba a los doscientos habitantes, él tuvo un amor a primera vista. No conocía una localización tan adecuada para construir una ciudad con un puerto, algo similar a Nápoles para los rusos. Tal vez por eso estaba protegida por un fuerte contingente turco.

«Este es mi lugar en la tierra. Este es».

Después de los éxitos de Ochákov y Berezán, necesitaba hacerse con Jadsibey. Le torturaba la idea de no poder hacerla suya. Fantaseaba ya con tener su propia ciudad en la ruta del Proyecto Griego, ponerle el nombre de alguna urbe mitológica y jugar a construir un puerto, como cuando era pequeño.

«Este es mi lugar en la tierra. Este es».

En sus fantasías, llegaba en una barca con sus tres hermanos que seguían a sus órdenes, y se instalaban allí. Él hacía planos durante horas y horas. Los hermanos lo miraban ensimismados, como miraban a su padre cuando eran tan solo unos niños. El mayor-general había recuperado el brillo infantil en la mirada, la lascivia juvenil y la pasión adulta. Estaba convencido de haber descubierto el lugar estratégico para coronar la conquista rusa.

«Este es mi lugar en la tierra. Este es».

Como le había sucedido años atrás cuando decidió que quería embarcarse en una expedición porque no soportaba la rutina de San Petersburgo, la idea de tomar aquella aldea no le dejaba dormir. No se obsesionaba con frecuencia, pero cuando lo hacía, no paraba hasta lograrlo.

«Este es mi lugar en la tierra. Este es».

Corría ya septiembre de 1789. Los meses tras una batalla se hacen eternos y vuelan a la vez. Se trata de una de esas paradojas de la vida que es cosa del tiempo. José empezaba a desesperarse. Le había mandado decenas de cartas en esos meses a Potemkin y también mensajes a través de Popov, su secretario, con quien seguía teniendo una relación cordial desde que ambos formaran parte del trío de choque del príncipe.

Ribas les había trasladado la dificultad de la toma de aquel enclave estratégico. Tenía que hacerse en verano para que hubiera alguna posibilidad de éxito. «Si confiáis en mí y en mis conocimientos,

nunca he visto un lugar con mejores características para construir un gran puerto para Rusia en el mar Negro. Tiene las mejores condiciones para guarecernos allí de las inclemencias y está cerca de los dos estuarios. Permitidme intentarlo, alteza», escribió José en la última de sus súplicas.

«Este es mi lugar en la tierra. Este es».

La orden llegó. Tenía la misma sensación que cuando viajó a Rusia por primera vez acompañando a Bóbrinski. Era un reto, pero José sabía que, si ganaba aquella batalla, llegaría a su casa. Esto lo tuvo el español en el estómago desde que recibió la carta con la autorización de Potemkin.

«Este es mi lugar en la tierra. Este es».

Era casi imposible, pero tenía con él a los cosacos. Se camuflaron en la noche, dejaron los barcos de remos cerca de la orilla y alcanzaron la tierra a nado. Reptaron, treparon y ocultaron sus cañones. Cuando los habitantes de Jadsibey y los soldados turcos que los protegían despertaron, ya tenían encima a los invasores rusos. No pudieron dar respuesta a aquella sibilina invasión. Los cosacos cortaron más cabezas que hombres apresaron. Al español todo le parecía poco para cumplir su sueño.

Los cuatro hermanos De Ribas llegaron juntos a la fortaleza de Yeni Dunai, el lugar de los sueños de José y un logro que quiso coronar con ellos. Aquello no era una aldea, sino la manera de todos ellos de convertirse en su padre, don Miguel de Ribas, aquel hombre que diseñó el puerto de Nápoles para el Mediterráneo. José de Ribas quería diseñar uno para Rusia en el mar Negro. Mucho antes que la victoria, tuvo los planos.

«Este es mi lugar en la tierra. Este es».

«Este es mi lugar en la tierra. Este es».

«Este es mi lugar en la tierra. Este es».

«Este es mi lugar en la tierra. Este es».

Catalina condecoró al español con la Orden de San Jorge. La bandera de San Andrés ondeaba en la fortaleza de Yeni Dunai, a un kilómetro escaso de Jadsibey, pero José de Ribas se sentía como el Ulises español en su odisea particular. Aquello sería su Ítaca. El suelo habla, y este le había susurrado al mayor general que, por fin, entre las piedras de aquella aldea tártara fortificada, había hallado su patria, su España en Rusia.

«Este es mi lugar en la tierra. Este es».
«Este es mi lugar en la tierra. Este es».

25

San Petersburgo, 28 de abril de 1791

La primavera se había hecho de nuevo con la ciudad. Los rayos de sol ya caían con esa inclinación sinuosa de la costa del Báltico que hacía resucitar los ánimos tras el glacial invierno.

Todo era algarabía y jaleo alrededor del palacio Táuride. Había llegado el gran día y los nobles bullían en la alegría de asistir al baile o se consumían en las llamas del infierno terrestre por no haber sido invitados. Se trataba de una fiesta de cumpleaños para la zarina, que estrenaba los sesenta y dos el segundo día de mayo. Como en todo lo que hacía el anfitrión, había una cuestión de Estado de fondo. En este caso, intentaba seducir a la soberana para lograr una alianza con el rey de Prusia. Gregorio Potemkin tenía la certeza de que, sin esa coalición, se hacía imposible seguir creciendo.

—Hoy tiene que salir todo perfecto, Popov. —Potemkin exigía que su hombre de confianza supervisara cada detalle—. Es la primera vez que no hallo un punto de encuentro con Catalina en tantos años de relación. Con estos fastos, se ablandará y dará su brazo a torcer.

—Desde luego, vuestra excelencia. Todo está preparado para deslumbrarla y que se sienta la más querida y deseada, tal y como le gusta. Está todo calculado para que ese mentecato de Zúbov no estropee la noche —respondió Popov.

—Dios os oiga.

Había un asunto aún mayor tras ese desencuentro: se llamaba Platón Zúbov y era el nuevo favorito de la emperatriz. Cada vez tenía más influencia y se hacía más su ostensible rivalidad con Potemkin, a quien no reconocía el papel pactado desde hacía mucho tiempo en la vida de la zarina.

El declive de la personalidad de Catalina había comenzado hacía unos años. Estaba envejeciendo con la exacerbación de todos sus defectos. Hacia Zúbov tuvo una adoración enfermiza por su juventud y

su físico. No era especialmente guapo como algunos de sus predecesores en el cargo. De hecho, todo era normal en él: la complexión y la estatura eran medianas, no había demasiada armonía en sus facciones y no destacaba en ninguna faceta especialmente.

—Viene con el favorito. Se llama Platón, que dice uno de los secretarios que es nombre de filósofo... Tiene veintitrés años y ya es general. Yo no sé qué nos quedará por ver con la emperatriz —decía una sirvienta a otra mientras preparaban las mesas.

—No parece tan guapo ese hombre, pero es joven... Dicen que ella le llama «niño», «pequeña morena», «juguetón» o «gitana» —replicó la otra—. Parece que sabe lo que se hace desde que era pequeño. Me han contado que a los ocho años comenzó a servir en el ejército, a los doce era sargento y a los diecinueve, teniente.

—No sé cómo lo haces para enterarte de todo —le replicó su compañera de tareas, mofándose de ella.

—Me lo ha contado uno de sus chambelanes, al que frecuento algunos días libres. Cuando Zúbov tenía veintidós y ya era segundo capitán, un antiguo favorito de Catalina, Saltykov, decidió postularlo como sucesor en la cama de Catalina.

—Calla ya, que me aburren tus historias.

La doncella tenía razón con el detalle de la persona que recomendó a Zúbov. Saltykov tenía conocimiento en carne propia de los beneficios que eso le reportaría tanto al joven como a su familia entera. Él mismo era pariente del primero de los favoritos de Catalina, había sido tutor del zarévich Pablo y de sus dos hijos, Alejandro y Constantino. En aquella primavera había sido nombrado presidente del Colegio de Guerra ruso y tenía acceso a las intrigas palaciegas para poder defender la candidatura de Zúbov.

El anterior favorito, Mamonov, el perfecto sobrino del príncipe, había cometido una imprudencia tan letal en la corte como mantener un idilio con una dama de Catalina. Los genes eran tiranos, y los de la familia de Potemkin siempre erraban por un espacio mínimo de su cuerpo. Por muy bien dotados que estuvieran, perdían tantas posibilidades por su miembro viril como las que antes ganaran.

La arrogancia de la zarina, dañada y herida, encontró refugio en el instinto maternal que le despertaba Zúbov, un hombre que no sobresalía en nada. De hecho, era bastante mediocre y, por supuesto, muy inferior en cualquier aspecto a los anteriores. Zúbov era

consciente de su frágil posición y estaba siempre ojo avizor.

Potemkin no podría destronarlo con una simple juerga para impresionar a Catalina. Por eso trabajó activamente en las semanas previas, en las que empleó todo su poder de seducción y le regaló a su soberana cuantas palabras que necesitaba oír.

Nadie podía igualar al príncipe en la preparación de una fiesta para impresionar. Nada más llegar a la verja que separaba la calle de los jardines se podía ver el nombre de Catalina esculpido en rosas rojas con una altura de dos metros y un ancho de doce. Nada le podía gustar más a la zarina que un recibimiento así. A una distancia prudencial se encontraban los maestros de la Casa de las Artes haciendo bocetos para inmortalizar después aquel derroche de belleza sin par. Entre las rosas habían colocado joyas intercaladas, prendidos de brillantes y perlas, anillos y camafeos, que eran regalos de Potemkin para su diosa Catalina. «No permitáis que pase la zarina sin explicarle que sus siervos deben encontrar todos sus regalos en este monumento efímero que he pensado para ella. Explicadle que hay sesenta y dos, uno por cada uno de los años de su imperial vida», había dicho Potemkin.

El edificio era, por sí mismo, una auténtica joya arquitectónica. El maestro Iván Stárov había tardado solo seis años en construirlo y ya hacía dos que estaba terminado. Catalina la Grande lo encargó para que fuera la residencia de Potemkin en la corte. La generosidad de la zarina se había multiplicado exponencialmente con este regalo, que se convirtió en la admiración de todos por tratarse de la mayor residencia de un noble en aquella época.

Catalina se volvía más y más dadivosa mientras mayores eran sus ganas de alejar a sus antiguos favoritos. Por eso en aquel tesoro de estilo neoclásico había echado el resto. Había tomado la decisión de regalárselo cuando resolvió abrirse a nuevas relaciones, aún más, cuando solicitó la complicidad de su esposo para que su cama volviera a estar concurrida. Además de eso, todo le parecía poco para ocultar las ganas de bloquear las intromisiones continuas de Gregorio Potemkin en sus asuntos domésticos, cotidianos y, sobre todo, amorosos. El príncipe pretendía seguir ejerciendo el control de todo y por eso había que mantenerlo a distancia.

La fachada del palacio era un auténtico espectáculo. El tejado verde y las cúpulas del mismo color dibujaban el cielo. Las

apabullantes columnas corintias soportaban el frontón triangular; la simetría y la elegancia de los trazos dejaban clara la influencia clásica. La soberana era consciente de cuánto tiempo y empeño había dedicado su propietario al Proyecto Griego para conquistar el mar Negro y anexionar al Imperio ruso los territorios que conformaron el imperio clásico heleno. Aquello tenía que plasmarse en su nueva casa. No podía faltar ni un detalle.

Sin lugar a dudas, la regia escalinata de la entrada coronaba la majestuosidad de aquel regalo de la zarina a su ya veterano marido. El terreno sobre el que se alzaba era amplísimo. Un gran parque en torno a la construcción y un puerto en la parte frontal. Ya estaban preparados los planos para un nuevo canal que lo conectara también con el río.

El día transcurría con siervos que corrían por los largos pasillos, trayendo y llevando sillas, muebles, copas, vajillas creadas para ese día en honor de la emperatriz y viandas y bebidas. Los músicos ensayaban con Gabriel Derzhavin, el poeta que había compuesto una obra musical para la ocasión.

—A ver, las arpas, por favor, hacedlas sonar que luego no quiero ni un error, y comprobad bien vuestros trajes. La emperatriz los examinará con lupa. No puede haber ninguna confusión que solape mi obra magistral. Exijo que el ayudante de cámara del príncipe supervise cada uno de vuestros atuendos. Id pasando de tres en tres, que os espera dentro.

La excusa perfecta para convocar a tres mil personas en honor de la emperatriz era celebrar la captura de la ciudad de Izmaíl. Aquella batalla formaría parte de la historia del imperio para los restos. Suvórov, con la ayuda inestimable de Ribas, había conseguido tomar la ciudad más legendaria por su fortaleza. Los turcos tenían órdenes de preservarla y cuidarla hasta dar la vida por ella. La toma fue cruenta a más no poder. Los soldados rusos entraron en cada casa, en cada habitación de Izmaíl y acabaron con la vida de cada ciudadano turco, así, uno a uno. Mujeres y niños, sin piedad ni miramientos.

Aquella victoria culminaba la toma del mar Negro por los rusos y suponía una conquista de terrenos sin precedentes y sin remisión frente a los turcos. Los cosacos habían ayudado a engrandecer el

imperio y la piedra angular de todo el trabajo había sido la devoción de Potemkin por Catalina.

El Príncipe era experto en el despilfarro y sabía cómo impresionar a la corte. Ya lo había demostrado con la Flota de Cleopatra, y en esta ocasión tenía que mantener el listón a ese nivel. En las semanas previas se había construido un escenario frente a la entrada del palacio, en el que cabía con holgura la orquesta de trompas.

Las enormes velas estaban estratégicamente colocadas en el exterior y competían con las veinte mil que iluminaban el interior del palacio, y con las más de cien mil lámparas con las que intentarían proporcionar una iluminación lo más parecida posible a la del astro sol.

Los invitados iban entrando luciendo sus mejores galas. Debían de estar todos los convocados presentes a la llegada de la emperatriz. Joyas, encajes, ricas sedas y alamares. Miriñaques y tontillos, crespones de china, tules, collares y muselinas. Lazos, cintas y volantes. Escotes generosos. Brillantes y zafiros, rubíes y esmeraldas. Puntillas, anillos y mangas francesas. Pulseras y zarcillos, pelucas y prendidos. Flores de tela.

Las conversaciones alegres salpicaban el jardín.

—Almirante, un gusto volver a verlo.

—Sobre todo en esta fiesta. San Petersburgo vuelve a ser lo que era.

—Condesa, vuestra belleza honra a la vista casi tanto como el vino de hoy honrará mañana a la desmemoria.

—Ay, embajador. Creo que debéis reservar piropos tan intelectuales para mujeres más interesadas. Como bien decís, con mi belleza no me hace falta poner ahínco para intentar entenderos.

—No insultéis a vuestra inteligencia.

—No pretendía tal cosa, embajador. Solamente os decía que no sois tan importante como para que me pare a adivinar las intenciones de vuestras palabras.

Esto era la corte. Halagos, dardos envenenados, exhibicionismo y ostentación. Pero aquella noche todo era alegría. Podría pasar lo que pasara, que la ciudad volvía a la euforia anterior, a la de la juventud de Catalina antes de las largas guerras.

En el jardín de invierno cantaban los pájaros de las especies más

extrañas y bellas, en una suerte de Babel de distintos trinos. Los colores de las plumas iban de los azules a los amarillos pasando por los azabaches y los naranjas. Ningún tono brillante quedaba fuera de aquella paleta con barrotes. Los animales exóticos eran codiciados por los nobles. Mientras más extraños, mayor era su precio, y hasta los peces de los grandísimos acuarios instalados en el palacio eran un símbolo de opulencia y ostentación. Grandes, pequeños, de rayas, con manchas, lisos, con protuberancias... También estrellas de mar y mantas rayas. Esponjas, caballitos de mar y corales.

Esplendor, esplendor y más esplendor. Esplendor a la enésima potencia. Todo presidido por una gran escultura de mármol de Catalina la Grande que casi doblaba en tamaño a la zarina. Tocaba la orquesta y dentro había diferentes escenarios. En uno los bailarines interpretaban con disciplina y pausada belleza los *ballets* más en boga en toda Europa. En otro, los actores interpretaban las comedias más desternillantes. El espectáculo estaba servido por partida doble.

Potemkin recibió a todos, y cuando ya no faltaba nadie, empezó a ponerse nervioso.

—Ay, Popov, ¿y si ella no llega? ¿Y si de repente sucede cualquier imprevisto que me impida culminar mi labor faraónica para esta noche?

—¿Por qué decís eso, príncipe? Abandonad ese discurso de «¿Y si...? ¿Y si...?».

En una marejada de elucubración y miedo al fracaso, el impaciente esposo secreto devoró las diez uñas de sus manos. Las mordía y las escupía al suelo, royendo luego lo imposible en un devaneo de sesos que se trasladaba a las yemas de los dedos.

Y al fin la zarina hizo acto de presencia. Aunque Catalina tenía fama de cambiarse de vestido hasta en tres ocasiones en las más importantes celebraciones de la corte, en aquella ocasión decidió lucir un único caftán, una imponente obra maestra. Aquella túnica escarlata tenía un generoso escote con pasamanerías doradas. Toda la superficie de la seda rusa estaba cuajada de brillantes que formaban dibujos florales, con tallos dorados y pétalos que destellaban la pureza de los diamantes tallados. Las mangas llegaban hasta la mitad del antebrazo y asomaba, en su muñeca derecha, un brazalete de rubíes, oro y brillantes tan espectacular como el conjunto de aquella mujer adornada y perfumada hasta resultar embriagadora. La zarina entraba

a cualquier estancia y era tal su presencia que todos se giraban aunque no fuera anunciada.

—Matushka: esta será una celebración a la altura de lo que únicamente vos merecéis —se apresuró a decir Potemkin mientras tomaba de la mano a Catalina.

—Eso está aún por ver, querido.

—Aún nos quedan por ver tantas cosas juntos, esposa a la que idolatro.

—Cada año que celebramos nos queda menos vida.

—Juntos hemos sido invencibles.

—Aún espero vuestro ruego. Sois tan predecible cuando montáis un decorado para acechar a la presa... Por todo lo que hemos vivido juntos, sé que la noche se saldará con una petición. Estoy convencida de que os sentís victorioso por esta celebración.

Potemkin sonrió por el olfato de la zarina. Era la persona que mejor podía intuir sus intenciones. No le quedaba más remedio que disimular antes de sacar la conversación para la que, en efecto, había preparado tales fastos. Media hora después de alabanzas, lisonjas y saludos a los cortesanos más los diez minutos que ambos dedicaron a los comentarios malévolos al oído del otro, Gregorio se acercó con profunda respiración en el cuello de la soberana, como sabía que a ella le gustaba. Era la mejor forma para acabar de desarmarla.

—Esposa mía —dijo él en un susurro, por si alguien podía oírlo —. Durante la batalla de Izmaíl hubo más de ocho mil muertos y capturamos casi a catorce mil personas. Pese al triunfo, más de tres mil quinientos soldados rusos causaron baja. No pudimos enterrar a todos y muchos fueron lanzados al mar para que se descompusieran o sirvieran de alimento a los animales.

—Nunca os importaron las bajas, esposo mío, siempre y cuando nos dieran la victoria. Engañad a otros, que conmigo esa mojigatería no cuela.

—Esposa mía, tan solo soy un héroe de guerra que ha engrandecido la historia y las fronteras del imperio. No aspiro a ser un santo ruso. Solo he querido ser un soldado cosaco. Puedo presumir de la lealtad del comandante Gudóvich, que ha conseguido salir victorioso.

—Me habéis pedido reconocimientos también para el español...

—Ese hombre tiene un cerebro prodigioso, Matushka. Es un

estratega de actitud noble y un líder que se relaciona con sus subordinados como el compañero de farra más borracho y licencioso. Ese extranjero está cosechando más éxitos militares que la mayoría de los rusos. Es valiente y ejerce el mando como pocas veces he visto en mi vida.

—Lo que queráis, pero tendréis que ser paciente. Hace muy poco tiempo que le fue concedida la Orden de San Jorge de segundo grado. Cuando tenga otro éxito como este, le daré la de primer grado. Su esposa dice que es mejor dosificarle los títulos porque se le suben rápidamente a la cabeza.

—Las mujeres sois perversas con el racionamiento.

—No podéis quejaros. Le he regalado una espada de oro cubierta íntegramente de diamantes y una heredad amplísima, de miles de hectáreas, en la región de Mogilev, con ochocientas almas para él solito. ¿Sois consciente de que tiene ya más de mil siervos? Cuando llegó a Rusia, Betskói estaba receloso porque se trataba de un joven español que llegaba de censor al Cuerpo de Cadetes y ahora está casado con su hija, es mayor general y tiene a sus espaldas un gran patrimonio. ¿Qué más puede desear?

—Mañana hablaremos de eso, Matushka. Quiere construir una ciudad cerca de Jadsibey. Está obsesionado con que hagamos un gran puerto en el mar Negro para el imperio. Hoy hablemos de nosotros. Esta fiesta está preparada para vos por nuestra victoria en Izmaíl y yo mismo os serviré, como muestra de que, me encuentre donde me encuentre, siempre seré vuestro criado más fiel, y de que todo lo que hice, hago y haré tiene el único objetivo de que seáis feliz.

Potemkin llevó del brazo a Catalina hacia el interior del palacio por el pasillo que los invitados abrían entre ellos. Tres mil personas, lo más granado de San Petersburgo y muchas llegadas de los nuevos territorios rusos, se apresuraban a recibir solemnemente a la zarina y se inclinaban con reverencias a su paso. También había europeos. La corte de la zarina era una de las más glamurosas y envidiadas y por eso, en cuanto se conoció que el príncipe estaba convocando para un homenaje a la soberana, no fueron pocos nobles europeos los que movieron los hilos para ser invitados. Una vez que estuvieron allí, comprobaron que todo el esfuerzo había valido la pena para conseguir vivir aquella experiencia. Era la mayor celebración en la que nunca habían estado. Cada detalle estaba perfectamente pensado para que la

emperatriz notara la armonía de la mejor fiesta que se recordaba en muchos años.

En los salones interiores se tocaría un baile cuadrado: los grandes duques Alejandro y Constantino estaban en las primeras filas. También sus padres, Pablo y María. Cuando llegaron Potemkin y Catalina, sonrieron a todos los presentes y dio comienzo la danza inaugural.

Su hijo y su nuera se miraban con desaprobación hacia la zarina y Pablo, al coincidir con su madre como pareja en unos segundos del baile, aprovechó para lanzarle el reproche más dañino.

—No deberíais permitir a vuestros amantes un derroche como este para teneros contenta. Los cortesanos hablan y el pueblo más.

—Hijo mío, el día que ampliéis las fronteras del imperio como lo ha hecho este hombre, podréis hacer cuantos dispendios queráis en una sola noche. Mientras, seguid jugando a los soldaditos.

Pablo estaba iracundo cuando volvió a coincidir con su esposa como pareja.

—No soporto a mi madre. Mientras más vieja, más arrogante. La mataría con mis propias manos.

—Amado esposo, su cuerpo empieza a estar mustio. No os hará falta mancharos las manos de sangre para convertiros en el zar de todas las Rusias —le respondió María Fiódorovna.

Ella sonrió mientras seguía bailando. A la muerte de Catalina, solamente había tres herederos posibles: su marido y sus hijos. María jugaba a caballo ganador y tenía la astucia de la que siempre había carecido Pablo.

Catalina se retiró a una de las salas donde se jugaba a las cartas. Se sentó a una mesa en la que se apostaban joyas. No quería ganar dinero, pero le entusiasmaba llevarse los tesoros que otros llevaban puestos, y así pasó la noche entera. Jugando y ganando.

En todos los salones había dispuestos comedores en los que se exponían las mejores viandas: frutas, pasteles, caviar, ostras, guisos, carnes... Según se iban vaciando las fuentes, eran rápidamente sustituidas. Llamar baile a aquella fiesta sonaba ridículo. Allí se escuchaba música, se bailaba, se jugaba a las cartas, se comía, se bebía, y mucho... Era la fiesta más salvaje y variada que se había vivido en la corte en la época de Catalina.

Al final de la noche, la zarina salió a acompañar a Potemkin para contemplar el espectáculo pirotécnico. Al terminar, pareció sonar la

reconciliación cuando Gregorio cantó a Catalina un aria compuesta para la ocasión, con la escenificación de que seguirían juntos hasta la muerte. Allí, en presencia de todos, se dieron un beso largo y tierno que ratificaba su alianza eterna, su amor imperecedero, más allá de los cuerpos de los que disfrutasen y de las ilusiones que encontrasen en otras personas.

Zúbov los observaba en la distancia sabiendo que aquello era solo la resaca emocional de una jornada inolvidable. Él conseguiría que pronto quedara tan solo en un buen recuerdo.

Y efectivamente, así fue. Dos meses después, Potemkin dejó la capital sabiendo que el más mediocre de los favoritos seguía campando a sus anchas en la vida de Catalina.

26

En otoño de 1791, el general español acompañaba a Potemkin en su viaje de regreso al sur. La batalla de Izmaíl había supuesto para José ser incluido en el elitista grupo de Las Águilas de Catalina, formado por los capitanes victoriosos en las grandes batallas. Ambos gustaban de sus conversaciones a caballo y el extranjero era hábil para saber cuándo debía callar. Su superior hacía el gesto inconsciente de frotarse el parche del ojo una y otra vez cuando se sentía incómodo. Ribas sabía que retirarse a tiempo provocaba el efecto de repetición que invitaba a las confidencias.

La madurez se asienta en las vidas de todos así, con pequeños aprendizajes que nos enseñan a hacernos necesarios.

—Ay, general... Estas mujeres... A Catalina nunca le bastó mi verga para ser feliz conmigo. Y mirad que estoy convencido de que es la más monumental que se ha metido entre las piernas. A mí siempre me ha pedido más. De todo. He tenido que ser siempre el militar más valiente, el estratega más hábil, el compañero de juegos más divertido y el amante más solícito. Ahora la veo con Zúbov y me da la impresión de que se ha comprado una mascota para exhibirla, vestirla y acariciarla. Ahí no hay más.

—Señor, la edad hace que busquemos desesperadamente el cariño de los demás —contestó condescendiente Ribas—. Fijaos que a mí me da tranquilidad tener aquí a mis hermanos porque sé que me quieren bien. Aprovecho para agradeceros vuestra acogida y vuestra paciencia hacia ellos. Son extranjeros y les está costando más adaptarse de lo que me costó a mí. Antes, para sentir ese cariño, me bastaban mi esposa y las descaradas mujeres que me amaban a cambio de unas monedas. Ahora los necesito a ellos, y por eso os doy gracias a vos porque lo permitáis.

—No digáis bobadas, Ribas —replicó Potemkin—. Somos una familia. Además, ambos tenemos la convicción de ser cuñados, aunque nunca la expresemos en alta voz. Por eso quiero pediros consejo. No sé

cómo poner solución a la discrepancia más grande que he tenido con la zarina en mi vida.

—No soy quién para aconsejar, su excelencia. Pero os daré con placer mi humilde opinión.

—Pues veréis... La Matushka no da su brazo a torcer. Quiere concentrar los esfuerzos del imperio en repeler los ataques de la gran alianza de potencias europeas para frenar nuestros avances por el sur. Yo no creo que sea el momento de parar el Proyecto Griego. —Potemkin resumía para poner en antecedentes al español.

—Está más que demostrado, su excelencia, que vuestra ambición militar no tiene límites y que todo os parece poco. Eso os honra y hace que los oficiales os consideremos el mejor de los estrategas. Además, os admiramos porque amortizáis los éxitos al terminar cada batalla, y ya solo tenéis pensamientos para el siguiente objetivo.

—No me aduléis y permitidme que os cuente. La zarina, con el repiqueteo constante de Zúbov en sus oídos, sigue empeñada en no pactar con Prusia y afrontar con toda la fuerza de su imperio los ataques de la gran alianza. He fracasado en mi planteamiento de que ese pacto para debilitar la posición del resto de las potencias será el que haga pasar a Catalina a la historia como la emperatriz de la expansión.

—Ya, ya... Y entiendo que no lo haréis por amor a los prusianos, sino porque seguir con los planes de Catalina implicaría recortar el presupuesto y las tropas para el Proyecto Griego.

—Eso es, Ribas. Antes de volver a la capital el invierno anterior, teníamos ya tres frentes diferentes: el Danubio, el Cáucaso y el mar Negro.

—No puedo deciros nada en ese sentido. Pero sí he observado algo en vuestra relación con la Matushka: a ella le gusta ganaros batallas y luego os regala el botín.

—Ahora que lo decís... Qué capacidad de observación... ¿Es cualidad de todos los españoles o vuestra en particular?

—Yo dejaría que reposara y sintiera que os ha ganado. Seguro que hay algo que cambia en su interior y os deja continuar con el Proyecto Griego.

—Interesante planteamiento, amigo Ribas. Interesante de verdad.

Potemkin se adelantó para pensar en solitario. Aquel consejo era lo más inteligente que había escuchado en semanas.

El príncipe siguió las instrucciones del español y fueron pasando los días sin novedades. A veces se desesperaba de impaciencia y recordaba la sabia recomendación de Ribas. Tenía que esperar a que Catalina sintiera la victoria en aquella disputa.

En esta distancia estaba varado el matrimonio imperial secreto cuando la suerte les brindó un excepcional regalo con el que ninguno de los dos contaba. La alianza europea se disolvió. Los proyectos internos de cada país colisionaron con los de sus vecinos y se complicó el escenario militar. Todo el ruido, la fuerza y la amenaza para Rusia se diluyeron de repente. José le había dado un gran consejo sin saber que el curso de los acontecimientos se pondría de su parte.

El destino seguía remando a su favor. Después de que Potemkin hubiera nombrado jefe del Estado Mayor al príncipe Repnin, el general Ushakov había obtenido un nuevo éxito en Kaliakra, en la costa búlgara del mar Negro. El avance proseguía y ya se habían conquistado varios cientos de kilómetros de terreno al sur de Ochákov.

El príncipe Repnin, tras esa última victoria en Kaliakra, ya estaba negociando la paz con los otomanos. Mandó un correo a Potemkin, que se dirigía a su encuentro, aunque aún le faltaban varias jornadas para llegar. Estaba encantado con las buenas nuevas. Sin conocer más detalles, escribió a Catalina avanzándoselas. Su obsesión siempre era la misma: el único anhelo de su vida era que su esposa lo quisiera y estuviera orgullosa de él. Y así se lo transmitió un día a Ribas.

—Atrás han quedado los años en los que mi virilidad y mi vigor me resultaban suficientes para tenerla en vilo. Cada vez es más difícil la competencia con esos jovenzuelos que se aprovechan de la creciente decrepitud de Catalina para medrar y hacerse ricos.

—La edad nos cambia a todos y en todo. Lo de saltar de cama en cama se va pasando y no es doloroso. Dejamos de hacerlo porque nos apetece menos. Lo que me resulta más triste es ver a Catalina sin entusiasmo político. Aquí estáis, tramando cómo conseguir que os permita terminar la expansión.

—Lo peor no es que tenga que ingeniármelas, Ribas, lo peor es que no encuentro la vía para conseguirlo.

—Príncipe, lo peor es que se le ha acabado el entusiasmo y su

política es pasiva. Estos últimos años solo se preocupa por censurar lo que puede ser un peligro o por prohibir lo que pueda poner su trono en riesgo. Atrás han quedado los grandes años de los cambios y la apertura. Aquel esplendor de Catalina que era tan seductor intelectualmente.

—Ribas, no sigáis por ahí..., no me confirméis mis sospechas de vuestro enamoramiento de la Matushka.

—No seáis así, Potemkin. Mi amor siempre ha sido Nastia. Pero no podéis negar que toda Rusia estaba enamorada de su emperatriz. Una mujer regia, elegante, con carácter, que siempre pensó en la grandeza del imperio... Vos caísteis rendido en lo personal, y los demás quedamos subyugados por su forma de hacer política. Se pasaba la vida abriendo hospitales, colegios y orfanatos. Recordad la revolución cuando fundó el Cuerpo de Cadetes y el Instituto Smolny... Yo llegué cuando ya estaban instaurados pero me han contado todas las tribulaciones que padeció. Ha dotado a Rusia de un sistema sanitario... Eso era solo un sueño antes de su ascenso al trono...

—Es cierto, Ribas, qué mujer... Fue un auténtico escándalo cuando se convirtió en pionera en la inmunización contra la viruela y fue de las primeras en inocularse el virus...

—Comprendo que vos lo centréis en lo sexual, pero a mí me da mucha lástima recordar el esplendor de los años de mi llegada aquí. Cómo consiguió que se transformaran los desprecios al Imperio ruso, que conocí de primera mano en la corte inglesa, en la francesa y en la napolitana, en puro temor y admiración por una potencia poderosa y creciente.

—Y eso fue después de vuestra llegada. Cuando éramos jóvenes y ella era aún gran duquesa, todos nos enamoramos un poco de Catalina. Nada más llegar a Rusia, se empeñó en ser tan de aquí como nosotros. Estudiaba sin cesar la historia, las costumbres, y aprendió el idioma en un tiempo imbatible.

—Eso lo sabía, porque cuando estudiaba sin parar para poder superar la barrera del idioma, Nastia se reía de mí y me decía que me había propuesto ganar a la emperatriz aprendiendo ruso en menos tiempo que ella.

—Seguro que no lo conseguisteis. Ella lo hizo de forma tan obsesiva que enfermó gravemente de neumonía porque se levantaba descalza a estudiar por las noches. Ese tesón y el riesgo de su muerte

hizo que todos la adoraran un poco más. La zarina Isabel tenía muchos celos de la popularidad creciente de quien siempre será el amor de mi vida.

Gregorio Potemkin disfrutaba recordando a la Catalina más testaruda. Sabía que, aunque esa fuerza hubiera quedado en el pasado, la ambición común les mantendría unidos como socios de su proyecto: ambos se habían dejado la piel en la ampliación de las fronteras rusas. Esa era su común obsesión. La altivez de su esposa secreta era tan grande que lo único que le compensaba era trascender a la posteridad como la emperatriz que hizo rusos Crimea y el mar Negro.

En las últimas batallas, Ribas estaba teniendo un protagonismo incuestionable. Por un tiempo abandonó la flota de remos del mar Negro y se hizo con el mando de varios regimientos de caballería. Había puesto en funcionamiento su brillante cerebro un mes antes en la construcción de un puente para que cruzara el ejército que había encabezado Kutúzov frente al gran visir. Más recientemente, el español y sus tropas habían liberado a los de Potemkin de una peligrosa emboscada que les habían tendido los jenízaros y que, sin la intervención de José, podría haber acabado en miles de muertes, incluida la del príncipe.

La expedición llegó por fin a Kaliakra. Potemkin estaba ansioso por abrazar y felicitar a Repnin. Era toda una hazaña que hubiera alcanzado un acuerdo tan inmediato y con tan poco esfuerzo.

—¡Venid a mis brazos! Esto se merece algo más que una simple felicitación.

El príncipe estrechó en un abrazo a Repnin, que le devolvió la efusividad con la misma fuerza, esa que transforma la alegría de los hombres en palmadas que resuenan y duelen en las espaldas ajenas.

—Dadme el documento que habéis firmado con las condiciones. Quiero que hablemos del futuro.

Un oficial puso en manos de Potemkin el legajo. Gregorio se apresuró a leerlo, sin siquiera sentarse, como quien pasa la vista sobre un mero trámite. Pero su mueca de júbilo y excitación iba transformándose en enfado e ira contenidos. La cólera es roja y la piel del rostro adquirió su pigmentación en los breves instantes en los que se blasfema en el peor de los tonos.

—¡Malditos seáis vos y el Dios al que le recéis, maldito ignorante! ¿Cómo demonios habéis podido hacernos esto al imperio y a mí?

Miró furioso a Repnin y se lanzó sobre su cuello para apretárselo con instinto asesino.

—¡Hijo de Satanás! ¡Vulgar hijo del infierno!

Tras un forcejeo para escapar del aprisionamiento del cuerpo grande y fuerte de su superior, Repnin consiguió zafarse. Recuperó el resuello en una esquina mientras escuchaba gritar a Potemkin sin entender muy bien a qué venían los reproches.

—No me miréis con esa cara de asombro. Solo hay una cosa peor que cometer la ignominia que acabáis de dejar firmada en un papel. Lo único más rastrero es no ser consciente de haberlo hecho. ¡Sabandija repugnante! ¡Habíais ganado en el frente lo que habéis perdido en el tablero de una mesa negociando con unos turcos más listos que vos!

Realmente había sucedido tal y como el príncipe lo gritaba desaforadamente. Repnin se enorgullecía del reconocimiento por parte de los otomanos de la anexión de todos los territorios comprendidos entre el Dniéper y el Bug, así como de los de Crimea. No entendía el enfado de su superior porque no había pensado en las consecuencias de los acuerdos secundarios. El pacto prohibía la militarización de esos terrenos y, además, concedía ocho meses para que sus condiciones se hicieran efectivas.

—¿Se puede ser más necio? —gritó de nuevo Potemkin—. Sin la presencia de nuestros ejércitos y con tiempo suficiente para que se rearmen. ¡Diantres! Quedáis relegado de esta misión. No conocéis al enemigo.

El príncipe no tardó más de lo necesario en hacer llegar una misiva al gran visir, comunicándole que dejaba sin efecto el acuerdo. El destinatario asumió la ruptura como una afrenta personal y una quiebra en la palabra de los rusos, e inmediatamente pidió que más de cien mil soldados turcos se trasladaran hasta allí, hasta el Danubio, para dejar constancia de la fuerza que tenían sus tropas y de su intención de seguir combatiendo a los invasores rusos.

Poco duró esta exhibición de fuerza. Otra vez las circunstancias torcían la voluntad humana. La peste había tomado Constantinopla y empezaba a asolar Europa.

Potemkin tenía la firme intención de negociar él mismo, en

primera persona. Ya había firmado el decreto por el que relegaba a Repnin en todas sus funciones, después de cometer semejante torpeza. Pero el príncipe no escapó de las fiebres de la peste. Enfermó como enfermaron tantos otros. Los Ribas lloraron en el campamento la muerte de Andrés, el tercero en orden, después de José y Manuel.

—Creía que os traía a la mejor de las vidas y os puedo haber traído a la muerte. Que Dios acoja en su seno a nuestro querido hermano Andrés. —José se lamentó ante Manuel y Félix.

Muchos sucumbieron ante la enfermedad y nada parecía tener la suficiente fuerza para acabar con el ejército ruso. Gregorio Potemkin no se había apartado ni un solo día de lo que él entendía que era su responsabilidad castrense. Podría tener seguidores y detractores, incluso algunos cuestionaban si no se entregaba demasiado a los placeres mundanos, pero nadie, ni siquiera Catalina, podría haber dudado ni un segundo sobre su trabajo en la planificación del futuro de Rusia.

Ante los primeros síntomas, y para que no volviera a suceder que la torpeza de un solo subordinado arruinara sus planes, designó como plenipotenciarios a tres de sus hombres de confianza para que negociaran la paz con los otomanos. Junto a dos rusos, Samoilov y Lashkarev, debería estampar su rúbrica el español José de Ribas. El acuerdo de paz necesitaría de la firma de los tres para ser efectivo.

—Para mí es un gran honor —agradeció Ribas a Potemkin—, y que hayáis pensado en mí supone el colofón de mis años de dedicación y de entrega a la causa rusa, que es la mía y la de toda mi familia. En esta guerra, mi hermano Andrés ha perdido la vida y esto tiene que servir para la gloria de mi familia y de mi padre, Miguel de Ribas y Boyons.

—Dejad las ceremonias y los agradecimientos. No entendéis que hago esto porque, por primera vez en mi vida, tengo miedo de morir. Aparcad los cumplidos y no me hagáis enojar con vos, que estoy aterrado por la idea de que todo acabe aquí.

Gregorio Potemkin se sentía cada vez peor. Necesitaba salir de allí. Dejó resuelta toda la burocracia, hizo todas las encomiendas a los suyos y pidió que lo sacaran de Galati. No tenía un buen presentimiento. Las fiebres hacían que tuviera la cabeza perdida la mayor parte del día y se deshacía en sudores fríos sin poder hacer acopio de la más mínima fuerza para ponerse en pie. En cuanto la

razón volvía a él, se dedicaba a escribir a Catalina lo que podía, a veces algo ininteligible y en la mayoría meras transcripciones de sus delirios.

Potemkin quería que lo llevaran a la ciudad de Jassy, en la que Ribas ya tenía las primeras reuniones con el príncipe fanariota Moruzi, que había nacido en Estambul. Este turco de la misma edad que el español había sido seleccionado por su conocimiento de la lengua rusa, motivo por el que se le conocía como el «dragomán de la Puerta», que venía a ser algo así como el principal traductor del Imperio otomano.

Moruzi era hábil en las negociaciones, pero Ribas no se quedaba atrás. El príncipe turco intentaba llevárselo a su terreno y pedía continuamente una reunión con Potemkin, despreciando con elegancia al español. El moribundo príncipe ruso, en su condición de abanderado de aquella hazaña, consiguió ponerse en pie uno de los días, disimulando su pésimo estado, y acudió a la cita con el turco. Por casualidad, ese mismo día era en el que se habían incorporado los dos plenipotenciarios recién llegados, Samoilov y Lashkarev. El consejo de mandatarios rusos estaba ya en plenas facultades.

A los meros efectos de ratificar su poder para llevar adelante aquellas negociaciones, compareció Potemkin visiblemente desmejorado, pero uniformado impecablemente y protagonizando una de las actuaciones estelares de su vida. Circunspecto y serio, haciendo un gran esfuerzo por mantenerse en pie y conservar el tono de su voz grave, entró en la tienda en la que se mantenían las conversaciones para sacar adelante un convenio de paz entre las dos potencias. Moruzi se puso en pie y los rusos también. La actitud de ambos bandos fue diferente. El otomano conservaba la prestancia, manteniendo una actitud retadora: pretendía mostrar la amenaza que para Rusia podría suponer no firmar un tratado. Los rusos sentían debilidad solo con mirar a su líder. Intentaban sostenerlo en pie con la mirada, temían que se desplomara en cualquier momento: su muerte podría suceder en cualquier instante, incluido aquel en el que estaba haciendo un servicio más por el imperio.

—Príncipe Potemkin, qué gran honor su presencia. Significa que estoy en lo cierto. Las tropas rusas están cansadas y tan deseosas de firmar que mis requerimientos por fin serán atendidos.

El ruso, estratega desde la cuna, era consciente de que el tono de

su mensaje tenía que ser firme e impresionar a aquel tramposo turco que intentaba jugar una mala pasada a los suyos. Era conocedor de los grandes esfuerzos de Ribas por mantener la distancia y la dignidad en los días precedentes. José tenía gracia, buen talante y mano izquierda. También esa picaresca española sobre la que había leído en los libros que su esposa secreta lo obligaba a estudiar. Gregorio a secas, el hombre que se encontraba lánguido en la piel del siempre fuerte Potemkin, reunió las pocas fuerzas que le quedaban y consiguió transformar su voz en un torrente.

—Príncipe Moruzi, he venido hasta aquí solamente para avisaros del riesgo que asumís intentando jugar con mis hombres. Si creéis que Rusia está agotada, no conocéis el imperio. Haremos lo que sea necesario para matar a los turcos con los que no haya acabado la peste. Estos tres hombres hablan en mi nombre y en el de Catalina la Grande. Si conseguís un acuerdo, su firma vale tanto como las de mi soberana y la mía juntas. No me hagáis enfadar. Esta es la última vez que me veis a pie. La próxima, si no hemos firmado, vendré a caballo y os daré muerte yo mismo. Los cosacos me han enseñado a disfrutar con el sufrimiento del enemigo. No me pongáis a prueba.

Con fingida arrogancia y altivez, se dio la vuelta y salió de la tienda sin despedirse. Moruzi creyó que era el lacre con el que sellaba su amenaza. Sin embargo, Ribas, Samoilov y Lashkarev estaban convencidos de que a duras penas lograba mantenerse en pie y que se marchaba antes de que su debilidad pudiera con él. La peste era difícil de esconder durante un tiempo prolongado.

Aquella actuación había sido casi heroica. Nada más abandonar la ubicación, Potemkin pidió que lo evacuaran desde Jassy a Nikolaev, la ciudad que se encontraba a sesenta kilómetros de Jersón y en la que pretendía recuperarse de las fiebres. La distancia hasta allí era de más de cuatrocientos kilómetros y tardarían varias jornadas en llevarlo en carruaje. Se sentía sin fuerzas, pero tenía que abandonar el frente cuanto antes y buscar su comodidad. Lloraba de miedo y hablaba como si la zarina pudiera escucharlo.

—Ay, amada mía. Os he fallado y partiré de este mundo sin veros de nuevo. Espero que sepáis perdonarme. Matushka, venid a mí. Curadme con vuestras caricias.

La fiebre lo devolvía a los charcos de sudor que lo mantenían empapado. La comitiva partió hacia Nikolaev. Lo acompañaban,

además de sus amantes, varios médicos que se turnaban en su cuidado procurando darle los pocos remedios que reducían su malestar. En la comitiva se temía el contagio, pero mucho más la muerte de quien se había convertido en el faro y guía de todas las expediciones y triunfos militares del imperio.

Habían transcurrido varios días desde el inicio del viaje. Era la mañana del 16 de octubre y el frío ya se aposentaba como el habitante eterno de la estepa de Besarabia. El príncipe tuvo un presentimiento. Ordenó que el carruaje se detuviera.

—Se acabó. Ya está. Ya no hay que ir a ninguna parte. Me muero. Sacadme de aquí. Quiero morir en la tierra.

Los soldados extendieron unas alfombras en el suelo sobre las que colocaron almohadones mullidos. Pretendían impedir que las aristas del suelo y las piedras se clavaran en su débil cuerpo, incapaz ya casi de respirar. No tardó en morir con el nombre de su esposa en los labios.

—Disculpadme, Catalina. Me marcho. Siempre os he amado y os amaré donde vaya.

El hombre que surgió de la tropa para cederle su dragona a Catalina la Grande había llegado hasta allí. Sobre una alfombra, en el campo, sin oros ni riquezas, sin tan siquiera una cama y unas sábanas, expiró. Lo mató la fiebre. No fue ningún enemigo. Solo el diablo había podido con él.

La más oficial de sus amantes, la condesa Branicka, lloraba desconsolada mientras el resto de la comitiva mantenía el gesto serio con resignación consternada. Emprendieron el regreso a Jassy con el cadáver del príncipe y el mensaje implícito del final de una era para el Imperio ruso. Potemkin había dado su vida al servicio de la zarina y de la grandeza del Estado. Quienes los conocieron y supieron de su matrimonio con la soberana, siempre estuvieron convencidos de que su segundo marido había hecho mucho más por la Historia, escrita así, con mayúsculas, que el primero, pese a ser un Romanov.

En Jassy la consternación se hizo presa de la ciudad, como si una capa del cielo formara un escudo negro. El aire era más denso y la desesperanza anidó en cada alma rusa. El ejército se había quedado huérfano y hasta los cosacos más salvajes sentían la pérdida como algo

personal, irreparable y profundo. Aquel torrente de fuerza, de entusiasmo, aquel dechado de vicios y virtudes que se movía como un fanfarrón y gritaba como si estuviera hueco en sus adentros, aquel titán de la naturaleza había sido silenciado por la vulgar enfermedad, por la peste cochambrosa.

Miles de hombres habían deseado su muerte, muchos la habían planeado y él había sucumbido a la más absurda de las enfermedades, a la que se iba extendiendo entre humanos y animales borrando casi cualquier señal de vida en los territorios que pisaba. La peste asolaba sin entender de clases, de carácter, de pueblos ni de bandos. La peste mataba a todos por igual.

Ribas quedó sumido en una profunda tristeza al conocer la noticia. Estuvo al lado del féretro los dos días que permaneció en la ciudad de Comanesti, en el palacio de Ghica.

—Aquí queda vuestro cuerpo, querido cuñado —susurró el español a su oído, pronunciando el secreto que habían compartido sin atreverse nunca a comentarlo más que entre ellos.

José repasó los últimos años que había vivido junto al príncipe. Lo quería y le respetaba tanto o más que a sus hermanos, y pese a que había habido distanciamientos entre ellos en distintas épocas, siempre volvían a unirse como imanes que se atraían irremediablemente.

La lealtad de José de Ribas había vencido a las constantes sospechas de Potemkin sobre los escarceos amorosos del español con la zarina, y también a los rumores de malversación de los fondos del Estado que había gestionado el general mayor. Eran amigos, aunque la amistad entre hombres de su valentía no se reconocía porque se entendía como una debilidad. Ribas no tenía fuerzas para llorar, pero analizaba de continuo en qué situación dejaba aquella muerte al imperio, a Catalina. Según las noticias que llegaban de la capital, estaba desconsolada, gritando y sin poder entrar en razón. Decían que parecía haber perdido el juicio.

Nastia y Betskói no salieron del Palacio de Invierno durante aquellos días para procurar a la zarina todo lo que necesitara. Sin embargo, ambos sabían que no podían devolverle lo único que quería: a su adorado Potemkin. Había necesitado extrañarlo durante la última década de su vida y lo seguiría echando en falta hasta el mismo día de

su propia muerte.

En San Petersburgo solamente estaban felices los más próximos a Pablo. Hasta los enemigos del príncipe eran presas de la incertidumbre por lo que podría suponer aquella pérdida. La decrepitud de Catalina era un secreto a voces. La actitud intervencionista del favorito Zúbov preocupaba y mucho a toda la élite. También al pueblo, que comenzaba a mostrarlo en la sátira de los cientos de canciones que se le dedicaban a diario. Atesoraba cargos, nombramientos y atribuciones sin tener capacidad. Su más reconocida aptitud era la de hacer que la zarina bebiera los vientos por él.

Rusia quedaba desnortada y sin capitán al frente. Catalina estaba ausente esos días, atrapada en la locura de su gran pérdida. Tanto Ribas como Samoilov y Lashkarev sabían que había que agilizar las negociaciones, pues aquella noticia marcaba la premura por alcanzar un acuerdo. Había que consolidar lo conseguido y dejar a otra generación la conquista de nuevos territorios. Tocaba época de paz para no perder. No perder se volvió, aquella mañana de octubre, sinónimo de no ganar nada más, de conservar lo que se tenía.

Nastia y Betskói tenían que emplearse a fondo en ayudar a Catalina. Ribas tendría que viajar a San Petersburgo para ganarse los favores de Zúbov y convencer a la emperatriz de que le concediera permiso para construir un puerto en el lugar donde se encontraba Jadsibey. Potemkin se lo había prometido, pero ahora que él no estaba, necesitaba lograrlo con el favor directo de la Matushka.

También tenía que hablar con los miembros del consejo de la soberana. Ella era más vulnerable que nunca ante un posible ataque de su hijo. Demasiadas piezas que mantener en pie. Tendría que volver a casa cuando hubiera dado sepultura al cuerpo del héroe y firmado el tratado. Antes no podía abandonar la misión. El español tenía la responsabilidad heredada de contribuir a que nada se desmoronara, parecía que le hubiera sido legada en ese mismo funeral.

Ribas sintió la fragilidad de la vida y la vejez acuciante en el peso del ataúd de Gregorio. El gran cuerpo de Potemkin se volvía una losa mientras llevaban el féretro entre los generales que se encontraban en Jassy en ese momento. José era mucho más bajo que el resto y tenía que soportar casi a pulso su parte de la carga. Su hombro no alcanzaba el nivel del resto. El orgullo español le hizo sortear la

diferencia y conducir aquel réquiem envuelto en madera hasta la iglesia de los Tres Jerarcas de esa ciudad en la que esperaban firmar la paz.

Desde allí, la comitiva salió hacia Jersón, para que el cadáver recibiera sepultura en la catedral de Santa Catalina que el mismo Potemkin había mandado construir.

R. I. P.

27

San Petersburgo, febrero de 1792

La casa de Betskói estaba engalanada. Se notaba la alegría en cada adorno, en cada flor y en el brillo que los siervos habían sacado a la plata, como si se tratara de una entre las mejores fiestas que antaño se habían celebrado en aquel palacete. José de Ribas había vuelto sano y salvo a casa. También triunfante, victorioso.

—Madre, madre..., estos zapatos me hacen daño.

—Catalina, por el amor de Dios, no gritéis así, que he oído morir a soldados con menos estruendo —suplicó José.

—Ay, José, si es que con estas hijas nuestras yo también vivo en una permanente batalla —sonrió burlona Nastia.

El 9 de enero había firmado junto a los generales Samoilov y Lashkarev la Paz de Jassy. El príncipe Moruzi había claudicado y, tras la muerte de Potemkin, esto era más necesario que presumir de mano izquierda en las negociaciones. La dilación como juego en las conversaciones previas a un acuerdo la había exhibido José de Ribas como un arte muy español.

Aquella comisión negociadora tripartita se impuso como obligación cerrar con éxito la última misión que les había encargado el príncipe de Táurida. Él siempre había cumplido con su país, con su soberana y con sus tropas. Ribas, Samoilov y Lashkarev iban a corresponderle obedeciendo su última orden. Así lo hicieron, y en pocos meses los turcos reconocían definitivamente la soberanía de Rusia sobre Crimea, Ochákov y Jadsibey.

Casualmente, unos días antes, el tres de enero, se había dictado un decreto por el que se obligaba a los judíos a residir en la llamada «zona de asentamiento», ubicada en el extremo más occidental del imperio. La emperatriz les prohibió acercarse a los grandes núcleos urbanos rusos, iniciando así una época de antisemitismo de Estado.

La familia Betskói-Ribas se preparaba aquella mañana para ser

recibida en audiencia por la zarina. Sofía y Catalina eran ya dos bellas jovencitas de trece y catorce años, cultas y políglotas, elegantes y exóticas por su ascendencia española e irlandesa, reconocida por la parte paterna. También eran alemanas por la parte de su abuela materna, la madre de la emperatriz, y eslavas por la de su abuelo materno, Iván Betskói, hijo de una aristócrata sueca que siempre fue recordada por su hermosura.

Sofía Osipova de Ribas tenía el Mediterráneo en el cuerpo. Sus formas eran más sinuosas y, aunque aún joven, la voluptuosidad empezaba a asomarse en su incipiente cuerpo de mujer. Catalina Osipova de Ribas era más báltica. Espigada y regia, su físico delataba su carácter serio y determinado, y más intelectual, con dotes para la arquitectura heredadas de su padre y de su abuelo, y con su gusto por el arte.

Cuando estaban a punto de salir de casa y José ya se encontraba casi en el umbral, Betskói pidió con un gesto a Nastia que se quedara junto a la escalera con sus hijas. Carraspeó como quien prepara la voz para decir algo solemne y llamó la atención a Ribas.

—Alto ahí, español.

José, sorprendido, se giró al reconocer el tono que utilizaba su suegro cuando tenía la intención de comenzar un discurso. El viejo lo miró, cansado ya de vivir, y le hizo la encomienda más importante que le había encargado jamás a nadie.

—Hijo mío, entrasteis en esta casa siendo un joven extranjero con la imposible misión de educar a un conde loco y sin fundamentos que hoy es un pícaro más en las calles de París. Bóbrinski resultó ser solamente un pretexto para que Orlov trajera a Rusia a uno de sus contraalmirantes más brillantes.

—Gracias, querido amigo —contestó sorprendido Ribas—. Así lo siento. Aquel petimetre insolente me enseñó bastantes cosas que no quiero ser en la vida. He de reconocer que muchos días en el frente he pensado en él y lo he compadecido. ¡Cómo ha podido desaprovechar así todas las oportunidades que le fueron brindadas y convertirse en un despojo de la sociedad, siempre borracho y perdiendo lo que no tiene en el juego!

—No me interrumpáis. Quiero que antes de marcharos reflexionéis conmigo sobre eso precisamente. Nunca he conocido a nadie con más avidez por tomar cuantas oportunidades se os han

brindado. El día que yo parta de este mundo me iré tranquilo porque os confío a mi hija y a mis nietas, mi casa, mi nombre y mi legado. Gracias, querido José, por ser el hijo que nunca tuve. Gracias por cuidar a mi otro tesoro, la zarina, y el que siempre ha sido el objeto de mi estricto cumplimiento del deber: Rusia.

José agachó la cabeza y acercó a Betskói para fundirse en un abrazo con él. Aquellas palabras de un hombre tan parco en ellas eran su mejor recompensa. Ese mensaje, improvisado o meditado, junto al discurso que pronunció en la Cámara de Ámbar el día de su boda con Nastia eran las medallas más codiciadas por cualquier hombre de bien. Betskói representaba los valores de las personas hechas a sí mismas: el esfuerzo, la cultura, la academia, y también la nobleza heredada que tantas veces le fue negada por los Romanov al no haberle reconocido la legitimidad en su linaje como hijo de Trubetskói.

—Madre, madre, el abuelo por fin ha reconocido que es vuestro padre —dijo la pequeña Catalina emocionada. De vez en cuando se le escapa.

—No recuerdo haber dicho algo así —le replicó Iván Betskói guiñándole un ojo.

Nastia había entendido perfectamente que su padre quería conservar de algún modo la dignidad por haberlo ocultado toda la vida, pero que ahora que se acercaban sus últimos años quería dejar claros los lazos familiares para que, cuando él no pudiera cuidar de todos, los demás se encargaran de cuidarse entre sí.

—Dejad tranquilo al abuelo, Catalina. A veces parece que te divierte molestarlo.

José había sido nombrado contraalmirante y le iban a ser entregadas formalmente las medallas. Todos estaban seguros de que lo que deseaba la zarina era crear hábitats en los que sus lágrimas no parecieran desaforadas. Preparaba decorados ceremoniosos utilizando cualquier pretexto para poder llorar sin pudor. Se sentía tremendamente sola desde la muerte de su marido secreto, y había perdido el colchón para sus ánimos que era para ella su presencia. Una presencia que le garantizaba que, pasara lo que pasara, podría caerse sin miedo porque él soportaría sus errores y los taparía o los enmendaría.

Catalina se había quedado sola, aunque Zúbov estuviera a su lado

capitalizando esos sentimientos de angustia. Ella no era capaz de sobreponerse y él seguía acumulando todos los cargos y categorías que iban quedando vacíos. Había «heredado» los de Potemkin sin tener ninguna de sus cualidades. En la corte la preocupación se multiplicaba porque se concentraban en una persona sin valor y con demasiado poder gran cantidad de títulos.

Aquel hombre sin más méritos que ser una buena compañía para la Matushka acaparaba todos estos honores: era a la vez Su Alteza Serenísima, general en jefe, ayudante general de Su Majestad Imperial y director general de Fortificaciones.

Sin haber pisado el frente era comandante en jefe de la Flota del Mar Negro, de la Caballería Ligera Voznesenski y del Ejército Cosaco del Mar Negro, jefe del Cuerpo de Caballería, gobernador general de Ekaterinoslav, de Voznesensk y de Táurida, miembro del Colegio Militar del Estado, del Orfanato Imperial y benefactor honorario de la Academia Imperial de las Artes, que seguía presidiendo Betskói.

Era también caballero honorario de las órdenes rusas de Santa Ana, San Andrés Apóstol y San Alejandro Nevski; había sido reconocido con la condecoración de Águila Real Prusiana Negra y Roja, Águila Blanca Polaca y de San Estanislao. Tenía además el título de gran duque Holstein.

Con tantos nombramientos, mucha juventud y ambición, Zúbov no tenía ni siquiera el contrapeso del fuerte carácter de la soberana, que cada vez parecía más una señora caprichosa volcada en la redacción de manuales para el uso del Instituto Smolny. En esta labor la Matushka había encontrado algo de refugio personal, aunque desatendiera sus funciones. Estaba terminando su último libro, *Considerando los deberes del hombre y del ciudadano*, para que las alumnas, todas ellas mujeres nobles, conocieran sus obligaciones para con Dios y la sociedad, y además tuvieran a mano los consejos de la zarina sobre salud, higiene y otros asuntos cotidianos.

Los Ribas llegaron al Palacio de Invierno y avanzaron por el pasillo en una comitiva de lo más pintoresca.

—Padre, padre, ahora ya compensa todo el tiempo que habéis pasado fuera. Me casaré mejor siendo mi padre contraalmirante y miembro de Las Águilas de Catalina —dijo ilusionada la pequeña de

las hijas.

—No os falta linaje ni cualidades, ni os faltará dote, pero no os preocupéis por eso. Mirad a vuestra madre, que tardó más que sus amigas y eligió mejor que ninguna —replicó Betskói.

—Eso está aún por ver —respondió Nastia coqueta mirando a su marido.

En primera fila, José, Nastia e Iván. Los seguían sus hijas, acompañadas por una dama vieja y desagradable a la vista; tras ellas, Manuel y Félix de Ribas, los hermanos de José, que vivían instalados en el palacio donde residían los Betskói-Ribas, ya que era lo suficientemente amplio para que pudieran vivir todos y a José le gustaba tenerlos cerca para que lo auxiliaran en la ejecución de sus planes, la gestión de su patrimonio y el sostenimiento logístico de la familia.

Al pasar junto a las bancadas a un lado del salón del consejo, José detuvo el paso y miró al suelo con un aire inevitable de tristeza. Ninguno de sus acompañantes se atrevió a preguntar. Estaba visiblemente emocionado. Su cuerpo estaba allí parado, pero sus recuerdos habían volado once años atrás, cuando esperaba la salida de Potemkin de su reunión con el Gobierno. En aquellos tiempos, el príncipe, apenas entraba en los cuarenta y tenía la fuerza huracanada de su voz como estandarte de su carácter tosco y fanfarrón. «La Matushka no es mujer para vos, subcoronel Ribas», le había dicho. El español oyó resonar las palabras de antaño como si volviera a febrero de 1781, cuando imploraba poder unirse a su expedición. Se recordaba a sí mismo como un burgués acomodado a la labor docente y burocrática del Cuerpo de Cadetes, un extranjero llegado casi por casualidad a la corte, que se había adaptado como un pez del océano puede acostumbrarse al estanque de un palacio.

Había pasado mucha vida entre aquel día, en el que llegó a aquel lugar con la ilusión de un cambio de vida, y este otro, en el que iba con su familia a recoger los honores por las batallas ganadas en más de una década.

Mientras pasan los años, se acumulan la experiencia, las vivencias y la sabiduría, pero también las pérdidas. En ese instante, que no duró más de diez segundos, Ribas recordó las palmadas en el hombro de su admirado Potemkin, los abrazos de su hermano Andrés, las caras de algunos de sus hombres perdidos, y hasta las cabezas de

algunos turcos a los que había decapitado con sus propias manos para dar ejemplo a las tropas.

José tragó saliva y continuó caminando. Betskói y Nastia volvieron la vista hacia sus hijas, hacia Manuel y Félix, para asentir con complicidad y trasladarles la seguridad de que todo estaba bien.

—Sigamos. Hoy es un día muy importante para la familia. Pero lo que veréis es solo el recordatorio de quién soy. Nunca olvidéis quién os ha ayudado en vuestro camino. En este momento me acuerdo de Orlov, que me trajo a Rusia; de vos, Betskói, que me acogisteis y me enseñasteis gran parte de lo que sé, y desde el primer día me tratasteis como a un hijo, y del príncipe Potemkin, que en este preciso lugar me dio la oportunidad de sumarme a su equipo.

Avanzaron hasta la galería ligera, donde se ubicaba el salón del trono. Todo era grandioso y la zarina había querido recibir allí a la que sabía que era su única familia más allá de sus hijos y sus dos queridos nietos.

—José, exagerad vuestro agradecimiento —le pidió su esposa—. La Matushka ha querido rememorar la gloria de otros momentos, aquellos en los que este salón de mil metros cuadrados acogía celebraciones, bailes suntuosos y las más pícaras escenas que anunciaban las orgías de después.

—Qué recuerdos, querida. Entre estos muros siguen retumbando las ordinarias proposiciones de Potemkin en el oído de la zarina y las conversaciones con los altos dignatarios de las potencias europeas para gestionar las alianzas y, cómo no, los sonoros desencuentros.

Catalina echaba de menos la frescura de la difunta condesa Bruce. Le habría gustado poder recordar junto a ella sus correrías de muchas décadas, cuando encontraban placer y divertimento en las pieles sudorosas de cuerpos extraños. Cada día que pasaba era todo más remoto, y se veía más ridículo a través del filtro del tiempo y el peso de la propia biografía. Sin embargo, a la zarina le encantaba poder recibir allí a José de Ribas con su familia. Él sí simbolizaba muchas cosas por las que quería ser recordada. Aquel hombre había pasado por su cama durante años, y se había quedado en su vida para siempre. Ahora Catalina ya había reflexionado sobre lo que buscaba y sabía que esas ansias enfermizas por conseguir todo lo que se le antojaba y por saberse poderosa y deseada eran solo la expresión de sus complejos y su necesidad de sentirse querida.

Con el tiempo, entendió cuánto daño le había hecho Pedro el Cruel, su primer marido, el único reconocido. También el daño que les había hecho a los dos su tía, la emperatriz Isabel. Un daño peligroso para la mente y el futuro. Un daño que asegura las secuelas que se dejan sentir al estar apartado de los lugares en los que uno cree que debe estar. También había comprendido que en su casa de origen sus padres no la quisieron bien. No le hicieron mucho caso hasta que pudieron cambiarla como al doblón de oro necesario para garantizar la buena vida de todos los miembros de la familia y el ascenso social y dinástico de su linaje. Su madre nunca fue feliz con su padre. Se decía que no tuvieron relaciones y que por eso ella buscó el amor en los brazos de Betskói en dos etapas muy diferentes de su vida: la de la concepción y nacimiento de Catalina, y la del nacimiento de Nastia.

Los nietos de la soberana, Alejandro y Constantino eran su refugio. No tenían nada que ver con el ignorante de su padre. Ellos habían sido formados por los mejores en cada materia y tenían una educación ilustrada, regia y cosmopolita. Además, habían crecido en el amor por Rusia y por su abuela. Con su nuera no tenía una relación cariñosa. Era sabido por todos que María era la única persona fiel al zarévich y su único apoyo sincero. Aun así, ambas se respetaban y compartían la tarea de formar a los Romanov mejor capacitados para ocupar el trono de toda la historia. La parte que dependía del carácter o del talento tendrían que demostrarla, pero su educación había sido cartesianamente gestionada por su madre y su abuela.

Con aquella situación y con sesenta y cuatro años a sus espaldas, Catalina esperaba sentada en el salón del trono a los Ribas. Regia, vestida de azul con un caftán antiguo y ya usado, como quien renuncia a la pompa y el gusto por el lujo. La ilusión muda de piel cuando envejece, y ella ya no encontraba placer en la vestimenta. A Nastia, ver a la emperatriz con un vestido en el que se atisbaba la marca de un leve cerco de sudor, le producía un dolor irreprimible, no por el detalle, sino por la falta de entusiasmo que implicaba.

—Quién la ha visto y quién la ve. Le han caído veinte años encima desde la muerte de Potemkin. Ha pasado la vida por nosotros —susurró espantado Ribas, que se había puesto frente al espejo del paso del tiempo.

—Callad, por favor —lo reprendió Betskói.

Catalina veía avanzar a aquellas personas hacia ella por el salón.

Oía retumbar los pasos debido al calzado nuevo que estrenaban para la ocasión. Apreciaba la llegada de su padre y maestro, de su hermana, sus sobrinas y su cuñado, que había sido su amante y al que quería y respetaba. Ellos formaban parte de su núcleo más allá de los apellidos que constaran en sus partidas de nacimiento.

Sonrió y miró a Zúbov para que pudiera ver en ella una de las pocas muecas dulces de los últimos tiempos. El favorito se acercó, tomó su mano como la de una madre y la besó. Así era aquella relación. Platón Zúbov era el hijo que a Catalina le habría gustado tener. Suplía su falta de cualidades con una actitud leal y casi servil. Desde fuera podría parecer patético y rijoso, aunque por dentro era para la soberana el perfecto cojín en el que apoyar la corona en sus largas horas de soledad. Con la muerte de Potemkin había perdido su «colchón» y solo le quedaba aquel «cojín».

Al llegar a cuatro pasos del trono, tal y como marcaba el protocolo, la comitiva se detuvo y todos excepto José se colocaron a ambos lados, en el lugar en el que terminaban las cortinas del dosel que cubría el asiento real.

—Contraalmirante Ribas, qué placer para los sentidos tenerlo de nuevo en casa. Al menos vos habéis llegado sano y salvo.

—Majestad, hasta el último de los suspiros del príncipe, de mi admirado Potemkin, fue dirigido a vos y al imperio. Recibid mis condolencias más sinceras.

Catalina rompió a llorar desesperadamente, sin pudor, olvidando el asiento que ocupaba.

—Fue mi leal compañero. Desde que llegó a mi vida nunca estuve sola en la gobernanza del imperio. Ha fallecido el más gallardo y valiente estadista que ha dado Rusia. ¿Por qué, Dios mío? ¿Por qué me habéis abandonado?

Un siervo salió a hurtadillas del salón del Trono. Los grandes duques Pablo y María tenían topos en el palacio para captar el pálpito de las debilidades de Catalina y saber todo lo que acontecía en la que, más pronto que tarde, debía ser su futura casa.

Zúbov animó a la zarina a recomponerse y la ceremonia transcurrió con el sabor agridulce que dejan la senectud y la decadencia hasta para premiar los triunfos.

28

San Petersburgo,
9 de octubre de 1793

Catalina estaba en sus horas más bajas. Quienes la habían conocido en su época de esplendor estaban muy inquietos por la deriva oscura y melancólica que había adoptado desde la muerte del príncipe. A medida que pasaba el tiempo, una nebulosa negra parecía colocarse frente a sus ojos constantemente. Tenía sesenta y cuatro años y la vida empezaba a pesarle. Su cuerpo estaba viejo y su dura disciplina diaria ya no era fácil de soportar.

—Hoy es un día importante para Rusia y yo tengo que conseguir a toda costa que ese maniaco depravado de mi hijo no herede el trono. Cómo pasa el tiempo... ¿Quién me iba a decir que acompañaría a mi nieto Alejandro al altar en su matrimonio?... Hace nada era un niño y ahora ha de ser el destino del imperio. Tiene que ser zar. Lo que Potemkin y yo hemos construido es demasiado importante para dejarlo en manos de un perturbado como Pablo.

La zarina hablaba con las dos damas que la preparaban para tan especial ocasión. Ella se miraba al espejo esperando tal vez una respuesta imposible mientras aquellas mujeres le colocaban la peluca y las joyas. Había elegido para la ocasión un aderezo de brillantes que convertían a la zarina en un puro destello. La gargantilla pesaba, pero era de una belleza impactante. Tres filas de piedras tapaban las arrugas del cuello y la rejuvenecían aportando luz a su cara. La soberana luciría también su reloj de rubíes y diamantes. Era una joya importante, con un engarce de *pavé* con un monograma de rubí y la corona imperial en su cúspide. El oro era casi invisible por esa técnica de montaje, y se adornaba con más figuras que colgaban sobre el reloj, como una llave, una estrella y un sol.

En el fondo de su corazón, estaba nerviosa. Iba a llevar al altar en algo más de una hora a su nieto primogénito. Qué bonito se antoja el

amor entre jóvenes.

—Majestad, estáis preciosa. Nadie que no os conociera podría pensar que sois la abuela. Estáis más bella que la mayoría de las madres en los días que ejercen como madrinas.

Alejandro contraería matrimonio con Isabel Alekséievna, una joven alemana de catorce años, tres menos que él, que ya estaba en sus diecisiete. De soltera, la novia era Luisa de Baden, aunque en el mes de mayo ya se había convertido a la religión ortodoxa y había sido bautizada con el nombre que usaría en su vida pública y, algún día, como emperatriz de Rusia.

—La prometida de Alejandro me parece una candidata ideal. Además de ser atractiva y estar muy bien preparada, genera vínculos con la realeza. El hecho de que su hermana mayor, Federica, esté casada con el heredero al trono de Suecia nos liga a los eslavos. Estas alianzas solamente pueden tener consecuencias positivas para nosotros y nuestra influencia en Europa.

La soberana estaba convencida de la lealtad de sus nietos. Para algo los había criado desde el mismo momento en que vieron la luz. No solo era la lealtad lo que movía a Catalina a ver a Alejandro como un futuro gran gobernante. Había sido educado en las enseñanzas de Rousseau, y además de contar con unos modales exquisitos, era culto, amable, atento e inteligente.

Catalina, mientras terminaban de ponerla a punto, recuperó el silencio. Recordaba momentos duros de la relación tormentosa que había tenido durante toda la vida con Pablo. Si hubiera sido hijo biológico de Pedro el Cruel, no se habría parecido tanto a él. Pablo había crecido en una corte que jamás entendió. No quiso comprenderla ni integrarse porque no la aprobaba. Detestaba que su madre compartiera con sus amantes, además de la cama, la tarea del gobierno. Más allá de la falta de unión entre madre e hijo, Pablo vivía con un temor reverencial a ser exterminado. La paranoia había nacido con los rumores sobre el asesinato de su padre a mano de los Orlov, y ese miedo había ido creciendo y creciendo hasta convertirse en una manía persecutoria patológica. La personalidad de Pablo siempre estuvo marcada por la falta de consideración de su madre hacia él. Ese desprecio era real, no una fantasía de Pablo.

Catalina estaba convencida de que la mejor opción para la sucesión era su nieto. Por eso hacía años que había dejado un

testamento ológrafo guardado en un cajón de su despacho en el que había firmado con Alejandro que ambos entendían que era lo mejor para el imperio debido a la escasa capacidad para gobernar de Pablo. Este documento, guardado bajo llave, era conocido por Betskói y Nastia, que lo habían firmado como testigos para poder acreditar su autenticidad cuando hubiera que ejecutarlo después de la muerte de Catalina. El tiempo pasaba y todos se iban haciendo mayores. A la soberana le preocupaba mucho que, si la vejez seguía dándole tregua a ella, pero se llevaba a sus personas queridas por delante, los testigos no pudieran ejecutar sus últimas voluntades.

El gran duque Alejandro no tenía ansias de poder ni aceptaba los estímulos de su abuela para intentar saltarse a su padre en la sucesión al trono. El joven se tomaba la vida con filosofía y parecía buscar la felicidad deleitándose en su condición.

—Abuela, tenéis que entender que esté deseoso de vivir la vida. Me caso con una mujer preciosa. Queremos viajar y disfrutar de las inmensas posibilidades que nos brinda nuestra situación. Somos de una de las familias más respetadas del mundo y aún no tenemos las responsabilidades del trono. Entenderéis que no tengamos prisa por soportar la losa del deber.

Alejandro repetía este mensaje con frecuencia a Catalina porque sabía cuánto le molestaba que fingiera displicencia. En cambio, vigilaba de cerca las conductas teñidas de locura de su padre. También estaba espantado por el despilfarro de su abuela en su favorito y en toda la familia Zúbov. Aunque siempre había sido generosa con todos los hombres a los que quería, el incremento patrimonial de Platón y de los suyos empezaba a asemejarse más a un desfalco de las arcas de la corona aprovechando la fragilidad que los años y la falta de salud provocaban en la soberana.

Aunque lo disfrazara de indolencia, Alejandro tenía miedo. Sabía que cualquier movimiento podía suponer una revuelta palaciega o una sublevación popular, y el ejemplo de Francia, donde ese mismo año habían guillotinado al rey, azotaba su cabeza sin parar. Creía que era mejor no correr riesgos haciendo cambios.

El vestido de la novia era una joya. Estaba realizado con organza gris perla y bordado con brillantes, marfil teñido y tallado e hilo de plata. A la familia de Isabel todo le parecía poco para emparentar con una leyenda. Catalina se había convertido en un icono de la moda en

sus años más licenciosos. Los Baden querían epatar a la corte rusa y sabían que era complicado. Federica, la hermana de la novia, con todas las influencias que tenía sobre su suegra Sofía Magdalena de Dinamarca, esposa del rey Gustavo IV, había cursado la petición para el vestido. A la reina Sofía le pareció un divertido juego y hasta un reto tener que impresionar con una prenda a la zarina. Por eso Isabel Alékseievna había sido puesta en manos de su ayuda de cámara para que esta la vistiera.

Y lo habían conseguido. Catalina esperaba junto a su nieto en el altar a Isabel. Ella avanzaba espectacularmente hermosa y el vestido, tan pesado como rico, parecía querer conectarla aún más a la tierra. La zarina miraba de reojo a los grandes duques Pablo y María, que desde la primera fila parecían maldecir la usurpación de sus puestos principales por la sempiterna abuela.

—Gracias, querido nieto, por decidir que sea yo quien os acompañe hasta el altar. Vuestro padre lleva años rezando por una orfandad que no llega. Ahora mismo tiene que odiarme tanto como lo ha hecho siempre.

—Abuela, no fastidiemos el día con vuestras peleas. Ahí viene mi bella esposa.

—Y viene muy bella, hijo. Se han esmerado en estar a la altura.

Las relaciones familiares eran cada vez más distantes y frías. La locura de Pablo hacía que quienes se querían acercar a él para conseguir algún favor, acabaran alejándose por miedo a sus reacciones fruto del rechazo frontal del zarévich cuando comenzaba a imaginar que pretendían asesinarlo.

La iglesia del Palacio de Invierno era una auténtica joya decorada en blanco y oro. La cúpula de madera era impresionante por su altura y por la unión de sus aristas, con una decoración pictórica y de estuco que hacía casi imposible a los extranjeros fijar la mirada en los novios. Era un auténtico tesoro artístico, como casi todo lo que creaba la emperatriz.

Rastrelli, uno de los arquitectos favoritos de Catalina, había diseñado una nave similar a un salón de palacio. Las separaciones entre el refectorio, la cúpula y el altar se hacían con pilares apoyados en los muros de carga. El creador italiano hizo del iconostasio, con tres niveles diferentes, la prolongación de la decoración del resto de la iglesia. Todo talla, pintura y velas, con la salvedad de un imponente

arco sobre el altar.

Ciertamente se trataba de un lugar que hacía contener la respiración, máxime cuando se escuchaba la música del órgano y la orquesta de cámara, seleccionada personalmente por Catalina, que había encargado composiciones musicales especiales para regalar a su nieto. Aunque desde la muerte de Potemkin no había vuelto a ser la misma, en el arte de deslumbrar a los demás no tenía rival. El templo había sido construido en la década de los sesenta, pero Alejandro era el primer Romanov en casarse allí. La otra boda real desde su terminación había sido la de los grandes duques Pablo y María, y se había celebrado en Tsárskoye Seló.

Aquella ceremonia era muy importante también para los Ribas. Asistía el príncipe Pedro Dolgorukov, un general de infantería ruso que había servido al imperio como gobernador de Kaluga y Moscú, aunque también había estado al mando de la planta de armas de Tula. En aquel enlace tenía un cierto protagonismo porque era ya el ayudante de campo del novio. Ese día, Sofía, la primogénita de José y Nastia, comparecía públicamente por primera vez como prometida del hijo del príncipe Dolgorukov, a quien se le auguraba una triunfal carrera en el ejército. Sus dotes naturales habían sido entrenadas con la disciplina de un padre tan bueno en sus enseñanzas como para haber seleccionado para acompañar en su vida adulta al zarévich Alejandro.

—Sofía, hija, estáis demasiado callada para ser un día tan especial para vos —le dijo su padre—. Vuestro prometido es un apuesto joven, estáis enamorada y llena de ilusiones y habéis podido elegir entre lo mejor de la sociedad petersburguesa. Tenéis las mismas posibilidades de triunfar que tuvimos vuestra madre y yo.

—Por eso mismo, padre. Llevo toda mi vida escuchándoos decir que soy «dueña de mis silencios y esclava de mis palabras», y no quiero empañar mis recuerdos con algo inapropiado —musitó la joven.

—Rezumáis genes Ribas y Betskói, hija mía.

Sofía de Ribas estaba preciosa. Su madrina, la emperatriz, había escogido un vestido para ella y se lo había regalado. Era de un rosa empolvado que jugaba con la plata en los cordones y en las piedras bordadas. Quería que las jóvenes de su familia tuvieran todos los caprichos y las oportunidades que ella tuvo que labrarse. La zarina

siempre había entendido que la indumentaria era un lenguaje lleno de mensajes, y pretendía que las damas más cercanas en su corte fueran percibidas como inteligentes, independientes, poderosas y, sobre todo, que trasmitieran que sus cerebros eran dueños de sus decisiones.

De hecho, la emperatriz quería aprovechar el enlace para presentarle a la familia de la contrayente a la más pequeña de las hijas de José y Nastia. Federica, la hermana de la novia, había ido acompañada por su marido, Gustavo Adolfo de Suecia, heredero al trono en el vecino país eslavo. Catalina pensaba que si casaba bien a su ahijada, la segunda de las hijas de Ribas y Nastia, podría afianzar nuevas relaciones que pasarían a ser lazos familiares. La zarina, en todo su esplendor de madrina del enlace, presentó a la joven al heredero al trono sueco.

—Alteza, tengo el honor de presentaros a mi ahijada Catalina Osipovna de Ribas. Su belleza solo es equiparable a su gran personalidad, tan sofisticada como cultivada. Su bisabuela era sueca, la baronesa de Wrede, la madre de una de las personas más próximas a mí y artífice de gran parte de mis éxitos como es Iván Betskói, el abuelo de la niña.

—Majestad, yo no soy su abuelo —interrumpió Betskói.

—Dejémonos de hipocresías, que somos todos muy mayores —prosiguió la zarina—. Me encantaría, Gustavo, que tuvierais presente a mi ahijada para buscar un compromiso que nos vinculara de manera más estrecha.

Catalina hizo caso omiso a su viejo consejero, que pretendía enturbiar su discurso con nimiedades propias de otra época negando la paternidad de Nastia. La soberana insistió en su relato y comprendió enseguida que con presentaciones así podría seguir extendiendo su poder en la generación siguiente. Gustavo Adolfo de Suecia había recogido el guante e incluyó a la benjamina del español en su lista de candidata a su corte.

—Será un placer —respondió el heredero mirando con lascivia reprimida a la menor de los Ribas.

Mientras, el contraalmirante, ajeno a las intenciones de la zarina de casar bien a la segunda de sus hijas, se paseaba entre todos aquellos que podían ayudarlo en su sueño de construir una ciudad portuaria en Jadsibey. Esa era su prioridad, su capricho para el futuro. Siempre que podía se escapaba a los restos de la fortaleza de Yeni

Dunai desde los astilleros de Nikolaev, en compañía de sus dos hermanos, Félix y Manuel, quienes estaban ya en todos sus proyectos, para poder avanzar en sus planos. José tenía obsesión porque Félix conociera cada centímetro de sus mapas y planteamientos. Quería que su hermano menor lo auxiliara en todo como le habría gustado a él hacerlo con su padre. Se instalaban en la fortaleza y pasaban las horas muertas hablando sobre lo que debería de ser la maravillosa ciudad nueva. Los hermanos cerraban los ojos y recreaban las palabras de José en su mente, construyendo las imágenes en su cerebro. Ya tenían calculados hasta los primeros presupuestos para empezar la construcción.

Platón Zúbov se acercó al español e interrumpió su conversación con un comerciante.

—Querido amigo, ¿ya estáis entreteniendo a nuestros invitados con vuestro sueño de Jadsibey?

—¿Con qué si no, su excelencia? —replicó Ribas al favorito—. La primera calle del puerto, la gran avenida, tendrá el nombre de la zarina, pero contad con una plaza con el vuestro.

—No olvidéis esta conversación, Ribas. Os tomo la palabra.

El ambicioso favorito y el español se dieron una palmada en la espalda con la familiaridad de una pretendida amistad. Nadie debía interponerse entre José y su sueño, y mucho menos el de un favorito de segundo nivel. Si el español pudo aliarse con el gran Potemkin, no sería Zúbov su enemigo, sino todo lo contrario.

29

San Petersburgo, 27 de mayo de 1794

Era un martes soleado. A mediodía, Platón Zúbov llegó a casa de los Betskói. Aunque no era la primera vez que los visitaba, sí era la primera ocasión en la que se presentaba sin previo aviso. Traía el semblante tranquilo y una sonrisa se dibujaba en su cara como pocas veces.

—Querido Zúbov, ¿qué os trae por esta humilde morada? —le preguntó el anfitrión, que había salido en cuanto el servicio le anunció su llegada.

—Nada que deba preocuparos, querido maestro. Nada grave. Pero si no os importa, me gustaría hablarlo a solas con el contraalmirante Ribas. Es una noticia que espera con ansia desde hace tiempo...

—¿No será...?

—No seáis impaciente —replicó Zúbov levantando el pergamino que traía enrollado y atado con una cinta roja, como cualquier documento relevante que salía de palacio.

—Solamente os pido que, si es lo que creo, me dejéis estar presente. No quiero perderme la cara de ese hombre. Pensad que esta fue su primera casa en San Petersburgo y que, desde que llegó, he seguido sus pasos en cada momento. Permitidme que os acompañe.

Zúbov y Betskói acordaron que el favorito de la emperatriz los esperaría en la biblioteca y que el viejo iría a buscar a José sin decirle el motivo. Aquel día parecía que iba a ser importante en la vida del español y él no sabía que las noticias a veces viajan solas.

El viejo volvió a los diez minutos, cuando Platón Zúbov comenzaba a desesperarse. Betskói se sentó en la misma silla en la que se acomodó Ribas el día que llegó a la ciudad.

—Su excelencia, disculpadme, pero ha salido con su hermano Félix a hacer una gestión. Permitid que os sirva un vodka mientras

esperamos su vuelta. He enviado a dos mozos para que lo localicen y lo traigan de vuelta.

Ambos sabían de qué se trataba, pero estaban impacientes por ver la ilusión infantil con la que José acogiera la noticia. Les había repetido hasta la saciedad cómo se había enamorado del enclave a los pies de la fortaleza de Yeni Dunai cuando participó en la toma de Jadsibey y Rusia se anexionó esos terrenos.

—Ribas está convencido de que ese lugar es el acertado para construir el puerto más importante del mar Negro, que permitirá al imperio crecer sin límites en el aspecto comercial —aseguró Betskói—. No deja de repetir que los rusos debemos tener cubierto el flanco sur por la debilidad estratégica que implica la imposibilidad de acceder al Mediterráneo sin bordear el continente. Esta fue la obsesión de Potemkin durante toda su vida y Ribas la ha hecho suya.

Cuando el contraalmirante español regresó a la capital, Betskói y él habían acordado que la postura más inteligente era estar cerca del ambicioso favorito. Catalina seguía tan fuera de sí, tan deprimida y decadente que delegaba gran parte de las decisiones en su joven amante. En aquella casa en la que Iván y Zúbov aguardaban a que el español recibiera la noticia, se tenía conciencia de que la mejor manera de mover al títere era convencerlo de que tenía que subir los brazos cuando a ellos les interesara y bajarlos cuando les conviniera.

—No creais, Betskói, que ha sido una gestión fácil. He tenido que involucrarme personalmente —dijo Zúbov atribuyéndose el mérito—. Desde que se firmó la paz de Jassy, había dos propuestas sobre la mesa de la zarina para la construcción de una ciudad portuaria en el mar Negro.

—Es cierto, alteza. Ribas llevaba tiempo insistiendo en lo de Jadsibey. Durante su estancia allí había pasado horas y horas, junto a sus hermanos, midiendo, dibujando y tomando notas. Él valora mucho vuestra ayuda.

—Pero debéis recordar que no es la única opción para la construcción de un puerto. El vicealmirante Mordvínov, que detesta y envidia a partes iguales al español, defendía la opción de levantarlo en Ochákov, con sólidos argumentos a su favor porque la ciudad tiene ya cierta magnitud y no habría que construirla desde la nada. Además, debéis saber que ha utilizado con ensañamiento las acusaciones de malversación que en algún momento han sido vertidas sobre Ribas,

para sembrar la desconfianza y ofrecer la garantía de su reputación intachable.

Betskói y Ribas no lo olvidaron. Por eso habían decidido contraatacar con el susurro incansable a la zarina del más veterano de sus consejeros y, a la sazón, su padre; de su amiga, y hermana, Nastia o Bibí, como ella prefería llamarla; y del joven Zúbov.

—El aval que tiene la opción de Jadsibey —prosiguió Zúbov— es tan solo la convicción de Ribas.

—Por otra parte, su excelencia, hay que reconocer que este hombre, en cuestión de estrategia, no ha tenido un error remarcable jamás.

—Coincido plenamente con vos, Betskói, pero ya han surgido objeciones contra el español. El teniente Rostopchín, que ambos sabemos que no es más que un oficial sin mucha valía que pretende ganarse los favores de Pablo, está calumniando a José con acusaciones de hurtos al erario público por un valor de quinientos mil rublos anuales. La envidia de los mediocres no soporta el éxito de un extranjero con agallas que ha alcanzado cotas a las que la mayoría de los rusos no pueden aspirar.

Como José sí sabía todo eso, la mejor forma de protegerse y convertirse en la opción de Catalina era tener cerca al caprichoso galán que dormía con ella. El viejo Iván le había explicado al español que Catalina había gastado más fondos públicos en los últimos seis años en darle capricho al actual favorito de los que había invertido en Potemkin en un tiempo tres veces mayor. Era el único de sus favoritos que había recibido heredades con más de treinta mil almas. Pero no se trataba solamente de él, sino de toda la familia. En la corte se comentaba, no sin cierto escándalo, que Valeriano Zúbov, su hermano, había recibido la friolera de un millón de rublos. También que su padre, Alejandro Zúbov, era el que recaudaba todo el dinero y «se» estaba buscando un nombramiento adecuado para «situarlo» bien en la Administración del imperio.

De hecho, la estrategia de halagar a Zúbov no suponía una genialidad, sino más bien de seguir la tendencia de la corte. La adulación colectiva rayaba en el ridículo. El más claro era el mono de Platón: el exótico animal conocido popularmente como «el favorito del favorito» se divertía saltando sobre las cabezas de los cortesanos y arrancando sus pelucas. Su dueño, a quién cada día aburría más la

vida palaciega, encontraba esto desternillante y reía a mandíbula batiente.

—Este mono es el terror de la corte. No hay nada que me divierta más que verle arrancaros vuestras pelucas. —Reía estrepitosamente Zúbov entre comentarios de falsa resignación de los afectados.

De hecho, los cortesanos más ávidos de la atención del amante de Catalina, y con la esperanza de que sus simpatías se tradujeran en favores y privilegios, se encargaban los postizos cada vez más llamativos y excesivos para que el animal se sintiera atraído por ellos. Todo aquel que quería medrar buscaba cada vez modelos mayores, más caros y disparatados. El peluquero de la corte era el mayor propagandista de las bondades que podía conllevar conseguir la atención depredadora del mono.

El ridículo no entendía de clases ni categorías cuando se trataba de conservar los favores de la emperatriz y la posición en la vergonzante tribu en que se estaba convirtiendo la corte de Catalina. Por primera vez, las quejas del gran duque Pablo comenzaban a estar fundadas. Cualquier baile imperial parecía más una comparsa teatral de las que hacían las gracias del zafio público de los suburbios. La adulación excesiva había llegado hasta la élite, hasta personas como el afamado y notable teniente general Kutúzov, aquel oficial amigo al que José había sustituido al frente del regimiento Mariupolski y con el que tantas batallas había librado en el mar Negro, que se encontraba ahora al frente del Cuerpo de Cadetes.

—No os equivoquéis cuando escuchéis a algunos oficiales presumir de cercanía al favorito. Solo a mí me corresponde el honor y el privilegio de prepararle el primer café de la mañana —alardeaba en público —. Eso demuestra que confía en mí más que en ningún otro.

Confidencias así producían escalofríos a todos aquellos que sentían nostalgia por la época de esplendor de Catalina. Resultaba humillante ver arrastrándose así a alguien que simbolizaba el antiguo espíritu de la nobleza. Kutúzov, el camarero del primer café de las mañanas del favorito, había sido nada más y nada menos que comandante de Izmaíl y de todas las fortalezas del Prut, el Dniéster y el Danubio, y hasta embajador plenipotenciario en Constantinopla.

La del café era una buena estampa de la diferencia entre Pablo y

Catalina. La emperatriz se había hecho adicta a esa bebida solo accesible para las élites. La servidumbre del palacio de la emperatriz admiraba que fuera la primera en levantarse, mucho antes que todo el personal a su servicio, y que se preparara y sirviera ella misma su café sin ayuda. Su hijo se levantaba tarde y hacía ir a un general a preparar la primera bebida de la mañana.

Betskói y Zúbov conversaron animadamente hasta el regreso de Ribas. José abrió la puerta de la biblioteca azarado y sudoroso.

—Alteza, decidme que no hay ninguna desgracia.

—Tranquilo, contraalmirante Ribas, solamente he querido entregaros personalmente estas buenas nuevas. —Zúbov extendió la mano para entregar el legajo al español.

Betskói lo miró y asintió con un gesto paternal de ánimo para que desenrollara pronto el papiro. José estaba nervioso porque intuía lo que iba a leer. Si era así, sería una ventolera de ilusión para aquella época sin brillo en la historia del imperio. Le temblaban las manos.

—Por fin, por fin... Leo: «En San Petersburgo, a 27 de mayo de 1794, bla, bla, bla, Catalina I, zarina de todas las Rusias, bla, bla, bla, decreto por el que se autoriza la construcción de una ciudad portuaria en las inmediaciones de Jadsibey... bla, bla, bla... se encomienda esta tarea y se pone al frente del proyecto al contraalmirante José de Ribas, impulsor de la idea y artífice de los planos, bla, bla, bla...». ¡Nastia, Sofía, Catalina! Venid aquí todas. Tenemos que brindar. ¡Manuel, Félix! ¡Preparad vuestros equipajes, que en breve partimos!...

El español abrazó efusivamente a Betskói y después a Zúbov. Sus sueños se harían realidad una vez más. Pero este era EL sueño, EL proyecto.

—Contraalmirante, leed con detenimiento, vuestra ciudad ya tiene nombre... Catalina ya lo ha decidido.

El español buscó nervioso en el texto y gritó en griego.

—¡Eureka! Odesa... Odesa... Seré el fundador y el constructor de Odesa. Vive Dios que no habrá puerto igual en Rusia. Diseñé el primero siendo un niño y acabaré mis días trabajando en este.

—Alguien le sugirió a Catalina llamarla Odessos, por eso de los nombres griegos que tanto le gustaban a Potemkin, y porque parece ser que en Jadsibey suceden algunos episodios de la *Ilíada*. La zarina, reivindicativa, musitó: «En femenino y en singular, como yo misma: Odesa». Y vuestra ciudad cobró nombre.

—Odesa... Fundaré Odesa... Me gusta el nombre. Mi «tercera hija» se llamará Odesa y tendrá el mejor puerto que conocerá Rusia.

30

Diario de Anastasia Ivánovna Sokolova

San Petersburgo, 31 de diciembre de 1796

Ahora que la vejez acecha y que ya me he vuelto perezosa para encontrarme conmigo a solas, mi querido diario, ya solamente acudo a ti para llorar. Soy mayor hasta para eso de las lágrimas, con las que, como bien sabes, nunca me he llevado bien.

Betskói

¡Cuánto envidio a las personas emocionales que encuentran en el llanto su forma de desahogo! Ni siquiera el año pasado, cuando murió mi padre, supe hacerlo. Guardé mis lágrimas y consolé a la zarina, que ya tiene una ristra de nombres de varón por los que sollozar. Con la muerte de Iván Betskói no solo perdía un padre, un asesor y un amigo. Aquel 11 de septiembre se quedaba, probablemente, sin la persona que más la había cuidado. Nos cuidó a las dos. También veló por José, que no deja de lamentarse por no haber podido ir con él una sola vez a Odesa. Repite con melancolía que el viejo tendría que haber construido allí alguno de sus majestuosos edificios como a él le gustaban y como solo él sabía hacerlo: en el lugar correcto, con la luz apropiada.

Catalina lloró cuando murió nuestro padre porque le remordía la conciencia. En los últimos meses, en los de su total deterioro, cuando ya estaba ciego y paralítico en casa, mi hermana no vino a visitarlo. Olvidó todo lo que había hecho por ella con la excusa de que tenía derecho a sufrir como una mártir por la muerte de Potemkin. Repetía una y otra vez que iba a apearse del mundo para sufrir como una viuda. Lo cierto es que, cuando más falta le hacía a nuestro pobre

padre, ella se olvidó de cuanto él le había dado. Se comportó como una ingrata, y el día que murió no supo reaccionar. Ya era demasiado tarde para arreglarlo. Ya no podía darle un beso o pedirle perdón. Con todos los besos inmerecidos, injustos e ingratos que regaló Catalina en su vida y encontró una excusa para no darle uno de despedida a nuestro padre. Tan avergonzada estaba que no apareció ni en su entierro, un modesto funeral que no se correspondía con la grandeza de Betskói. Si José no hubiera estado en Odesa, no habría sucedido algo así. Ellos dos se adoraban. Eso quedó patente en su testamento. Además de mi herencia y la de las niñas, le dejó a mi marido como legado —no a mí, sino a él— dos grandes propiedades y una fortuna en rublos.

La pérdida de un padre es algo dolorosísimo. El mío me educó leyendo a los filósofos y no conozco ni una definición que explique bien este desgarro. Qué aciago recuerdo guardo de aquellos días. Qué suerte tengo de haber tenido un padre así y cómo duele su ausencia.

Cuando fui al palacio a reprender a Catalina, no pude hacerlo. Todos somos frágiles y gran parte de nuestros comportamientos erráticos proceden de la frustración. Me encontré con una perdedora, una mujer triste y sola refugiada en un bribón que se aprovechaba de ella. Mi hermana había construido su historia sobre sólidos pilares, columnas humanas como Iván Betskói y Gregorio Potemkin. Esos pilares ya no estaban y ella parecía haber perdido el control, como si estuviera poseída por una desazón sórdida. Pasaba de la risa nerviosa al llanto, rodeada de tesoros pero sola, y sin recordar cómo solía gobernarse y a la vez gobernar un imperio. La Matushka se había convertido en un despojo desde la muerte del príncipe y me vi consolando a la mujer que más daño había hecho a mi padre en su agonía y que permitió que su funeral fuera la antesala de su olvido en Rusia.

Catalina

Ahora ya no tengo ni a quién consolar. No tengo padre, no tengo reina. Acudo al papel como único lugar para paliar el dolor que siento. Me está matando el sufrimiento por haber perdido a una emperatriz, pero sobre todo a una hermana. Esa certeza que tuvimos siempre

ambas sobre nuestro verdadero parentesco la puedo constatar por el vacío que siento desde hace dos semanas.

¡Ay, Dios! ¿Qué pasaría aquella mañana del 16 de noviembre? Ella no se había levantado a las seis de la mañana como de costumbre. Su ayudante de cámara se extrañó y se decidió a despertarla, pero no estaba en el lecho. La encontró inconsciente en el baño. Cuando la llevaron a la cama, los médicos avisaron a Zúbov de que aquello tenía mal pronóstico. Platón ordenó que me llamaran porque Catalina le había pedido que, si pasaba cualquier cosa, que me avisara a mí la primera.

¿Qué habría pasado si hubiera ido a verla el día anterior? ¿Y si me hubiera quedado a dormir en palacio? Si hubiera pasado más tiempo con ella, ¿habría visto algo en su color? ¿Tal vez en sus gestos? Quizás sí en su humor.

Me mata la culpa. ¿Por qué me siento así con lo tranquila que estoy con respecto a la muerte de mi padre? ¿Soy más frágil tal vez porque no les tengo ya? La culpa y el dolor insuperable me ahogan.

Catalina sabía que nadie protegería su vida como su hermana. El favorito no es mal hombre y cumplió con sus indicaciones. La ha querido bien, aunque se haya aprovechado con avaricia de su puesto para enriquecerse.

Cuando Platón se aseguró de que yo estaba de camino, envió un mensaje al zarévich Pablo, que estaba pasando el día en su residencia del palacio de Gátchina acompañado por algunos de los arribistas que soportaban estar con él, como Rostopchín, el estadista Arakchéyev y Kutaisov. Eran militares sin más fortuna que haber tenido el privilegio de arrimarse al zarévich. El correo solamente le comunicaba que se le esperaba con carácter urgente en palacio.

Pablo llegó cuando ya había caído la noche. José estaba en Odesa y yo trataba de consolar a sus dos afligidos nietos, que la querían mucho más de lo que muchos quieren a su madre. Lo de esos jóvenes era pasión. Isabel, la mujer de Alejandro, estaba especialmente apenada. La cuidaba con esmero porque era su favorita para que la sucediera en sus funciones de emperatriz junto a Alejandro. A Catalina le gustaba mucho más la gran duquesa que su suegra, María, que había demostrado ser tan solo una súcuba del inútil de su hijo.

Al entrar el zarévich en palacio, los siervos le presentaban sus respetos y le deseaban la pronta mejoría de Catalina. Todos rezaban

esperando el milagro. Todos menos él, que precipitaba su paso.

El testamento

Pablo llegaba azarado. Tenía miedo de que hubiera desaparecido el documento del que se había hablado toda la vida. ¿Sería cierta su existencia y que la zarina sentaba en él a su nieto, a su hijo Alejandro, en el trono? Yo sabía que sí porque firmé como testigo, aunque siempre me hice la loca ante los comentarios sobre ese rumor y respondí con evasivas cuando me preguntaban. De hecho, mi hermana me había confiado que estaba en su despacho, de forma que tendría que encargarme de entregárselo yo al consejo de Gobierno si llegaba el fatídico momento de su muerte.

Me culpo a diario de mi desdén. Pensé que mi emperatriz me sobreviviría, que era inmortal, y nunca le pregunté en qué lugar del despacho se encontraba. Cuando había abrazado a toda la familia, me dirigí a aquella estancia que olía a papel y a tinta, como Catalina... ¡Cuántas horas de su vida había pasado frente a aquella mesa!

Libros, papeles por doquier y aquella letra de esquela en la que se había convertido su escritura tras su muerte.

Sus textos se sentían huérfanos y póstumos.

Todo era agonía, hasta su reciente recuerdo de minutos antes. Había tardado más en acudir a buscar el documento porque me costaba soltar su mano fría.

Pocos momentos he tenido tan contradictorios en mi vida. Mi corazón quería quedarse junto a mi hermana, a punto de exhalar su último aliento. Mi cabeza martilleaba recordándome la instrucción de localizar el documento y ponerlo a buen recaudo. Fui débil y tal vez permanecí a su lado más de lo que debía hacerlo, pero era mi hermana, mi compañera de juegos, de vida..., y José no podía ayudarme. No estaba allí. Casi nunca estaba. Casi nunca estuvo. Su obsesión con Odesa y esa extraña ilusión que lo reconcome... No es posible hablar con él de nada más. Ni siquiera comprendería el sentimiento de culpa que me está destrozando.

El único consuelo que encuentro es que no soy la única que reaccionó con cobardía. Tampoco esperaba la actitud de Alejandro. Para tristeza de su abuela, mientras ella agonizaba, su nieto mayor no

defendió su voluntad. No actuó con la valentía con la que lo hiciera Catalina en su día frente a Pedro el Cruel. Todo lo contrario. De nada le sirvieron al gran duque su formación como estadista, su educación militar y su cultura estratégica e histórica. Cuando llegó su padre a la habitación de la emperatriz, Alejandro lo estaba esperando en la puerta para saludarlo militarmente, con el flamante uniforme de las tropas de Gátchina, diseñado para dar empaque a su nuevo concepto del imperio, diametralmente opuesto al de su madre. Con aquel gesto de obediencia y sumisión, Alejandro dejaba claro que no existía para él otro aspirante a la corona que su padre.

Pablo abrazó a su hijo y lloró, pero las lágrimas apenas tuvieron tiempo de rodar por sus mejillas porque se dio cuenta de que para subir al trono aún había un impedimento. El testamento. Ni siquiera entró a despedirse de su madre, sino que, raudo y veloz, corrió al despacho. Abrió la puerta y me encontró allí. «Vieja bruja —me dijo —, sal de aquí. Habéis hecho una fortuna a costa de mi madre. Vos y ese extranjero que ha lamido las botas de todos los favoritos». Estaba fuera de sí, airado, ido. Abría cajones mientras se movía bruscamente. Estaba tan nervioso que me tenía paralizada, temerosa. Sujetaba en su mano derecha un abrecartas afilado a modo de puñal y me amenazaba con él. Es cierto que he tenido una vida fácil en la que no he sido violentada jamás, y me bloqueó su agresividad.

Había un pequeño cofre dorado sobre un bargueño de caoba y marfil. Pablo lo abrió. Desenrolló un documento y se calmó. «Aquí está la furia del demonio de una mala emperatriz y peor madre. ¿Veis, vieja puta? Así arden vuestras esperanzas de quitarme de en medio. Seré el nuevo zar de todas las Rusias y vos mi cómplice silenciosa, me espetó mirándome con cara de loco. Leyó detenidamente el documento mientras seguía apuntándome, preso de la ira, con el abrecartas.

«Suvorov, hijo del demonio... Así que vos habríais sido el garante para que yo no me acercara al trono. Maldito seáis y maldito el Gobierno del coño. Me encargaré de que no podáis acercaros a mí, traidor». Hablaba solo mientras su mano temblaba apuntándome con el abrecartas. Yo miraba hacia la puerta rogando al cielo que alguien la abriera y descubriera lo que estaba pasando. Nadie lo hizo.

Con maldad y el mismo disfrute que tenía el anterior zar por el fuego, Pablo acercó el documento a una vela. Fue feliz destruyendo el

testamento. Probablemente vivió uno de los minutos más alegres de su vida. Aquel papel perdía toda su fuerza mientras ardía en el pábilo de una vela. La voluntad de Catalina se consumía y quedaba tan solo en pavesas que caían mustias sobre la madera del mueble.

Yo miraba las llamas mientras notaba las lágrimas en mis mejillas. Ese día sí lloré. No conozco mis lágrimas de tristeza, pero sí las de miedo. Aquellas eran de pánico y estaban calientes. Caían por mi cara igual que la llama de esa vela desafiaba a la gravedad. De igual manera, aunque en sentido inverso. Con el mismo efecto: el de quemar la voluntad de mi hermana moribunda.

Qué horror. Qué momentos. Pablo se acercó a mí y me puso el abrecartas en el cuello. Nunca nadie había hecho algo así conmigo. Me sentí vulnerable y enmudecí. «Puta vieja, seré el zar, el Gobierno del coño llega a su fin. Recordad que este momento quedará para nosotros y que mataré a vuestra familia entera si decís que encontré el documento», me susurró al oído. Había visto arder la voluntad de mi hermana y me quedaba la certeza de cuánta razón tenía sobre el monstruo que había parido. En aquel instante descubrí que era demasiado vieja y frágil para ser patriota. Mi marido y mis hijas eran todo lo que tenía y, lamentablemente para Rusia, me importaban más que el imperio.

En aquel mismo momento, Pablo salió despavorido para comprobar si su madre había muerto. Ella seguía respirando y él se volvió a ir para escribir un mensaje a su esposa pidiéndole que acudiera a palacio con ropajes de luto y uniformes de gala para toda la familia, adecuados para un funeral real. «Ha llegado nuestro momento, amor de mi vida. Vuestra fidelidad será grandemente recompensada. Vuestra generosidad también». El chambelán que estaba a su lado leyó sus palabras mientras las escribía y el contenido de la carta voló como la pólvora entre el servicio. Así tenían más claro a qué debían atenerse.

Desde aquel momento veo la imagen del testamento ardiendo y me consume el remordimiento. Creí en la amenaza de Pablo. Yo callaría y mi familia viviría bien y tranquila bajo su reinado. Me pareció un buen trato, pero la mentira y el silencio me carcomen. Me despierto soliviantada en mitad de la noche. ¿Qué pensará mi padre de lo que estoy haciendo?

La venganza post mortem

El 17 de noviembre por la mañana mi hermana dejó de respirar. Yo no me había movido de su lado ni le había soltado la mano desde el instante en que dejé de mirar el abrecartas en aquel despacho y volví junto a ella. Creo que estaba en estado de *shock*. Fue el cúmulo de circunstancias más terrible que he vivido en toda mi existencia.

En el momento en que mi hermana falleció tuve claro que mi papel en la corte había pasado a ser irrelevante. Tenía que proteger a mis hijas, que estaban ya para formar sus familias, y sobre todo tenía que proteger a José. Solo podría continuar con Odesa si yo guardaba silencio. Aquel momento horrible del abrecartas me libraría de la «purga del Gobierno del coño», de la que se empezó a hablar en la corte a las veinticuatro horas de que Catalina dejara este mundo.

Pablo era el nuevo zar y todos agacharon la cabeza, su primogénito el primero. La corona de zarina dibujó en la cara de María una sonrisa de felicidad plena que hasta ese momento no habíamos conocido. Todo fue rápido, como un vendaval. Se notaba que quien ya se hacía llamar Pablo I había estado contenido durante años. Había estado agazapado, esperando el inicio de su época. El instante deseado acababa de llegar, así como un premio del infierno a su paciencia.

Por supuesto, no fuimos a su coronación. Los Ribas no fuimos invitados. Dicen las malas lenguas que esa fue la evidencia de que no tiene más adeptos que los que esperan sacar algo de él, y que no fue comparable a la de su madre más de tres décadas atrás.

Aún recuerdo como si la ceremonia fuera hoy, aquel 22 de septiembre de 1762, en Moscú, en la iglesia de la Asunción en el centro del Kremlin. Llevábamos ocho días de celebraciones en las calles y las multitudes bailaban por la nueva zarina. También aclamaban al gran duque Pablo como zarévich. Si no lo he olvidado yo, seguro que él tampoco, y tiene que haber notado la diferencia de su popularidad con la de su madre.

Lloré cuando la vi tan majestuosa. Cincuenta y cinco dignatarios de la Iglesia ortodoxa formaban un semicírculo y en el centro estaba ella, exultante, joven y bella, con apenas treinta y tres años. «Serenísima y muy poderosa princesa y dama Catalina Segunda,

emperatriz y autócrata de todas las Rusias», dijo el pope situado en el centro con veintisiete compañeros a cada lado, lo recuerdo bien porque los conté. Mientras, otros dos obispos colocaban la capa de armiño sobre sus hombros. Catalina, disfrutando de la pompa y el boato como correspondía y saboreando el poder conquistado a pulso, esperó a quedarse sola en escena para retirar del almohadón dorado la corona que había encargado hacer, la joya más lujosa de la que había dispuesto el imperio en todos los tiempos. Y la colocó sobre su cabeza con esa expresión que siempre tengo presente, la cara de la victoria que tan bien le sentaba. Agarró con la mano derecha el cetro y sujetó con la izquierda el globo. El silencio se adueñó de la iglesia porque todos vimos a Rusia en la imagen de Catalina.

Los asistentes nos arrodillamos y el coro animó las almas con cantos gozosos de alegría. Mientras tanto, ella permanecía sentada y recibía la unción del obispo de Novgorod. En ese momento, padre me susurró al oído: «Nastia, vuestra soberana será vuestra guía. Rendidle tributo y lealtad todos los días de vuestra vida». A lo que yo respondí: «Sí, señor. Además, desde este momento es la jefa de la Iglesia ortodoxa y puede mandarme directamente a los infiernos». Con aquella broma de juventud contesté de un modo absurdo porque no entendí que mi padre me estaba encomendando el cuidado de una hermana. Qué boba era con lo lista que me creía entonces.

Ella celebró la santa misa como cabeza del clero. Todo fue boato, pompa y lujo. Muchos súbditos y seguidores lo celebraron. No pasó lo mismo en la de Pablo, en la que me han contado que las lágrimas no eran de alegría ni de emoción, sino más bien de terror por el futuro y sobre todo, de nostalgia por la difunta zarina.

El día de la coronación de Catalina, el regreso al palacio tras la ceremonia fue histórico, memorable. El pueblo se arremolinaba a su paso y desde la carroza, los chambelanes arrojaban monedas de plata a las manos extendidas de los súbditos. «¡Bendita sea la Matushka!», «¡Viva Catalina!», «¡Larga vida a la Matushka!», se escuchaba por toda la ciudad. La gente que abarrotaba las calles reía y gozaba en la algarabía de la celebración. En toda la ciudad estaban preparadas amplias mesas con bebidas, carnes asadas y dulces.

Al llegar al palacio Granovita, el ágape estaba preparado en la Sala de las Facetas. Con un gesto desde la lejanía me mandó llamar y me acerqué. «Bibí —me dijo—, ¿qué os parece el número de personas

que hay aquí?». «Impresionante, majestad. Nunca había vivido algo así», le respondí. «Y decidme entonces, ¿por qué me siento aquí tan sola?», replicó. «No lo estáis. Estamos con vos quienes os queremos», le dije con la mayor entrega de la que fui capaz porque entendía su soledad. Todos vitoreaban a la representación de Rusia, pero a pocos les importaba el corazón de Catalina. Además, a ella no le gustaba Moscú, la capital del pasado, la detestaba, a llamaba «la ciudad de los holgazanes». Ella tenía su corazón puesto en el futuro y el futuro se escribiría en San Petersburgo.

Aguantó sabiendo que todo ese boato era necesario para poder volver a su casa. Se cambió en los días siguientes de ropa constantemente, usando varias decenas de vestidos y aderezos. Recibió a todos los diplomáticos, dignatarios, nobles, al clero; asistió al baile como la perfecta anfitriona; presidió los fuegos de artificio, la cena de gala, y entre una y otra cosa despachaba con los ministros. Recuerdo su extenuación.

Y la gracia que le causaba a mi hermana el impacto de su boato en la diplomacia extranjera. Todos ellos comentaban y reportaban a sus gobiernos sobre la riqueza en joyas y vestidos de los invitados. Esos eran nuestros tiempos, los del lujo, la expansión y la diversión.

Este zar impondrá, en cambio, sus frustraciones a la corte a través del control y de la represión. Aquellos tiempos ya no existen. Ahora hablamos de una coronación a la que no me da rabia no haber ido. Solo me da miedo que este bobo que lleva el cetro siendo un necio y un cretino nos excluyera. El día después de la coronación, las tropas de Gátchina volvieron a entrar en San Petersburgo, después de años de ostracismo por parte de mi amada Catalina. La capital se convirtió de nuevo en un cuartel y la política policial se instauró de una forma férrea. Ahora cualquier actuación que los soldados consideren indecorosa es motivo de prisión.

Pablo ha sido tan cruel como su padre y ha enterrado a su madre a su lado. Menos mal que no se ha enterado. Solo aquel certificado de defunción en el que Catalina hizo que constasen las hemorroides como causa de la muerte de su marido y no un asesinato podría competir en crueldad con el hecho de arrojarlos en la misma sepultura.

Su primera revancha ha sido hacia Alejo Orlov. Sufrí muchísimo

por él cuando vi cómo, humillado, tuvo que llevar la corona hasta el féretro del primer marido de Catalina. Pablo siempre supo que los Orlov habían llevado a su padre a la tumba y quería regodearse en el hecho de que uno de ellos tuviera que llevar a Catalina hasta él, rindiéndole honores. Esa fue su primera venganza: cubrir de oprobio a un héroe del reinado de su madre, a un antiguo ministro de la Guerra. Su padre y su tía habrían estado orgullosos de él. La sangre de los Romanov volvía al trono después de que lo hubiera ocupado una alemana: «Por fin, sangre rusa en las venas del zar del imperio», se decía el insensato.

A pesar del escaso tiempo transcurrido desde la muerte de la zarina, Platón Zúbov ha sido desterrado y ya han entrado en vigor las bautizadas como leyes paulinas para impedir que las futuras princesas Romanov puedan convertirse en zarinas.

En fin, que todo es un despropósito. Los últimos años de reinado de Catalina han estado plagados de las mentiras que le contaban para hacerla feliz o, según mi criterio, para tenerla callada y conforme. Pronto se descubrió que Odesa se llama así sin que allí hubiera estado nunca Odessos: parece ser que la colonia griega de tal nombre estuvo en territorio búlgaro, en el origen de Varna.

Eso ahora ya da igual. La leyenda de Catalina crecerá por los siglos de los siglos, y quienes hemos estado cerca de ella sabremos que su historia verdadera siempre superará a lo que quieran contar.

Odesa

José sigue entregado a la construcción del nuevo puerto en el mar Negro. Tiene impresionado al mundo entero porque en apenas tres años la ciudad ha crecido a la velocidad del rayo. He sido muy feliz visitando los avances de lo que ya es una gran urbe, aunque durante el mes de mi estancia no podría haber imaginado que solamente dos semanas después de mi regreso fallecería Catalina. Si hubiera podido intuirlo, no habría viajado hasta allí.

Félix está terminando la construcción de una gran mansión para fijar su residencia. Me congratula ver cómo han prosperado los hermanos de José. Lo que menos me gusta de los Ribas es que disfrutan haciendo ostentación. No nos conocen. A los rusos no nos

gusta que vengan extranjeros a hacer fortunas superiores a las nuestras. Ya hay voces diciendo que todo lo han robado. Y tampoco son conscientes de que si piden una cabeza, no será la suya, sino que será la de mi marido porque es el que más alto ha llegado de todos ellos... Conozco bien a mi pueblo: si el zar me obliga a callar sobre la usurpación del trono a cambio de la seguridad de mi familia, ¿qué no podrán hacer los de baja estofa?

Odesa es una ciudad bellísima, grandiosa. Los palacetes ya abundan y los jardines empiezan a florecer. José está trabajando para que nadie se desvíe del plan urbanístico y tenga la belleza de una ciudad europea. Aunque el malecón estaba aún a medio construir, la actividad en el puerto era frenética. Barcos de todos los lugares de Europa, del norte de África y de Turquía llegan cargados con materiales, objetos y enseres de toda naturaleza. Cuando una ciudad está por hacer, sus casas por construir y amueblar, y sus negocios por abrirse, todo lo que sale de un barco encuentra su destino de manera inmediata.

José ha hecho muy buenas migas con Francisco de Voland, el general que está a su cargo. Procede de los Países Bajos, de Amberes, y tienen más o menos la misma edad. Se entienden perfectamente y sus ideas para el proyecto son complementarias. Mi marido siempre lo ha admirado porque creó el sistema fluvial de canales más grande de Europa, el que tenemos aquí, en San Petersburgo. Y el plan de José le hace olvidar a Voland un fracaso que lo marcó: el rechazo de su mayor proyecto por parte de la Academia de Ciencias. Mi padre siempre decía que las instituciones empezaban a contaminarse de falsos eruditos que tapaban su ignorancia con desplantes a los grandes cerebros.

No sé qué sucederá ahora con la llegada de mi sobrino al trono. Además de su frustración perenne, es bastante lerdo. Su madre me lo repitió desde que empezó a dar muestras de necedad ya en su más tierna infancia. Me preocupan mucho las consecuencias que pueda tener para Odesa el nombramiento de Pablo. Sería lamentable que un proyecto así se viera truncado por este detestable zar al que no he sido capaz de parar los pies. Paso las noches en vela esperando que respete nuestro pacto de no agresión y consienta que José continúe al frente

de Odesa. Si no se lo permite, mi marido morirá de pena. Lo conozco perfectamente y está vivo por el entusiasmo. Unas veces es por ganar la batalla, ahora por construir la ciudad... Cuando ha estado en casa, ha sido infeliz, ha bebido y se ha abandonado físicamente.

Ahora sin Zúbov al mando no sé qué ocurrirá. Odesa tiene tres mil habitantes ya. El último favorito le había dado carta blanca a José para poblar la ciudad como quisiera. Él había enviado a su hermano Manuel a Nápoles para traer pobladores y ya llega casi a un millar la colonia italiana. Muchos de los cosacos del mar Negro han cambiado de vida al ver en la ciudad una nueva oportunidad. También comerciantes griegos. Odesa es como la torre de Babel, con sus diferentes lenguas, coloridos, pieles de todos los tonos y un aire de lo más cosmopolita.

Catalina siempre había detestado la esclavitud. Durante varios momentos de su mandato intentó librar la batalla de la abolición porque no entendía que unos seres humanos pudieran ser propiedad de otros en una sociedad moderna. Le hicieron fracasar. En Odesa, José y ella habían encontrado una fórmula para prohibir la esclavitud por tratarse de una ciudad de nueva creación. Así se ha convertido en el oasis de muchos trabajadores con ansias de libertad y muchas ganas de crecer y prosperar. La ilusión se masca en el ambiente. Es una ciudad moderna, tan viva como lo era San Petersburgo en mi juventud.

Nunca había visto a José tan feliz. Trabaja tanto para ver cómo puede agilizar el crecimiento de Odesa que sus hermanos me pidieron que me quedara dos semanas más de lo previsto. Al menos estando yo allí se veía en la obligación de meterse en la cama conmigo por la noche y de acompañarme durante algunas horas del día. Manuel y Félix estaban preocupados porque cayera fulminado por el cansancio. Ya no es un jovenzuelo, aunque él siga creyendo que tiene veinte años y las mismas fuerzas de antes.

Félix ha encontrado su lugar en el mundo, tal y como José repetía una y otra vez. Como están trayendo plantas de todos los rincones de Europa, y algunas más exóticas, el benjamín de los Ribas ha decidido abrir un jardín botánico con las distintas especies vegetales. Es una maravillosa idea. Ahora que ya tienen una vida asentada, espero que encuentren buenas esposas, que cada vez me siento más sola, aunque tengo la firme convicción de que el hueco que

la ausencia de Catalina ha dejado en mi corazón no lo podrá llenar nadie.

Incertidumbre

Debo pensar en mi futuro. Ya me ha quedado claro. Mi misión en la corte es pasar inadvertida y no hacer daño al zar. Tengo tanto miedo y estoy tan sola en esto... No sé qué hacer. Por primera vez, vivo aterrorizada.

Tengo que calmarme. Tengo que encontrar la paz. Padre, Catalina: ayudadme desde dónde estéis. Protegedme. Mi hija Sofía espera su primer bebé con el oficial Miguel Dolgorukov y Catalina está aún por comprometerse. Tardará como lo hice yo, tiene mi carácter, y ahora las mujeres son aún más libres de lo que lo éramos nosotras.

Dios mío, ¿qué será de nosotros en manos de un loco como Pablo?

Tenemos que ser invisibles a los ojos del zar.

31

San Petersburgo, 1797

Comenzaba el año, y cuando ya parecía que nada podía ir peor para los Ribas, lo peor se hizo carne bajo el nombre de Rostopchín.

—Majestad, el español roba en Odesa como robó en todos los demás sitios.

—Si queréis su cabeza, traed pruebas además de palabras.

Teodoro Rostopchín era un militar de apenas treinta años que, sin mucha formación, había entrado en la Guardia Imperial como teniente. Nada más llegar al trono, Pablo I lo convirtió en general adjunto, le dio las funciones de secretario personal del zar y de ministro de Relaciones Exteriores. La concentración de cargos en las pocas personas que estaban alrededor del recién nombrado soberano se había convertido en uno de los comentarios recurrentes de los mentideros.

Una cosa era la concentración de cargos en una persona y otra bien distinta dotar de grandes privilegios a hombres sin valía. Y Rostopchín era uno de los casos más flagrantes: listo, hábil, con cara de niño, cabello rubio y mirada dulce, siempre se había valido de aquel regalo de la naturaleza, que no le hacía especialmente agraciado, pero que, bien utilizado, se convertía en un arma poderosa para un arribista de su naturaleza. Su físico le hacía parecer inofensivo e incapaz de causar mal a nadie, y así se granjeaba la simpatía y la confianza de aquellos a los que pretendía seducir por puro interés.

La conveniencia, la envidia y el rencor eran los motores principales del carácter de Teodoro, y por eso le fue fácil engatusar a Pablo I desde que era zarévich. Se sumó a su cuadrilla y lo acompañaba y adulaba al aroma de la futura muerte de Catalina. De hecho, el mensaje de Zúbov, para avisarlo de la enfermedad de la soberana, encontró a Rostopchín en casa de Pablo. Como era costumbre, este hombre barbilampiño estaba encizañándolo contra

toda la corte y alimentando su frustración con una conversación plagada de falsos halagos.

Rostopchín detestaba a José de Ribas tanto como a todos los que seguían a la emperatriz.

—Todos los que pasaban por la cama de vuestra madre eran hombres poco refinados que buscaban mejorar su fortuna... Se embolsaban ellos el presupuesto destinado a uniformes con el lustre adecuado. Eran tan necios y tan brutos que no entendían la necesaria estética del poder. La zarina prefería que la adularan. En eso vos habéis mejorado la especie. Vuestro criterio será el que vista a los ejércitos y vuestro buen gusto nos garantizará que nuestras tropas sean envidiadas en todo el mundo. —Rostopchín tenía un tono afectado en su modo de hablar que satisfacía en extremo los oídos del emperador.

—Tenéis toda la razón, general. Aunque yo siempre fui así. Los uniformes harapientos comenzaron con Potemkin. Los Orlov se enriquecían pero cuidaban el vestuario. Ese diagnóstico es lo más certero. Lo mejor que le ha podido pasar a este imperio es que vuelva a gobernarlo un hombre de firmes valores y exquisito criterio. Yo seré la voz de Rusia durante las próximas décadas y la historia del siglo XIX que está a punto de comenzar escribirá mi nombre con letras de oro —respondió pavoneándose el zar.

—En su lugar, majestad, esos patanes preferían los andrajos que eligió Potemkin para que sus soldados fueran cómodos a ganar batallas. A aquel amante de vuestra madre cualquier inversión para reforzar la honorabilidad de las tropas le parecía un dispendio.

Desde el decreto de Catalina autorizando la construcción de Odesa, las acusaciones de Rostopchín contra el español por malversación eran constantes y cada vez más agresivas. Lo tenía enfilado y no pararía hasta acabar con él. Se trataba de seguir el propio dictado de Pablo: acabar con los seguidores del Gobierno del coño.

Por eso, su nombramiento como ayudante del emperador había hecho que temblaran los cimientos de la familia de José y Nastia. Ella, por su parte, guardaba su secreto esperando que Pablo respetara lo pactado y sirviera de protección para los suyos, aunque apenas dormía. Había visitado al doctor para que le diera algún remedio para conciliar el sueño y tener algo de descanso durante la noche. Se

pasaba los días intentando disimular su nerviosismo y su preocupación y necesitaba dormir. No podía seguir así.

No obstante, y para sorpresa de todos, pese a pasarse el día gritando y regocijándose por el final del Gobierno del coño, Pablo I intentó ganarse al pueblo con decretos de tinte populista. Los deseos de fastidiar a todos los cortesanos de Catalina le hacían comportarse como un soberano contradictorio e incoherente.

Perdonó a todos los escritores reformistas que habían sido condenados al ostracismo por su madre, escondiendo así que su apego a la censura era mucho más férreo que el de su predecesora. Eso generó la falsa creencia de que venían tiempos de libertad en la cultura y una errónea sensación de felicidad entre algunos intelectuales.

Del mismo modo, hubo celebraciones en los campos de toda Rusia. El nuevo zar había prohibido que los siervos tuvieran que trabajar más de tres días en las tierras de sus amos y había convertido en ley la voluntad divina de santificar las fiestas. No se labraría más los domingos, al menos mientras el poder absoluto en Rusia estuviera solo en sus manos.

La prioridad del nuevo emperador era el restablecimiento de la etiqueta, del protocolo y de las apariencias en San Petersburgo. Adoraba las ideas de su tía abuela, la emperatriz Isabel. También las de su padre. Era su ídolo, aunque no hubiera tenido tiempo de conocerlo bien.

«Mi tía Isabel sabía lo que se hacía. Era el imperio de las formas y la solemnidad frente a la vida licenciosa de mi madre. ¡Moral! ¡Yo pasaré a la historia por devolver la moral y la grandeza a Rusia! ¡Mi cama no estará abierta a cualquiera que se lo proponga ni la corte tampoco! Desfiles, desfiles y más desfiles de soldados elegantes y bien peinados. ¿Cómo puede mantener un imperio su grandeza con un ejército vestido como cosacos y tártaros y haciendo de la corte unas nuevas Sodoma y Gomorra?». Así brindaba el nuevo emperador en cada una de sus celebraciones. Inventaba nuevas fórmulas con distintas palabras, pero con un único sentido para todos sus discursos.

Por supuesto, comenzó gustosamente con la criba de todos los que habían apoyado a su madre. Algunos, ante el temor de ser deportados a Siberia, buscaban mejores destinos y partían hacia el exilio. Las primeras crueldades y humillaciones de aquel hijo

despechado pusieron a algunos sobre aviso.

En el caso de Zúbov, sus hermanos partieron con él para evitar más represalias. Además de relevarlo de casi cuarenta puestos en el Gobierno, le expropió la mayor parte de sus fincas y palacios y lo envió a una villa en el campo que puso a su nombre, pero de la que le prohibió salir. Estaba custodiado por la Guardia Imperial. «Que no se queje ese cretino de Zúbov —había afirmado—. Habría sido muy placentero para mí ordenar la ejecución del último favorito. Además, fue el que nos salió más caro... Por mucho que recuperemos de lo que ha robado, seguirá siendo rico. ¿O acaso alguien cree que no tenía preparado este momento? Sabía que mi madre era vieja y que ya tocaba que se muriera».

Pablo estaba tan pagado de sí mismo que quería que todos lo percibieran como el emperador resplandeciente que esperaba ser. Estaba convencido de que morirían de envidia al verlo transformar la corte un lugar limpio, digno del imperio, sin zafiedades ni orgías. Con sedas italianas, muchas sedas. Y encajes franceses, más encajes.

Comenzaba a convertirse en costumbre escucharlo hablar solo. Cada vez hacía menos caso a su mujer y a sus hijos, que vivían apartados en otra ala del palacio y solo eran convocados a los actos oficiales. No quería oír opiniones ni críticas. María, Alejandro y Constantino intentaban devolver a su padre a la realidad y a Pablo no le gustaba. El zar se contaba a sí mismo en voz alta cómo iba a ir deshaciéndose de la gente. La misma suerte de Zúbov corrió Suvórov. Ellos dos tenían que ser los primeros en salir: «¡El favorito y el albacea! ¿Qué os parece, madre? Espero que os revolváis en la tumba junto a mi padre... El Gobierno del coño va camino del infierno. Y Orlov le entregó el trofeo a mi padre, que estará velando por mí desde el cielo».

Corrieron mejor suerte los compañeros de mesa de Pablo el día previo a la muerte de su madre. El oficial Alejandro Kutaisov ya había sido nombrado general y Alejo Arakchéyev, comandante de las tropas de Gátchina. Con esta última designación, el emperador ponía a su oficial favorito al mando de lo que consideraba su tesoro. «Este ejército representa el único reducto del que he sido dueño y señor hasta el día de la muerte de la tirana. Ahora resignaos, madre. Mis tropas pasarán a ejercer como Guardia Imperial», dijo al firmar los nombramientos.

Los miembros del servicio se estremecían cuando lo escuchaban gritar en soledad como si estuviera increpando a su madre. Se reía a carcajadas, con las estridencias que solo la locura podría justificar. El palacio entero estaba atemorizado y la incertidumbre pesaba como un humo negro que caía sobre las cabezas de todos ellos. Los médicos comentaban entre ellos los gritos constantes del zar. Más que un delirio, parecían un síntoma de algo más importante y grave.

José de Ribas esperaba un castigo cruel desde el inicio. Aún seguía en Odesa, avanzando cuanto podía en su construcción y desoyendo los rumores sobre la presunta malversación. Sabía que antes o después llegaría la orden de paralización de las obras y quería dejar el mayor número de instalaciones acabadas.

Y el decreto llegó. Pablo I cedió a las insidias y decidió abrir un paréntesis para ver si era cierto lo que le contaban. El zar era consciente de que donde había bárbaros, y en cualquier frontera, la corrupción y los sobornos estaban a la orden del día. Y además, cualquier cosa era buena para castigar a quienes habían sido serviles con Catalina. Ordenó, pues, la suspensión de la construcción de las fortalezas y ciudades del mar Negro y, en concreto, acordó la auditoría de todos los documentos que hubiera en los archivos de los delegados del imperio en Odesa. El emperador puso al frente de aquel cometido a otro vicealmirante, Pustoshkin.

—Félix, Manuel, conozco al vicealmirante Pustoshkin. No entiendo muy bien por qué lo ha nombrado a él. Apenas hemos tenido trato, aunque coincidimos cuando él era marino y estaba al frente de una fragata llamada Pchela en la guerra con los turcos.

—¿Y qué hacemos? ¿Le mostramos todo lo que pida o nos reservamos algo? —preguntó Félix.

—Poneos a su disposición con toda tranquilidad. Sed amables e intentad ganaros su confianza. Padre me enseñó que lo que no quieras que se vea en un libro nunca debe ser escrito en él. Manuel, sirve al vicealmirante hasta los límites de la extenuación.

—Lo haré, pero me gustaría entender por qué me lo rogáis así.

—No tengo nada en su contra. Lo único que me preocupa es que quiera beneficiarse personalmente entregando la cabeza de uno de los hombres fuertes de Potemkin. No son buenos días para el fundador de

Odesa, y tienes que ganarte su aprecio porque eres lo más cercano a mí que conocerá. Háblale de mi orgullo en la batalla.

Manuel y Félix tomaban buena nota de los consejos de su hermano mayor, que tenían un claro carácter de instrucciones. Cuando José llegó a San Petersburgo, tuvo la sensación de que algo no cuadraba. Nastia le había contado las alteraciones de carácter, los gritos y los exilios que había ordenado el zar, pero a él no lo habían convocado a una audiencia. Al décimo día desde su llegada a casa, ya no pudo guardar más para sí su zozobra y sintió una extrema necesidad de compartirla con su esposa.

—Nastia..., resulta raro, ¿no? Soy yerno de vuestro padre, he sido mariscal de campo de Potemkin, me trajo aquí el conde Orlov y el zar tiene abierta una investigación para comprobar si me he enriquecido con la construcción de Odesa. Me aparta de la flota de remos y no me llama para humillarme ni someterme.

Ella preparó una respuesta que no la delatara mientras le dejaba argumentar. Sí que era extraño, pero el emperador y ella tenían un acuerdo: silencio a cambio de preservar a su familia.

—Nunca esperéis lo previsible de este hombre. Su madre intentó creer en él demasiadas veces y nunca se comportó según ella preveía.

—Ya, pero es raro... Zúbov, Orlov, Kutúzov... Salvo los que se han vendido, van cayendo todos. Así se venga de Catalina y Potemkin, pero conmigo no se ha cebado más allá de apartarme de Odesa.

—No le deis vueltas y buscad argumentos para que nos deje vivir en paz. Siempre habéis sido brillante y ganado todas las batallas estudiando el engreimiento del adversario. Os ruego que hagáis lo posible para que no nos quite lo que tenemos. Sofía se ha casado bien y aún tenemos que organizar la dote de Catalina.

—Me gustabais más cuando eráis una mujer despreocupada y aventurera.

—Entonces no teníamos hijas y gozábamos de la protección de palacio. No hagáis tonterías, José. Esto es Rusia, no Crimea. Y este zar nos odia. No juguéis, os lo pido por la memoria de todos los que ya no pueden protegernos.

Aquella conversación escondía mucho miedo, ese que a ella no la dejaba dormir y a él le había robado su sueño. La mala conciencia de la esposa por guardar un secreto no le permitía bromear con el asunto y él, que la conocía perfectamente, sabía que tras ese tono serio no se

escondía nada bueno.

José siguió a pies juntillas las instrucciones de aquella conversación grave y fría del mes de enero. Durante los dos meses siguientes se encerró en su despacho y mantuvo un perfil bajo. Se dedicó a hacer planos y a crear la fortaleza imaginaria de los Ribas frente a los ataques del zar cuando estos llegaran, porque estaba convencido de que llegarían. De hecho, habrían llegado de no ser por el testamento ológrafo de Catalina, que, ardiendo en la tímida llama de una vela, no hizo un favor a Rusia, pero sí al zar y también a Nastia. Aquella noche de noviembre del año anterior perdió el imperio, pero ganó José sin saberlo. Muchas veces se lamentaba ante Nastia de que aquel testamento de Catalina no hubiera sido al fin nada más que una leyenda. Ella siempre eludía la respuesta para no usar el argumento que suelen utilizar los tramposos: no contar algo no es una mentira. Y así terminaba cada noche sus oraciones: «Matushka, padre..., ayudadme desde el cielo para que José nunca se entere de mi pacto con el diablo, y para que este demonio de Pablo lo cumpla y nos deje en paz».

José jamás se enteró. Sería la mayor mentira de su relación con Nastia y así la guardó ella, como la única traición de su vida en común.

El español se convenció de que aquella parada de actividad era la preparación de una gran guerra y llenó de notas su despacho. Nastia entró a visitarlo en su guarida y tocó los papeles con curiosidad.

—El enemigo está definido. El lerdo de Pablo ha conseguido por primera vez en su vida la consideración de adversario ante muchos estadistas —avanzó Ribas.

—Veo que vuestra mente de ingeniero y militar no cambia. Tenéis toda la información estructurada en cuadros sinópticos: «Corte», «Gobierno», «Defectos», «Debilidades», «Pecados», «Aspiraciones», «Enemigos», «Actividades», «Alianzas».

—Teníais razón, querida esposa. Ya está todo sistematizado. He invertido bien mi tiempo en estos meses de silencio y oscuridad en la corte. El enemigo parece más fácil de lo que había pensado. Es verdad que tenemos que escapar de sus impulsos primarios porque tiene a su servicio la maquinaria del imperio, pero cuando se pone a tiro, tiene

flancos muy débiles.

—Ya sabéis que no es más que un pusilánime acomplejado con necesidad de dar puñetazos en la mesa y colgarse las medallas que consiguen otros. Es un buen terreno para ser horadado por la mente de un estratega como vos, esposo mío.

—Nunca ha conseguido tener un equipo de fieles ni ha sabido mantener las amistades. Estrena corte cada cierto tiempo y ninguno de los que lo acompañan ahora estaba en el apogeo de la Matushka. Estoy convencido de que se deshará pronto de Kutúzov.

Al adversario, o sea, al zar de todas las Rusias, le gustaban los ejércitos con soldados relamidos y vestidos como si hubieran sido invitados a uno de los bailes de María Antonieta antes de que perdiera la cabeza, pero nunca había estado en una batalla de verdad. Le espantaba el barro y todo lo que oliera a suciedad le causaba repugnancia. Lo suyo era la infantería y la Armada no le interesaba lo más mínimo. Desfiles y no batallas. Imperio y no guerras. Poder y no combates ni camarillas sin Estado Mayor. Prestigio internacional sin diplomacia de alto nivel.

—¿Qué emperador pondría al hazmerreír de Rostopchín al frente de las Relaciones Exteriores? —prosiguió José con sus explicaciones a Nastia—. Es imposible no hacer valer el poder como imperio y pretender estar a bien con todas las potencias, incluida Francia, que acaba de vivir su propia revolución, y más aún con Napoleón sobrevolando Europa. Este hombre es pésimo como gobernante y un auténtico asno como persona.

—Sí, cuenta el servicio de palacio que al zar le gusta fanfarronear en público con la anécdota de que Bonaparte, cuando era tan solo un oficial corso, le echó un pulso al imperio pidiendo no ser degradado y la Armada rusa no lo admitió en sus filas. Eso es Pablo: un fanfarrón sin más.

Era el mejor retrato que podía hacerse del zar: un incompetente al frente de un imperio que ensalzaba su figura en una oda permanente a sí mismo como fruto de todos sus complejos.

Lujo y ostentación. Y protocolo, mucho protocolo. Y por supuesto, Dios. ¿Quién lo legitimaba sino la sucesión de los Romanov por designio divino? ¿Y cómo podría él vestir la palabra de Dios con la pompa necesaria e hilvanarla con el ejército? La respuesta estaba en las órdenes militares. ¿Y cuál era la favorita del zar, que estaba

también en el radar del general Bonaparte? La Orden de Malta. ¿Y dónde estaba el morbo sobre el poder y las sociedades secretas? En la masonería.

Como muestra de la afinidad de Pablo con la Orden de Malta, una de sus primeras medidas fue cancelar la deuda que mantenían los caballeros hospitalarios con Polonia para sacarlos de la más tremenda de las bancarrotas. Aquello había puesto en marcha la pícara maquinaria de los endeudados caballeros, que estaban tramitando el nombramiento del «generoso» zar como Gran Protector de la Orden. En aquel momento solamente tenían un prestigio decadente, un cuerpo de caballería venido a menos y deudas que pagar. Contar con un emperador de su parte era una gran baza cuando en todas las potencias europeas se los consideraba un cuerpo anticuado, pero totalmente apartado de la realidad y de la elegancia que implicaban los nuevos tiempos.

El emperador había visto, en cambio, en esta congregación una organización solemne digna de ser importada para una nueva corte petersburguesa por la coincidencia con sus valores. Aunque ya existía un gran priorato en Rusia para los católicos polacos, que eran rusos tras la anexión, eso no era suficiente para Pablo. Solicitó la creación de un capítulo de la Orden de Malta para los cristianos ortodoxos, en el que poder incluir a los nobles más elegantes y religiosos del imperio. «Haré de esta corte un remanso de los valores tradicionales. Rusia pasará a la historia de la humanidad como un pueblo conocido por sus virtudes», se había prometido.

José de Ribas era miembro de la Orden de Malta desde sus tiempos de Nápoles. Su padre lo era, y el español, en su juventud, lo había considerado como un club nobiliario con rémoras del pasado. Nunca le había prestado mayor interés, pero en su estudio de las debilidades del zar, pensó que acercarse y tomar parte activa podría convertirse en un salvoconducto a los ojos del inestable Pablo Romanov.

Qué privilegiado se sentía José tras haberlo analizado todo. Agradecía cada día la inteligencia de su esposa, que le había recomendado esmerarse en lo que mejor hacía: dibujar la batalla. «Con los planos preparados y memorizados, toca la fase más difícil de todas, ha llegado la hora del frío análisis. Con el escenario definido, toca estar recluido, callado, agazapado. Recopilar información e ir

retocando los planos sí, pero no más. Ahora, silencio y a esperar el momento adecuado para asestar el golpe», se dijo. En esos momentos, la victoria para José suponía la supervivencia y el bienestar de su familia. No podía esperar nada más. Sus hermanos le contaban que Pustoshkin continuaba con la investigación de sus caudales. Tenía a un equipo de censores evaluando todos los documentos y calculando los costes de mercado de cada obra para contrastarlos con los que figuraban anotados. Y mientras tanto, Odesa estaba paralizada y en decadencia al haber perdido la consideración de puerto militar.

Cuando menos, la ciudad conservaba su nombre original, algo extraño ya que era la única del Proyecto Griego bautizada personalmente por Catalina. Todo era inexplicable con aquel sujeto: ¿por qué Odesa no volvía a ser Jadsibey y Sebastopol se llamaba de nuevo Aqyar? Era el reinado de la incoherencia permanente.

José repasaba a diario los cambios en marcha. San Petersburgo era una capital triste y gris, la fiesta y la alegría habían sido cortadas de raíz. El zar penaba la diversión porque tenía que limpiar los hábitos de los zánganos que divertían a su madre. Mientras tanto, los principales aduladores del zarévich iban cayendo prematuramente en desgracia. Uno de los instigadores más acérrimos de la querella frente a Ribas, Mordvínov, ya había sido condenado al ostracismo.

Los bufones empezaban a ocupar sus puestos y las primeras medidas, las que alentaron al pueblo a creer en la bondad del soberano, se habían olvidado. También la careta de la demagogia cae deprisa cuando es de mala calidad y barata.

No obstante, a Ribas lo que más le llamaba la atención era la excesiva preocupación de su adversario por la indumentaria. Creía que la aristocracia rusa tenía un aspecto frívolo y poco esmerado y prohibió todas las formas de vestir que él consideraba copias de la «ordinariez» de Versalles. Prohibió el frac y el abrigo largo e instauró el traje alemán y el sombrero triangular prusiano. Nada de sombreros sin geometría que llamaban a la vulgaridad. Prohibido bailar el vals, prohibido que los niños salieran solos a la calle. Prohibido, prohibido, prohibido. Todo lo que no agradara a Pablo I se prohibiría.

San Petersburgo languidecía, aunque se acercaba ya la primavera. Una mañana de marzo, un guardia de palacio tocó la puerta de la casa de los Ribas. Estaban instalados ya en una de las dos propiedades que Betskói había legado a su yerno. Una persona del

servicio entregó una carta a Nastia y a ella se le helaron las entrañas al cogerla: era una citación. José y ella no volvieron a hablar en todo el día. El combate sería al día siguiente. En aquel documento se convocaba al vicealmirante a la presencia del zar Pablo I para hacerle entrega del decreto que daba por concluida la investigación de Odesa.

—José, es para ti. Del zar. —Nastia le entregó la misiva.

—No temáis. Estoy preparado para la guerra. Tengo la estrategia en mente y toda la información sobre el enemigo. —Ribas besó la frente de su mujer con el ánimo de tranquilizarla.

Nastia lloró todo el día en silencio preparando el equipaje por si la opción era el destierro a Siberia. Era mejor alternativa que la que ambos tenían en la cabeza: la prisión hasta la muerte en la fortaleza de Pedro y Pablo. José mantuvo la calma y se fue a estudiar sus planos y esquemas, por si la batalla presentaba alguna opción de victoria. Por muy arriesgada que fuera, tendría que librarla. Aunque fuera la última de su vida. Le dio pena la premura y preparó cartas para sus hermanos y sus hijas. Dejó todas las instrucciones escritas, todos sus testamentos. Sin embargo, no intercambió con su esposa ni una palabra más que las tranquilizadoras que acompañaron al beso. No hacía falta. Confiaba en ella, sabía que siempre tomaría la decisión correcta.

Sin embargo, Nastia no dejaba de tiritar. No sabía si debía contarle algo de su acuerdo con el zar. Por momentos le podía la lealtad de guardar el secreto pero luego pensaba que tanto si Pablo respetaba como si rompía el compromiso, para José la mejor opción era la ignorancia. Al rato pensaba que ese argumento solo era falta de honestidad por su parte y lo que realmente sucedía es que le daba miedo afrontar la dureza de su confesión. Fuera autoengaño o no, se decantó por el silencio.

A la mañana siguiente, José se bañó, se afeitó y se acicaló como si hubiera sido invitado a la ceremonia de coronación del zar. Colocó sobre su levita con toda la solemnidad y el cuidado de que era capaz cada una de las medallas y condecoraciones que le habían sido concedidas bajo el reinado de Catalina. Recordó las esmeraldas de su madre, Margarita Plunkett, que le hacía llevar algo verde en la indumentaria en homenaje a su procedencia irlandesa. Qué curioso que la imagen de una madre siempre venga a la cabeza cuando se tiene miedo. «No importa lo viejo que sea uno —pensó para sí—, una madre es siempre una madre».

Se despidió de Nastia en silencio, con un beso como no se habían dado jamás, ni siquiera en el apogeo de su relación. Los dos sabían que podía ser la última vez que se vieran.

Ribas entró en el Palacio de Invierno.

—Buen día. Tengo una audiencia con el zar.

—Os acompañaré —dijo el chambelán que esperaba en la puerta.

A duras penas reconocía el palacio. No se oía un alma. El viejo revuelo se había apagado y el terror podía palparse en el silencio. Su miedo no estaba solo. Allí había muchos miedos juntos. Aquel pequeño botarate había conseguido sembrar el pánico que produce la ignorancia osada y ensalzada por un nombramiento. Pensó que podía ser la última vez que pisara un palacio y siguió al chambelán que lo acompañaba al umbral de la sala del trono.

Recordó la última vez que había entrado allí. Ya no estaban ni Betskói ni Catalina. Ni su familia. Ya no quedaba nada de la gloria y la ilusión. Podía ser ese su triste final. Y olía mal. Aquel ambiente apestaba porque la desesperanza tiene un aroma agrio y vetusto. Oyó la voz del oficial que anunciaba su llegada y ni su nombre parecía que le perteneciera ya.

Avanzó hacia el emperador, fingiéndose impasible, mirándolo como si un payaso estuviera sentado en el trono. Era desagradable. El tifus de los dieciséis años seguía instalado en él y desde la distancia protocolaria se detectaba su perfume excesivo.

Ribas examinaba el campo de batalla. No era cómo esperaba. Junto al emperador solo había un grupo de seis personajes desconocidos para él. No estaban ni Rostopchín ni Pustoshkin. ¿Cómo es que se habían privado del espectáculo de la caída de uno de los plenipotenciarios de Potemkin? Ese detalle lo descolocó por completo.

Se cuadró frente al emperador e hizo una reverencia impecable.

—Majestad, vuestro más humilde súbdito os presenta sus respetos. No había tenido ocasión de felicitaros por vuestro ascenso al trono ni por los avances en estos meses, en los que tantas cosas han cambiado.

El halago había surtido efecto. Ribas pudo comprobarlo en la postura del zar. Ya no estaba tenso ni a la defensiva. Pablo I miró el documento enrollado que tenía un oficial sobre una bandeja de plata

perfectamente limpia y brillante.

—Vicealmirante Ribas, ¿conocéis el motivo por el que habéis sido convocado?

—Majestad, no sé más que lo que dice la citación. Vengo a ser notificado del decreto que pone fin a la investigación de Pustoshkin en Odesa.

El zar era perverso. Le divertía aquella situación.

—¿Y tenéis miedo?

—Solamente temo a vuestro poder infinito. Mi vida carece de valor frente a vos. Ahora bien, tengo la conciencia limpia y confío en vuestros valores para el bien del imperio.

Había sido la jugada suicida. Podría salir bien o mal. Lo que estaba fuera del alcance de cualquier duda era que el sátiro Pablo tenía el ego complacido. Se puso en pie y con su cetro tocó dos veces la bandeja, con la clara instrucción de que se le notificara el decreto.

Ribas miró al oficial como se mira al verdugo al colocar la cabeza en la guillotina. Cogió el documento sin abrirlo y lo sujetó con ambas manos. Miró al emperador a los ojos, fijamente, esperando su veredicto.

—Vicealmirante Ribas. Imagino que comprenderéis que Odesa no vuelva a ser nunca un puerto militar. Es un despilfarro y un despropósito. Como imagináis, mientras yo pueda evitarlo no volveréis a pisar esa ciudad de perdición. Debéis de ser más listo de lo que parece porque Pustoshkin no ha podido encontrar ningún uso ilícito de los fondos, pero quedáis relegado definitivamente de todas vuestras atribuciones en el mar Negro. Por el decreto que sostenéis entre vuestras manos, se os notifica vuestro inmediato ingreso en el Colegio del Almirantazgo. Serviréis a la Armada desde la capital. Espero que no causéis más problemas ni vuelva a oír acusaciones sobre vos.

José no creía lo que estaba oyendo. Era libre y seguía con sus méritos, medallas y reconocimientos. Su cabeza seguía sobre sus hombros y no rodaba sobre la alfombra. Y como no sabía nada del pacto de aquel hombre con su esposa, pensó que la victoria le correspondía solo a él y quiso rematar la jugada dejando abierta una puerta.

—A vuestras órdenes, Majestad. Aprovecho la ocasión para poner a vuestra disposición mis conocimientos sobre la Orden de Malta: mi

padre formaba parte del capítulo de Nápoles y yo llegué a ser nombrado caballero. Sé que esa cruz maltesa que lucís orgulloso es importante para vuestra majestad.

Intuyó una especie de mueca amistosa en la cara del zar y se retiró triunfante. Pocas veces se ganan batallas así.

Inusitadamente, sentía unas ganas locas de abrazar a Nastia para celebrar que aún quedaba guerra para ellos. Era otra vida menos feliz que la de Odesa, pero una vida al fin y al cabo.

32

San Petersburgo, 1798

El nombramiento de Ribas como comisario general de la Guerra a principios de 1798 sorprendió a todos, pero sobre todo a él.

—No bromeéis, José —le reprochó Nastia—. Si prácticamente no os habéis visto a solas. Ese cargo incluye la responsabilidad de los abastecimientos y la intendencia de todos los ejércitos del imperio... Ese déspota no se lo daría a nadie que pudiera escapar de su control. Además, solo hace un año que ingresasteis en el Colegio del Almirantazgo.

—Os estoy hablando totalmente en serio. A mí me ha costado creerlo.

—¿Por qué haría este loco algo así? —replicó su esposa.

—Lo primero porque seguí vuestro consejo: ha funcionado nuestra estrategia del silencio y el trabajo de su ego a distancia y con mensajes inducidos. Además, ese hombre está tan solo como se merece.

—Sí, José, pero ¿tan solo como para recurrir a un integrante de las Águilas de Catalina?

—Recordad esto, querida esposa. Hace un año le dejé un mensaje con algo que le obsesiona. Os conté que, en la entrega del despacho con el ingreso en el Almirantazgo, le dije: «Aprovecho la ocasión para poner a su disposición mis conocimientos sobre la Orden de Malta: mi padre formaba parte del capítulo de Nápoles y yo llegué a ser nombrado caballero. Sé que esa cruz maltesa que lucís orgulloso es importante para vuestra majestad». Me acuerdo textualmente porque lo escribí y lo ensayé mucho antes de ir.

Hay cosas que se dicen en la vida sin pensar en su trascendencia y otros mensajes que forman parte de una estrategia. Esa frase se había quedado grabada en la mente del emperador, que llevaba a gala ser miembro de la Soberana y Militar Orden de San Juan de Jerusalén

de Rodas y de Malta. El hecho de que Ribas se le hubiera acercado y formara también parte de ese grupo restringido que lo había ayudado.

—Padre, ¿por qué nunca me habíais hablado de la Orden de Malta antes? —le preguntó su hija Catalina una mañana mientras desayunaban todos en casa.

—Si hubierais conocido al abuelo Miguel, lo entenderíais perfectamente. Eran otros tiempos, también era el sur de Europa, y mi padre siempre basó su vida en el sentido de pertenencia. Éramos españoles, nobles y católicos por este orden. Y no podíamos olvidarlo ni un momento.

—Pobre hombre, cómo habría sufrido al ver que ahora sois ortodoxo. ¿Y cómo es que os han admitido en el capítulo católico precisamente por esto mismo?

—Al zar no le importa «adaptar» las normas o saltárselas cuando le conviene. Y le interesa que haya personas como yo en la Orden. Por eso habéis de tener cuidado, porque en cualquier momento puede amoldar una norma en vuestra contra.

—Catalina, dejadme que os cuente algo sobre vuestro padre —interrumpió Nastia—. Vuestros tíos dicen que se inscribía en todo aquello con lo que vuestro abuelo había coqueteado porque sabía que lo que lo catapultó fue su forma de desenvolverse en esos foros de poder, a veces claros y transparentes y, en otras ocasiones, con algún tinte más oscuro. Por eso también se adscribió en su juventud a la masonería y llegó a formar parte de la logia de las Dos Sicilias, además de ser caballero hospitalario.

—Señoras, se acabó. Creo que me estáis provocando para que me defienda y no lo haré. Doy por terminado el desayuno y me retiro.

Catalina de Ribas no podía entender aquel desvarío de su padre. A ella le sonaba todo a algo antiguo y conservador. Una orden militar de derecho pontificio con reconocimiento de sujeto de derecho internacional parecía del medievo. La joven confiaba en el sentido común de José, aunque aquello le parecía una total excentricidad.

El mundo entero parecía esperar la extinción de la orden. Sin embargo, a Pablo le parecía que reunía todos los ingredientes de lo que él deseaba en la vida: una institución caballeresca y nobiliaria. Desde su ascenso al trono, la vio como un mecanismo perfecto para retomar la solemnidad que su madre había desdeñado para el imperio y que él tanto ansiaba.

En el principio de su reinado, Catalina la Grande había buscado una alianza con la Orden de San Juan para acabar con los turcos, pero pronto se decantó por encargarle a Orlov que fortaleciera su propia Armada. A la zarina no le gustaba nada la Orden y cuando uno de los representantes de los caballeros hospitalarios, un tal Julio Renato de Litta, pidió audiencia con ella en sus últimos años de vida para solicitar ayuda económica y favores con su influencia, ella lo despachó sin más concesiones que las credenciales como representante permanente de la Orden en Rusia.

Con la sucesión, los caballeros hospitalarios tendrían una oportunidad. El nuevo zar llevó al trono su fascinación por las órdenes de caballería y sus delirios de grandeza de que la guerra solo tenía un motivo de ser y era la unificación del poder terrenal bajo los designios de Dios.

Pablo detestaba la tolerancia del Imperio ruso hacia otras religiones durante el reinado de su madre. En la Comisión Legislativa de 1767, la zarina amparó los derechos de los musulmanes. Seis años después, con el Edicto de Tolerancia de Credos, se permitió que estos construyeran sus mezquitas y practicaran su fe. Y ya en 1786, Catalina, con su visión laica, pidió que se excluyera el estudio de la religión de las escuelas públicas. Pero, para el zar, los infieles eran los causantes de todos los males, y todo lo que no fuera nobleza, ejército y Dios era pecado. Para Pablo, además, revivir aquella pasión infantil era realzar todo lo opuesto a la corte de su madre. La suya debería tener su impronta para que él pudiera superar así todos sus complejos.

En el mes de junio de 1798, cuando la sede de la Orden se encontraba en Malta y la isla adyacente de Gozo, Napoleón Bonaparte desembarcó en sus costas, los conquistó para Francia y los caballeros tuvieron que huir. Aquellas islas eran el territorio que el emperador Carlos V les había cedido a los hospitalarios cuando fueron expulsados de Rodas y ahora se encontraban nuevamente sin sede. Además, se ceñía sobre ellos la sombra de la traición del gran maestre Von Hompesch. Al firmar la rendición que implicaba dejar allí gran parte de su historia, su tesoro cultural y un refugio para todos sus miembros, se había asegurado para sí una elevada renta vitalicia que los franceses se comprometían a pagarle. Cuando menos su actitud era sospechosa y merecía ser juzgada. No podía pretender que se quedara sin respuesta la traición de dejar su vida resuelta como un potentado

mientras los demás no tenían ni hogar ni patria. Von Hompesch fue declarado culpable por el gobierno soberano de la Orden de Malta. De esta manera también se quedaron sin líder.

Julio de Litta propuso el nombramiento del emperador de todas las Rusias como gran maestre de la Orden. En aquel deprimente consejo, formado por apenas unas decenas de caballeros sin fortuna y sin lugar donde ir, tras la propuesta se hizo el silencio. Un viejo levantó la mano y habló.

—He oído que no es sabio ni valiente como lo era su madre, pero la difunta emperatriz no nos dio más que las migajas de una representación en Rusia que muy dignamente ocupáis, hermano Litta. Si el zar acepta, sería para nosotros un gran golpe de suerte. Caballeros, seamos honestos y no nos dejemos llevar por la soberbia. Esto ya no es lo que era. Por mucho que nos cueste reconocerlo, hemos acabado siendo unos mercenarios a sueldo con mucho abolengo, nada más. Si Pablo I es un tonto útil y rico, yo voto por él. Ojalá accediera porque seamos realistas, no hay más opciones.

Levantó la mano y todos los demás hicieron lo propio secundando su voto. Aquel anciano había sido el más listo de todos. Hacía falta un lugar para instalarse, comer y poder vivir dignamente. Si el zar quería ceremonia, tradición, rituales y oraciones, eran casi lo único que podían darle.

—Si está aprobado por unanimidad, parto a San Petersburgo a proponérselo a su majestad —dispuso Julio de Litta, que veía en aquello una gran oportunidad personal—. Disponed todo para que el papa pueda dar su conformidad y preparad el camino hacia Rusia para cuando la tramitación esté completada. Tiempos mejores esperan a los caballeros hospitalarios, hermanos.

Con aquel voto unánime, solamente faltaba cumplir con dos formalidades: la votación en el pleno de todas las delegaciones europeas y la aquiescencia *sine qua non* del papa para el nombramiento. Al fin y al cabo, se trataba de una orden pontificia. Pío VI no encontró motivo para oponerse pese a los gritos de las más relevantes autoridades de la Iglesia de Roma.

—Padre santo, esto es una auténtica aberración. Después del cisma de los ortodoxos, ¿realmente vamos a permitir que el zar sea nombrado gran maestre de una orden pontificia? —inquirió un asesor romano de la curia.

—Lamento no compartir vuestros argumentos. Ha sido legítimamente votado en el seno interno de la Orden y ellos son los custodios de su futuro. Prefiero que un hombre con poder sufrague los gastos de una orden en decadencia, y que le dé más esplendor, a ver las capas de los caballeros vistiendo cuerpos de mendigos o teñidas con la vergüenza de los delitos que cometen.

—En mi modesta opinión, no estamos ante Carlos V. Es ortodoxo, por el amor de Dios. Distinta fue aquella acogida en Malta cuando fueron expulsados de Rodas, santidad.

—Conversación finalizada, padre. El papa soy yo y es mi decisión.

Cuando recibió la notificación, Pablo I no cabía en sí de gozo. Le envió cuantiosos regalos y joyas al papa a Roma en señal de agradecimiento. Ya en el mes de noviembre de 1798, reunido el consejo magistral, con presencia de los miembros del gran priorato de Rusia y de los delegados de los prioratos de Europa, el emperador ruso fue designado gran maestre de la Soberana Orden de San Juan de Jerusalén en San Petersburgo. Para justificar la incoherencia que había sido denunciada por algunos obispos ante el papa, José de Ribas se prestó a asesorarlo.

—Majestad, tendréis problemas para que los grandes maestres de algunas capitales europeas os reconozcan si no os distinguís por algo que los deje desubicados.

—No sé a qué os referís, pero vos tenéis mundo y sois el comisario general de la Guerra. Hablad.

—Mirad, majestad, vuestro poder ahora mismo es envidiado en el mundo entero. Sois uno de los grandes emperadores y lo sois por cuna, no por un golpe de Estado.

—Proseguid, Ribas. Aunque no debéis olvidar que Austria y Turquía ya han mandado regalos y bendiciones a la espera de que el nombramiento se consume.

—Tampoco deberíais olvidar vos, majestad, que París arde en llamas de odio y envidia contra Rusia, y que vos tenéis preparada la salida del embajador español de San Petersburgo para el caso de que mi patria se mantenga en su empeño de no reconoceros como gran maestre.

—En eso tenéis razón. ¿Qué creéis que debo hacer?

—Cuando hay una gran división, el único discurso que puede

vencer, que no significa que vaya a salir bien, es el del consenso. Debéis ser generoso con la diferencia de culto y construir una capilla maltesa de la fe católica frente a la de la ortodoxa.

—Seguid, seguid, suena muy bien. Libertad de culto frente al libertinaje de mi madre. Eso sí, todos cristianos. Aquí no queremos infieles. Para eso nació la Orden. Celebro vuestra idea, Ribas. Solamente a mí podría habérseme ocurrido algo tan brillante.

El español no podía ni sonreírle. Le parecía tan bobo y mediocre que era fácil conquistarlo poniéndole la miel de una falsa grandeza en los labios. José coqueteaba con el ego de aquel «niño grande», que jugaba a los caballeros andantes, para garantizar su supervivencia y la de su familia. Las armas de Rostopchín seguían en pie de guerra contra el español por la vía de las injurias y las calumnias.

En aquella vorágine de vergüenza ajena, Ribas todavía tendría que vivir el *summum* del bochorno. José vivió con gran estupor la recepción en el Palacio de Invierno, en la que vieron desfilar a los caballeros llegados de toda Europa para inclinarse ante el nuevo gran maestre.

El zar se había hecho con una Orden que no nadaba en más abundancia que la de la miseria. El terciopelo rojo de sus casacas estaba deslucido y las cruces de Malta de las telas de algunos de los miembros de la congregación habían sido visitadas por la polilla. Sus viejos trajes no tenían nada que envidiar a los raídos uniformes de los ejércitos de Potemkin. La zarina y sus hijos se miraban de reojo con un mensaje claro de preocupación. No les gustaba nada la deriva mesiánica que estaba adoptando el emperador. Se volvía día a día más radical y lanzaba al aire mensajes que empezaban a rayar en el fanatismo.

—Soy el elegido de Dios para pacificar su Iglesia. La Orden de Malta es un designio divino y así lo ha reconocido su santidad Pío VI, el papa de los católicos.

Estas palabras resonaron en los oídos de la zarina María, que no cambió de gesto. Su media sonrisa de lado era lo máximo que conseguía fingir en aquel desfile de sainete con viejos caballeros, desdentados delincuentes disfrazados, y representantes de las Iglesias ortodoxa y católica que concelebrarían una ceremonia de unión de

ambas confesiones.

—Rostopchín, encargaos de que tengan nuevos uniformes. Y peluqueros. Higiene, por favor, higiene. Vestidlos como a nuestros ejércitos, por favor. De inmediato. Y preparad una hoguera con estos viejos harapos. Así no llegaremos a ninguna parte.

—Majestad, ¿y si los quemamos a ellos directamente?

—General, no gastéis bromas. Haced que parezcan recién salidos del ejército de Gátchina. No voy a haberme pasado toda la vida preparando inmaculadas y perfectas tropas en ese cuartel general para que ahora se me asocie con caballeros que no estén impecablemente uniformados y en perfecto estado de revista. Decoro, limpieza y perfección hasta el extremo.

En medio de estos delirios, en Europa se cocía una nueva guerra. Francia arrasaba con sus tropas y no quedaba otra que establecer alianzas para frenar sus avances. Rusia se había mantenido al margen durante la guerra de la Primera Coalición en los últimos años del reinado de Catalina, y habría seguido haciéndolo si Pablo no hubiera estado tan obsesionado en su papel de gran maestre de la Orden de San Juan de Jerusalén. Napoleón había sido quien había invadido Malta y había convertido a los suyos en apátridas.

En aquella tesitura, citó a Ribas en su condición de comisario general de la Guerra. Rusia había sido convocada para luchar con los aliados. El emperador había recibido sendas propuestas de Gran Bretaña y Austria, que hablaban en nombre de las principales potencias europeas.

—¿Qué habría sido de los caballeros hospitalarios si hubieran dependido de ese ateo, iluminado e hijo de la maldita Ilustración infiel de Napoleón? Despojar de todo lo suyo a los hijos de Dios tiene que ser vengado. Yo soy el zar y el gran maestre. La guerra es nuestra también.

—Sabia decisión, majestad. ¿Puedo tomar el mando de los ejércitos?

Pablo lo miró con el desdén más absoluto.

—¿Me estáis tomando por necio? ¿Cómo pensáis que el zar de los rusos va a mandar a un español al frente de sus tropas a luchar contra los franceses? Deberíais besar mis pies porque no haya tomado

represalias por vuestra condición de servil amigo de Potemkin y calientacamas de mi madre...

—Perdonad, majestad, eso no es cierto.

—No tentéis a la suerte. He gastado una fortuna en convidar al servicio para que se quedara escuchando tras las puertas de los aposentos imperiales. Lo sé todo y todo es to-do, to-do...

El vicealmirante Ribas estaba desconcertado y no sabía qué decir.

—¿Cuáles son vuestras instrucciones, pues, majestad?

—Hay que mandar a una estrella, un nombre que hagan estremecer a los franceses y que impresione a los aliados. Vos tendréis una ardua labor solo con abastecer a todos nuestros ejércitos. Es una tarea que podéis hacer desde San Petersburgo y sin separaros de vuestra familia. Para ir a la guerra hay que buscar un nombre que haga temblar al enemigo.

—¿No estaréis pensando en ir vos?

—A veces pienso que sois idiota, vicealmirante. ¿Vos me imagináis a mí en la pestilencia de una guerra? Espero que no lo digáis en serio. Mi madre mandaba a sus amantes, pero ella solo aparecía para supervisar las conquistas. Soy Romanov, no lo olvidéis.

Era difícil no responder ante aquella provocación permanente pronunciada con palabras absurdas y con tono de niño mimado. José decidió callar y esperar a que el zar lo dijera.

—Suvórov. Es el nombre que aún conmociona a Europa. Organizadlo todo y encargaos de que funcione. Y recordad, Ribas, cuidado con los presupuestos, que no falte ni una sola moneda. Quiero controlar hasta el último detalle.

La guerra de la Segunda Coalición estaba en marcha. La estrategia ya estaba orquestada, pero no sería hasta el año siguiente, 1799, cuando los rusos entrarían en acción. Se trataba de la segunda guerra contra la Francia revolucionaria, y al igual que en la primera, participarían grandes monarquías como Gran Bretaña, Portugal, Nápoles, algunos príncipes alemanes, Austria y el Imperio otomano. Por primera vez, y con afán de combatir el ateísmo, se incorporaría Rusia. A la espera de la decisión de España, solo Prusia se quedó al margen.

El zar Pablo I había dispuesto sesenta mil efectivos. Treinta mil hombres cubrirían el sur de la cuenca del Rin y veinte mil más se sumarían a las fuerzas austriacas para luchar en Italia. La flota rusa

estaría al mando de Ushakov para atacar conjuntamente con Nelson.

«Todo es poco para liberar Malta». Con esas palabras despidió el emperador a Ribas. El español salía cabizbajo pensando que tanto Ushakov como Suvórov, y hasta él mismo, eran la vieja guardia. El desastre se avecinaba sobre Rusia si seguía vistiendo a veteranos soldados con trajes de gala en lugar de seleccionar valientes oficiales y formarlos.

Suvórov compartía con Ribas su visión de los ejércitos de Pablo. Con setenta años y pocas ganas de luchar, fue recibido por el zar, que le entregó la Cruz de Malta y se marchó a Italia. Al salir, Ribas le deseó suerte.

—General, hemos conocido tiempos mejores. Aun así, os envidio. No sabéis lo que es vivir en este circo permanente.

Ribas se encargaba de coordinar todo. Incluso de los cañonazos con salvas ante los triunfos de Suvórov y la liberación de Nápoles de los franceses, como éxito conjunto de la flota de Nelson y las guerrillas calabresas.

El español no podía soportar saber que había batallas que no podía librar, pero volcaba su ira en hacer bien su trabajo. Tanta eficacia le hizo ser colocado al frente también del Departamento Forestal, que suponía la gestión de los mayores bosques del imperio, con los consiguientes aserraderos y almacenes para construir barcos de guerra.

Todo se vivía con la intensidad propia de la falta de juicio del zar. Rusia se había convertido en un estado ciclotímico. El humor y el carácter del emperador cambiaban el curso del destino de los rusos. Los cargos en el Gobierno iban sucediéndose según la ruleta de las amistades peligrosas del zar. Lo cierto es que nadie gestionaba nada y Rostopchín se pasaba la vida buscando traiciones y contubernios para poder castigar y desterrar a quienes no le caían en gracia.

Igual que se echaban las campanas al vuelo ante cualquier triunfo, se cortaban cabezas elegidas al azar cada vez que se vivía una derrota del ejército ruso. Cuando las tropas del zar vivieron su fracaso más sonado en la segunda batalla de Zúrich, el emperador se metió durante dos semanas en la cama y nadie sabía qué medidas tomar.

Aquella victoria clave para el ejército republicano francés en Suiza, librada a orillas del río Limago, implicó la retirada del imperio de la guerra. Los rusos comandados por Kórsakov huyeron hacia el

Rin. Para aquella batalla, el ejército imperial contaba con treinta y tres mil soldados alrededor de Zúrich y el bajo Limago, además de los veintiocho mil que se dirigían allí desde los Alpes con Suvórov al frente. Los rusos no fueron perseguidos, pero Kórsakov era uno de los hombres de Pablo y se comportó más como un oficial de salón que como un combatiente. Se les permitió la retirada, pero sin ninguna dignidad aceleraron la huida. Aquella actitud del comandante de las tropas tuvo graves consecuencias. Durante la veloz escapada perdió ocho mil hombres, más de cien cañones, todos los registros y su cofre militar.

Los miembros del Gobierno de Pablo tenían miedo de desagradar a su majestad cuando se levantara porque sabían que conllevaría el destierro y la pobreza para ellos y sus familias. Ribas estaba acostumbrándose a vivir en aquella noria de velocidad inalcanzable hasta que llegó la peor de las noticias para él: Carlos IV y Godoy habían declinado la oferta rusa de unirse a la Segunda Coalición y romper con Francia porque, por muchas ventajas económicas que les ofrecieran, los españoles no se veían capacitados para contener una invasión desde el país vecino.

El zar creía que el arte de la guerra se resumía en algo así como «si no me das lo que quiero, te invado». José de Ribas no salía de su asombro cuando fue llamado a la presencia de Pablo I, el 15 de julio de 1799.

—Lo siento mucho por usted, Ribas. Hoy mismo le declaramos la guerra a España.

—¿A España, majestad?

—A España, como oye. ¿Queréis renunciar a vuestros cargos?

—No, majestad, prefiero estar cerca de vos.

Aunque la declaración no tuvo consecuencias, Ribas pensó que sería defenestrado en un breve lapso. Por primera vez, al español no le importaría estar ocioso. Estaba viviendo aquella importante guerra europea como el bufón de un emperador loco y eso no le seducía nada. La nostalgia lo invadía cuando recordaba el rostro sonriente de Potemkin con su parche en el ojo. Pablo era cobarde, acomplejado y ya se había cansado de Ribas. El español percibió que pronto lo despediría, como hacía con todos.

En marzo de 1800, Ribas fue acusado nuevamente por Rostopchín de malversación, esta vez en el Departamento Forestal. Ya no se ordenaron investigaciones ni se le dio derecho a réplica. Al español le fueron retirados todos sus cargos y condecoraciones, y fue relegado de sus funciones en el ejército. Se lo comunicaron mediante una misiva enviada a su casa y le pidieron que no volviera a personarse en dependencias oficiales. Así, sin más, en un arrebato del zar.

Solamente cuatro meses antes el emperador le había hecho entrega de la Gran Cruz de la Orden de Malta y le había nombrado comendador del Gran Priorato Católico de Rusia. Todo era tan absurdo que no daba lugar a ningún razonamiento.

—¿Estáis condenado? ¿Nos desterrarán? —preguntó Nastia.

—No, querida mía. Ya no somos importantes ni para llevarme a juicio. Nos han borrado de la corte. Así, como si no hubiéramos sido nunca nada en la ciudad —replicó José.

—No puede ser. Al menos habéis conseguido la financiación para que Félix y Manuel consigan que no se venga abajo Odesa...

—Esa será para siempre la ciudad de los Ribas. Y son doscientos cincuenta mil rublos para los próximos años... La construí con Francisco de Voland, que era flamenco... Los rusos siempre me lo habéis complicado.

—No digáis bobadas. Rusia os ama. Idiotas hay en todas partes —musitó Nastia con ternura.

—¿Sabéis lo que he aprendido trabajando al lado de ese loco, querida esposa? Lo único que podría beneficiarnos es callar y no hacer ruido. Cuando le perturban, dispara.

33

San Petersburgo, 1800

Corría ya el final del mes de julio. José de Ribas estaba en su casa repasando las cuentas y su patrimonio. Estaba pensando en vender las fincas familiares de Irlanda y las de Nápoles. Había seguido pagando todos los impuestos y las tenía arrendadas con mandatarios en cada lugar. Su padre le había enseñado que los nobles tenían que pasar a sus hijos el patrimonio incrementado y por eso nunca había vendido nada. Pero si la situación no mejoraba, no podían seguir viviendo sin más ingresos que las rentas de sus bienes.

—Con cincuenta años no debería estar sin trabajo, Nastia —se lamentó Ribas.

—Lástima que su madre no lo envenenara... Yo lo vi nacer y nunca pensé que fuera a protagonizar un espectáculo tan lamentable como el que está ofreciendo en la sala del trono.

—Eso no conduce a nada. Tenemos que pensar en nuestro futuro y ese hombre goza de buena salud.

Así pasaban los días. Esperando sobrevivir de día en día sin más esperanza que la de no ser atacados.

—Me hago viejo, Nastia. Empiezo a sentirme a gusto en la comodidad del hogar. Prefiero la compañía de un libro a la de una botella de vodka y amigos bailando. Prefiero vuestra conversación a la de cualquiera.

—Que yo haya tenido que cumplir cincuenta y ocho años para escuchar esto de los labios de mi esposo... —Ella sonrió con una mirada de dulce resignación.

Una doncella entró en la biblioteca mientras el matrimonio seguía su conversación.

—Disculpad. Señor, han dejado una carta para vos.

—¿Quién la ha traído? —preguntó Nastia.

—Señora, tocaron a la puerta y cuando abrimos no había nadie.

Solamente un sobre en el suelo. Lo habrán colado por debajo. Pone el nombre del señor, sin más.

—Qué raro —murmuró Ribas mientras lo abría—. Esto es muy extraño. Creo que debo acudir.

—¿Acudir a dónde? ¿Qué pasa?

—No hagáis preguntas y confiad en mí.

José acercó la carta al fuego de la chimenea y la quemó. Nastia entró en pánico. La última vez que había visto arder un documento en el pábilo de una vela fue un auténtico desastre. El día que Pablo quemó el testamento cambió su vida y se convirtió en esclava de un secreto que la corroía por dentro desde entonces. De repente, sin explicación, sintió un escalofrío y corrió detrás de su marido intentando que no se marchase de casa.

—Confiad en mí, Nastia. Nunca os he fallado.

La nota estaba firmada con las iniciales N. P. y decía: «Os espero en una hora en la puerta de entrada a la cocina del palacio de Táurida. Allí no hay nadie. Estaré apoyado en la verja. Solo debéis acudir si creéis que Pablo I no debería seguir siendo zar. Destruid este mensaje. Corremos peligro».

José de Ribas llegó veinte minutos antes de lo previsto. Había tenido una visión. Quizá el enemigo real del Imperio ruso no era Napoleón. Quizá la nota era una señal para que luchara por ese futuro por el que todos los suyos habían dado la vida: Potemkin, Catalina, Betskói, su hermano Andrés... Estaban todos muertos y él creía que el peor enemigo del imperio estaba sentado en el trono. El español quería saber quién mandaba aquel mensaje.

Enseguida, alguien se acercó a él por su espalda.

—Caminemos juntos. No sabemos quién puede estar mirándonos. La ciudad es un hervidero de guardias de incógnito.

Cuando N. P. se puso a su altura, el español no salía de su asombro. Se trataba del vicecanciller Nicetas Petróvich Panin, sobrino del difunto Nicetas Ivánovich Panin, el que fuera tutor de Pablo I hasta su mayoría de edad.

—¿Vos no sois amigo del zar?

—Pablo no tiene amigos y yo soy un servidor del imperio. No puedo quedarme impasible ante lo que está haciendo con Rusia. Catalina se encargó de preparar a su nieto Alejandro para que llevara el timón con acierto, y no podemos dejar pilotar la nave a un hombre

que, pese a los intentos de mi tío, no ha hecho otra cosa que jugar a los soldados toda su vida. Y ahora a los caballeros medievales y a la caza del infiel.

—Y decidme, ¿no sospecha de vuestras intenciones?

—De momento no, pero tenemos poco tiempo. Su nuevo delirio es una alianza con Francia. Por ahí no estoy dispuesto a pasar y cada vez discutimos más. Podéis imaginar que mis días en palacio están contados.

—¿Una alianza con Francia? Este mentecato no tiene sentido de la medida ni en su cabeza queda un ápice de buen juicio.

—Si estáis dispuesto a ayudarme, creo que tengo a la tercera persona con la que podríamos montar un plan para situar a Alejandro en el trono. Cuando vuestro amigo Orlov entronizó a Catalina, hizo su mejor servicio al imperio. Quizá podáis repetir la hazaña de vuestro mentor.

Ribas bajó la cabeza y pensó dos segundos.

—Estoy dispuesto. Llevo tiempo queriendo librar una batalla importante sin darme cuenta de que la tenía delante de mí. ¿Cuándo nos vemos?

—El martes al anochecer. Os estaremos esperando. Buscaré un lugar seguro y os haré llegar la dirección del mismo modo que hoy. Os ruego que no le confiéis a nadie este secreto, ni siquiera a vuestra esposa. Debemos protegernos.

—Así será.

Nicetas Panin frenó el paso y se detuvo. Ribas siguió caminando y se alejó pensando en que aquel joven tenía razón. Estaban frente al mayor enemigo de Rusia y jugaban en terreno propio. Podía ir a la guerra durmiendo en casa.

Todo fue según lo previsto. Ribas recibió la dirección y salió de su vivienda cuando el sol empezaba a ponerse. Nastia se quedó llorando ante la falta de respuestas de su marido. Tenía miedo de no volver a verlo. Nunca antes se había vivido una época tan peligrosa en la capital. Los miembros de la Guardia Imperial detenían a los ciudadanos sin motivo aparente y tenían actitudes impropias de vigilantes del orden. Arrancaban los sombreros redondos que no se ajustaban a la prohibición del zar, requisaban las prendas que habían sido catalogadas como impropias y hasta usaban la violencia sin justificación contra los ciudadanos.

Cuando llegó a la casa cochambrosa y en ruinas, una vieja le abrió la puerta y, sin mediar palabra, le hizo entrar en un cuartucho con suelo de tierra y tejado de madera. Unas velas alumbraban la cochambrosa mesa de tal modo que los reunidos casi no podían verse las caras. El español saludó sorprendido.

—Conde Von der Palen. No podía imaginarme encontrar aquí al gobernador general de la ciudad.

Palen era un hombre bien parecido. Descendía de uno de los barones de Curlandia. Había combatido contra los turcos y en 1791 recibió el encargo de Catalina de negociar la paz con Suecia. Era un hombre curtido, y a sus cincuenta y cinco años ya había sufrido las iras del caprichoso emperador. Mientras estaba destinado como gobernador de Riga y de Curlandia, había ofrecido una recepción al desterrado Platón Zúbov, el último favorito de la madre del soberano, lo que le molestó sobremanera. Así se lo hizo saber sustituyéndole fulminantemente. No obstante, al poco tiempo Pablo se olvidó del motivo de su enfado y volvió a admitirlo entre los suyos, concediéndole el gran honor de ser el gobernador general de la capital del imperio, canciller de la Orden de Malta, inspector de varios colegios militares y miembro de la Junta de Relaciones Exteriores. Todo así, en la línea del zar: «Te castigo y te quito; te perdono y te pongo».

—Almirante Ribas, es un placer veros. Los hombres de bien no podemos consentir que un rufián fuera de sus cabales dé al traste con un imperio.

Pronto supieron que estaban de acuerdo en preparar la sucesión al trono. Pedro von der Palen, Nicetas Panin y José de Ribas tenían una idea. Ahora les faltaba un plan. Sabían que debían aprovechar cada uno de sus encuentros para avanzar en los detalles y pronto surgió el primer debate.

Panin era partidario de obligarle a abdicar en favor de Alejandro. Palen se encargaría de convencer al zarévich de que debía sustituir a su padre en el trono. Toda la corte sabía ya que María y sus hijos estaban muy preocupados por la conducta y los sinsentidos del zar. No atendía a razones y ya ni siquiera escuchaba a su esposa, que había sido su único apoyo desde que se conocieron poco antes de contraer matrimonio.

—Yo propongo dejarlo con vida —dijo Panin.

—Esa fue la primera opción con Pedro el Cruel, e inmediatamente tuvieron que enmendar su error y aniquilarlo. La única vía inteligente es darle una muerte digna e indolora como el envenenamiento o el ahorcamiento. No podemos correr el riesgo de que siga con vida —replicó Ribas.

—Estoy de acuerdo con vos —manifestó Von der Palen desempatando a favor del magnicidio.

No consiguieron avanzar. Panin no daba su brazo a torcer. Decidieron postergar la cuestión para la semana siguiente: misma hora del mismo día en ese mismo lugar. Pero en tan solo siete días todo había cambiado. Corría el mes de agosto, y cuarenta y ocho horas después del encuentro germen de la conspiración, Panin fue condenado al exilio por su oposición a la alianza con Francia y José de Ribas fue llamado a palacio por el zar.

Nastia estaba preocupada porque José estuviera perdiendo el juicio. Desde que volvió del frente de la guerra de Crimea, donde había enfermado, tenía fiebres recurrentes tres o cuatro veces al año y últimamente las sufría una vez cada dos meses. No tenía fiebre esos días, aunque cada vez los brotes eran más frecuentes; solo estaba nervioso e intranquilo. Le preocupaba que cuando le recibiera Pablo I, dijera una impertinencia y acabara preso.

Ribas escapó de su casa, casi a escondidas, camino de la residencia imperial. No podía aguantar la vigilancia de su mujer, que lo miraba como si estuviera enajenado. En el despacho imperial lo esperaba sentado el zar, impecablemente uniformado y luciendo todas sus condecoraciones. El español entró e hizo una reverencia.

—Majestad.

—¡Querido almirante Ribas! ¡Qué placer tenerle por aquí! ¡Lo echábamos en falta! ¿Cómo es que no ha venido a vernos?

—Majestad, ¿bromeáis? Me pedisteis que no me acercara por aquí y me despojasteis de todos mis cargos y honores.

—Amigo Ribas, los españoles os tomáis la vida demasiado en serio. Esa es una de las ventajas de ser emperador: igual que os lo quito, os lo reintegro. Rostopchín, levantad el castigo a este chico malo. Os llamo para entregaros algo mucho más apetecible. A partir de este momento seréis ministro interino del Mar. Felicidades. Mañana os esperamos por aquí. Id, contádselo a los amigos, a la familia. Por favor, presentaos mejor afeitado de lo que venís hoy y poneos manos a

la obra. ¿Estáis feliz?

—Majestad, no sé qué decir.

Un chambelán colocó en sus manos el decreto con su nombramiento y Rostopchín le dijo, con cierta soberbia en el tono:

—Podéis retiraros, ministro. No se os necesita más por hoy.

José de Ribas iba por los pasillos intentando disimular el pasmo. Aquello era más un manicomio que un palacio. Si le quedaba alguna duda sobre la necesidad de librar al imperio de un gobernante tan perturbado, había desaparecido. Ya no guardaba ni las formas. No habían pasado ni seis meses desde que le había despedido y ahora, avanzado el mes de septiembre, el español estaba feliz porque desde dentro sería más fácil planear el ataque. Tenía la excusa perfecta para reunirse en su despacho con Von der Palen y eso lo haría todo más rápido y sencillo.

En su siguiente reunión en la sede del Ministerio del Mar, el gobernador y el nuevo ministro ya no tenían dudas sobre la muerte del zar como única opción. Faltaba por fijar la fecha y avanzar en el modo y en los cómplices necesarios. La duda sobre la cuestión que los había paralizado era solamente si convenía mantener con vida al zar. Ahora que Panin, el único que abogaba por mantener al emperador con vida, estaba en el exilio, solamente podían decantarse por el asesinato. Tendrían que ponerse de acuerdo en la forma y ambos sabían que, llegado el momento, elegirían la más adecuada. Esa decisión era una cuestión «técnica» que no iba a enfrentarlos.

En las siguientes semanas, Von der Palen y Ribas convencieron al emperador de que todas las personas que habían sido castigadas con el exilio ya habrían aprendido la lección y merecían una segunda oportunidad de demostrarle su lealtad. Se justificaron alegando que en toda Rusia se le criticaba por la fuga de talento y aristócratas. Se encargaron, además, de que el mensaje le llegara por más vías y sobornaron a ese fin a los más truhanes de la ciudad, los que tenían acceso al zar y no sentían más escrúpulos que los del sonido de una bolsa de rublos.

Durante sus meses de ocio involuntario, José de Ribas había seguido con su plan de seducción para el caso de que la vida le diera la nueva oportunidad de acercarse al patán del emperador. La construcción de una base naval en Krondstat, en el golfo de Finlandia, era el anzuelo que Ribas le había preparado al soberano. Tenía que

pensar en algo lógico y no demasiado costoso para estimular su deseo de trascender con grandes honores. Ese lugar tenía un enclave perfecto y realmente podría ser un proyecto apasionante. El zar picó sin pensárselo dos veces.

—Majestad, ¿podéis imaginar pasar a la historia por construir una ciudad que dependa de la capital y que sea tan solo una base militar con extensiones? Podríamos convertirla en la capital de la Armada en la que vos pudiérais supervisar también todos los ejércitos. Imaginad: desfiles majestuosos, grandes cuadros de corte con vos presidiendo la botadura de los nuevos barcos, ceremonias y un destacamento naval de la Orden de Malta...

—Suena bien ser también el dueño y señor del Báltico.

—Majestad, dejadme que os presente un proyecto avanzado y que trabaje sobre el terreno.

—Ribas, sois ambicioso... Las ciudades son lo vuestro. Ya conseguisteis la continuidad de Odesa y ahora buscáis Kronstadt para vuestra gloria.

—Para la mía no, señor, para la vuestra. En mil ochocientos, debemos pensar con mentalidad del siglo diecinueve. El dieciocho ha pasado a la historia.

—Si vais a trabajar en algo así, no me presentéis nada que no sea espectacular y que no deje abrumados a los demás gobernantes europeos.

—Los impresionaremos, majestad.

Mientras Ribas se ganaba de nuevo la confianza del zar, intentando que bajara la guardia estimulando sus delirios de grandeza, Von der Palen reclutaba a personas para el día del golpe.

Platón Zúbov regresó a la capital junto con sus hermanos Valeriano y Nicolás y otro de los hombres más próximos al último favorito, León Bennigsen. Había que reunir un escuadrón de guardias que los secundaran y el gobernador le había pedido a Ribas formarlo él sin decirle quiénes lo integrarían. Von der Palen comenzaba a temer una posible traición por parte de Ribas ahora que su relación con el zar era más estrecha. No podía correr riesgos por más que el español le jurara que únicamente se trataba de una cuestión de táctica.

—No hay enemigo más fácil que el que se tiene cerca y confiado,

querido gobernador.

—Y no hay riesgo tan imposible como para no ser valorado, almirante Ribas. De hecho, mirad lo de los Zúbov. ¿Cómo se ha conseguido?

—Sobornando al necio de Kutaisov —replicó Ribas.

—Decís bien, ministro. Kutaisov, el «fiel consejero» del zar. Bastó con que le entregáramos el dinero que el enviado británico le dio a su amante Olga Zherebstova. En ese mismo instante se olvidó de su «lealtad». Esa mujer ha prestado un gran servicio a la causa. Ahora sus tres hermanos vienen a reunirse con ella para que toda la familia pueda atentar contra el zar.

—No comprendo a qué viene eso.

—Las lealtades se mueven, ministro. Hoy conspiráis contra el zar y mañana podéis cambiar de opinión. Sois el mismo de hace unas semanas y ¿no os considera el emperador un «fiel consejero»? Podríais terminar siéndolo...

—La mera duda ofende, gobernador.

La conspiración avanzaba y tenían previsto que Alejandro fuera zar antes de acabar aquel año de 1800. Ribas llevaba unos meses sin sufrir su brote de fiebre de rigor. La casa estaba fría, pero aquella mañana del 28 de noviembre el ministro español se despertó gritando en un charco de sudor.

—¿Qué tenéis, José? ¿Qué tenéis? ¿Son las fiebres? —preguntó Nastia sobresaltada.

—¡Avisad a Potemkin! Los rusos disparan desde Yeni Dunai. Que ordene refuerzos. ¡El príncipe lo solucionará!

—Otra vez las malditas fiebres del mar Negro. Otra vez. Llamaré al doctor.

Los delirios de José eran grandes. Invocaba a su padre, hablaba con Orlov, reprendía a Bóbrinski, llamaba a Betskói a gritos, y hasta pasó con frenesí por las camas de algunas mujeres. Nastia y el doctor le aplicaban los remedios, pero estaban más preocupados que en otras ocasiones. Los días transcurrían y tenían que cambiarle las sábanas hasta cuatro veces por jornada. No comía nada sólido, tan solo se alimentaba de caldos calientes y agua. Fiebre, sudor y gritos. Fiebre, sudor y gritos. Y por fin, el sueño.

Así pasaban los días. El zar estaba tan sorprendentemente interesado por su salud que llegó a enviar a un emisario cada mañana para saber cómo se encontraba. La asiduidad de estas visitas hizo que llegaran a oídos de Von der Palen, que entró en pánico. Ribas con fiebre y la Guardia Imperial en su casa. Eso sí suponía un riesgo real.

El primer día de diciembre fue a visitarlo. Se había enterado de su mejoría y quiso interesarse por él. La habitación de Ribas era tan lujosa como los aposentos imperiales. Todo estaba decorado en azul, el color del mar, y los cuadros de la colección privada de Betskói no tenían nada que envidiar a los del Palacio de Invierno. La cama era de sólida caoba y las sedas que la vestían eran de tanta calidad como las de los ropajes del soberano. Von der Palen tomó asiento a su lado.

—Amigo Ribas, qué contrariedad.

—Las secuelas de la guerra, gobernador. Yo tengo suerte. Potemkin murió, mi hermano Andrés también, y tantos otros. Lo bueno de estos episodios es que uno se acostumbra y sé que en tan solo unos días estaré en pie. Contadme cómo va lo nuestro.

—Tenemos que replantearnos la fecha. Por primera vez en Rusia, una construcción se ha terminado antes de lo previsto. La familia imperial se trasladará entre enero y febrero al castillo del Arcángel Miguel. Parece que el patrón celestial de los Romanov le ha dado un tiempo más de vida al zar. Con los trámites de la mudanza, todo en el palacio está cambiando: los turnos, el personal, hay mucho más movimiento del habitual y sería arriesgado.

—Tendremos dos meses más para ultimar los detalles. Así saldrá perfecto. Si hemos esperado cuatro años, dos meses no serán mayor problema. Aunque os reconozco que estoy impaciente. Y estos dolores de cabeza... Ay, voy a tener que pediros que salgáis y aviséis a mi mujer. El martirio vuelve...

—Os mandaré a mi doctor. Tiene unos remedios traídos de Francia que acaban con cualquier mal. Una última pregunta, la Guardia Imperial está viniendo a interesarse por vos... ¿Hay riesgo de que hayáis contado algo en su presencia?

—No me subestiméis, gobernador. Tengo instrucciones de que en mis delirios solamente esté presente mi esposa.

Después de aquella visita, Von der Palen y Ribas no volverían a verse. El gobernador se marchó con el temor del fracaso de la conspiración. Admiraba a Ribas, pero el español no podía convertirse

en un riesgo para el imperio. Cualquier sirviente podría escucharle e irse de la lengua.

El día 2 de diciembre de 1800, José de Ribas fallecía dormido plácidamente en su cama tras tomar el remedio del doctor de Von der Palen.

El silencio eterno fue su último servicio a Rusia. Ni en delirios delataría a sus compañeros de conspiración. La voluntad de Catalina estaba por delante de los demás. Moría para que Alejandro pudiera ser zar. ¡Viva Catalina! ¡Muerte a Pablo I! ¡Viva el zar Alejandro I!

Epílogo

Diario de Anastasia Ivánovna Sokolova

San Petersburgo, 2 de diciembre de 1801

Un año sin José es una eternidad. Intento aprender a vivir sola, pero creo que los sesenta no será mi mejor edad. Tenía que haber aprendido a hacerlo antes, aunque siempre hubo un buen hombre en la casa que lo llenaba todo. Mi padre fue un ser excepcional, y cuando llegó José, pasaron a ser dos. Dos grandes mentes y dos caracteres dóciles y cuidadores. No debí acostumbrarme a dejarme querer tan bien. Me volví dependiente y ahora todo cuesta tanto... También extraño demasiado a Catalina.

Mis hijas están ahí, pero con otras ilusiones. Sofía con Miguel y su hijo pequeño, mi nieto Miguel, que por mucho que le duela a Sofía, tiene la estatura de su abuelo. Es pequeñito pero simpático y osado, como José. Catalina se ha prometido con un oficial sueco, noble, buen partido. Creo que será feliz, pero se irá lejos. Ellas tienen otra vida. Yo extraño a los míos porque tengo una feroz nostalgia de mi juventud. Recuerdo aquellos días en que José me hacía reír mientras aprendía ruso. Se equivocaba tanto en público que hablábamos siempre en francés. No tenía pudor.

Esta mañana temprano fui a visitar su tumba al cementerio de Smolensk. Hacía mucho frío y apenas pude estar unos minutos, pero limpié la nieve de la lápida para poder leer su epitafio: «Tomó una fortaleza inexpugnable y construyó una magnífica ciudad». Odesa siempre fue la ciudad de sus sueños, pese a la frustración que le supuso no poder terminar el mayor proyecto de su vida. Eso fue una canallada.

Estoy convencida de que esa injusticia le dio pie para enrolarse en la conspiración para derrocar al zar. No me lo contó para protegerme y para garantizar el éxito de la operación. Lo que no sabía,

porque igualmente jamás le conté la quema del testamento de Catalina frente a mis ojos, es que yo lo habría apoyado. Pablo, ese lerdo sin principios, me había fallado a mí más que a nadie. Cretino infame... Guardé silencio y me traicionó. Me traicionó en vida de José y también después de su muerte.

Aquel funeral triste, con aquella iglesia vacía... El emperador no acudió a enterrar a su ministro. Nadie fue ni por el morbo de vernos solas y tristes. Nadie. Ni siquiera Von der Palen, para no levantar sospechas.

Aún recuerdo, aquella ocasión en la que Potemkin pidió a su querida Catalina una condecoración para José por haber librado una victoriosa batalla estando febril. Ahora siento que tiene el mayor de los premios. Esté donde esté mi querido esposo, puede tener la más absoluta certeza de haber muerto en acto de servicio.

El zar poco pudo regodearse en su abandono de la memoria de José. El día 24 de marzo de 1801 fue asesinado por Von der Palen y los miembros del complot del que formaba parte mi marido. Ese mismo día todas mis dudas se vieron despejadas. Los rumores sobre el envenenamiento de José por el médico del gobernador cobraban sentido. Mi yerno, Miguel Dolgorukov, amigo de Nicolás Panin, había recibido una carta suya contándole lo que había sucedido según sus informaciones recibidas de fuentes inmejorables. Solo entonces pude comprender algunas notas inconexas que encontré en el escritorio de mi marido. Hasta el final de sus días había seguido el consejo de su padre de no dejar nada por escrito si no quería ser descubierto.

Miguel consiguió hablar con Valeriano Zúbov que, tras unas copas juntos, le dijo: «Cuidad de vuestra esposa. Su padre murió por la causa». Cuando fue a preguntar al médico del gobernador, el doctor no se lo negó, solo le respondió con una frase totalmente incriminatoria: «La medicina siempre debe estar al servicio de las grandes causas de la humanidad. Ese hombre, ante todo, fue un militar de honor».

Sabíamos que lo habían hecho ellos. En la vida hay que elegir las batallas y yo, sola como estoy ya, no puedo librar esta. Mis hijas tienen que vivir su vida. Además, creo que José habría aprobado que lo hicieran. No podían correr el riesgo de que uno de los suyos los delatara en sus delirios. Había cundido en la corte como la pólvora que todos nos habíamos enterado de su relación amorosa recurrente

con la zarina por su boca, en los picos de fiebre en los que deliraba. Todos lo supimos así, incluso yo. La diferencia es que a los demás aquella situación les hacía reír y a mí, llorar.

Por supuesto, no lloraba porque me hubiera enterado de una infidelidad. Nosotros nunca fuimos infieles porque nunca nos fallamos. Sé que mi marido se desahogó con otros cuerpos y durmió sobre otros pechos. Eso no me duele. Era parte de nuestro pacto. Yo también conocí a otros.

Lo que realmente me atraviesa el corazón es que deliraba deseándola como jamás me deseó a mí. Catalina y José eran seres de otro mundo y tuvo que ser preciosa su forma de amarse. Me duele la envidia, no los celos... Yo no quería que ellos hubiesen sentido eso estando juntos, sino haberlo tenido también yo con él. Qué diferente es la envidia de los celos...

Me desvío porque hoy es un día de amor, de recuerdo, de aniversario. Solamente quería dejar por escrito que Alejandro ha llegado al trono, como su abuela hubiera querido que sucediera hace cinco años. Y ha llegado porque un español, José de Ribas, pagó el precio de su vida para servir bien en esta batalla, su última batalla.

El magnicidio de Pablo, tan solo treinta y nueve días después de que se instalara en el castillo del Arcángel Miguel, llevado a cabo según los planes de Panin, de los Zúbov, de Von der Palen, de Benningsen y de mi marido, ha sido la última intervención de José de Ribas en la historia de Rusia.

José ya estaba muerto, pero dio igual. Su alma formaba parte de aquella comitiva libertaria y letal que entró en los aposentos del zar. Allí estaba Pablo, tan cobarde como siempre, escondido tras las cortinas, muerto de miedo.

Aquel grupo iracundo de ofendidos pretendió que firmara la abdicación. Él se resistió. Llevaba toda su vida suspirando por el trono y no estaba dispuesto a renunciar a él en tan poco tiempo. El tumulto se transformó en una espiral de miedo y euforia, de descontrol y ansia. Un hombre entre esa camarilla golpeó al zar con una espada y entonces se hizo la muerte, así como un grito en avanzadilla. Luego llegaron las manos, las de unos, las de otros, intentando estrangularlo. Al final, alguien lo hizo, pero fue tan dramático como el zar habría deseado.

La historia de los Romanov contará siempre que fue asesinado

con la cinta de su cordón de mando. Alejandro estaba allí y Zúbov le comunicó su ascenso al trono. Qué final para nuestras vidas. Porque aquel día murió el zar, descansó en paz José y yo perdí también parte de mi aliento.

Aquel día José prestó su último servicio de los Romanov. En cierto modo, yo también lo hice con él. La zarina María y sus hijos por fin han podido respirar tranquilos. El zar Alejandro tiene una postura mucho más aperturista e intelectual, más cercana a las enseñanzas de su abuela Catalina, pero con más formación que ella a su edad. Rusia es más libre que con Pablo I, más moderna, y el futuro se promete mejor. Mucho tardó mi esposo en plantear una de las victorias más importantes de su vida. Siempre será el ministro que mató al zar, habiendo muerto él ciento dos días antes.

José de Ribas y Boyons Plunkett dejó este mundo el 2 de diciembre de 1800 a la edad de cincuenta años. Si la historia de Rusia es justa, formará parte de ella.

De donde nunca podrán arrancarlo es de Odesa. Su espíritu siempre seguirá allí, sobrevolando la ciudad de sus sueños. Será su amante sempiterno, por los siglos de los siglos. Amén.

Nota de la autora

Esta novela está inspirada en hechos reales, pero no es un libro de historia, es ficción. Con la mente así de abierta es como se debe leer *En la corte de la zarina*. Todos sus personajes existieron con la excepción del prometido de la hija pequeña de José de Ribas, de quien no he podido encontrar información. Aun así, solamente hay una mera referencia en el epílogo. También me refiero al escarceo del español en Nápoles con una Isabella inventada.

Sin embargo, mientras estudiaba, he descubierto personajes fascinantes, como la princesa Tarakánova, a la que ni siquiera cito en el libro. Les dejo apuntado este nombre porque, después de leer esta novela, puede apetecerles conocer historias a la vez misteriosas y fascinantes, ahora que ya tienen recreado en su mente el ambiente de la corte de Catalina. Escribí un capítulo con su vida llena de intrigas y lo destruí el mismo día que asistí al estreno de la película *Napoleón*. Cuando te documentas para una novela histórica, una de las claves es no abusar de la generosidad con el lector. No puedes pretender contar todo lo que has estudiado, sino solo aquello que contribuye al relato. Y créanme, supone una renuncia importante. La inercia te invita a contar todo lo que has aprendido y te ha sorprendido.

He leído biografías, libros de historia, y refresqué mis recuerdos de los palacios que se convierten en escenarios de este relato con los libros que traje de mi viaje a San Petersburgo en 2017. Ahora me alegro de haber cargado con tanto peso. Tenía a mi alcance la información sobre todo lo que quería descubrir. Cuando estuve en Tsárskoye Seló, me sentí atrapada por el encanto de la Cámara de Ámbar. Entonces no tenía ni la más remota idea de que allí se casó el español que fundó Odesa. Nadie lo cuenta y muy pocos lo escriben. Todas las joyas que describo, incluso las vajillas, son objetos reales que poseyó y utilizó Catalina. Las casas, salvo las de Ribas y Betskói, son aquellas en las que vivieron los personajes: se trata de palacios cuyas descripciones de la época han trascendido más allá de sus

posteriores reformas.

Con los desajustes generados por la implantación del calendario gregoriano, se producen discordancias en las fechas. He procurado ser lo más respetuosa posible con el ambiente, y pese a que se trata de una novela, y por tanto está inspirada en hechos reales y en el contexto histórico, he usado en la medida de lo posible las fechas españolas de cada evento.

El nombre de la segunda hija de José de Ribas no está claro. Unas fuentes apuntan que fue Catalina y otras Ana. Me he inclinado, casi por romanticismo, por el de Catalina, porque me gustan los detalles simbólicos. La opción elegida vincularía más estrechamente a los Ribas con la zarina, puesto que habrían bautizado a su primogénita con el nombre de soltera de la emperatriz y a la segunda con el de casada.

Hay varias escenas en que se habla del general Rostopchín. Se trata del mismo personaje que aparece en la obra de Tolstói *Guerra y paz*, en la que este hombre tiene atribuido un papel significativo. Espero que me disculpen la osadía de sentir que, muy de lejos, comparto un personaje con uno de los grandes de la literatura universal. En esta novela se habla de un Rostopchín mucho más joven y aparece solamente en los últimos capítulos, los que se ambientan en el reinado de Pablo I. *Guerra y paz* se centra en los años de la invasión napoleónica, en torno a 1812, mientras que los años que se retratan del general en este libro van desde 1796 a 1800.

Ahora bien, después de todos estos apuntes, lo más importante que quiero subrayar es que nadie había dicho hasta ahora —o al menos dentro de los límites de mi conocimiento— que Catalina y Nastia eran hermanas, lo que habría convertido a José de Ribas en el cuñado de la zarina. Hilvanen conmigo.

Juana, la madre de Catalina, se casó por conveniencia con un hombre al que detestaba. Ella tenía más abolengo y él mejor fortuna, y a todos, menos a ella, les pareció lo mejor. Hay distintas versiones, pero algunas indican que el matrimonio tenía escasa intimidad.

Y aquí viene la pirueta del destino. Betskói estuvo dos veces al servicio de Juana Isabel de Holstein-Gottorp: una, en el tiempo en que Catalina fue concebida y otra, en el que fue concebida Anastasia Ivánovna Sokolova. Anastasia —Nastia— vivió con él desde su nacimiento, como su protegida. Los rumores de que Betskói era el

padre biológico de Catalina y de Nastia reflejan más que una posibilidad. Más extendida está aún entre los historiadores la versión de que Nastia era hija de Betskói y de la madre de la zarina. De todas las opciones, la que me parece más seductora es la de que ambas fueran hermanas de padre y madre. No está confirmado, pero tampoco descartado por los expertos. Es uno de los interrogantes que los estudiosos de la historia no han resuelto.

Hasta el 22 de diciembre de 2022, en Odesa existía una estatua de Catalina la Grande con algunos de sus fundadores a sus pies. Entre ellos estaban José de Ribas, Gregorio Potemkin, Platón Zúbov y Francisco de Voland. La ciudad sometió a votación su retirada, y ganó la opción que defendía la postura de no rendir tributo a esa parte de la historia. Desde entonces se encuentra en un almacén con la intención de ubicarla en algún momento en un museo de la ciudad. La invasión rusa ha destrozado un país, muchas vidas y muchos sentimientos.

El español que más ha estudiado la figura de José de Ribas ha sido Diego Merry del Val. Ha escrito mucho sobre este personaje y no solamente artículos, sino también un libro, una novela de 2008 titulada *El súbdito de la zarina* que me ha servido para captar los ambientes y seguir la cronología de los acontecimientos. Su relato es mucho más ortodoxo con la historia, más militar y menos personal.

También hay un pequeño libro biográfico de José de Ribas, escrito en italiano por Ruggiero di Castiglione, *José de Ribas. Il napoletano che fondò Odessa*. Es breve, pero explica muy bien la vertiente masónica de su familia.

Existe un documental, disponible en YouTube, que les recomiendo. Está grabado antes de la invasión y se ve Odesa de una forma muy distinta a la que tiene hoy. Se titula *José de Ribas, el Odiseo español*. Está dirigido, producido y guionizado por Jorge Latorre. Cuenta con testimonios tan curiosos como el de un descendiente de José de Ribas que explica cómo le escribió una carta al rey Juan Carlos I por nostalgia de la nacionalidad de sus antepasados. También con la visión diferente de Álvaro de Marichalar, que realizó una travesía en moto acuática desde Barcelona a Odesa para rendir homenaje a la figura de Ribas. Es un documental muy interesante y curioso que plasma el recuerdo y la impronta que ha dejado el español en los habitantes de la ciudad. Contó con el apoyo de la Embajada de España en Ucrania.

El reinado legendario de Catalina la Grande dejó su impronta en la historia del arte, de la arquitectura y de los objetos domésticos, de los que he podido documentarme a través de un buen número de libros sobre los tesoros y joyas de Catalina, y la colección de arte en la que tuvo origen el Museo del Hermitage, que desde mediados del siglo XIX ocupa el Palacio de Invierno de los antiguos zares en San Petersburgo.

Sobre la vida de la zarina y sus logros, me he apoyado en biografías maravillosas como la de Henry Troyat, la escrita por Isabel de Madariaga, y la de Robert K. Massie, entre otras.

Me he ayudado también de la ficción audiovisual, como la serie en la que Catalina es interpretada por Helen Mirren, y las películas de todos los tiempos, con interpretaciones de la Grande tan dispares como las de Marlene Dietrich, Jeanne Moreau y Catherine Zeta-Jones.

Potemkin es uno de los personajes más fascinantes del libro. *La vida de Potemkin*, su biografía más reputada, escrita por Simon Sebag Montefiore, también me ha ilustrado mucho.

Adrian Shubert termina su biografía de Espartero con una consideración sobre la escasa importancia que le ha dado la posteridad al general, a quien se le ofreció en su época presidir la República o ser rey de España, las dos cosas: «Ni siquiera se le ha distinguido jamás con el modesto reconocimiento de un sello de Correos».

Al leer esa fascinante obra, Pedro J. Ramírez y yo iniciamos una campaña para que lo tuviera. Sumamos a nuestra causa a Cuca Gamarra, que había sido alcaldesa de la ciudad de Logroño, lugar de adopción de Espartero. Juan Manuel Serrano, presidente de Correos, remató la jugada y el jinete, con el caballo con fama de tener los mejores atributos de su tiempo, ya tiene sello.

En el momento de la publicación de este libro, José de Ribas tampoco tiene el suyo. Espasa y yo enviaremos el primer ejemplar al actual presidente de Correos, Pedro Saura, con la petición de que proponga a la Comisión Filatélica hacer justicia a su memoria. Espero que, pese a no ser canadiense, mis ruegos hagan justicia a la memoria de este ilustre español.

Deseo profundamente que disfruten tanto de esta historia como lo he hecho yo al escribirla.

Agradecimientos

A mi hijo Álvaro, por haber hecho desde que nació que mi vida sea mejor, por quererme y animarme.

A mis padres, siempre y en todo lo que hago: gracias.

A Luis María Anson, a David Cebrián y a Rosa Pérez Alcalde, por creer en mí.

A mi lector 0, mi querido amigo Javier de Paz.

A quienes me leéis, porque sin vuestro apoyo mi sueño de escribir no sería posible.

Y como todo lo que hago, se lo dedico también a los verdaderos maestros de mi vida, a quienes me ponen cualquier empeño un poco más difícil. Esas personas me han enseñado a que vivir es pasión, entusiasmo, tesón y coraje. Si no me esfuerzo, siempre habrá alguien que consiga que lo más mínimo se trunque. Hacedme caso y dedicad vuestras satisfacciones con cariño a quienes les hubiera encantado que vuestros proyectos no salieran adelante. Sin ellos, todo sería más fácil y valoraríais menos todo aquello que lograrais.

En la corte de la zarina
Cruz Sánchez de Lara

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *En la corte de la zarina*

© del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño

Fotografías de la cubierta: © Jeff Cottenden y © Fine Art Images / Album

© Cruz Sánchez de Lara, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024
Espasa, sello editorial
de Editorial Planeta, S.A
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico:
sugerencias@espasa.es

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2024

ISBN: 978-84-670-7417-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!

Table of Contents

Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Cita
En el mes de agosto de 1824...
Mapa
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
Epílogo

Nota de la autora
Agradecimientos
Créditos